ROMINA NARANJO

EN PRIMERA PERSONA

En primera persona

Romina Naranjo

colección

milamores

En primera persona

ISBN: 9788419941008
ISBN ebook: 9788419941558

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Romina Naranjo
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Al tiempo que le robamos a los relojes y los océanos; para pasarlo juntos. Y a los aviones.

«Una mujer debe tener dinero y una habitación propia si desea escribir ficción».

Virginia Woolf
Una habitación propia

Nota de la protagonista

Lo que pasa con las expectativas es que, de tanto ambicionarlas, las terminamos vistiendo como una segunda piel, igual que esas prendas interiores que modelan y ensalzan, y a las que terminas enganchado de forma irremediable hasta el punto de olvidar el aspecto de tu propio cuerpo.

Y cómo es tu realidad.

Al final, con tanta expectativa, terminas aceptando pulpo como animal ecuestre y, sin plantearte cuándo ni por qué, acabas ensillado y al galope, aun si nunca tuviste la menor intención de aprender a montar.

Supongo que os preguntaréis a qué viene esta entradilla…, bien, prefiero dejarlo claro para que nadie se lleve a engaños ni sorpresas. El tema de esperar lo inesperado queda muy bien en los libros para futuras madres, pero no en las historias, por eso quiero hacer este inciso.

Si estás buscando un romance…, sí, lo encontrarás. Pero antes de eso vas a enterarte de muchas cosas y a transitar por muchos recodos. Te llenarás de barro, te sangrarán las rodillas, vas a perder algún diente, sudar por las axilas, desesperar y sufrir. Claro, que todo tiene su recompensa, se supone, pero antes de caer rendidos a suspiros, besos y noches de pasión de esas que en las buenas telenovelas culminaban con un plano fundido del viento meciendo hojas de palmera, va a tocarte ver el lado oscuro. Las sombras chinescas de la destrucción.

Nada puede hacerse nuevo sin antes demoler lo antiguo. Por lo menos eso dicen los que saben algo de construcción. No es mi caso, yo sé bastante poco de casi todo y mucho de prácticamente nada, excepto de mi historia. Esa me la sé al dedillo. Y no, no es sólo una historia de

amor. Aquí, el chico conoce a la chica, pero, primero, la chica se tiene que conocer y entender a ella misma, y eso, querido lector o lectora, va a ser un proceso muy jodido.

El equivalente emocional a una ecuación de segundo grado sin calculadora y con temporizador.

Si quieres acompañarme en la aventura, perfecto, pero ya te advierto que este cuento no va a ser convencional. Eso sí, cuando lo termines, si lo haces, te aseguro que te costará mucho tiempo olvidarlo.

Sin nada más que añadir, me despido, para poder empezar a presentarme por el principio. Espero que estés cómodo, tomes café y le eches un chorrito de licor. En algunos capítulos, es posible que te pida un sorbo.

Léeme con atención. En medio de las líneas, nos encontraremos.

Te contaré mi historia en primera persona.

C.V.

1
Viudas y huérfanas

El sexo estaba bien. De hecho, el sexo era genial. Fantástico. La octava maravilla del mundo. ¿O era la novena? No importa [nota al pie, revisarlo más tarde]. ¿Por dónde iba? Ah, sí. El sexo. Hacer el amor. Echar un polvo. Ñaca ñaca. Follar. Era como una comunión, pero no de esas para las que tienes que ponerte un vestido de merengue y sufrir los calores de una mañana insoportable mientras rezas —nunca mejor dicho—, para que no se te olviden las letras de las canciones que has estado memorizando en la catequesis. Porque, en serio, ¿alguien recuerda una primera comunión donde no haya estado al borde de la lipotimia? Sé de gente que hasta se ha desmayado, ¡menudo papelón! Ahí, en plena eucaristía, te ofrecen el cuerpo de Cristo y tú, en un arranque vegano sin precedentes, haces la de Thalía en cualquiera de sus telenovelas y te vas al suelo redonda con cancán, guantes, peinado imposible y toda la parafernalia, pero ¿de qué estaba yo hablando?

«Joder…, menuda mierda».

Me quedé mirando el cursor parpadeante del MacBook, que me reprochaba, desde su pantalla brillante, el enorme y superfluo gasto que desde luego no había podido permitirme y al que no estaba sacando el más mínimo rendimiento. Allí, con los pies doblados sobre la silla de respaldo alto, girando de un lado a otro mientras pensaba en el precario estado de mi pedicura, lo mucho que necesitaba una sesión de depilación en las pantorrillas y en mil maneras de destruir el mundo y acabar con todos los que me caían mal si poseyera el Guantelete del Infinito, me di cuenta de que procrastinar, cuando se trataba de mí, adquiría una nueva dimensión.

Soy el jodido Pokémon evolucionado a su máxima expresión en cuanto a lo del escaqueo. Y si no me creéis, esperad a que vuelva de pillarme algo de manduca, y os lo cuento con detalles.

Desde la ventana de la cocina, y mientras relamía una generosa ración de leche condensada que había vertido en un yogur de coco —aun prometiéndome que no iba a hacerlo, porque, nota de protagonista, además de vaga, tampoco cumplo con mis promesas, por si os queréis hacer una idea general sobre mi persona—, me quedé mirando las bonitas vistas de Trafalgar, aquel barrio residencial, tan señorial, perteneciente al distrito de Chamberí, donde tenía la suerte de vivir. Abajo, se adivinaba la plaza del Olavide, donde los grupitos de jóvenes se congregaban para tomar cañas y tercios, disfrutando de aquella tarde de jueves sin nada de particular con una libertad que yo, perdida en mis elegantes cuatro paredes, con todas las comodidades del mundo y más canales de televisión de los que ninguna persona podría ver jamás, sentía perdida. Encerrada entre muros que me había creado solita por creerme que aquellos sueños que tenía a veces, cuando lograba dormir de un tirón, estaban destinados a cumplirse.

Que se vayan a tomar por culo las fantasías de destacar, pensé con desdén, subiéndome a la encimera y revolviendo el yogur con tanta fuerza que los chorretones de leche condensada me cayeron en el dorso de la mano.

> «Estupendo. Como si ya no tuviera suficiente pinta de pringada, ahora el *pringue* ha dejado de ser metafórico».

Tiré del rollo de servilletas, preguntándome si quizá una visita al Andén 0, que albergaba el Museo del Transporte, podría inspirarme. O el Sorolla, ¿quién no sentiría que las musas le acariciaban el subconsciente rodeado de cuadros e historia? Podía darme un paseo por los teatros del Canal, o callejear alrededor de las discotecas de Almagro. Mirar a la gente, sus comportamientos, vestimentas, preocupaciones… Podía empaparme de algo más que un pseudoalimento azucarado y nada recomendable para la salud. Abrir mi mente. Ampliar mis miras.

Salir de casa para que el escaqueo fuera más fructífero.

«Dos mil palabras, Carmen. Y sanseacabó».

Arrastrando aquellos pies que gritaban una falta de mimos alarmante, volví a la silla, a sentarme junto al carísimo portátil con el que había jurado escribir mi *best seller* y que, estaba convencida, se amortizaría en unos pocos meses, en cuanto mi *nosecualgésimo* intento de escribir una novela por fin arrancara. Esta vez era la buena, me lo había repetido hasta el cansancio, en todo el camino que hice de ida y vuelta a la Apple Store, y luego, en casa, mientras montaba el chisme y resistía la tentación de perderme con sus aplicaciones en lugar de ponerme a lo que me tenía que poner.

Mi sueño iba a cumplirse porque la inspiración estaba conmigo. Oía el canto de las sirenas de la escritura en mi oído susurrándome unas tramas sexys, atrapantes y magníficas, protagonizadas por personajes de esos a los que amas y odias diez veces por segundo conforme avanzas en la lectura. Estaba decidida. Estaba desatada. Estaba entregada. Estaba…

«Hundida en la miseria. Dios, no puedo. ¡No puedo!».

Cerré la tapa de un golpetazo y luego apreté la mandíbula. Genial. Lo único que me faltaba era cargarme un aparato de tres ceros al que apenas había dado uso. Tenía que ser perseverante. *Harry Potter* no se hizo en un día. Ni la saga *Valeria*. Joder, Carlos Ruiz Zafón no cuajó toda la historia de Daniel Sempere en una tarde ni mucho menos —de esto no tenía pruebas, pero no me parecía especialmente plausible— poniéndose ciego a yogur de coco con leche condensada.

«Quien algo quiere, algo le cuesta. Hay que esforzarse, trabajar duro, cambiar los hábitos y… Pero ¿qué narices…?».

Me volví a levantar. Recorrí el salón, esquivando por poco a Alfred, la *roomba* que se encargaba de que yo no tuviera que barrer las pelusas del suelo para poder centrarme en mi escritura, *ejem*, y pegué la nariz al cristal de la ventana más cercana. El reflejo, cruel como el espejo de la madrastra de Blancanieves, me devolvió la imagen que presentaba en esos momentos, y que no os he descrito antes por evitar deprimirme. Y porque no me he dado cuenta, la verdad. Así de

desordenada es mi narración, para que os hagáis una idea.

El pelo, que llevaba corto por los hombros y de color rojo vivo, estaba cogido en una pinza estilo peluquería de la que se escapaban toda suerte de mechones. Unos pantalones vaqueros cortos con tantas manchas de lejía que había olvidado de qué color eran, y una camiseta de tirantes negra sin sujetador bastante dada de sí con la que lo mismo dormía, que bajaba a tirar la basura o usaba para estar en casa. Incluso la llevé puesta la única vez que intenté hacerme la moderna y me dispuse a hacer *running* por la calle. Al final acabé comprando porras, pero, ojo, también con esa camiseta. Nunca seis euros se revalorizaron tanto.

Ojalá pudiera decir lo mismo de otras compras.

En la plaza no había pasado nada de particular, un pequeño altercado en una terraza a consecuencia de un perro, un niño en un cochecito y un señor fumador. Algo así como esa especie de fábula donde tienes una balsa, un cocodrilo, una oveja y una planta, y tienes que hacerlos coexistir sin que se coman unos a otros. Nada reseñable y, desde luego, nada que me retuviera. Mis ojos sin pintar me escrutaron desde la ventana, fijándose en las tres rosas rojas que llevaba tatuadas en el hombro izquierdo, y que hablaban de un pasado que, en días como aquel, de bajón supino, me negaba a visitar.

> «Ya no eres esa persona, Carmen —me dije como un mantra, cerrando la cortina y dándome la vuelta—. Ahora eres dueña de tu vida, de tus aspiraciones y tu destino. La suerte está en tu mano. Puedes alcanzarla si realmente quieres».

Pero ¿quería?

Levanté la tapa y releí las escasas mil palabras de ideas incoherentes y que, igual que llevar rayas con lunares, no hacían juego entre sí. En aquella aventura de escribir, que en mi cabeza siempre sonaba como la consecución de todas mis ambiciones, yo me sentía como una de esas líneas viudas y huérfanas que se quedaban sueltas al final del párrafo al que teóricamente pertenecían. Sin combinar. Colgadas. Mi vida era justamente eso, una sucesión mal redactada de líneas viudas y huérfanas. Un sinfín de párrafos que no hacían juego. Un montón de palabras que no combinaban.

«Pero sé que puedo hacerlo. Sé que está ahí en alguna parte. Tiene que estar…».

Presioné los dedos sobre el teclado con fuerza, la pantalla del texto se cerró y, en su lugar, el fondo de escritorio me barrió los ojos con su luz. Allí, en la esquina superior derecha, amenazante como un guepardo ante el pobre impala cojo de la manada, el reloj. Se me abrió la boca y un sudor frío muy incómodo me bajó por la espalda. ¿Era esa hora? ¿En serio? ¿Cómo narices había pasado la tarde sin que me diera cuenta?

«Mierda. Mierda, joder, ¡me cago en la puta!».

Sí, bueno. Otra cosa destacable de mi persona es que, cuando me pongo nerviosa —o triste, o contenta, o cachonda, o estoy cansada, o agobiada o de mal humor. O de bueno. O tengo la regla. O me va a venir…— digo tacos. En plan marinero que baja a puerto después de ocho meses de comer pan duro y hacerse pajas con la mano callosa de enredar sogas.

Símiles cutres aparte, me encontraba en un momento frenético bastante jodido. Según el ordenador, eran las ocho, hora en la que una servidora tendría que estar con mucha mejor pinta, en otro sitio. Histérica, consulté el despertador digital de la mesilla de noche cuando entré al dormitorio como una exhalación, por si acaso me daba una segunda opinión.

Resultó que había perdido dos minutos entre flipar y hacer comprobaciones inútiles, así que me golpeé la frente con la palma de la mano, lo que tampoco me resolvió nada, pero, por lo menos, me espabiló.

«Venga, *Carmiña*…, centra la cabeza. No tenemos tiempo para el servicio completo, así que habrá que hacer concesiones. Muchas concesiones. Cruzar los dedos y rezar como en tu vida».

La última vez que había sentido el corazón bombeándome tan fuerte en el pecho había sido con el final de *Juego de Tronos,* aunque eso podía tener más que ver con las dos botellas y media de *Dime que sí* que mi amiga Gema y yo llevábamos entre pecho y espalda, pero

bueno, ¿qué os voy a decir? La octava fue una temporada dura. Volvamos al presente.

Saqué del armario el vestido *pin up* negro con diminutos rombos de color rojo, el cinturón estilo fajín, los tacones y el rizador de pelo, aunque este último lo descarté de inmediato. No había tiempo para eso. Me saqué la camiseta *para todo* por la cabeza y pataleé hasta salirme de los vaqueros. Olisqueé ropa interior y sobaquera. Iba a tener que valer. Me apliqué un poco de desodorante en *roll-on* y me metí en el vestido. La braga hacía marcas, porque no era la ideal para la tela con la que pensaba cubrirme el cuerpo, pero no tenía tiempo de revolver en el cajón desastre de mi ropa interior en busca de otras.

> «Debería haberlo dejado todo preparado esta mañana. Soy un desastre, joder».

Me contorsioné como una bailarina del circo del sol hasta cerrar la cremallera, después, me subí a los tacones y até el cinturón como si estuviera embutiendo una morcilla de Burgos. Puta leche condensada, ¡la ropa dada de sí de estar por casa no reflejaba los excesos! Y por triste que sonara, yo llevaba mucho sin tener motivos por los que arreglarme. Mi trabajo no requería de grandes artificios y el resto de mi jornada, en teoría, debía pasarlo escribiendo, pero ya hablaremos de eso en otro momento, ¡que voy sin tiempo, coño!

Barra de labios rojo pasión… justo antes de recordar que no me había lavado los dientes. ¿Jodería el perfilador hacer gárgaras con un poco de *Listerine*? Y las uñas…, ¡maldita sea!, ¿por qué había elegido los *peep toe* cuando llevaba la pedicura descascarillada?

Quizá porque deberías haberte duchado y arreglado con tiempo en vez de haber invertido horas en las musarañas, los yogures y perder la tarde, y la vida, sin hacer absolutamente NADA, muller parva.

> «No tengo tiempo para flagelaciones».

Agarré el bolso que había tenido el buen tino de dejar en el perchero de la entrada —si por ser vaga o precavida lo dejaremos sin resolver— y desconecté el móvil del enchufe. Al menos no saldría sin batería. Cerré la puerta tras de mí y me precipité escaleras abajo por no esperar al ascensor, molestando al vecindario y levantando hasta a

los muertos con el taconeo. No apagué la *roomba,* ni tampoco el ordenador. De hecho, no había guardado los cambios en el archivo, pero, para lo que había avanzado, eso último carecía por completo de importancia. Por delante, un trayecto de nos veintitrés minutos desde la estación de metro de Chamberí hasta Paseo de Recoletos. En el mercado de San Antón, en un reservado muy coqueto, estaba teniendo lugar, en ese preciso momento, un ágape en honor de mi novio Pau, por haber conseguido, para la cartera de clientes del bufete de abogados donde trabajaba, un importante contrato con uno de los dueños del famoso bingo de la calle Princesa, acuerdo que generaría una sustanciosa suma a su cuota profesional y, además, incrementaría el caché de los socios.

En todo eso pensaba mientras movía las rodillas con nerviosismo en mi frío asiento y viendo pasar a velocidad supersónica los anuncios y pintadas subterráneas, mirando de soslayo la pantalla del móvil, que se iluminaba cada vez que lo sacaba del bolso. Ni mensajes ni llamadas.

«Esto es malo. Esto es muy, muy malo».

Y ya os puedo garantizar que sí que lo era, porque en contrapunto a mí, que ha quedado manifiesto que soy un saco de piezas perdidas de puzle, de las que ni casan entre sí ni forman imagen bucólica alguna, Pau era justo lo contrario. La perfección. La magnificencia. El Milka de los chocolates. Con Oreo.

Él nunca se equivocaba, no llegaba tarde ni olvidaba compromisos importantes. Él, que trabajaba como un cabestro y desayunaba antes de que los panaderos encendieran los hornos, me había pedido una única cosa: que estuviera presente cuando pronunciara su discurso, que abriría el acto de celebración. Pues *polos meus mortos* que no pensaba fallarle.

Tan pronto las puertas abatibles del metro se abrieron me precipité fuera como una posesa. Creo que arrollé a una señora que iba con bolsas de la compra. Puede que incluso saltara por encima de un cochecito gemelar e hiciera un *sprint* para evitar pisar la funda abierta de una guitarra española que un chico con rastas y barba de chivo rasgueaba junto a la salida del andén, en un intento de versión muy

peculiar del *Soy Gitano* de Camarón. Subí las escaleras, impulsándome hacia arriba, jadeando por el esfuerzo de esquivar personas y no perder el equilibrio con los tacones. Cuando llegué a la superficie, resollaba como una gorrina.

Al salir a la calle, eché a correr y creo que no respiré hasta divisar la fachada del teatro Marquina. Todavía tenía que pasar el Infanta Isabel, bajar por la calle de Gravina y tendría el Mercado de San Antón justo en frente. Esperé con suma impaciencia por un semáforo y seguí corriendo. Noté un calambre, pero eso no me hizo parar. Quise mirar el reloj, pero me daba pavor comprobar lo tardísimo que era. De soslayo, veía miraditas que se cruzaban conmigo, pero, una vez más, no tenía tiempo para prestarles atención. Asumía que aun siendo Madrid la capital nacional de la prisa y el estrés, ver a una tía en *peep toes* y con un vestidito como aquel en modo Usain Bolt llamaba la atención. Yo misma, de haberme encontrado en circunstancias diferentes, habría sido de las que se quedan embobadas pensando qué metedura de pata intentaría solventar la corredora con semejantes prisas.

Ojalá estuviera en la posición de la que mira y juzga, en lugar de la que va a caer de cabeza en un problema descomunal. Porque sí, había pocas posibilidades de que Pau se tomara aquel plantón de forma positiva. No era la primera vez.

Llegué a San Antón notando cómo de mis axilas corrían ríos. Del estado de mi entreteto y el bajo de la falda, es mejor correr un tupido velo. Respiré hondo. Me sudaba el bigote y temía que el carmín rojo se me hubiera corrido, pero llegaría, aunque pareciera Joaquín Phoenix en la escena final de Joker.

> «¿Dónde coño era esto? ¿En qué mierda de rincón pijo de tapas…?».

Lo divisé. Pau y un grupo de otras seis o siete personas, entre hombres y mujeres trajeados, muy sonrientes y portando copas de vino que tenían pinta de haber sido rellenadas ya un par de veces, se arremolinaban alrededor de un par de taburetes en *La Trastienda Tapas*. Ante ellos, un par de tablas de quesos de temporada y otras tantas de ibéricos llenaban los barriles ubicados en forma de mesa.

Había pan con tomate, selección de croquetas y una ensaladilla rusa con huevos de codorniz cuyo aroma llegaba hasta donde me encontraba yo.

Puede que hubiera aparecido groseramente tarde y no tuviera muy clara la ubicación del sitio, pero me había empapado de la carta nada más saber dónde íbamos a quedar. El buen comer era uno de mis escasos dones. Y para las pocas cosas que tenía buena memoria.

Mi mirada buscó la de Pau, que estaba increíblemente guapo con la corbata color azul y su pelo oscuro, salpicado de leves canas adornándole las patillas. Afeitado a cuchillo, como siempre, dejó su copa de tinto y alzó el mentón en mi dirección cuando una rubia delgadísima, pero de generoso busto, le hizo una seña. Enfaticé mi mejor sonrisa y levanté la mano para saludar. Se me cayó el bolso al suelo, pero por suerte el papelón murió ahí y, en contra de lo que dictaba mi karma para aquella jornada, ningún tampón salió rodando. Me agaché como pude a recoger el desastre. La cremallera del vestido no crujió, así que la integridad de mi ropa interior cutre quedó a cubierto. Bueno. Bien. Quizá mi suerte estaba cambiando.

Todavía con la sensación de que todo el mundo me miraba, di un par de pasos vacilantes hacia la concurrencia, mientras mi cabeza trabajaba a mil por hora intentando inventarme alguna excusa convincente que me hiciera quedar un poco menos mal con respecto a la imagen que ya debían tener de mí. Me había perdido el discurso, eso por descontado, y a juzgar por los restos de papel de envolver y la bolsa con el logotipo de Mont Blanc que Pau había dejado en su taburete, junto al maletín y la americana, también me habían puesto falta en la entrega de regalos.

Regalos. Su puta madre. Pau había conseguido un hito, así que sus compañeros, habían tenido un detalle con él. Mierda. ¿Por qué cojones no se me había ocurrido a mí?

Enfaticé la sonrisa. Más que nada por ver si la intentona colaba. Sobra decir que Pau no me la devolvió. En lugar de eso, cogió el tenedor y partió en dos una de las croquetas, de redondez perfecta. Me pareció que eran de Camembert y berros. Se me hizo la boca agua, pero no era momento de nimiedades tales como llenar el buche. En cuanto le tuve a tiro, le acaricié el brazo y abrí la boca para

disculparme, arrancarme por bulerías o… qué sé yo, chillar a mandíbula batiente que era un chico excelente y proponer un brindis por el bingo de Princesa, el cliente y cualesquiera fueran los presuntos delitos con los que el bufete iba a tener que lidiar de ahora en adelante y por los cuales mi *cari* se iba a embolsar unas primas que ni las que tenía en el pueblo, pero… me había apresurado al creer que la partida me era favorable. Por supuesto, no era así.

La abogada rubia, cuyos labios perfilados a la perfección dejaban claro que debía desayunarse todos los días con arsénico rebajado en sangre de bebé, me hizo un gesto con la mirada que me abarcó de arriba abajo.

—Interesante atuendo —dijo doña traje de tres piezas de Uterqüe —. Muy… colorido.

Estaba versada en ese tipo de situaciones, por supuesto. Mi aspecto no me era indiferente. Ni a los demás tampoco. Estaba acostumbrada a los prejuicios que solían suscitar mis tatuajes visibles, el corte y color de mi pelo o la forma en que me vestía. No me afectaba. Era capaz de mimetizarme cuando la ocasión realmente lo merecía, solo que rara vez me daba la gana disfrazarme para aparentar ser una persona diferente a la que, para empezar, Pau había elegido, aunque en ese momento su mutismo gritara lo contrario.

Me humedecí los labios para contestarle a Barbie litigante como se merecía, pero con talante, que no me apetecía dar el espectáculo —más—, pero mi novio escogió ese preciso momento para reaccionar, estiró el brazo por detrás de mi cabeza y allí, sobre el barril donde reposaban un montón de maravillas culinarias que se estaban enfriando, dejó la prueba del delito. El objeto de la humillación. El motivo real de que todo el mundo me mirara, incluyendo a los presentes, mientras pasaba como el correcaminos, cruzando avenidas, adoquines y calles. La pinza de peluquera, color rosa fosforito, que había olvidado quitarme al salir de casa.

Me quise morir, lo juro. Yo que había pasado por situaciones peores, que había vivido la vergüenza, el corte y la desazón a lo largo de mi vida en múltiples ocasiones, deseé esa tarde cualquiera, que el suelo se abriera y la tierra me tragara.

La mirada decepcionada de Pau aullaba sin pronunciar ninguna

palabra. Tragué saliva y bajé la frente. Ojalá me hubiera gritado. Su silencio, aquel desdén, siempre era peor. De eso, tampoco era la primera vez.

Soy Carmen Vega, por cierto. Y aunque todavía no lo sabía, acababa de trazar la penúltima línea entre lo que separaba mi vida tal y como la conocía, del despropósito que vino después.

2
Prólogo

Como conocía de sobra el modo guerra fría de Pau, no me sorprendió que aquella noche no viniera a dormir a nuestra habitación. De hecho, y después del trayecto tenso y silencioso que compartimos desde el Mercado de San Antón hasta casa, daba por hecho que no íbamos a compartir colchón. Ni a hablar del tema.

Así eran las cosas con él. Estaba acostumbrada.

Por la mañana, mientras revolvía mis cereales rellenos en un cuenco con leche y pasas, me quedé acodada en la puerta del estudio, viendo las mantas y almohadas que él había usado perfectamente dobladas en ese sofá que habíamos comprado en su momento, primero, para rellenar espacio en la estancia bautizada como «despacho» y segundo, porque en aquellos primeros días de relación, mi presencia en su santuario de la abogacía solía ser muy bien recibida y las sonrisas, el café de media tarde y las insinuaciones por mi parte, que versaban entre sutiles roces de dedos o inclinarme llevando escotazo por encima de la mesa, solían terminar en ese sofá, en un sexo desinhibido y salvaje que nos dejaba a los dos sonrientes y despeinados.

Ahora ni se me ocurriría entrar mientras Pau estaba enfrascado en alguno de sus casos, o en esas pilas de papeles que siempre eran prioritarias, súper importantes y tenía que entregar a la velocidad de la luz.

Las cosas habían cambiado. La chispa, la urgencia, el deseo que hacía que cruzarnos por el pasillo e intercambiar una mirada sirviera para encender todos los interruptores, las ganas perpetuas, esa capacidad para hablar y hablar durante horas…

«Y ahora podemos pasarnos días sin decir ni una palabra».

Vivir con un abogado que estaba constantemente a la espera de ser ascendido a socio del bufete no era fácil. Trabajo, trabajo y más trabajo era lo único que parecía llenar los días de Pau, pero yo podía entender aquello. Su empuje, su dedicación y esa cabezonería suya me habían parecido algunos de sus rasgos más sexys cuando nos habíamos conocido, por pura casualidad, en un pub de Malasaña.

Por aquel entonces, él era un pasante, llevaba un pendiente brillante y una de esas carteras horteras que gritaba a los cuatro vientos «soy abogado». Yo tenía el pelo negro azabache, rapado a los lados, y solía llevarlo recogido en una coleta altísima y tan tirante, que durante meses mi cara adquirió unos rasgos asiáticos casi genuinos. También fue mi época de fumar en vez de almorzar. Y fumar en vez de desayunar. Y, en consecuencia, pesaba cincuenta kilos, pero en mi defensa diré que trabajaba unas catorce horas como oficinista en una multinacional, cuyo nombre me voy a reservar porque mentarlo me produce ardor de estómago.

Señalaré que me encargaba de atender las quejas telefónicas de clientes que se sentían —con toda la razón del mundo— estafados. Y tenía que torearlos y marear la perdiz hasta que se aburrieran y desistieran. El Nirvana, vaya. Y no precisamente ese que encabezara en los noventa el rubio deprimido de Seattle.

De forma que allí estaba yo, una noche de entre semana cualquiera, tomándome un destornillador y rajando como si no hubiera mañana sobre lo muy harta que estaba de mi curro, pero lo bien que me venían las horas muertas cuando tocaba poner las llamadas en espera, en el momento en que apareció él. Con sus *Levi's*, su pendiente y su pelo engominado sin ningún estilo aparente. Fue ver el maletín y la camiseta cuidadosamente sacada fuera de la cinturilla de los vaqueros y perder los cuatro puntos cardinales. Pau no era mi prototipo, pero cuando se nos cruzaron las miradas, todos los clichés del mundo cobraron sentido. Axl Rose nos daba la bienvenida a la jungla en el hilo musical del garito y yo pensé que, si el sino estaba escrito y existía, tenía que ser aquello.

Media hora después ya estábamos enfrascados en un debate

imposible sobre perseguir la seguridad o vivir feliz haciendo aquello que quieres. Yo me había pasado al vodka negro y él iba por su tercera Guinness. La noche, Madrid y la vida entera parecía ser nuestra. Estaba claro que yo no entraba en el tipo de chica que seguramente sus padres recibirían en su casa los domingos para la paella con los brazos abiertos, pero quizá fue exactamente eso lo que hizo imposible que nos separásemos.

Lo que empezó con alcohol, terminó en churros con chocolate y paseo por el Templo de Debod mientras veíamos amanecer, cogidos de la mano y jurándonos sin decirlo en voz alta que ni un iceberg en medio del Atlántico conseguiría hundirnos. Nos sentíamos indestructibles. Tan encoñados, que llegamos demasiado pronto a esa fase donde bates tus propias alas para que el otro eche a volar en pos de sus sueños.

—¿Qué quieres hacer, Carmen? —me preguntó de repente, acariciando el dorso de mi mano con aquellos dedos sorprendentemente suaves—. ¿Qué quieres hacer de verdad?

—Desde luego, seguir pegada al servicio de atención al cliente no. —Sonreí. Él lo hizo también, y me limpió de chocolate la comisura de la boca—. Vale, te vas a reír.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todo el mundo se ríe.

Pau echó la cabeza hacia atrás, supuse que intentando que el airecillo mañanero le moviera el flequillo, pero su gomina tenía pinta de ser de las que solo se puede sacar con martillo y escoplo. No se le movió ni un pelo.

—Te he visto hacer aros con el humo del cigarro. No creo que nada de lo que digas pueda sorprenderme.

—Oye, han sido años de perfeccionamiento de esa técnica —me defendí, dándole unos golpecitos al maletín, que llevaba cruzando sobre el pecho—. He tenido que probar un montón de marcas de tabaco hasta dar con la consistencia perfecta.

—Pobres pulmones…

Me encogí de hombros. Intenté que la estampa no me impresionara, pero Pau olía tan bien, escuchaba tan bien, hacía tan buenas preguntas… y me miraba como si no quisiera ver nada más que a mí.

Era difícil no dejarse embriagar por el momento, sobre todo cuando se era alguien como yo.

—De algo hay que morir, supongo.

—Supones bien. —Sus ojos, preciosos, de niño lleno de esas ilusiones que se cumplen, se me clavaron—. Pero antes de tener que encargar la corona y demás, dime, ¿qué es lo que quieres hacer?

Resoplé. Estaba sin escapatoria. No había excusas para no contárselo… y por alguna extraña razón, además, quería hacerlo.

—Escribir —verbalizarlo fue como quitarme de encima un paso de Semana Santa. Con cofrades y todo—. Desde pequeña yo… siempre lo he querido. Crear historias, hablar de personajes que se vuelven reales porque yo les doy vida. Escenarios, tramas, dramas, romances, muertes, ¡conspiraciones! Mi cabeza es como la olla de una bruja, cabe de todo.

Me imagino que esperé de él cualquier reacción negativa. No en vano era un abogado. Tenía carrera y un montón de años de estudios y formación a sus espaldas. Yo había encontrado mi curro por pura chiripa y ahora estaba valorando dejar esa estabilidad, por precaria que fuera, para algo que era más fantasía que realidad.

No obstante, Pau me sorprendió.

—Creo que deberías hacerlo —dictaminó, con una seriedad en la voz que auguraba todos los casos que iba a ganar en el futuro—. Si es tu pasión, tu vocación, aquello para lo que has nacido, ¿qué haces contestando un teléfono ocho horas?

Me reí.

—Uy, ocho dice…, angelito. No tienes fe tú ni nada.

—Hablo en serio, Carmen.

—A nadie le gustaría creérselo más que a mí, Pau, en serio. Es mi fantasía sexual. En mis sueños… —me acabé un churro, devorándolo con fruición— Brad Pitt ataviado como en la peli *Troya* se me aparece en medio de la noche y me alcanza el ordenador para que me ponga a escribir. En serio. Ese es mi puto sueño erótico recurrente, priorizar la escritura al jodido Aquiles.

Sonrió de medio lado.

—Vamos a dejar de lado las más que dudosas lagunas históricas de esa película… —Puse los ojos en blanco. Pau se paró, me cogió la

mano y me zarandeó hasta moverme del sitio—. Carmen, tienes que ser escritora.

—También tengo que comer todos los días. Y costumbres súper exóticas como ducharme y llevar calzado en los pies que no tenga agujeros. —Me encogí de hombros—. Qué quieres que te diga, soy una burguesita.

Se quedó en silencio un momento. El sol ya se había alzado del todo. Madrid daba la bienvenida al día con los taxis, las personas y el ruido generalizado que nos robaba un momento que había sido, de lejos, perfecto. Era tiempo de volver al presente. El trabajo, las prisas, los horarios…, fin al paréntesis. Ya no cabía seguir argumentando sobre vivir la vida en formato *technicolor* o conformarse con los canales públicos. La realidad había hablado. Y era muy puta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Asentí. Su mirada era clara. Su interés, muy genuino—. ¿Por qué escribes?

—Para hacerme millonaria y acabar con un ordenador obscenamente caro, en bata, comiendo cruasanes y tecleando de forma anodina en una buhardilla de París.

Compartimos una sonrisa cómplice.

—¿Y de verdad?

Suspiré. Otra vez, Pau no me dejaba asideros. Aquello era algo que yo no contaba a la ligera, y mucho menos a un tío *random* que acababa de conocer, por más que la primera cita estuviera siendo épica, el *feeling* tremendo y el plan hubiera durado más de diez horas. No obstante, una vez más, me encontré sintiendo que dejar al descubierto aquella parte de mí, más que vulnerabilizarme, me fortalecería.

De modo que lo hice. Abrí la compuerta de mi compartimento estanco más privado y allí, sin más preparación previa que un poco de grasa de los churros y las trazas de vodka que todavía pudiera almacenar mi sistema, le di a Pau la llave para conocerme. Y, sin saberlo, también las claves para destruirme.

—Escribo porque, cuando narro historias y creo momentos y personas, puedo escoger lo que sienten, lo que piensan, aquello que les pasa y cómo lo enfrentan.

—Juegas a ser Dios.

—Algo así. —Hice una bola con las servilletas y las tiré a la papelera más cercana—. También puedo asegurarme de que posean redes de apoyo, que tengan siempre quien les sostenga en caso de caer y, por complicadas que pinten las cosas, cuento con la seguridad, porque soy yo quien dictamina cuándo acabará de contarse la historia, y de que su final siempre será feliz.

Y Pau, que era letrado y, por ende, no se le escapaba una, leyó sin ninguna dificultad lo que yo no estaba diciendo.

—¿Dónde está tu red de apoyo, Carmen?

Mi sonrisa, esta vez, fue triste.

Le hablé de los centros de menores. De las familias que te devolvían. Del sentimiento de pertenencia como algo completamente desconocido para mí, de guardar un cepillo de dientes y un suéter heredado como el mayor de los tesoros, porque era la primera cosa tuya de verdad que poseías. Luego me di cuenta de que estaba soltando datos de manera desordenada e intenté conferir a aquella narración un poco de contexto. Inicio, nudo…, esas mierdas que nos enseñan siempre.

Le conté que había nacido en La Coruña, muy cerquita del cabo de Finisterre, y que mi padre se dedicaba a la pesca, como un gran porcentaje de los hombres gallegos. También que se gastaba más de lo que podía permitirse en alcohol y que, frustrado por la escasez que de alguna manera provocaba, la emprendía a golpes, insultos y torturas contra los presentes, que solíamos ser mi madre, mi hermano Nano y yo.

—Se ahogó en la Costa da Morte, menudo topicazo, ¿eh? Cuando el mar lo escupió estaba tan hinchado que apenas pudimos reconocerlo. El efecto de los percebes y demás bichos marinos tampoco hizo mucho para que pudiera tener un ataúd abierto. —Encogí los hombros—. Yo tenía ocho años. Mi hermano diez.

—Carmen, lo siento mucho, no sé ni qué decir, yo no…

—No te preocupes. —Le dediqué una sonrisa que no tuve que forzar. Aquel era un cuento viejo que ya solo tenía efecto para quienes lo oían de nuevas—. Tuvimos un par de meses buenos, es lo que cabe esperar cuando la principal fuente de problemas, bofetadas y borracheras acaba bajo tierra, supongo, pero lo que no te dicen es que

cuando falta el sostén de la familia, incluso uno tan malo como fue mi padre, el resto se desmorona. —Me permití unos segundos, porque aquello sí seguía doliéndome—. Mi madre llevaba años tomando pastillas para soportar la vida que le había tocado. Perder a su marido solo hizo que se sintiera más desgraciada porque, en aquella comunidad, valía más estar mal casada que no estarlo. Ser viuda no le sentó bien. No supo cómo encajarlo.

—Y eso afectó a tu hermano y a ti.

—Fue incapaz de cuidarnos. Empezamos a faltar al colegio y cuando íbamos, olíamos mal o la ropa se nos había quedado pequeña. Nano pilló el escorbuto por una alimentación que, más que pésima, era ausente. Los servicios sociales se hicieron cargo a partir de ese momento y el resto… bueno.

Casas de acogida, intentos fallidos de adopciones, padres que te hacían preguntas, te regalaban caramelos, sonreían…, pero luego no volvían, porque eras demasiado mayor, demasiado morena, tu nombre no sonaba bien con sus apellidos o el acento que te había tocado en suerte no les gustaba.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el sistema?

—Hasta que fui mayor de edad y por fin pude irme. Nano tuvo suerte, le adoptó una buena familia. En régimen cerrado, pero mantuvo algún contacto con mi madre. Al menos, durante algún tiempo.

Pau pareció escandalizado. Su mirada cálida y el gesto amable de su cara se congelaron.

—¿Os separaron? ¿Alguien se llevó a tu hermano, pero no a ti?

—Era un gran chico. Listo, guapo, deportista. Sacaba buenas notas, nunca se metía en líos. No era respondón ni antipático. Cuando perdió los incisivos de leche su sonrisa era tan adorable que yo misma le habría adoptado de poder hacerlo. —Volví a encoger los hombros—. Por supuesto, el bueno de Nano no quería que lo que quedaba de nuestra familia se rompiera, pero esa familia solo quería un chico y yo…, bueno, yo tenía planes que no pasaban por respetar eso de «mientras vivas en mi casa cumplirás mis normas». Ya había tenido más que suficiente de esa dictadura.

—Carmen…

—Lo decidí yo. Y fue lo mejor para él. Ahora tiene una buena vida. Una vida muy buena.

No le dije que había oído a los presuntos padres adoptivos hablar con la directora del orfanato, ni cómo ella había intentado, por todos los medios, que Nano y yo acabáramos tutelados bajo el mismo techo. Tampoco le conté, ni a Pau ni a nadie, que a partir de aquel momento mi carácter, de por sí algo arisco y difícil, se convirtió en un polvorín. Me esforcé por distanciarme, tanto de mis posibilidades de acabar siendo una niña de casa como de mi hermano, para que así, cuando el momento de tomar la decisión llegara para él, fuera sencillo. «Yo no quería un hogar de prestado —dije con vehemencia— ni unos padres de mentira». Yo esperaría a ser mayor de edad y luego, seguiría mi camino, haría las cosas a mi manera y no aceptaría instrucciones ni órdenes de nadie.

Ni quería ser rescatada ni arropada por las noches. No deseaba hacer méritos para que me dejaran enviar una carta a mi madre ni vivir a expensas de que un único error diera con mis patitas —y las de Nano— otra vez en la calle. Él no iba a tener ese problema. Sería el hijo perfecto. Su comportamiento lo avalaba. Cargar conmigo solo supondría un lastre, y no estaba en mi voluntad ser una piedra en el cuello de nadie.

Suficientes dificultades había provocado ya en la vida de mi madre. No haría lo mismo con Nano.

—Así que te sacrificaste para que esos buenos cristianos adoptaran a tu hermano. Te aseguraste de que a él le fuera bien, aunque eso supusiera perderlo. —Miré a Pau con rencor—. Sí, ya… tú no querías, podías sola, bla bla blá.

—No me pintes como una buena samaritana. No me pega y te vas a decepcionar.

—Creo que hiciste la cosa más desinteresada, el mayor acto de amor que pudiste. Y eso, Carmen, te honra. —Incómoda, giré la cabeza—. ¿Qué fue de tu madre?

—No mantenemos el contacto.

Pau no hizo más indagaciones sobre la relación con lo que quedaba de mi familia y yo se lo agradecí en el alma. Necesitaría de otra noche entera para abordar ese tema. Y más churros. Yo llevaba tatuadas tres

rosas en mi hombro. Una por mí, otra por Nano y, la tercera, por ella. La mujer que debía criarnos, protegernos y amarnos, pero que no pudo con el cargo. Eran bellas, fragantes, pero también me recordaban los malos momentos. Las espinas. La forma inexorable en que, hasta lo más exuberante, se marchita y, al final, muere. O, en nuestro caso, se distancia.

—Todos hacéis vuestra vida.

—Tal como tiene que ser.

Un silencio inquieto nos rebasó. Me pregunté si había roto la magia narrándole aquel dramático episodio, enseñándole la parte fea y oscura de mí. Entonces, Pau me agarró la mano con fuerza y su sonrisa bonita asomó una vez más.

—Debes escribir tu historia, Carmen. Tienes que hacerlo. —Fruncí el ceño—. ¿Qué?

—Creo que ya ha sido contada. —Extendí la mano libre, como abarcando todo lo que acababa de decirle—. ¿No has prestado atención?

—Te equivocas. Eso, todo el pasado, es solo un comienzo. Unas pinceladas. Las primeras páginas. —Me guiñó un ojo—. Has tenido un prólogo un poco agridulce, pero alguien me dijo una vez que una historia no termina si el final no es feliz. ¿Quién mejor que tú para contar el tuyo?

—Así que un prólogo, ¿eh?

Pau me dedicó su gesto más tierno hasta el momento, inclinándose y besándome la frente. Reconozco que me estremecí hasta los cimientos.

—Estoy ansioso por conocer el resto de capítulos, Carmen —susurró con voz queda—. ¿Me los contarás?

Entonces entendí dos cosas, que mi destino estaba atado a la escritura, y que me había enamorado de él. Así, sin más.

De ese momento habían pasado dos años.

De vuelta al presente, y con los cereales convertidos en una masa blanda después de haber absorbido toda la leche mientras yo me regodeaba en aquello de que cualquier tiempo pasado siempre pareció mejor, me quedé mirando el estudio, con su gran butaca de cuero, su ordenador de última generación, los estantes repletos de libros sobre

el derecho y, por fin, el sofá de los revolcones, ahora reconvertido en cama de emergencia para las noches en las que Pau y yo no éramos capaces de hablar sobre los elefantes rosas que compartían piso con nosotros y amenazaban cada vez más con dejarnos sin espacio para vivir o respirar.

¿Cómo algo que había empezado con una charla que duró horas, había podido llegar hasta el punto en el que, después de lo ocurrido la noche anterior, ni siquiera habíamos intercambiado un par de sílabas para informarnos mutuamente de que íbamos a pasar una —otra— noche separados?

> «Parece que después del prólogo y un par de capítulos… Pau ha empezado a perder interés en el libro».

Y yo, que fantaseaba con escribir un *best seller* y dejar traslucir mi propia historia en medio de las páginas fantásticas que fuera capaz de narrar, veía todo aquello como un fracaso personal. Otro tachón en mi historia. Era, de nuevo, la niña que guardaba el suéter viejo y se aferraba con todas sus fuerzas a lo poco que tenía, porque sabía, en el fondo, que no merecía más.

Tal como estaban las cosas, imaginaba que ya no restaba mucho para que Pau se diera cuenta de que yo no solo era un fraude. Un continuo quiero y no puedo incapaz de encajar en ninguna parte porque, alerta de *spoiler*, cuando jamás has tenido un espacio propio, intentar usurpar el ajeno es una pérdida de tiempo.

Más pronto que tarde terminaría por devolverme y buscarse algo mejor, exactamente igual que todos los demás habían hecho antes que él.

3
A pie de página

Para no variar, iba con el horario pegado al culo, pero eso no me impidió pararme en el Toma Café Olavide y llevarme un café bombón para mi trayecto hasta Almagro, donde estaba mi lugar de trabajo.

Supongo que habréis adivinado que después de aquella noche mística en el Templo de Debod, en efecto, dejé de trabajar en el servicio de atención al cliente de la multinacional de la muerte, ahora tenía un trabajo mejor, que me llenaba y me hacía sonreír. Uno que, si bien no era dedicarme a la escritura a jornada completa —gracias a Dios, teniendo en cuenta el bloqueo de escritor brutal por el que estaba pasando—, me hacía considerablemente feliz.

Al conocer a Pau me picó el gusanillo del estudio. No sé. Quizá fue por verle a él, tan formado y preparado, tan… escogiendo pared para colgar sus títulos. Sentí un subidón de empuje. Un clic. De forma que opté por sacarme un ciclo superior y terminé titulándome como educadora. Ahora tenía un puesto cómodo y muy divertido en una escuela infantil, donde además de compañeras con las que cotillear, cantaba canciones, daba biberones y enseñaba los colores, los días de la semana y que morder se castiga sin galleta en la merienda. Era una gozada, algo que me permitía oxigenarme y reposar para las largas horas de escritura que venían por la tarde, cuando volvía a casa. En teoría.

Se trataba también de mi primer logro académico obtenido con esfuerzo y tesón, pues sacarme el graduado me llevó más tiempo y resultó mucho más traumático de lo esperado. Nunca fui una buena estudiante, dedicada, organizada ni inspirada, de forma que plantearme hacer algo más, después de lo que era obligatorio, no

estuvo sobre la mesa para mí hasta que entendí que, si quería algo mejor, yo misma iba a tener que ser mejor.

Torcí hacia la calle de Rafael Calvo y al ver la fachada de la escuelita sonreí. Me pondría mi peto, mis zuecos y dejaría la mente en blanco de todo lo que no fueran los enanos con los que iba a pasar la mañana. Tiempo habría de solucionar las movidas de adultos. A Pau se le pasaría. Yo se lo compensaría, como hacía siempre. Una cena casera, alguna copa de vino, muchas sonrisas y atención cuando me contara por décima vez todos los pormenores de la dentellada con que había cerrado el trato para llevarse a los del bingo de Princesa al huerto y luego…, pues eso. Huerto. Nada dice *siento haber llegado tarde y hecha unos zorros a tu gran momento laboral* como una buena mamada llevada a cabo con ahínco, perseverancia y muchas caídas de ojos.

Puede que nunca hubiera sido la estudiante del mes, pero sí que me consideraba lo suficientemente espabilada como para haber sobrevivido a una infancia de mierda, y luego, a una adolescencia terrorífica. Era lo bastante cabezota como para salirme con la mía y conseguir, del peor escenario posible, algo positivo. No iba a perder a Pau por culpa de una pinza de pelo choni y los malos gestos de su compañera baja en calorías. Me haría perdonar. Le recordaría por qué me quería. Era capaz. Ya lo había hecho antes.

—¡Buenos días, pequeñas mentes del futuro! —Isaac, de dos años, se sacó el dedo de la nariz para mirarme. Tenía un moco pegado de la uña. Le sonreí—. Tú vas a terminar siendo presidente del Gobierno. Me apuesto lo que sea.

—¡Carmiña, por fin! Llevo meándome media hora.

Confusa, consulté mi reloj. Había llegado como cinco minutos tarde, pero eso en mí no solía ser raro. Nuestra jefa, Susana, era un pelín exigente, pero nos daba mucha manga ancha porque llevábamos con ella el tiempo suficiente como para saber que, salidas de olla puntuales aparte, siempre le cumplíamos. La que me había increpado era Gema, mi compañera de sudores, vómitos y papillas. En el curro y, en los últimos años, también en la vida. Ella estaba con la clase de los bebés, mientras que yo me ocupaba de los peques de entre dos y tres años. Levanté a Isaac para llevarlo a la zona de asamblea, donde ya se

oía —y olía— a los demás.

—La vejiga se te ha quedado fatal después de parir. ¿Estás haciendo los ejercicios de suelo pélvico que te recomendé?

Gema salió del baño subiéndose los pantis. Llevaba el pelo rubio cogido en una trenza. Yo me había hecho dos rodetes rollo ensaimadas de la Princesa Leia. Era importante no dar a los niños facilidades capilares para que pudieran tirar. Me miró con ceño.

—Eres lo peor.

—Solo verbalizo tus preocupaciones. —Entré al *office*. Según la planilla, Olivia tomaría el biberón en una media hora. Ya gorjeaba, en lo que solía ser un preludio de llanto en cuanto su reloj interno le avisara de que tenía hambre. Empecé a prepararle el mejunje—. Te agobiaba el tema del agarre y la sujeción.

—¿Y a quién no? —rebufó Gema, mirando el móvil que llevaba en el bolsillo de su peto de trabajo—. He tenido que dejar a mi hija a medio desayunar, en brazos de su padre, para venir a dedicar tiempo y atenciones a los críos de otros. Me siento una madre de mierda.

Eché la leche en fórmula en el biberón de Olivia, tapé la tetina y empecé a agitarlo con maña, igualita que Tom Cruise en *Cocktail*. Casi hice sonreír a Gema.

—Susana te ofreció ampliar la baja.

—Ya…, con descuento de porcentaje de sueldo. Juan es autónomo, Carmen. No podemos permitírnoslo.

Me mordí la lengua. Entendía muy bien lo que debía estar sintiendo Gema, porque era algo que yo experimentaba muy a menudo. Aunque llevaba dinero a casa, mi sueldo de media jornada no se comparaba con el de Pau, quien corría con la mayoría de los gastos y pagaba prácticamente todas las comodidades de las que disfrutábamos. Yo podía decir que abonaba las mensualidades del HBO, pero el bonito piso con vistas en un buen barrio, la fibra de alta velocidad, los electrodomésticos y, en general, el grueso de las comidas fuera o pedidas a domicilio, salían de su bolsillo.

Pau nunca echaba en cara el dinero que invertía en nuestra convivencia, ni llevaba la cuenta de cuántas copas pagaba él cuando salíamos, o las veces que lo hacía yo. En general, parecía que aquello no era algo que pudiera afectarle, se hacía cargo de las facturas y

pagos que fuera necesario y ya estaba. Sin más. Yo, por el contrario, sí que llevaba un monto, y antes de empezar a trabajar en la escuela infantil me cuidaba mucho de excederme en el supermercado o hacer alarde de un modo de vida que no podía permitirme. Había vivido con poco. Y también con nada. Acostumbrarse a tener un frigorífico a rebosar de cosas era fácil, pero, aunque Pau nunca me hubiera dejado notar que aportaba mucho más que yo, no permitía que su ausencia de quejas me hiciera levantar los pies del suelo.

Por eso no dejaba mi trabajo para dedicarle a la novela el cien por cien del tiempo. Bueno…, por eso, y porque me aterraba fracasar.

—Me imagino que preguntarte cómo llevas el proceso de desapego es tontería… —Levanté a Olivia de la tumbona cuando ni siquiera el efecto vibración sirvió para calmarla—. Yo no soy madre, pero dejar a medias las reposiciones de los culebrones turcos para venir a currar me supone angustia y tristeza. Debe de ser más o menos lo mismo.

Gema me hizo una peineta para todos los públicos, es decir, sacando el dedo índice. Sonreímos. Se entretuvo quitando abrigos y marcando los chupetes, para que el intercambio de babas fuera lo menos amplio posible.

—Es duro. Dejar a mi hija para atender a otros…

—No eres una mala madre —sentencié, con Olivia ya sentada en el regazo—. De hecho, y por lo que te he visto hacer aquí, seguro que con tu propio cachorro eres increíble.

—No te creas. En casa del herrero, ya se sabe.

—¿Y por qué no te la traes? No creo que Susana te pusiera problemas.

Gema se quedó pensando. Anotó un par de cosas en alguna de las agendas de los niños, cambió pañales y organizó un cuentacuentos para después de la siesta, todo eso, en lo que yo intentaba que una niña hambrienta e impaciente asimilara que aquello por lo que lloraba estaba ya a su alcance, y solo debía calmarse y empezar a succionar. Ojalá todo en la vida fuera tan simple.

—No creo que pudiera concentrarme con ella aquí, ya sabes. Tiraría para mirarla o atenderla antes que al resto.

—Me imagino que ser objetiva cuando es tu propia hija resulta difícil.

—Pues sí. Además, no es sano. Y es su tiempo de calidad con Juan.

Asentí. Uno de los moños ensaimada se me removió. Olivia extendió la mano y acertó a pellizcarme la nariz. Tomé nota mental de pedirle a su madre que recordara cortarle las uñas.

—Todos sabemos lo importante que es fortificar el lazo paterno. —Di unos golpecitos en la espalda de Olivia. El eructo resonó—. ¡Salud, señorita gases!

Gema sonrió, esperó a que terminara la rutina con la niña y la dejara recostada, e incluso fue capaz de aguantar con paciencia hasta que todos estuvieron en el aula, descalzos sobre los tatamis y preparados para el rato de trabajo de psicomotricidad fina a través del encajado de piezas de puzle de plástico, para abordar lo que yo sabía que había notado en mi cara nada más verme, aunque nos hubiéramos ido por otros derroteros al empezar a hablar.

—¿Y bien? —inquirió, asomada a la puerta de seguridad de su aula, que colindaba con la mía—. ¿Cómo fue el gran momento ascenso con discurso incluido de Pau?

—Ah pues… los que estuvieron allí dicen que algo memorable. Para recordar. No descartes que Nicholas Sparks le haga una película donde haya, como no podría ser de otra manera, escena de beso bajo la lluvia. Protagonizada por Pau y su socia, la *journalist sin síndrome premenstrual porque es demasiado guay*.

—Eso es periodista. Abogada es *lawyer*.

—Como sea. Me has entendido.

Pateé una de las piezas de construcción y luego me reñí mentalmente. Isaac no me quitaba ojo. Ni se sacaba el dedo de la nariz. Algún día terminaría encontrando petróleo y sacaría a sus padres de pobres. Me quedé pensando…, encontrar petróleo, sacar de pobre, un amor prohibido…, ¡era una idea cojonuda para escribir! Tardé un segundo en aterrizar.

Aquel era el argumento de *Gigante*, que aunque estrenada en 1959, seguramente todavía era muy recordada por el público. Resoplé, retornando a la realidad cuando Hugo, otro de los peques, se me sentó en el pie. Lo moví con cuidado, girando la cabeza para ver a mi compañera de refilón.

Le resumí a Gema lo ocurrido, sin escatimar en detalles

vergonzosos. Yo sin duchar. Yo corriendo por la calle en *peep toes* con las uñas hechas un Cristo. Yo con la pinza de peluquera. Yo en modo Camacho, con la sobaquera escurriendo. Yo llegando tarde a la única cosa que recordaba que Pau me hubiera pedido. Yo, como diría Murakami, en primera personal del singular, viéndome en un espejo y sin reconocerme.

—¿Y luego? ¿Se mosqueó? ¿Hubo movida?

Sonreí, aunque ella apenas podía verme a causa de la pared que separaba nuestras clases.

—No conoces a Pau. Él es muy asiático para esas cosas. No alza la voz ni hace escenas. De hecho, nos subimos al mismo coche, recorrimos todo el trayecto y volvimos a casa en completo y sepulcral silencio —interrumpí una pelea y salvé a Belén de terminar con un bloque amarillo en la cabeza, lanzado por Marta—. Anoche durmió en el estudio, y cuando me levanté por la mañana ya se había ido y dejado las mantas dobladas.

—Vale…, entonces es de esos. —Fruncí el ceño, aunque otra vez, Gema no podía verme—. De los que practican la ley del silencio.

—Sí, totalmente. Pau repliega y espera que tú solita llegues a la conclusión de dónde la has cagado. Muy de autorregular mi chico.

Porque podía seguir llamándolo así, ¿verdad?

—Pues me parece muy injusto para ti. Tratarte así, de esa forma tan…

—¿Aséptica?

—No parece propio de una relación.

—Bueno, cada uno es como es. —Desde luego, mi novio no se llevaría jamás el premio al hombre más pasional. Por lo menos, no ahora—. Es su carácter. El mío es infernal, así que supongo que eso sirve de equilibrio.

—¿Y te compensa?

Me quedé callada unos segundos.

—¿Qué quieres decir?

—Que si te vale lo bueno que hay con las veces que se porta así, como un capullo. Porque no es la primera vez que me lo cuentas, y parece que tu abogado empieza a coger por costumbre lo de cerrar compuertas y dejar que asumas tú toda la culpa. —Silencio pesado

que duró demasiado—. No me parece bien para ti, Carmen. Creo que te castiga de más. Que te hace tener que compensar en exceso.

—¿Compensar en exceso? Estás loca. —Me crucé de brazos. Usé el pie para lanzar unas cuantas piezas al centro del tatami, olvidando la norma básica de que los críos, imitan las conductas—. ¿Tienes idea de todo lo que hace por nosotros? Pau es el pegamento de la casa, el pilar maestro. La única estabilidad real que he conocido en mi vida.

—¿Y por eso debes rendirle pleitesía perpetua y cargar con todas las culpas en todos los problemas de convivencia?

Me sentí incómoda. Y de repente, no quería seguir la conversación. Era algo que rara vez me pasaba con Gema, con quien tenía confianza para hablar largo y tendido de lo que fuera, sin embargo, había un regusto inquieto en el fondo de mi lengua, una ponzoña que me impelía a soltar alguna fresca de la que seguro, segurísimo, luego me terminaría arrepintiendo.

Ella era mi amiga. Mi única amiga de verdad. Se preocupaba por mí. Yo le importaba. Si me chocaba era porque no estaba acostumbrada a esa sensación. Me lo repetí tantas veces como fue necesario.

—¿Carmiña? ¿Sigues ahí?

Carraspeé. Que usara mi nombre en gallego me suavizó. Un poco.

—Me perdí el discurso, Gem. Llegué tarde y con unas pintas que ni siquiera puedo escudar en mi propio estilo. Entiendo que Pau esté decepcionado y… eso que dices que me obliga a esforzarme o compensar… soy yo la que la caga siempre. Soy yo la que comete errores y no está a la altura. ¿Por qué iba a tener él que pedir perdón por eso?

Estaba claro que, para Gema, allí había mucha tela que cortar, pero, por alguna razón, decidió dejarlo estar y resumirlo todo en una sola frase.

—Yo solo te pido que lo pienses. Verlo todo desde su punto de vista siempre le dejará como el héroe. Atrévete a buscar otra perspectiva. La tuya, por ejemplo.

Cogí aire y cerré los ojos un momento, rechazando de pleno esa opción.

—Voy a ponerme a cambiar pañales, en un rato tendremos que

pasar al comedor.

***

Llegué a casa sin ganas de nada. Bueno. Miento. Tenía un hambre canina, pero es que a mí los quebraderos de cabeza me atacaban siempre al estómago. Concretamente, abriéndomelo como la boca de una boa constrictor al tragarse un ratón de campo.

Como lo que no se me habían despertado eran las ganas de cocinar, opté por ir a lo fácil: abrí una bolsa de canónigos, otra de nachos y un bol de queso cheddar. Vertí un tercio de las tres cosas en un plato hondo y cogí un tenedor. No era lo más *realfooder* del mundo, pero mi sistema digestivo había ingerido cosas peores. Como gominolas con Cola Cao. No recomiendo probarlo como desayuno equilibrado.

Con las palabras de Gema todavía resonándome en la cabeza, comí y analicé mi reflejo en el cristal mental que me había hecho de mí misma. Eric me había vomitado encima cinco minutos antes de salir, así que el manchurrón reseco hacía juego con el estado general de mi persona: bajón descomunal y sentimiento de valer menos que aquellos nachos una vez les entrara aire y se pusieran correosos.

> «La diferencia… —resumí para mí misma, lamiéndome los restos de cheddar de la comisura con un gesto de lengua— es que yo puedo cambiar eso».

Cerré la bolsa con una pinza, dejé el plato en el lavavajillas y, después de una ducha rápida, me senté ante el ordenador. Escribir las dos mil palabras del día no suavizaría mis problemas con Pau, ni tampoco borraría el soniquete que Gema había instalado en mi hipotálamo y que se negaba a dejar de rebotarme en la cabeza como una molesta pelota de ping pong, pero si lograba concentrarme lo suficiente, quizá sería capaz de apagar ese runrún, sentirme menos inútil y, al menos, haber completado alguno de los ítems de mi sempiterna lista de asuntos pendientes.

> «Lo que me recuerda que no hay leche. Mierda. —Encendí el ordenador—. Iré en cuanto termine esto. —Y para enfatizar mi

nueva y productiva actitud, ocupé el sofá y me puse el ordenador sobre las piernas cruzadas—. Voy a escribir un capítulo entero sin que importe lo malo que sea y lo mucho que tenga que borrar mañana. Voy a escribirlo y se acabó».

Empecé con fuerza, releyendo las últimas líneas y cogiendo el hilo que había dejado mecer suelto con el viento. Me metí del todo y, antes de darme cuenta, estaba llenando páginas con ideas rocambolescas… que, al repasar, descubrí que no tenían demasiado sentido ni coherencia. No obstante, seguí, porque tenía algo que demostrar(me), y pasaba mucho de que la profecía autocumplida hiciera honor a su nombre. Necesitaba callar aquellas voces, aquellas posibilidades. La culpa de la bronca, o ausencia de, había sido mía. Yo había llegado tarde al Mercado de San Antón, faltando a la palabra dada después de prometer a Pau que estaría allí. Era su gran momento. Su ascenso. Su logro. Lo menos que podía esperar era que su novia estuviera presente, ¿no? ¿Cómo podía Gema siquiera insinuar que la responsabilidad recaía en él? ¿O que yo compensaba demasiado? ¿Acaso no debía hacerlo? ¡Vivía como una reina con un sueldo de media jornada! ¿No se merecía mi pareja un poco de atención por mi parte? ¿Era mucho pedir? ¿Por qué narices no había sido capaz de cumplir una simple petición?

«Pero no pienses en eso ahora, porque ahora estás escribiendo y todo tu raciocinio e inspiración deben estar en tus personajes».

No sabía por qué. Lo único que tenía claro en su atribulada cabeza era que ella le pertenecía. Por lo tanto, debía poseerla. Era lo lógico, ¿no? Después de todo, la proveía de bienes y protección, ¿no debía ella rendirle honores y entregarle su cuerpo, su mente y hasta sus más oscuros secretos a demanda? Él, como líder de aquel grupo variopinto de humanoides, como cabeza que cargaba la imaginaria corona de poder, era lo mejor que le había pasado en la vida. Era su todo. El único núcleo de seguridad que había conocido y, con la espalda estirada y los talones pegados en el suelo, debía asegurarse de que la rotación de los hombros… espera… ¿qué?

«¿Qué?».

Levanté la cabeza. De fondo, la voz de mi instructora de yoga *online* me animaba a intentar la āsana *Chaturanga* teniendo muy en consideración la postura de los codos y recordando bajar el cuerpo entero en una sola tabla. Entrecerré los ojos y me froté el puente de la nariz. Después, eché una mirada crítica a lo que llevaba escrito, y que no sabía ya si era una novela erótica, algo con tintes apocalípticos o una verborrea histórica donde el Derecho de Pernada era lo último en leyes vigentes.

Estiré las piernas y descubrí que, con el móvil bajo el culo, había iniciado sesión en YouTube. De ahí la clase de yoga intempestiva que había cortado mi más que dudoso momento de inspiración.

«Genial. Mi propio cuerpo me hace boicot».

Me levanté con los hombros caídos. Moví cojines, mantas y hasta rodé la mesita de centro en busca del mando universal que Pau había configurado para que todos los cachivaches que teníamos en la sala se conectaran al unísono. Si quería aprovechar el resto de día, terminar aquella monstruosidad que estaba narrando y bajar a por la leche, más me valía evitar más distracciones de las que ya habitaban en mi cabeza.

Rendida a la evidencia de que el mando no estaba en el salón, deambulé encendiendo y apagando luces, hasta dar con la puerta del estudio. Tenía sentido. Pau había pasado la noche ahí, seguramente se lo habría llevado para conectar el temporizador de la pantalla del ordenador, el aire acondicionado, las luces o cualquier otra cosa por el estilo.

«Vivo con el inspector Gadget».

Busqué, intentando tocar y mover lo menos posible sus cosas, sintiéndome de repente como la niña que entra al dormitorio de sus padres sin permiso y acaba liándola pardísima o encontrando algo que la traumatizará de por vida. Esperaba conocer lo suficiente a Pau como para que no hubiera nada que lograra sorprenderme. Aun así, y más por respeto que por autocuidado, procedí con tiento. Por fin, encontré el mando universal sobre una pila de cartas, algunas de las cuales ya habían sido abiertas. En su mayoría eran facturas del piso.

La luz, el agua, el sistema de recogida de basuras…, sabía que eran pagos que estaban domiciliados a la cuenta conjunta donde, supuestamente, ambos metíamos pasta, aunque en un porcentaje muy diferente.

Tiempo atrás, Pau me había explicado cómo se manejaba la App del banco que te indicaba de cuándo y cómo esos cobros tenían lugar, pero yo había asegurado que él tenía toda mi confianza y que lo que pagara con el dinero de la cuenta de los dos, bien pagado estaría. La realidad, por supuesto, es que no había querido molestarme en instalar la aplicación en mi móvil para ver la cuantía de sus ingresos y los múltiples gastos proferidos por ambos, que yo no era capaz de sufragar mes a mes.

Cogí el mando y me aferré a él, como si pegármelo al pecho pudiera reducir el terrible palpitar de mi corazón. Intenté hacer oídos sordos a lo que todas aquellas facturas me gritaban, a lo que Gema me había dicho, a mi actitud frente a la vida, ante Pau y las dos realidades entre las que hacía equilibrios; una, la línea de verdad, donde un trabajo como el mío difícilmente podría hacerme sentir una parte más colaborativa y activa dentro de la convivencia; la otra, utópica, onírica…, donde lo único que quería era dejarlo todo para poder escribir. Seguía convencida de que cualquier trabajo solo me dispersaría y de que mi creatividad y las musas nunca volarían libres si tenía que constreñirlas a un horario pactado con un empleador externo, pero, por otro lado…

> «¿Cómo voy a dejar de aportar lo poco que traigo a casa y pretender que él se encargue de todo? —Moví los sobres con el dedo, contabilizando en mi cabeza cantidades que ni siquiera me atrevía a comprobar—. Y encima no cumplo con mi papel de novia en la parte afectiva…».

¿Era eso una señal? ¿Llegaba el momento de poner los pies en la tierra y dejarlo? Sentí una sensación de ahogo tan grande que casi me mareé.

«Me cago en…».

Había tirado la ordenada pila de pagos sin darme cuenta. Me hinqué, maldiciéndome y esperando que el orden en que Pau había

dejado las cartas fuera aleatorio, porque si no iba a darle otro motivo más para estar decepcionado. Mientras iba agrupando las sentencias, encontré un par de folletos de restaurantes con servicio a domicilio de los que ya teníamos fichados y alguno que otro nuevo. Los separé. Guardé también un catálogo de decoración de interiores, aunque estaba segura de que jamás lo usaría y…

«¿Qué es esto?».

Con unos tonos verdosos y anaranjados, un panfleto que tenía de fondo la silueta serigrafiada de una máquina de escribir, anunciaba la apertura de plazas, en dos horarios a elegir, para un taller de escritura. El lugar, el bajo de una vieja librería en la trasera de la Plaza del Dos de Mayo. La fecha de inicio, en una semana a partir del día presente.

—*A pie de página* —leí en voz alta, a pesar de que estaba sola—. Curioso título para un curso.

Como interesante era también que aquello hubiera aparecido, directo a mis narices, cuando me planteaba si había señales cósmicas empujándome en la dirección opuesta a escribir. Allí, en mis manos, podía tener una respuesta, una solución a mi aparente bloqueo. Un empuje. La ayuda que tan desesperadamente necesitaba y todavía no había pedido porque no sabía a quién recurrir.

Decidida, doblé el folleto y me lo guardé en el bolsillo trasero. En lugar de preguntarme por qué Pau no me lo había dado enseguida, sabiendo que sería por completo de mi interés, elegí creer que la fortuna había preferido que fuera yo misma, en aquel momento de crisis de fe, quien lo encontrara. Como venía siendo costumbre, hice oídos sordos al zumbido incómodo y acallé todo lo que pudiera hacer tambalear mi relación, negándome, como siempre, a renunciar a lo único estable de mi vida.

4
Punto y aparte

Desistí de la meta de llegar a las dos mil palabras cuando el marcador me indicó que había escrito trescientas seis. Un número irrisorio, pero teniendo en cuenta que la última frase versaba sobre una fiera amazona de dragones, que controlaba a sus monturas a través de una complicada lengua antigua que solo aquellos animales entendían, comprendí que era momento de poner mi cabeza en otra cosa.

Por evitar demandas de plagio futuras que truncaran mi inexistente carrera.

Cerré el ordenador y me adecenté, cambiando mis shorts de estar en casa por unos vaqueros que tuve que subirme a saltitos. Mientras me ponía una sudadera de capucha hice nota mental de los recados que quería hacer en el mercado, encabezados todos por pasar por el supermercado donde me haría con los básicos para la casa y alguna que otra cosa especial, porque había decidido que mi bloqueo de escritura tenía que ver con la zozobra vivida en mi relación, y por todos es sabido que no hay nada que ablande más a un hombre que tener el estómago lleno.

—Y después de una buena cena, con charla, interés genuino en sus cosas y un par de disculpas más…, sexo. Del bueno. Del salvaje y eléctrico. Luego, pondremos punto y aparte a este asunto y yo podré volver a centrarme en escribir.

Me convenció mi propio razonamiento, de forma que ignoré los nervios que se me atenazaban al estómago, cogí el bolso, me calcé las Jordan que Pau me había regalado por mi último cumpleaños y bajé a la plaza del Olavide, ignorando el picor en la nuca, el vacío en la boca del estómago y aquella sensación de ahogo en la garganta,

consecuencias todas ellas de mi incapacidad para escribir, por más ganas que tuviera.

La verdad era que llevaba meses intentando componer un texto a partir de ideas que carecían de nudo y no se correspondían unas con otras. Cada vez que me sentaba a escribir, mezclaba conceptos como en una piñata de cumpleaños, pero al golpearla, en lugar de caramelos y nubes de colores, caían sobre mi cabeza la decepción, el cansancio y una tremenda sensación de fracaso cuyo hedor no podía quitarme por más que me duchara.

De forma voluntaria y totalmente consciente olvidé el folleto, el curso de escritura y los motivos de Pau para ocultarme la información. Llegué al mercado y me sostuve en mi idea inicial, comprando ingredientes y cosas simples que pudiera convertir en una cena decente con la que decir a mi novio que sentía mucho haberle defraudado —otra vez—, y que mi única intención era volver a conectar con lo que habíamos tenido.

Podía ser mejor novia, me dije, optando al final por un par de paquetes de fideos japoneses de Yatekomo y encargando una tarta de tres leches de la pastelería, una de las poquísimas y contadas debilidades de Pau. Mejoraría. Le demostraría que era merecedora de su paciencia, de su amor, del techo que ponía sobre mi cabeza. Pau no iba a devolverme. No se iba a deshacer de mí. Aquella casa no era una de acogida y mi destino no era dar con los pies de vuelta al orfanato si rompía algo o contestaba mal.

Esos años habían pasado. Yo era otra persona.

> «Olvídalo ya, Carmiña. Céntrate en el presente para que puedas tener un futuro».

Dejé las bolsas de la compra en la isla de la cocina, me metí en la ducha y procedí a pasarme la cuchilla por todas las zonas del cuerpo que pudieran tener vello. Repasé las axilas, las piernas, me puse una buena capa de crema depilatoria en el bigote y, armada con la pinza y un espejo de aumento, me retoqué el entrecejo. Todavía envuelta en la toalla, puse a hervir agua para la pasta, corté unos tomates, vertí unas olivas en un cuenco y preparé aceite con sal del Himalaya para mojar las rebanadas de pan que acababa de cortar.

Arrastrando las zapatillas de andar por casa, coloqué un par de salvamanteles en la mesa, puse dos candelabros feísimos que había comprado en Amazon en una de mis búsquedas de inspiración —siempre infructuosas para el texto, pero muy prolíficas para mi carrito *online*— y por fin, procedí a vestirme. Mientras los vapores de los fideos iban llenando la estancia, me puse un vestido de corte bajo el pecho con falda lápiz. Era negro, ribeteado con cerezas rojas y verdes. Me subí a unas sandalias cerradas y luego, me alisé el pelo al mismo tiempo que removía los fideos y echaba los tomates, espárragos, cebolla y col lombarda en una ensaladera. Aliñé y dejé sobre la mesa, tirando del cable de la plancha con el pie y dejándola enfriar sobre el tocador antes de volver a la cocina.

Saqué la salsa de soja y, solo por si el hambre apremiaba, eché unos *nuggets* de pollo en la freidora sin aceite que había comprado en Navidad. Consulté el reloj y sonreí, con los labios perfilados a la perfección.

—Todo controlado. Nada dejado al azar, ni pinzas de pelo chonis, ni sobacos sudorosos ni apariciones vergonzosas. Perfecto. Calculado. Como Pau se merece.

Ignoré el mohín de disgusto de Gema, que me pareció ver mientras daba una última vuelta a los fideos antes de verteros en un escurridor, como también ignoré la cantidad de tiempo, esfuerzo y dedicación que estaba poniéndole a una disculpa que ya había sido rechazada con anterioridad. Ignoré la sensación amarga que se había hecho nido en el fondo de mi corazón, agazapada como un niño indefenso que no deseaba enfrentarse a las vicisitudes del mundo real, como también ignoré la imagen triste de mi ordenador apagado, cerrado a cal y canto, conteniendo en él todas esas historias a medio contar cuya profundidad yo todavía desconocía.

> «Todo a su tiempo —me prometí—. Primero Pau, y después… todo lo demás.

Tuve tiempo de servir la mesa y escoger un *playlist* antes de oír las llaves en la cerradura. Como una colegiala, me puse de pie junto a la mesa, impecablemente vestida, olorosa y lista para la degustación, como si aquel fuera una especie de día de la Hispanidad, y mi novio,

más que una pareja, encarnara al encargado de pasarme revista. Me sentía a examen, pero claro, había suspendido con estrépito la prueba anterior, ¿qué esperaba sino tener que ir a septiembre con toda la asignatura a cuestas?

«Insuficiente en buena novia», me dijo la vocecita de mi cabeza, mientras los pasos de Pau se aproximaban. Era una suerte que, si bien nunca había destacado por mis altas calificaciones, fuera toda una erudita en cabezonería.

Pau tenía un ritual cada vez que llegaba a casa: al entrar, dejaba bajo el aparador situado al lado de la puerta los zapatos que había usado en la calle, poniéndose en su lugar unas zapatillas que nunca habían pisado el asfalto. En principio yo pensé que se trataba solamente de una manía relativa a la higiene, pero al parecer, había adquirido aquella costumbre durante el tiempo que vivió en Japón, y aunque sí tenía que ver con no llenar la vivienda de gérmenes, había una suerte de trasfondo profundo en el acto, algo así como dejar al yo laboral fuera y dar la bienvenida al pensamiento hogareño. No sé. No recuerdo los detalles. Los nipones son muy particulares para sus cosas. Cogí aire, escuchando todos esos sonidos tan familiares y a la vez completamente nuevos a los que no había prestado tanta atención desde hacía mucho tiempo. El ruido sordo del maletín al posarse sobre el mismo aparador bajo el que descansaban los zapatos, las llaves en el colgador junto a la puerta, el susurro de la tela de la chaqueta al caer lentamente por los hombros de Pau, el gemido de la corbata al romper la conexión de aquel nudo perfecto… Me mordí el labio, imaginando sin ver el erotismo de sus acciones, calmas, repetidas, acostumbradas.

Las manías de un hombre tan cuadriculado que había hecho de sus obsesiones casi una danza digna del mejor teatro de ballet del mundo. Me pregunté si podría escribir sobre eso. Me pregunté si podría escribir cualquiera de las cosas que me picaban en los dedos, pero era incapaz de cohesionar con ninguna frase, párrafo e idea inicial. Me pregunté por qué estaba tan nerviosa, cuando la cara que iba a ver era la del hombre que respetaba, amaba y necesitaba por encima de casi todo lo demás. Me pregunté…

—¿Qué haces ahí parada? ¿Esperas a alguien?

Su súbita aparición rompió el encanto con la misma eficacia que había hecho el reloj de Cenicienta al dar la medianoche. El tacón me resbaló sobre la superficie pulida del suelo y al apoyar la mano sobre la mesa para sostener mejor mi agarre, hice chirriar uno de los candelabros y removerse el cuenco de las olivas. Dos salieron rodando por la mesa, chocando con la ensaladera y el preparado de aceite y sal del Himalaya. Pau frunció el ceño bajo su flequillo, y su torso perfecto subió y bajó cuando respiró hondo, seguramente exasperado de mi existencia. También con perfección, empezó a desabotonarse la camisa, y aunque en un segundo sentí una especie de epifanía feliz —¡sexo de reconciliación, salvaje, sucio y húmedo en la mesa!—, pronto mis esperanzas reventaron como un globo hinchado de más.

—Espero que tus invitados se retrasen un poco, aunque no voy a tardar mucho en salir.

Se dio la vuelta. Me llevó dos segundos en registrar el significado de aquellas palabras. Rauda, me separé de la mesa, di un soplido a las velas para evitar más catástrofes y lo seguí. Cuando llegué al dormitorio, Pau ya se había quitado la camisa que le había acompañado en sus jornadas de bufete y estaba sacando otra, blanca, con unas líneas melocotón muy finas, del armario.

—¿Invitados? ¿Qué invitados? ¿Quién ha invitado a nadie?

Me froté el brazo, dejando marcadas las líneas blancuzcas de mis uñas sobre la tinta roja de mi tatuaje. Las tres rosas, como tres protagonistas de honor en aquella tragicomedia, parecieron devolverme la misma mirada de incredulidad que yo estaba mostrando.

—Tú sabrás. Eres la que has preparado la cena y puesto la mesa. —Se encogió de hombros, cogió unos vaqueros oscuros y un par de deportivas Marc Jacobs que todavía no había estrenado.

—¿Crees que he cocinado y me he arreglado para otra persona?

Le seguí al baño cuando entró a conectar su afeitadora eléctrica. Se repasó y luego, sin miramientos, acabó de desnudarse y se metió tras la mampara. Pese a lo sexual que podría haber sido la escena en otras circunstancias, el hecho de que mi novio estuviera empapado, su imagen a medio relucir tras la superficie translúcida, con el jabón cayendo por su cuerpo, no me pareció atrayente. De hecho, me dio

mala espina y enfatizó más, si cabe, la sensación de vacío que ya me había acompañado durante toda la tarde.

Porque sí, Pau se preparaba para salir de casa. Lejos de mí.

—Igual cocinar es mucho decir —musitó, lavándose la cara con aquellas manos grandes, que recordaba suaves y diestras aunque hacía tiempo que no me tocaban—. Reconozco el olor de los Yatekomo.

—He hecho ensalada. Y pan con aceite y… —*nuggets* de pollo. A un hombre que comía tantas veces en sitios con estrellas Michelín, que cualquiera día le darían su jodida constelación propia—. ¿Vas a salir?

—Sí.

Parpadeé, confusa. Había visto la mesa, ¿no? Me había visto a mí, con la falda lápiz, los tacones, el perfilador… Pau no se había quedado ciego, era capaz de sacar un pie y luego el otro de la ducha, de enrollarse la toalla a la cadera y pasarme al lado sin rozarme de camino al dormitorio, entonces… ¿qué narices?

—¿Has quedado?

Me miró un nanosegundo antes de subirse los bóxer y meterse en los vaqueros sin esfuerzo. Pareció no entender la pregunta, o no importarle hacerlo.

—Sí.

Apreté los puños y pisé con firmeza. Seguro que dejaba las marcas en el entarimado. Perfecto, una bronca con el casero era todo lo que necesitaba para que aquel sinsentido fuera todavía más digno de recordar.

—¿Puedes dejar de contestarme con monosílabos, por favor?

—Tengo prisa. —Se puso la camisa. La abotonó con tanta pericia que me dieron ganas de darle puntos, como si estuviéramos en el colegio de Harry Potter—. Eso son dos palabras.

—Pau…, te estás pasando.

Se sentó para calzarse y negó mientras sonreía, pero no era una sonrisa guay, sexy o seductora, no. Era una de esas sonrisas ladinas, que sabes que esconden ácido, veneno. Que son malas y van a hacerte daño. Pau era muy capaz de dañar sin necesidad de levantar la voz, romper cosas o gritar como un energúmeno. Sus dos principales estrategias de batalla eran la guerra fría, que ya os he demostrado, y esa con la que ahora nos estaba deleitando. Cinismo. Desinterés.

Hacerte a un lado como quien barre bajo la alfombra porque le da pereza hacerlo de verdad.

La pereza era yo, por supuesto.

—Diviértete con tu cena.

Agarró la cazadora, se metió la cartera en el bolsillo y salió de la habitación. Ya estaba. Se me iba, delante de las narices.

—¡La idea era cenar contigo, joder!

Mi exabrupto no le impresionó, acostumbrado como estaba a explosiones que, por lo visto, ya no le hacían efecto.

—Pues tendrías que haberme llamado para coordinar.

—¿Llamarte para coordinar? ¿Para cenar juntos? —Le seguí por el pasillo, mis zapatos clavándose a cada paso. El sudor, por fin, haciendo acto de presencia, empapándome una piel caliente a causa de la decepción—. ¡Soy tu novia, Pau, no un cliente!

—No, claro. No eres un cliente, ya lo sé. —Recogió las llaves, sacó una pluma del maletín y la guardó en otro de los bolsillos—. Ellos por lo menos cumplen con las citas previamente fijadas, no llegan tarde ni me avergüenzan.

Ahí estaba. Por fin lo había dicho.

—Estás avergonzado de mí.

Pensé que se arrepentiría, que echaría el freno y metería marcha atrás, que su rictus se suavizaría y me diría algo como… que estaba enfadado, se le había calentado la boca y solo había querido vengar aquella afrenta con alguna palabra hiriente. Después dejaría las puñeteras llaves, se descalzaría y nos comeríamos los fideos fríos, los *nuggets* grasientos y follaríamos en el sofá de su despacho. A la mañana siguiente todo iría bien, nos tomaríamos el café con la leche recién comprada, guardaríamos los restos de sal del Himalaya comentando con una sonrisa tonta lo ridículamente caro que era el frasco y nos iríamos a trabajar entre besos llenos de saliva.

Igual que pasaba con mi escritura, el escenario recreado por mi imaginación se quedaba en nada cuando llegaba la hora de convertir los pensamientos en realidad. Pau ni siquiera se dio la vuelta para responder. De hecho, lo hizo con el picaporte en la mano y un pie fuera de casa.

—Lo que me sorprende es que no lo estés tú.

De soslayo, miró por última vez la mesa puesta, donde la cena fría era testigo mudo de la torpeza que había guiado mis acciones. Al fondo, en el respaldo del sofá, el ordenador yacía en completo silencio, mudo de historias. Sin nada que contar. No se despidió. No pronunció una sola palabra más. No me avisó de si llegaría tarde, si quería que le esperara despierto o esperaba que le guardara los fideos en la nevera para desayunarse con un chute de hidratos.

Pau se fue y me dejó plantada donde estaba, vestida para una reconciliación que se me había escapado de las manos antes incluso de tener oportunidad de salir en su búsqueda. Agotada, con los pulmones encharcados en unas ganas de llorar que contuve de milagro, me senté a la mesa y, con manos temblorosas, agarré un *nugget* y me lo comí. Después cogí otro y así, hasta terminar con la bandeja. Una lágrima cayó sobre el salvamantel, dejando una huella redondeada de humedad. Pasé la yema del dedo, pringosa de aceite, por la superficie del plato hondo, vacío de pasta, de optimismo y de ganas. A esa primera lágrima la siguieron otras veinte, y así, de la nada, una oleada de espasmos que no fui capaz de controlar. Me pasé el dorso de la mano por la boca y el carmín impregnó mi piel. Después, se me revolvió el estómago y, tras descalzarme casi a patadas, corrí al baño y me hinqué ante la taza del váter, donde vomité la cena y mis buenas intenciones.

Dos horas más tarde, con mis camiseta negra dada de sí y unos pantalones de chándal holgados cubriéndome las piernas, me acosté tapada hasta la cabeza, como si el poder del edredón nórdico fuera capaz de esconderme del mundo. Había vuelto a ser esa niña. La que no era lo bastante pequeña o lista o guapa. La que no se quedaban. La que siempre rechazaban y devolvían.

La que lo hacía todo mal aunque se esforzara el doble en que las cosas salieran bien. Atiné a apagar la lámpara de la mesilla. La última vez que consulté el reloj despertador eran las cuatro de la madrugada.

Pau no vino a casa esa noche. Tampoco estaba cuando me desperté.

***

En una de las casas de acogida donde más duré —la friolera de

cuatro meses—, había un chico. Xoán. Era de Ourense, y sus padres eran dentistas. Como podéis imaginar, en aquella casa se comían verduras, se pasaba el hilo dental y se hacían gárgaras día sí, día también.

En apariencia ideales, como pretenden ser todas las familias que intentan convencer al sistema de que merecen el privilegio de marcar con una letra escarlata de elegido o rechazado a niños mucho menos afortunados que los propios, los padres de Xoán me dieron mi propia habitación, un cepillo de dientes de cerdas nuevecitas y algunas normas básicas, consistentes, principalmente, en no molestar a su primogénito y consentido.

Xoán, peinado con su raya en medio, practicante de guitarra acústica y experto en física a pesar de ser un adolescente imberbe que ceceaba con aquellos dientecitos perlados y alineados, parecía el prototipo de chico perfecto. Y durante un tiempo, incluso a mí, que tenía el culo pelado de decepciones humanas —empezando por mis padres biológicos y continuando con todo lo que vino después—, logró engañarme.

Al principio fue de amigo guay, porque, claro, de la noche a la mañana nadie adopta una hermana y la acepta como tal. Me dejaba rasguear su guitarra y tocar sus maquetas del sistema solar, hechas con pelotas de ping pong, plastilina y alambre del que usaban sus padres en la consulta para fijar ortodoncias. Empecé a sentirme cómoda y segura, y hasta me atrevía a pedirle prestado el ruidoso ordenador de mesa, de vez en cuando, para algún trabajo esporádico de clase, marcado en aquel colegio donde aguanté bastante menos que con los dentistas.

Con el tiempo, por supuesto, Xoán mostró su verdadera cara. Igual que todos los demás.

Empezó demandando abrazos sin sentido que acabaron convirtiéndose en roces de manos y tocamientos de rodilla cuando me sentaba a su lado en el sofá. Yo también era adolescente, y como había espabilado pronto porque la vida así me lo había exigido, no era ajena a las realidades de la atracción, el romanticismo, el tonteo y el deseo sexual.

Xoán no me despertaba ninguna de esas sensaciones, aunque

descubrirlo pareció enardecer más las suyas.

Cuando tuve que romperle la nariz antes de que su babosa mano escalara bajo la falda plisada que su propia madre me había regalado, lloró como un crío que ve la muerte de Mufasa por primera vez. Gritó, con los dedos ensangrentados mientras se agarraba el tabique nasal, que quedaría irregular para siempre, y corrió escaleras abajo a acusarme de la agresión. No se me preguntaron motivos, por supuesto. Yo venía del sistema, maleada, torcida y con mucha mala maña. A saber dónde había aprendido aquello, oí decir a los padres de Xoán mientras metía mis escasas pertenencias en la bolsa de lona que me habían dado en el orfanato, y que conservaría todavía cinco años más, hasta que mi primer trabajo de camarera me daría para comprarme una mochila de viaje.

Estuve de vuelta adonde pertenecía para cuando anocheció, y jamás olvidé la sonrisa ladina de Xoán, aun con la cara marcada en carmesí, mientras su padre me subía al coche en medio de una perorata sobre el salvajismo, la violencia y las conductas poco apropiadas para una señorita.

No le dije a nadie lo ocurrido. Había aprendido pronto que los motivos por los cuales yo era abusada, tenía mala suerte o se me maltrataba, no importaban. Situaciones como la de Xoán, en mayor o menor medida, me acompañaron durante todo mi crecimiento. Injusticias todas que se me pegaban a la piel como los granos de arena que se quedan entre los dedos, y ni la mejor toalla de playa del mercado puede arrancar.

El más reciente, la noche anterior, cuando Pau se había ido de casa, escupiendo en los intentos de solventar una situación incómoda y no había venido a dormir. Ahora, con el mediodía llamando a la puerta de una jornada de trabajo tediosa y apesadumbrada, seguía sin tener noticias suyas.

La situación distaba de parecerse a la vivida con Xoán porque, a diferencia de este, Pau no me había dañado físicamente, pero igual que entonces, la sensación de sentirme desprotegida, desprovista de testigos que pudieran dar fe de mi inocencia, se sentía dolorosamente igual.

Por lo visto daba igual cuánto lo intentara, seguía estando maleada,

torcida y teniendo muy mala maña, por más que mis años en el sistema hubieran quedado atrás.

—¡Carmiña! ¿Quieres aterrizar de una vez?

Sacudí la cabeza para obligarme a volver al presente. Con Gema ausente de la escuelita, Susana solo me tenía a mí para ocuparme de la clase de dos y tres años, amén de echarle una mano a ella con los bebés que solían estar al cuidado de mi compañera.

Qué falta me había hecho a la hora del café, en aquel *office* minúsculo donde todo olía a papilla y leche de fórmula; pero a la vez, qué alivio había sentido al saber que no tendría que enfrentarme a la mirada enjuiciada de Gema, que si bien me apreciaba lo bastante para ostentar el dudoso honor de ser mi única amiga en el mundo, era también muy crítica y férrea en sus opiniones sobre Pau.

Después de lo pasado la noche anterior, y con la cara de circunstancias con la que me había levantado yo esa mañana, en abandono total, no quería darle más munición.

Ni correr el riesgo de que alguna de sus palabras me calara más de la cuenta.

—¡Carmiña, que espabiles, que es la hora del comedor!

—Sí, Susana, perdona.

Subí a los niños a las tronas y entoné canciones, puse baberos, limpié bocas, calmé llantos y contuve maldiciones cuando manos pringosas de pedazos de pera impactaron de lleno en mi ropa, mi cara y mi pelo.

Cuando el último niño fue entregado a sus padres y la jornada terminó, estaba tan agotada que me pesaban incluso las ganas que tenía de entregarme al desánimo. Llegué a casa mordisqueando una barra de pan, la abrí y metí dentro un poco de lechuga y tomate. Lo comí de pie, en un rincón de la cocina, teniendo cuidado de que cada miga cayera en el fregadero, tomando zumo de un *brick*. No usé plato ni vaso. Era como si sintiera que no merecía hacer uso del menaje de la casa, ni ensuciarla o pisarla. Anduve medio de puntillas al descalzarme a la entrada, tal como hacía Pau, quien, por supuesto, seguía ausente y sin dar razones de dicha ausencia.

Sabía que no le había pasado nada porque mis mensajes, olvidados en la pantalla bloqueada de un teléfono que sentía deseos de estrellar

contra cualquier encimera, aparecían como leídos. Intenté tragarme la mentira de que debía estar muy ocupado con la misma firmeza que uno echa garganta abajo un ibuprofeno, pero no coló.

Me di una ducha y rescaté una vieja sudadera y un pantalón de pijama lleno de bolitas. Abrí el ordenador lo justo para revisar el carrito de Shein, donde esperaba un pedido que no pensaba hacer. Después, cerré la tapa y apoyé la cabeza sobre las rodillas, como me pareció que no merecía compadecerme de mí misma en una casa cuyas facturas pagaba a duras penas, decidí encender a Alfred y dejar que al menos él quitara las briznas de tristeza y pelusas de debajo de los muebles.

Le di con el pie, ahogando un suspiro, pero el chisme no arrancó. Volví a intentarlo, nada. Parecía que la roomba había fallecido.

—Perfecto, parece que en el sótano de mis desgracia siguen construyendo pisos.

Cogí aire, mirando el aparato como si intentara comunicarme por ondas cerebrales, magnéticas o en busca de una wifi que pudiéramos compartir. Como no funcionó, evidentemente, no me quedó más que bajar los hombros y aceptar lo evidente. Alfred no iba a ayudarme, no me quedaba más que agarrar al toro por los cuernos y hacerlo por mi cuenta.

—Éche o que hai.

Me había acostumbrado a la comodidad muy pronto, era verdad, pero recordaba que había una escoba y un recogedor por algún sitio. Entré a la cocina intentando no arrastrar demasiado los pies, para evitar que la porquería que el bueno de Alfred no había podido aspirar se me pegara a los calcetines, y salí a la solana, donde la lavadora, secadora y tendedero a rebosar me recordaban otra de las tareas que había olvidado hacer.

Me di cuenta de que la camisa gris a cuadros de Pau que había tendido no estaba colgada, en su lugar, dos pinzas de la ropa, solitarias en el cordel, me anunciaban lo evidente: había venido a casa a por una muda, pero se había vuelto a marchar.

Sostuve el recogedor contra mi pecho, venciendo la tentación de abrir cajones y armarios en busca de todo aquello que pudiera faltar. ¿Se habría ido para siempre? ¿Me habría dejado? ¿Así? ¿Sin una

miserable palabra?

> «Solo está enfadado. Se le pasará. Haréis las paces y…».

Pero ¿cómo coño iba yo a arreglar nada si no podía verlo ni hablar con él? ¿Por ciencia infusa? ¿Por ósmosis? ¿Dedicándole canciones en la radio? ¿Subiendo un tiktok tras otro y pidiéndole perdón y suscripción? Sacudí la cabeza. Me faltaba el aire. Hiperventilaba, estaba segura.

> «Venga, Carmiña, *non penses* tonterías. No puedes tener un ataque de ansiedad por una puta camisa desaparecida. Respira…».

Dejé el cepillo olvidado y el recogedor sobre la tapa cerrada de la lavadora. Agarré el cesto de la ropa y empecé a descolgar el resto, como si hacerlo equilibrara las fuerzas del universo. Por lo menos, así no vería el hueco de la prenda que faltaba y, con suerte, dejaría de alucinar.

Estiré camisetas, doblé bragas y, cuando cogí uno de mis pantalones y lo sacudí, algo cayó del bolsillo trasero. Rogando que no fuera un billete echado a perder, me incliné para mirar, medio desvaído pero todavía legible, el folleto del curso de escritura *A pie de página* que yo misma había guardado. La primera clase tendría lugar esa misma semana, aunque seguramente ya no quedarían plazas.

Estiré el papel contra la luz de la ventana, releyendo la dirección, bajo de una vieja librería en la trasera de la Plaza del Dos de Mayo. Un extraño picor en la nuca hizo que soltara el papel y me rascara. Mis uñas hicieron ruido contra la piel, rasgándola, pero sin que ello supusiera alivio. Llevé la ropa dentro y, aunque quise evitarlo, volví a salir a por el folleto.

Estuve mirándolo toda la tarde, hasta que me dio hambre y preparé algo con las sobras de la cena interrumpida de la noche anterior. Vi un *reality* de repostería tapada con una manta del sofá hasta que se hizo lo bastante de noche como para que fuera lícito esconderme bajo las mantas de la cama.

Pau tampoco vino a dormir, pero a la mañana siguiente, la cafetera eléctrica estaba a la mitad y su termo no descansaba en el estante de

arriba. Había venido, otra vez, a por elementos de primera necesidad, pero, por lo visto, yo no era uno de ellos.

5
Presentación de personajes

Un gilipollas hace gilipolleces.

Supongo que eso es lo único que podía explicar qué hacía yo, un viernes a las seis de la tarde, en la Plaza del Dos de Mayo, intentando fingir que no miraba con suma atención a través del escaparate de la librería en cuyo bajo, si las señas que había seguido y memorizado con obsesiva atención, no habían cambiado, tendría que estar a punto de empezar una clase de escritura.

Como no veía un *carallo* desde donde me encontraba —cosa lógica, pues la cristalera daba al comercio y no a lo que fuera que estuviera pasando en su sótano—, deambulé por la acera tocándome el pelo, tirándome de la cinturilla de los vaqueros o rascándome la barbilla mientras simulaba que la portada serpenteante del último Premio Planeta llamaba mi atención.

Estaba como un flan, y no podía entender por qué.

Seguramente debido a que, con mi cuaderno escondido en el fondo de una bandolera raída y un bolígrafo estilo bic asomando de uno de los bolsillos traseros de mis vaqueros, llevaba por bandera el síndrome de la impostora, bien encasquetado, como un gorro de látex, de esos que te pones para meterte a la piscina del polideportivo de tu pueblo y que luego casi nunca eres capaz de quitarte con dignidad.

¿El porqué de todo esto? Bueno, para llegar al meollo del asunto habría que retrotraerse un poco, y como además del interés por las novedades del top ventas también soy una experta en creerme un amago de gran escritora, voy a meter contexto.

Quién sabe, quizá así, con suerte, reúna el valor necesario para entrar a la librería y bajar las escaleras, o pille un taxi y me vuelva a

casa cabizbaja. *Xa veremos*.

Aquella semana, que había empezado conmigo metida bajo las mantas y con una sobredosis de programas casposos en vena, solo empeoró. Hasta niveles que ni el mejor científico sobre conductas humanas podría haber previsto.

Gema volvió de su baja improvisada por un repentino ataque de gastroenteritis —estuvo un día cagándose por la pata abajo por culpa de un queso tierno en mal estado. Hay confianza, pero no le digáis que lo he soltado—, y una vez la tuve delante, pasó lo inevitable. Ella preguntó y yo respondí echando tantos balones fuera que me convalidaron el VAR y hasta me regalaron un banderín. Dije más por lo que callé que por lo que consiguió sonsacarme, y aquello resultó más que suficiente para sus expresiones, suspiros y gestos silenciosos, pero más ruidosos que un mamut en una tienda de campanas.

Debía verme tan echa mierda que no dijo ni mu, pero tampoco habría hecho falta. Su opinión sobre la conducta de Pau y mis intentos infructuosos por compensar de más todo lo que él aportaba y yo disfrutaba sin poder igualarlo eran bien conocidos por ambas. Que no lo dijera no implicaba que yo no lo supiera. O que no se lo viera escrito en la cara cada vez que me cruzaba con ella en la escuelita.

—Vale ya, Gema. En serio. Por favor.

—No he dicho nada.

La miré mal, o por lo menos, todo lo mal que un bicho herido de muerte como yo era capaz de mirar a la única persona que le había demostrado amistad sincera. No quería enfadarme con ella. No podía permitírmelo y, sin embargo…

—Quedarte con las pinceladas abstractas no te hace una experta en el cuadro de una relación. —Frunció el ceño—. La frase no es mía, ¡pero ya sabes a qué me refiero!

—Si quieres que finja que no pienso lo que pienso, lo haré.

Me valía. Cualquier cosa me serviría teniendo en cuenta mi situación, que solo podría ser más desoladora si una nube negra me persiguiera adonde fuera, lloviéndome encima sin compasión.

—Gracias. Te lo agradezco. Eso quiero, sí.

Dejé las agendas apiladas sobre los tatamis, iba a volverme a la sala donde dormían los niños, porque el repentino silencio era más

preocupante casi que el escándalo más atroz, cuando Gema me sujetó del brazo.

—Pero no tengo que conocer a tu novio al dedillo para darme cuenta de que te está castigando de más. Cada día que pasa fuera, que no te llama o no te habla, es una forma de maltrato, Carmiña. Y en el fondo lo sabes.

Me solté de un tirón. Esta vez, mi mal gesto no se suavizó ni siquiera por el hecho del aprecio que sentía por Gema. Fue genuino, rescatado de lo más profundo de los anales de mi memoria, allí donde todo era tristeza, soledad y miedo.

—Si opinas así, está claro que no tienes ni idea de lo que es que te maltraten.

—Carmiña, yo…

—Tengo cosas que hacer.

De aquello habían pasado tres días, en los cuales trabajamos en el mismo centro infantil sin dirigirnos la palabra más que para lo básico, y eso siempre que Susana no pudiera hacer de intermediaria. Disimulamos lo bastante bien como para no tener que dar explicaciones, y aunque se nos notaba a leguas las ganas de abrazarnos y mandar a la mierda el conflicto, ninguna lo hizo.

Gema, porque seguramente se arrepentía de las palabras empleadas, una vez recordada mi historia infantil, y yo, porque temía en lo más profundo de mi corazón que llevara razón.

Cuando alguien es dependiente de otra persona, sea económica o afectivamente, la falta de ese sostén, del soporte que implica, te deja mareada. Como carente de sentidos. Falta el aire para respirar, las piernas para andar y los ojos para ver.

Pau no apareció hasta el jueves, y en rigor, no estoy segura de que su intención fuera dejarse ver. Igual que un Ratón Pérez de uno ochenta de estatura, mi novio había estado entrando y saliendo, recogiendo y dejando cosas sin ser visto por una servidora, que apreciaba cada retazo de desodorante que dejaba a su paso con lacrimógena desesperación. El día de autos, salí antes del curro por puro capricho del destino, y no había terminado de cambiarme de ropa cuando oí las llaves en la cerradura.

Me quedé paralizada, con las mallas a medio bajar y los ojos como

platos. Esperé, intentando recordar que una no recibe a su pareja, sobre todo teniendo en cuenta nuestras circunstancias, con unas bragas de lana de color salmón que ponen lunes. Especialmente cuando han pasado cuatro días desde dicha fecha.

Me las pongo desordenadas. Me siento en el deber de aclararlo.

—¿Pau?

El sonido del maletín me lo corroboró. A toda prisa, me subí las mallas. Creo que tenía algún moco pegado en una de las perneras, y seguramente, restos de babas resecas por todas partes, pero me dio igual. Salí del dormitorio como estaba, histérica pero intentando que no se me notara. La *saudade* más profunda me había acompañado durante más tiempo del que podía soportarla, y no recordaba una sensación de melancolía tan grande desde mis primeras noches en el orfanato. La idea de repetir el proceso que fue necesario para curarme de aquella pena se me antojaba imposible.

Llegué al pasillo y allí estaba él. Perfecto. Alto. Guapo. Bien peinado. Arreglado hasta el último detalle. Me miró un segundo, sin desprecio, es verdad, pero tampoco con ningún tipo de emoción. Tras varias noches separados, sin saber yo de su paradero o la cama que ocupaba, se limitó a entrar al despacho, abrir y cerrar cajones, meterse bajo el brazo un fajo de carpetas y, ante mi más absoluto asombro, garabatear algo en un *post-it* y dejarlo pegado al escritorio.

Cuando me pasó por al lado, intenté hacer todo lo posible por no olisquear el aire en busca de su perfume. O de un poco de aquel cariño que me negaba a creer que hubiera desaparecido sin más.

Quería decirle muchas cosas, pero el orgullo de saberme patética me impidió abrir la boca. A él, no.

—He cambiado la contraseña de Netflix. Te la dejo ahí, aunque deberías ignorarla y ponerte a escribir.

Entonces se dio la media vuelta, pero no se fue con el sol, como Luis Miguel, sino llevándose consigo todas mis ilusiones y esperanzas de que aquella fuera, por fin, la primera piedra en la larga escalera hacia nuestra reconciliación. Me equivoqué, por supuesto.

El bueno de Pau. El perfecto e incapaz de cometer un error, el hombre que no llegaba tarde y hecho un amasijo asqueroso de defectos, se había dignado a dirigirme la palabra únicamente para

darme un dato ridículo y anodino. El cambio de contraseña de Netflix, algo que yo podría haber deducido sola tan pronto hubiera encontrado el *post-it* sobre la mesa de su despacho, y que rezaba exactamente eso: contraseña de Netflix.

> «Seguramente su intención era ahorrarse las dos frases, claro está».

Agarré el papel y lo estrujé en la palma de mi mano. Solté tantos insultos en gallego que temí que me salieran subtítulos bajo la boca. ¿Por qué tenía que decirme algo así? ¿Por qué tanta frialdad? ¿De verdad estaba tan enfadado y la cosa era tan terminal que no podía, ni siquiera, meter la contraseña nueva en la tele en lugar de dejar una nota? ¿Acaso no pensaba hacer uso de la cuenta compartida —que pagaba él— en nuestra casa —que también pagaba él—?

Por lo visto, no.

Por supuesto, y a pese a mi repentino ataque de orgullo, recuperé el *post-it* y, al igual que le había pasado a Carrie Bradshaw con el suyo, me obsesioné. Lo miraba mientras en la televisión, de fondo, William Levy intentaba tomarse un café con aroma de mujer. Lo pegué de la puerta de la nevera, para poder analizar la grafía de los números y letras de Pau a la vez que pasaba de los yogures y cuchareaba la leche condensada como una enferma mental.

Incluso lo llevé conmigo al dormitorio y lo apoyé en el pie de la lámpara de la mesilla cuando el pegue no dio más de sí. Me observó, mudo como eran todos los papeles, intentando encontrar unos vaqueros decentes y un jersey más o menos respetable el día que decidí ignorar la parte de la contraseña y centrarme en la otra frase pronunciada por la boca de Pau. Aquella sobre la escritura. O más bien, sobre mi falta de…

Deberías ignorarla y ponerte a escribir. Ponerte a escribir. A escribir. Escribir.

No me llamó inútil, pero yo lo oí. No decretó que era una vaga, pero yo lo sentí. No me acusó de perder el tiempo, pero lo supe. Fue como verbalizar en modo *mute* todos mis miedos, mis inseguridades y temores más ocultos. Algo que Pau nunca había hecho. Porque Pau me quería…, ¿no? Entonces, ¿a qué venía aquello? Su tono dejaba a las

claras que no era para nada un consejo que tuviera que ver con mi desempeño como escritora frustrada. Y, desde luego, la forma de decirlo distaba mucho de ser la que emplearía alguien que quiere apoyarte en el arduo proceso que supone forjar tu sueño.

Pau, que había conseguido con esfuerzo y tesón todo lo que tenía, había hecho alarde de una crueldad y una falta de empatía tan grande, que más que oír el eco de los pensamientos de mi compañera, la misma Gema se me materializó en el dormitorio. Su figura etérea pareció cubrir el *post-it* de la discordia, dejando en su lugar bien visible —todavía no sé cómo— el folleto de las clases de escritura.

Supongo que fue un mecanismo de mi mente. Un truco cerebral para ignorar las connotaciones que podría suponer para mí que mi amiga estuviera en lo cierto. No estaba preparada para enfrentarlo, y por ello, me centré en lo que podía gestionar. Mi locura inminente, protagonista ya de la historia.

«Joder…, ya es oficial, Carmiña. Has cruzado la línea».

Y, en efecto, así fue. Soy de esas personas que pasan del dramatismo al enfado, y de este, a sacudirme el polvo con asombrosa rapidez. Tal vez con Pau no había hecho alarde de sobreponerme demasiado bien a los varapalos, pero su acusación, aquel trasfondo que ocultaba su recomendación, paternalista y antipática, me acicateó.

Tal vez impulsarme no fuera su intención, pero lo consiguió.

Me armé de valor, me metí en los vaqueros, tiré a la basura el bote de leche condensada, cogí un cuaderno y un bolígrafo y me planté, paradas de metro mediante, en la Plaza del Dos de Mayo. Durante el trayecto, y con el presumible papelón que seguro que iba a hacer nada más llegar a la librería, fui perdiendo el fuelle, y para cuando estuve delante de las novedades del escaparate, no era más que el reflejo deshinchado de una mujer sin ningún convencimiento para hacer lo que había ido a hacer.

Y… ya está. Hemos vuelto al momento presente.

Las intenciones siguen brillando por su ausencia. Quizá debería darme la vuelta, pillarme un pack de 1906 rojas y volverme a las telenovelas de Netflix. Sí, ese parece…

—¿Viene por el curso de escritura?

Ay, carallo, carallo, carallo.

—¿Perdón?

Una sonrisa amable. La puerta que se abría. Un brazo dándome permiso para entrar.

—Le pregunto que si viene por el curso de escritura que impartimos abajo, en el sótano.

Se personó ante mí el doble en carne y hueso de ese entrañable anciano de Pixar que le da un maqueo de chapa y pintura a Woody en *Toy Story 2*. Las mismas gafas redondas, nariz ganchuda, ropa de abuelo, comprada en la sección para la tercera edad y dedos trémulos, pero sorprendentemente firmes cuando sostenían, como era la ocasión, un libro de grueso lomo grisáceo. Apenas tuve que girar la cabeza para descubrir que se trataba de un ejemplar del *Drácula* de Stoker.

—Pues la verdad… —Mierda, ¿cómo iba a mentir ante un librero que me abría las puertas de una librería? Sería como si un discípulo de Cristo le regalara una Gillette. Con perdón de la blasfemia, no se me ha ocurrido una metáfora mejor porque, ¡alerta de *spoiler*! Soy una escritora que no vale un pimiento—. Yo… ¿el curso lo imparte usted?

El hombrecillo soltó una risita que hablaba de un pasado de fumador muy acusado. Negó.

—Mi nieto. Lo mío son los libros que ya están escritos. Dan mucho menos trabajo, ¿sabe, usted? Uno solo tiene que leerlos.

Se hizo a un lado, probablemente esperando que pasara rauda. No me moví.

—Tiene mucha razón…, ¿sabe qué? Se me ha hecho tarde, seguramente la clase habrá empezado y sería de muy mala educación interrumpir a su nieto. Ya volveré la semana que viene o la otra.

O jamás de los jamases mientras mi espíritu morara aquel valle de sombras donde por lo visto nada podía salirme bien porque cada una desgraciada reinaba por las calles y yo debía tener el título perenne, igual que el suéldalo Nescafé para toda la vida.

La mano cálida del librero me tocó el brazo. Sentí una suerte de consuelo que no supe describir.

—Vamos, vamos, mujer. No se ponga usted nerviosa —insistió en su ademán apartándose todavía más de la entrada, hasta el punto de que su menudo cuerpo tropezó con un altísimo *stand* repleto de

novelas de romántica—. Rafael siempre da unos minutos extra a los rezagados. —Me guiñó un ojo—. Y a los miedosos. Venga, que llega usted a tiempo, no se lo piense.

—Pero es que yo… yo…

Perfecto. Ahora no solo era una completa inepta expresándome por escrito, también había perdido la capacidad de hilar frases cuando hablaba.

—Si conozco a mi nieto tan bien como creo, y así es… —el buen hombre se dejó de sutilezas, colocó a Stoker delante de unos cuantos ejemplares de la famosa saga victoriana de Julia Quinn y, con una fuerza inusitada para alguien que debía haber aprendido a leer con Seti I, tiró de mí hacia dentro. No me avergüenza decir que clavé los talones en el suelo, pero ni con esas me libré. El olor a libro nuevo me dejó en fuera de juego—, seguro que todavía no ha pasado de la lección primera y más básica.

Fruncí el ceño, confundida y, al mismo tiempo, extrañamente alerta.

—¿La introducción, el nudo y el desenlace?

—Esa sería la segunda.

Caminábamos. Yo me daba cuenta, pero no podía evitarlo. Estantes de novela negra. De infantil. De juvenil. Libros para aprender a sumar, a restar y a dividir. Biografías de músicos famosos. Manuales de psicología. Novela gráfica. Narrativa fantástica. De amor. De suspense. Para el primer lector.

—Entonces, ¿cuál…?

—La presentación de los personajes.

En rigor, estoy segura de que el señor restaurador de muñecos de trapo en películas de animación no me empujó escaleras abajo, pero nadie me sacará nunca, ni aún pasado el tiempo, de que algún tipo de influjo por su parte provocó que acabara taconeando con torpeza, a pesar de llevar zapatillas planas, en dirección a los infiernos. Aquella escalinata, que más parecía sacada de la pesadilla de cualquier persona que alguna vez hubiera subido o bajado piso alguno, conectaba con una sala subterránea bien iluminada donde seis pupitres tipo instituto, colocadas en corrillo, ocupaban el centro de una sala amplia, con mesas auxiliares repletas de libros, estanterías

repletas de libros, cajas repletas de libros y, por si no lo habéis pillado todavía, libros.

Aturdida, me agarré a la bandolera como si mi vida dependiera de ello y, dado el escándalo perpetrado, me decidí a terminar de bajar. Varias cabezas se giraron para mirarme, pero antes de componer la mayor mentira jamás contada —que estaba allí buscando un ejemplar, el baño, mi nave nodriza o cualquier cosa similar—, la voz grave de la única persona, además de mí, que permanecía de pie, me echó por tierra cualquier posibilidad de éxodo.

—Pues ahora que tenemos a todos los personajes, podemos empezar a narrar.

No sé si fue el empleo de esa palabra, pronunciada escasos segundos antes por su abuelo. O si fue el brazo extendido hacia mí, invitándome a ocupar la mesa libre, y que, por desgracia —sí, desgracia, es demasiado pronto para usar otro término—, era la más próxima a él.

No tengo explicación, no conozco el motivo y la razón, se me escapa con mucho más éxito del que pretendía tener huyendo yo.

Fuera como fuese, me encontré dejando la bandolera en el suelo, cruzando las piernas como podía y, cabizbaja y muerta de vergüenza, sentándome para recibir una clase de escritura, con la ferviente creencia de que no había nada que pudieran enseñarme porque, al igual que un texto sin coherencia, mal narrado y con tramas mezcladas, de allí no había nada que sacar.

6

Secundario omnisciente

¿Puede una sentirse completamente fuera del agua a pesar de que en el mentado charco haya más variedad de peces que tipos de café en un Starbucks?

Se puede. Lo confirmo.

Y es que los otros cinco integrantes de aquel curso de escritura no parecían ajustarse a ningún patrón. A pie de página, más que algo destinado a enseñarte pautas narrativas, tenía pinta, más bien, de ser una amalgama de desencajados sociales. Y, ojo, lo digo empezando por mí, que seguía intentando encontrar una excusa lo suficientemente creativa como para poder huir sin suscitar demasiadas preguntas.

«Creativo», pensé con sorna. Lo mismo asistir a la primera clase me venía hasta bien.

Volviendo a mis compañeros de sótano, todavía no los conocía, pero por el beneficio de esta historia, a vosotros voy a presentároslos. Justo a mi derecha tenía a Enzo, que parecía la reencarnación de Bob Marley. Tanto en color de piel como en estilo capilar. Supe más tarde que su nicho de escritura eran las distopías. Zombis. Falta de espacio en la Tierra. Quiebre total de la capa de ozono. Muerte de las células reproductoras…, todo este tipo de cosas súper positivas y de buen rollo en general.

Junto a él, Juanjo. El papá del grupo. Cincuentón —largo—, llevaba la barriga cervecera cubierta por una chaqueta vaquera que no se quitaría jamás. Una cortinilla de pelo pretendiendo esconder lo que todos veíamos y un resquemor por su exmujer que iba a ser nexo clave en todas y cada una de las cosas que escribiera. En algunas incluso la mataba de forma terrible. Un amor.

Frente a mí se encontraba Ant, sí, como suena. Igual que hormiga en inglés. Ant tenía tantos pendientes que apenas le quedaban orejas, lucía una cresta mohicana muy chula en la cabeza y escribía narrativa orientada hacia el colectivo LGTBIQ+. Creo que era una chica, aunque pronto asumí que aquello no importaba demasiado. Aprendería mucho de ella.

Perpendicular a la silla que me había tocado en suerte, se encontraba Sofi. Un ama de casa tímida y callada que siempre lleva suéter y zuecos de goma. Ocultaba unos ojos vivarachos detrás de unas gafas demasiado grandes, al igual que mantenía escondida, también, una enorme curiosidad sexual, dejada entrever, más o menos, en unos relatos que yo titulé como: «Cincuenta sombras de la vergüenza». Narraba bien, pero apenas era capaz de alzar la voz para leer lo escrito u opinar. Se curaría pronto.

Por último, pero no menos importante, estaba Fanti. En realidad se llamaba Fausto, pero no le gustaba, de modo que había decidido cambiarlo. No tenía claro de dónde provenía su acento, a veces con matices argentinos, y otras, colombianos. Creo que él tampoco se identificaba del todo con un lugar en concreto. Ciudadano del mundo, se presentó, y a nosotros nos valió con eso. Su fuerte eran los cómics y novelas gráficas, aunque tendía a sobrecargar las imágenes de texto. Acudía al curso para aprender a decir mucho con poco.

Todos, uno a uno, se fueron presentando. Y con más o menos acierto, dejaron claro lo que buscaban, querían y pretendían de aquella aventura. Todos hablaron, y todos guardaron silencio cuando el turno me llegó a mí, que seguía abrazada a la bandolera como si alguien fuera a declararse ladrón y birlármela en las narices. Me sudaba tanto el cuerpo entero que temía que un charco de histeria se estuviera formando bajo mis pies.

Bueno, mientras no fuera pis, todo bien. Pero era demasiado pronto para descartar ningún fluido. Todavía quedaban cuarenta minutos de clase.

—Te toca. Sí, a ti. La del pelo rojizo. Lo siento, no sé tu nombre, al ser un curso sin matrícula previa, los datos personales los vamos descubriendo una vez presentes.

Giré la vista al frente. Hacia la persona que seguía de pie y que, por

descarte evidente, debía ser el profesor. Rafael. Estaba muy bueno, que nadie piense que el nerviosismo y el absoluto sentido del ridículo elevado a la enésima potencia me impedía quedarme con los datos importantes.

También es cierto que yo estaba viviendo un momento de amarga zozobra, bloqueo en todos los aspectos e inseguridad en mi relación de pareja. Más que aprenderme, tenía la sensación de que cada día que pasaba se me iban olvidando cosas sobre mi persona, pero repito, todo eso no cegaba el hecho inequívoco de que Raf, como nos pediría que le llamásemos a partir de esa clase —la que yo esperaba que fuese la única para mí— estaba para ponerle una calle y llenarle las hojas del libro de familia.

Tremendo el colega. Absolutamente. Moreno, con ese tipo de pelo que en cualquier otro parecería despeinado, pero que en quien sabía llevarlo tenía un rollazo de lo más interesante, no era demasiado alto, pero sí que tenía el cuerpo bien formado. Brazos anchos, piernas fuertes, cintura estrecha. Una levísima sombra de barba que hablaba de un rostro más bien lampiño. Vestía vaqueros oscuros, camiseta blanca y, encima, una camisa abierta, de manga corta. Tenía el brazo derecho completamente tatuado y algo asomaba también por su pectoral. Se me hizo la boca agua. Me dije que por la tinta.

Me mentí como una bellaca.

Hizo un gesto con la barbilla hacia mí. Carraspeé y me removí en la silla y la mesa que le iba incrustada se me incrustó a mí en el páncreas. Joder, hay una razón por la que ese mobiliario deja de ser ergonómico cuando uno abandona el instituto. Un cuerpo adulto no cabe dentro.

—¿Quieres presentarte? —insistió Raf.

Mi primer instinto fue decir que no, pero los demás ya lo habían hecho y me miraban, como acusadores, instándome a pasar por el mal trago igual que habían hecho ellos.

—Soy Carmiña. Carmen.

Raf sonrió. Tenía los incisivos un poco largos, pensé, en un amago de fantaseo inspiracional ridículo, que aquella podría ser perfectamente la dentadura de un licántropo. Un rasgo característico para ser reconocido por su manada incluso en forma humana.

Gracias, musa, pero no es el momento.

—¿Gallega? —Asentí—. Guay. ¿Algo más?

—No sé. ¿Qué más quieres saber?

Se apoyó en la mesa y cruzó los brazos. La manga, que por si no lo sabéis es el término con el que se designa un brazo cuando está tatuado del todo, pareció inflarse a conjunto con su bíceps. Giré la cara, pero me topé con la mirada inquisitiva de Enzo, y la esquivé.

—Por ejemplo, ¿a qué te dedicas?

Me recoloqué la bandolera. Intenté cruzar las piernas, pero en aquellas mesas solo aptas para Hobbits, o eras Patry Jordan y podías doblarte como una goma elástica, o era misión imposible.

—Soy educadora infantil.

—¿Trabajas en una guardería?

La pregunta, abrupta y sin sentido, vino por parte de Juanjo. Le miré un poco mal, lo reconozco, pero, oye, ¡se supone que en las presentaciones nadie hacía comentarios!

—El nombre correcto es escuela infantil —expliqué, entrando al trapo porque sentía la necesidad de romper una lanza en favor de mi profesión—. No es guardería, porque no se guarda a los niños, se les enseña a…

—La hermana pequeña de mi exmujer trabajaba en una guardería. Se lio con un padre divorciado. Conducía un BMW. El padre, no la hermana pequeña de mi exmujer. Esa no tenía ni carné.

Aturdida, busqué la mirada de Raf por encima de las otras cabezas mientras Juanjo seguía rumiando a su rollo. Admito que me tranquilizó comprobar que no era, ni de lejos, la más tarada de los presentes.

—¿Cuál es tu historia, Carmen? ¿Por qué estás aquí?

—Por error, creo.

Ni dudé para contestar. Rafael volvió a sonreír.

—Pero no estás segura de estarte equivocando.

—Tampoco de que esto vaya a servirme de mucho.

Se rascó la barbilla. Apoyó las manos en la mesa. Wow, tenía tintados incluso los nudillos. A eso le llamo yo entrega.

—¿Te gusta escribir?

—No quiere decir que valga para hacerlo.

—No es lo que te he preguntado. No estamos aquí para etiquetar ni para simplificar una pasión como la escritura en algo tan ambiguo como: *valer para*.

Fue mi turno de sonreír, pero no con gracia, sino con cansancio. Ya sabía aquel discurso, porque me lo había dado a mí misma muchas veces. El rollo hippie de escribir para ti y de que la calidad llega cuando insistes…, que todo mejora porque en realidad nunca fue malo porque, al sacar lo que llevas de dentro, simplemente te plasmas a ti. Mierdas de ese estilo.

—Entonces, ¿no eres de los que creen que, en la escritura, una de dos: o se nace con el don, o bien uno se deja la piel y se esfuerza para hacerse bueno?

—Vaya. ¿Eso es de Murakami?

Asentí.

—De 1Q84.

—Y en la primera clase nada menos.

—Sí, bueno… —No le dije que, el libro, un ladrillo de novecientas treinta y seis páginas, solo en los dos tomos de la trilogía que yo tenía, cogía polvo, inacabado en mi estantería, como muchas otras cosas de mi vida, esperando el momento de ser tachadas de una lista tan interminable que ni siquiera podía recodar todo lo que había reflejado en ella—. Está en los primeros capítulos.

De los que no había pasado, reitero. Pero eso no lo dije.

—Respondiendo a tu pregunta, Carmen, creo que antes de entrar a debatir sobre si uno es buen o mal escritor, lo principal es por qué escribe. Lo que nos llevaría a lo que hacemos aquí. ¿Qué te trajo a este curso?

La búsqueda de un mando a distancia, recordé. Pero eso tampoco lo dije. Encogí los hombros.

—No lo sé.

Raf, otra vez, sonrió.

> «Enseña los dientes, lobito».

—Me temo que voy a necesitar algo mejor.

—Es que no sé qué quieres que te diga.

Como notó que empezaba a impacientarme, se paseó por la clase,

abrió uno de los rotuladores de la pizarra blanca que alguien había encasquetado sobre una mesa auxiliar y, aunque yo pensé que iba a detallar un sesudo esquema sobre las partes de un escritor, se limitó a volver a taparlo y dejarlo apoyado junto a su maletín, desgastado y lleno de arañazos. «Pues vaya birria de profesor —pensé—. Ni siquiera él tiene claras las cosas».

Como el silencio empezaba a volverse denso e incómodo, pensé que tenía que darle algo. Lo que fuera, a ver si así el tiempo avanzaba más deprisa, la horrible sesión acababa y yo podía desintegrarme camino a casa, olvidarme de todo aquel variopinto grupo de personas y no volver a pensar en ello jamás.

Dios, era tan mala escritora, tan mal amago de escritora, de hecho, que ni siquiera era capaz de decir en voz alta cuánto adoraba escribir. Tragué saliva y agarré la bandolera hasta que me dolieron los nudillos.

—Siempre he querido escribir. Desde que puedo recordarlo. Cuando me frustraba o me… enfadaba. Cuando sentía que algo iba mal, yo solo…

—Escribías.

—Sí.

«Lo intentaba».

—¿Y ahora, Carmen? —Me miró, con unos increíbles ojos avellana que parecieron leerme tanto por dentro, que las tres rosas tatuadas que yo llevaba en el hombro, supuraron rocío—. ¿Escribes ahora?

«No».

—No.

Me sorprendió el sonido de mi propia voz, ya que no esperaba hacer aquella declaración. Intuía lo que venía después: el por qué, la eterna pregunta. Entonces tendría que hablar del bloqueo, de sentirme una impostora y de creerme en la obligación de justificar mis anhelos, gastos y existencia misma a partir de textos que en mi cabeza bullían como ollas a presión, pero que luego… se desvanecían de entre mis dedos como la arena, cayendo, perdiéndose, alejándose de mí, devolviéndome a las sombras, a la incertidumbre y a sentirme tan

perdida e inútil que era incapaz de remontar el texto en semanas, y para cuando lo hacía, había perdido el hilo de tal manera que debía empezar a tejer de cero.

Luego, todo se repetía, una y otra vez. Ese era mi resumen como juntaletras, una torpe rodeada de pespuntes sueltos.

—¿Y qué te gustaría escribir?

Fruncí el ceño.

—¿El próximo taquillazo de Netflix?

Hubo algún murmullo, risitas. Incluida la del profesor.

—Eso estaría genial, espero que me menciones en los créditos, si decides completar el curso.

—No creo que lo haga, lo siento.

—Pero otra vez… no estás segura.

Apreté la mandíbula. Para ser profesor de escritura, el licántropo leía más bien poco entre líneas.

—Es que yo no creo…

—¿Que seas buena escritora?

Dolió, pero me lo había dicho muchas veces como para que me cogiera de nuevas.

—Que tenga una buena historia que contar.

Raf se toqueteó el pelo, podría haber quedado aún más despeinado de lo que lo traía de casa pero, de hecho, eso le favoreció. Supongo que había gente de ese estilo, pensé con la mezquindad que luce quien tiene que dedicar mucho tiempo y esfuerzo a un arreglo personal que nunca pasará de mediocre, esos a los que todo les queda bien.

—¿Y por qué no cuentas tu historia?

—Porque ya la conozco.

«Y porque paso de deprimirme. Más».

—Carmen ha dicho algo muy curioso. Y sensato. Ya conocemos nuestra historia. En muchos casos, puede ser verdad, pero en otros… —Volvió a coger el rotulador, lo destapó y esta vez, escribió en clara letra mayúscula la palabra: «PERSONAJE»—. Se supone que somos la cabeza de cartel de la obra de nuestra vida, pero, en este sótano reconvertido en aula a la que ahora llamaré teatro, hay más de un espectáculo representándose a la vez. Carmen conoce su historia, pero

no la del resto, y viceversa. Por ello…, ¡deberes!

Pasó los quince minutos restantes pidiéndonos una descripción de nosotros mismos, como protagonistas de nuestra historia, pero no como si nos presentáramos a una audiencia, aludiendo a gustos, fobias y aspiraciones laborales. Rafael quería un texto, una narración cuidada en tercera persona donde nosotros fuéramos el eje central y, a través de ella, descubriéramos qué hacíamos allí, qué queríamos conseguir, por qué habíamos acudido y, lo más importante, qué nos empujaría a continuar hasta el final.

Yo tenía claro que no iba a hacerlo, pero de todas maneras, me sorprendí perdiendo muchas veces el hilo conductor de su explicación —versado en la coherencia y el matiz narrativo que esperaba de los textos, que no redacciones— imaginando párrafos, metáforas y frases sueltas, todavía inconexas, que podrían encajar en mi trabajo.

Era incapaz de mantener a flote una idea, pero quizá, si otro me la daba, ¿podría?

—Eso es todo por el momento, nos veremos la semana que viene a esta hora. Mi *email* está en la pizarra y resolveré las dudas que tengáis, pero recordad que los textos se entregan en tiempo y forma en esta clase. Si queda tiempo, incluso podremos leer fragmentos. —Sonrisa. Mano alzada a modo de despedida—. Hasta la próxima sesión, ¡ah, por cierto!, podéis llamarme Raf.

Llegué a casa con el cerebro embotado y la boca pegajosa. Lo primero podía tener que ver con el ruido de sillas que se arrastran y voces que hacen preguntas al tuntún, por lo visto, mis compañeros se sentían como críos ante la tarea encomendada, y no precisamente en el buen sentido. Nerviosos por hacer mal algo que se parecía bastante a escribir un diario personal, no cesaron de acosar a Raf con inquietudes que él, con paciencia, fue resolviendo…, o eso me pareció, ya que aproveché el barullo para escaquearme sin tener que hacer contacto visual con nadie.

Lo de los morros pegajosos, seguramente era culpa de la napolitana que había ido mordiendo desde la Plaza del Olavide, adquirida en un quiosco de la misma, y que no me había durado hasta entrar por la puerta de casa. Me descalcé, puse en marcha la roomba de sustitución recién llegada con el dedo gordo del pie y dejé la bandolera sobre el

respaldo del sillón, en el que me dejé caer como un fardo. Pensé en enchufar Netflix y viciarme al culebrón del momento, cuál fuese, lo que seguramente me haría estómago para una segunda merienda, pero me dio pereza encender el televisor. Y otear en busca de alguna miguita de pan que Pau pudiera haber dejado al pasar por allí. Metafórica, por supuesto. A limpio no le gana ni *Mr. Proper*.

En rigor, me dio pereza hasta la bocanada de aire que tuve que coger al darme cuenta de que contenía el aliento y las lágrimas, sintiéndome estúpida y patética sin saber por qué. La verdad era que aquel rato incómodo en la clase de escritura me había inspirado y animado más de lo que estaba preparada para reconocer. Allí sentada, comparándome con el último higo chumbo del cactus, tuve ideas, sentí a la musa darme cachetes en la cara, los dedos picarme de ansias por tocar el teclado y, en definitiva, el empuje. Ese *nosequé* que se te pega al espinazo y hace que no puedas pensar en otra cosa más que en escribir.

Fugaz, seguro. Últimamente todos mis escritos no eran más que abortos de letras que por azar encontraban el acierto de unirse en palabras, todas y cada una, malsonantes a mis oídos, ya sordos de tanto intentar sin conseguir. Tenía las ganas, pero me fallaba la ejecución, porque era tanta mi sensación de no valer, que, en efecto, no valía.

De soslayo, eché un ojo a mi alrededor. Había papel y boli en la mesita de centro, de aquellos tiempos en que yo creía, como Picasso, que la inspiración sí existía, pero debía encontrarte trabajando. Había garabatos y retahílas sueltas, títulos a medio componer y tramas imposibles de sacar adelante. Me incorporé, rozando la textura lisa del papel con la yema de unos dedos que habían languidecido secos de emoción… hasta esa tarde.

«¿Qué sentido tiene? De todas maneras no voy a volver».

Me levanté del sillón y fui desnudándome por el pasillo, dejando detrás de mí el *nosequé,* el empuje y la picazón por las teclas. Cegué a la musa lanzándole mis vaqueros a la cara, y de paso, me cubrí los ojos con las prendas que me quitaba, para no ver la estantería donde Murakami aguardaba seguir contando su historia, o donde *Historia de*

dos ciudades ni siquiera había llegado a ser abierto, al igual que tantos otros títulos que me había empeñado en poseer por buscar un hálito que nunca encontré.

«Era el mejor de los tiempos. Y era el peor de los tiempos», rezaba la jodida primera puta frase del libro. Esa a la que ni siquiera había llegado, porque, como otras tantas cuestiones, la lectura de la obra de Dickens había sido un querer y no poder. Como seguir estudiando. O encontrar un mejor trabajo. Hacer las paces con mi novio y, con muchísima suerte, no volver a cagarla. Como dejar la leche condensada o seguir acudiendo a un curso de escritura del que renegaba por terror, aunque lo deseara con fervor.

Un quiero y no puedo, sí, supongo que eso lo define.

Un eterno inacabado, como mi vida. Ese es el tipo de personaje que soy, morando en mi existencia, pasando de puntillas por todo y no dejando huella en nada. No protagonizo mi historia, porque no me estoy esforzando nada por vivirla.

¿Que qué hago allí, qué quiero conseguir, por qué había acudido y qué me empujaría a continuar? Es fácil.

Dejar de ser una secundaria omnisciente. Incluso para mí.

7
Letra capital

Marigold no entendía por qué, a pesar de los innumerables fenómenos paranormales que rodeaban su vida desde que se había mudado a aquella casa, se sentía tan unida a la casa misma. Por qué, los espíritus que la rodeaban la hacían sentir acompañada. Como en familia. Tanto era así, que había empezado a apodar a aquella casa «La casa de los espíritus», y cada vez que lo pensaba, sonreía, diciéndose que era normal que sintiera apego por lo sobrenatural, todo ese realismo mágico que implica…, pues eso. Lo sobrenatural. Y en la casa de los espíritus…

Me quedé mirando el texto que acababa de escribir. Lo miré tanto y con tanta atención que bizqueé. Ni siquiera eso lo hizo mejorar.

—¿Para qué narices meto una explicación del tipo de historia dentro de la historia? Es como si en un puto thriller policíaco el protagonista explicara que aquello era un thriller policíaco porque había tramas de thriller, y él era policía.

Y eso por no hablar de la evidente copiada que le había metido a la reina del realismo mágico. Bufé. El sótano de mi fracaso, por lo visto, seguía en construcción. Cerré el portátil de un golpetazo. Me sentí tan culpable como siempre.

Al levantarme, abandonando aquella chapuza donde mezclaba de forma insalubre a Isabel Allende con una narración propia de Félix Rodríguez de la Fuente, noté la espalda dolorida, el cuello sobrecargado y las piernas dormidas. Según el reloj llevaba sentada unos treinta y cinco minutos, la nada en tiempos de alguien que intenta, por lo menos, conferirle un esqueleto a la septuagésima historia que pretende empezar a contar.

—Pero ¿quién las cuenta?

Yo no, desde luego. No creo que existieran tantos número ni en los decimales de Pi.

Saqué la ropa de la lavadora y la metí en la secadora reparando en que, por más vueltas que le diera —tantas como el bombo de ambas máquinas— sabía lo que me pasaba, y era inútil que lo dejara de lado o fingiera que no estaba ahí.

Puede que ese mecanismo sirviera con otras cosas, como mi pausada relación de pareja o la membresía del gimnasio que renovaba por no saber eliminar la domiciliación de pago de mi cuenta, pero, desde luego, no resultaba lo bastante fuerte como para acallar las voces que me chillaban al oído, ensordeciéndome de todo lo demás.

Podía tratar de escribir cuantas mierdas quisiera, de hecho, podría hasta intentar copiar *El Quijote* con boli BIC en servilletas súper absorbentes, que el resultado será gemelo: las ansias de contar una historia no cesarían hasta que no hablara de lo único que no era capaz de pronunciar palabra: yo.

> «Como si contarle mi vida en prosa a Raf fuera a desbloquearme —renegué, estirando los brazos para que la sábana húmeda no tocara el suelo antes de entrar a la secadora —. Lo que necesito es encontrar inspiración sin plagiar a nadie. Igual si pruebo con lo de la licantropía…».

Y conociéndome, terminaría enfrascando al líder de mi manada contra un vampiro enamorado de una humana. ¿Os suena? Seguro que sí.

Volví a la cocina y mezclé churras con merinas hasta conformar la ensañada de frutas más cutre jamás cocinada. La metí en un táper junto con una Coca Cola y luego me fui a la habitación, donde me cambié para el trabajo. Intenté poner música de fondo, por callar mis pensamientos y las ideas de bombero que se me cernían como aves rapaces, dándome instrucciones sobre un texto que ni de puta coña iba a ponerme a escribir. Me metí en los *leggins* a saltitos, me subí la cremallera de la sudadera y cogí aire para atarme los cordones de las deportivas. Por lo que a mí concernía, aquello valía como sentadilla.

Decidí que lo mejor para mí era volver a la normalidad. O, al menos, a aquella calma chicha cutre a la que estaba empezando a

acostumbrarme. Dudaba mucho de que el camino para recuperar la compostura en lo que a mi relación con Pau se trataba pasara por perder el tiempo yendo y viniendo a un curso de escritura en el que apenas había podido presentarme. En serio, si no era capaz de formular algunas frases con lógica, ¿esperaba escribir un libro?

Ni el trato con el diablo más poderoso del mundo me podría ayudar.

Agarré la bandolera y, cuando fui a meter la comida dentro, encontré, arrugado y echo una bola, el folleto de *A pie de página*. Parecía una metáfora de mi estado actual. Un acertado emblema de cómo se encontraban mis ánimos en lo que respectaba al sótano de la librería de la calle Dos de Mayo en la actualidad.

—Una pérdida de tiempo —repetí, esta vez, en voz alta. Y tiré el folleto a la basura.

Después de comprobar el programa de la secadora, salí de casa cabizbaja, aunque me engañé diciéndome que era por el sol de la mañana. Atrás dejé al amable restaurador de Woody, con aquellas manos ancianas aunque firmes, que lo mismo sostenían la obra épica de Stoker que me impelían a bajar las escaleras hacia un destino que no estaba escrito, valga la redundancia, para mí.

Rafael y su brazo tatuado, la pizarra que tenía toda la pinta de no ser muy mañoso para utilizar y el ecléctico grupo de entusiastas estudiantes principiantes; el rastafari distópico, el divorciado obsesivo, la no binaria de la cresta, la mamá sexualmente curiosa, el hípster comiquero…, sonreí, ¿me habrían apodado ellos algo a mí basándose, como había hecho yo, en la nada que conocían de mi persona? ¿Sería la tímida? ¿La balbuceadora? ¿La que llegaba tarde y encima tardaba en componer un ejercicio sencillo? ¿La fracasada? ¿La incapaz de…?

Casi me di de bruces con el quiosco. Para disculparme me compré un cruasán, y aunque intenté guardarlo en la bandolera, acabé zampándomelo antes de llegar a la parada de metro que me llevaría a la escuelita. Cuando me apeé, estaba tan cansada como si hubiera estado tirando una pared con una almádena. Me sentía mal, y no por haber comido, no, era por haber tomado una decisión que, *a priori*, debía ser la correcta, y sentir que esta no me satisfacía.

—Pero, ¿cuál es la alternativa? ¿Hacer deberes escribiendo cuando

acudí a ese curso porque no podía escribir? Es absurdo. Ridículo.

—¡Carmiña, por fin!

Me sobresalté al ver a Susana de frente. Miré de soslayo mi reloj. Por suerte, no iba tarde. Al parecer, su recibimiento habitual para conmigo, chillando y levantando los brazos como si me hubiera retrasado una eternidad, era costumbre.

—Hola, jefa, ¿qué necesitas?

—Pues a mi personal, ¿te parece poco? —Mientras yo me descalzaba y cogía los zuecos de andar por la escuelita, dejaba el bolso y me ponía el peto, ella iba de acá para allá, soltando y agarrando cosas al tuntún. Me mareé solo de verla—. Tengo que ir a pincharle la insulina a mi madre y resulta que Jacinto hoy no puede venir.

Hice cálculos rápidos. Jacinto era el encargado de la cocina, si no venía…

—¿Qué vamos a darles de comer a los niños?

—Me encargaré yo, como siempre. —Se quitó un zueco y se puso una deportiva, cuando fue a hacer lo mismo con la otra, recordó que no había liberado todavía el otro pie—. Gema y tú tendréis que repartiros las clases hasta que yo llegue.

Me dio las instrucciones de costumbre, a las que yo asentí mansamente aunque sabía que al final terminaría improvisando la mitad de la cosas. Trabajar con críos es así, puedes tener la escaleta mejor organizada del universo, que uno potará en el tatami, eso dará náuseas al resto y… bueno, Apocalipsis. Con zombis y todo.

—Vete tranquila a atender a tu madre, mantendremos el fuerte unido.

Me dio la pila de agendas de niños de dos años y desapareció. Una vez a solas en el reino de los pañales y biberones, busqué a Gema, que estaba en el proceso de contar un cuento a la vez que descalzaba a un enano que se había hecho pis. Nos saludamos con el típico gesto de apremio de quien quiere pero no puede detenerse más.

Me fui a la sala de al lado y me puse a trabajar. Conecté un Cantajuegos que solo había oído dos millares de veces, saqué los bloques de construcción y tumbé a Ramiro sobre la colchoneta cuando el tufo que le salía del culo fue insoportable para la atmósfera.

—Soy como una dominatrix, es verte y te cagas, colega. —El crío

sonrió, con su boca babosa y desdentada. Yo también—. Sí, ¿eh? Te va a ir ese rollo, ya lo creo que sí…

—Eres lo peor, Carmiña.

Levanté la cabeza y le saqué la lengua a Gema.

—Bah, no se entera. Tiene quince meses.

—A esa edad son esponjas.

—Pues entonces que se autolimpie el culo. —Incorporé a Ramiro teniendo ojo con su cuello y le subí el pantalón. Luego lo dejé en la mecedora y procedí a desechar al pañal sucio en el contenedor de radioactivos. Me reía yo de los poderes de los Vengadores… con aquella mierda se dominaba el mundo. O se destruía, depende de la apetencia de cada cual—. Menuda cara.

Gema frunció el ceño. Tenía el pelo rubio despeinado y le faltaba un pendiente. Para que luego digan que andar con bebés todo el día es relajante y plácido. *As bólas*.

—Tú tampoco es que seas Paula Echevarría después de quince *stories* haciéndose tratamientos corporales.

Abrí mucho los ojos. Esquivé dos piezas de lego y un chupete. Estaba hecha una ninja de parafernalia infantil.

—*A mira nai*, qué nivel de detalle para insultar. —Me acodé en la puerta de seguridad, mirando a Gema—. A ver, ¿qué pasa?

—Perdona, Carmiña, si no es contigo… Juan se está quedando hasta tarde en el trabajo. La pasta de las horas extras nos viene genial, a Marieta le tocan dos vacunas pagadas este mes.

Asentí.

—Guay. ¿Dónde está el problema entonces?

—Pues en que si Juan llega tarde, cuando se acuesta me despierta y yo me desvelo. Y como él se retrasa por trabajo, no puedo pedirle que haga los turnos nocturnos con la niña porque viene agotado, así que encima de dormir poco y mal, me los como todos yo. Estoy reventada.

Intenté centrarme en ella y su problema. Lo juro. Quería encontrar algo que la animara. Algo que la descargara de lo mal que se sentía, pero lo único que pude retener de todo su drama humano fue exactamente lo que le dije.

—Por lo menos viene a casa a dormir. Otras no tenemos eso.

Como me sentí tan patética como mala amiga al soltar la fresca, me

di la vuelta. Ramiro pataleaba contento en la mecedora. Irene caminaba como un patito torpe de un lado a otro y Lorenzo degustaba todo lo que le llegaba a las manos, incluyendo un calcetín perdido. Se lo quité de las manos, buscando el pie desnudo por el tatami. La voz de Gema sonó comedida a mi espalda. Por lo visto, era mucho mejor enmascarando opiniones que yo.

—¿Pau sigue sin ir a casa?

—Va, claro. —Le puse el calcetín a Nerea—. Solo que se asegura de hacerlo cuando no estoy yo. Recoge o deja cosas y luego desaparece. Es como tener elfos domésticos en el apartamento, sabes que su presencia existe, pero no puedes verlos. El eterno Día de Reyes.

—Ay, Carmiña…

—Iglesia y Estado, Gema. Recuérdalo.

O, lo que es lo mismo, no digas en voz alta que crees que mi novio es egoísta, cruel y me castiga tanto que casi roza el maltrato psicológico. Tengamos la jornada laboral en paz. Al menos, que algo en mi vida tenga paz.

—Por lo menos cuéntame cómo lo estás llevando.

—De… *fruta* madre. —Hice una mueca. Los enanos parecían oler los tacos con la misma facilidad que nosotras sus cacas—. Me presenté a una clase de escritura en una librería para distraerme.

—¡Carmiña! ¡Eso es genial! ¿Y cómo…?

—No pienso volver. —Sonó la alarma que avisaba del cambio de actividad. Encogí los hombros—. ¿Sabes? Iglesia y Estado también para eso.

Gema, con los brazos en jarras, me miró todo lo mal que puede mirar una madre que te pilla con la cuchara dentro del bote de la Nocilla. Joder, su hija no tenía ni el año y ella ya tenía totalmente dominada la técnica.

—¿Se puede saber de qué tenemos permitido hablar entonces?

Lo pensé un momento, levantando a Arturo del suelo después de que Nerea, de la nada, le arreara un porrazo con un lego. La ley de la selva versión Minion.

—¿Sabes que Jacinto no viene hoy? Igual deberíamos pedir unas pizzas para los niños. Y a los que no puedan comer masa todavía, patatas de McDonald’s.

Capeé el temporal como pude. Tanto el externo, con chubascos y fuertes vientos de nordeste que provenían de la mirada de Gema cada vez que nos cruzábamos, como los propios, pensamientos que no me dejaban en paz y me hacían dudar de lo que había superado y de lo que todavía me quedaba para lidiar.

Llegué a casa cansada, con hambre pero sin apetito. Con aburrimiento acumulado pero temerosa de dejar que la pereza diera alas a esos pensamientos y estos echaran a volar hasta una cornisa, desde la que me terminarían tirando. Allí, espachurrada contra el suelo, sobre un charco de decepción y vomitando decisiones mal tomadas, exhalaría mi último suspiro. Lastimero y torpe. Ni mi muerte sería contada con buena dialéctica, en mi lápida, una frase suelta: «se murió porque no vivía».

Fin.

—Me voy a cortar las venas con Suchard. Lo mismo no funciona, pero lamerse las heridas mezcladas con chocolate no puede ser malo.

Iba a perpetrar mi robo contra el armario de las chucherías, cuando el sonido de las llaves me paralizó en medio del acto. Agudicé el oído y me planteé, ya veis, quedarme donde estaba, hacerme pequeñita y no emitir ruido alguno para que Pau pudiera ir y venir a su antojo, cumpliendo la repentina fantasía de no dejar pistas de su existencia en aquella casa cuyas facturas, por cierto, seguía pagando. Aguardé, diciéndome que nadie tarda demasiado en coger un par de mudas. Sería un entrar y salir rápido, y luego, yo podría fingir que escribía aunque en realidad estuviera poniéndome cerda a turrón cuando faltaba más de medio año para Navidad.

—¿Carmen? ¿Estás en casa?

Aquella voz, por la que se habrían girado sin dudarlo Fonsi, Bisbal, Rosario, Melendi y la madre que los había parido a los cuatro, me hizo dar un traspiés, clavarme la encimera en la cadera, tirar la tableta de Suchard al fregadero y, en general, armar un escándalo épico. Igualita que Cruise en *Misión imposible*. Todo pulcritud, oye.

—En la cocina. —Como si quedaran dudas al respecto.

Pau apareció en el umbral, si le sorprendió verme recolocar el armario mientras me frotaba el cuerpo, no dijo nada. Llevaba la americana bajo el brazo, la corbata abierta sobre la pechera de la

camisa y el flequillo solo un poco despeinado. Estaba tan guapo que dolía mirarlo. Casi tanto como el golpe de la cadera.

Casi tanto como su ausencia aquellos días.

—No sabía si habías llegado ya.

—Sí, hace un rato.

Silencio. Miradas esquivas. Era como una primera cita mala. Como alguno mentara el tiempo, me echaría a llorar.

—Vamos a olvidarlo, ¿vale, Carmen? Yo no puedo estar yendo y viniendo. Esta es mi casa, tú eres mi novia y mira… lo que pasó, pasó. Seguimos desde ahí, y ya vamos viendo.

Fanfarrias. Palmas. Una jodida mascletá. Todo eso me pareció oír cuando la parte del discurso de Pau llegó a «tú eres mi novia», del resto no me acuerdo. Y si no me acuerdo, no pasó. Si eso es válido para Thalía, gran cantante y mejor actriz de telenovelas donde siempre interpreta a cantantes, yo no voy a emitir quejas.

Asentí con el fervor de una niña a la que preguntas si quiere otro bollo. Con el entusiasmo del jugador debutante al que levantan del banquillo. Con la ilusión de quien piensa la frase perfecta y es capaz de materializarla por escrito. Sus palabras me olieron a libro nuevo y me supieron a gloria.

Me acerqué, despacio y de puntillas, rocé mi boca con la suya. Pau no se apartó y sus dedos, suaves, masculinos, perfectos, como todo él, me asieron brevemente de la cintura. El contacto no fue prolongado, pero teniendo en cuenta que no había estado durmiendo en casa, y que había salido de él lo de dar carpetazo a aquella historia —que era culpa mía—, fue como un revolcón en la encimera.

—¿Te apetece tailandés?

Asintió, remangándose la camisa.

—Pero el especial. Te hago un Bizum.

—No, deja, lo pido yo.

Arramplé con el móvil, algo pitó mientras yo tecleaba en la app de servicio a domicilio, seguramente la transferencia de Pau, que ya había desaparecido en el pasillo en dirección al despacho, la ducha o cualquier otro rincón, tanto daba, estaba en casa. No pagué con su dinero, lo hice con el mío y de buena gana. Le pedí el especial y puse posavasos para las cervezas en la mesa del salón. Cuando apareció,

cambiado y con gotitas escurriéndole del pelo, cogió el mando y trasteó hasta poner HBO. Me miró.

—¿Te pasa algo?

«Que me alucina que estés aquí, que todo sea como antes, conque lo dejemos atrás y continuemos…», por supuesto, no lo dije. En lugar de eso, asentí.

—La comida llega en cuarenta y cinco minutos.

—Perfecto. Nos da tiempo a ver un episodio. ¿Has seguido o…?

—Me quedé por el último que vimos juntos. Manual de la buena novia, capítulo primero sección ocio.

Pau sonrió. ¡Sonrió! Y cuando se sentó en el sofá y esperó a darle al *play* a que yo estuviera sentada, sonreí también. Vimos la serie en completo silencio, pero no porque hubiera mal rollo, sino porque siempre lo hacíamos así. Evitábamos comentar para no perdernos los detalles.

Cuando llamaron al timbre, fui solícita, abrí las cajitas del tailandés mientras Pau traía platos hondos y pausaba la reproducción. Me habló de las innovaciones en el contrato del Bingo de Princesa y del plus que iban a pagarle por haber incorporado tremendo cliente a la cartera. Yo asentí, sorbí fideos y comí sin mirar lo que pinchaba con los cubiertos, absorta en tenerle cerca, al lado. Conmigo.

Una vez en la cama, y cuando Pau inició el acercamiento que solía culminar en sexo, puse en blanco la mente para todo lo que no fuera él, no obstante, ya desnuda y con los pezones erguidos, húmeda y deseosa de una satisfacción que no me había atrevido ni a procurarme sola por creerme poco merecedora de tamaño placer, unas palabras me sobrevinieron de la nada. Al principio, pensé que era un orgasmo, pero ni la cabeza de Pau había descendido por mi vientre lo bastante ni yo estaba, en rigor, en ese momento y lugar. Con los ojos cerrados y los labios apretados, no sé si gemí o sollocé, intentando traducir lo que podía significar el recuerdo, entender por qué me sabía a hiel la gloria que degustaba, por qué estar donde estaba, era, de pronto, el último sitio de la tierra donde me gustaría morar.

Se supone que somos la cabeza de cartel de la obra de nuestra vida pero, en este sótano reconvertido en aula a la que ahora llamaré teatro, hay más de un espectáculo representándose a la vez.

Puto Raf. Puto él y su recuerdo, colándose en una cama que no le pertenecía, a la que no había sido invitado y donde yo no le esperaba ni aguardaban con pasión. Más de un espectáculo había dicho. Con múltiples personajes repartidos según conveniencia de guion. Pau levantó la cabeza, me besó con fervor, toqueteó la mesilla de noche y luego se acomodó. Al penetrarme, yo estaba pensando qué papel interpretaba yo en aquella función, que era la mía y, a la vez, no me pertenecía en absoluto.

Entonces entendí, entre embestidas y gruñidos, con mis dedos clavados en un bíceps fuerte de piel sudada, que mi principal error como escritora estaba en que narraba desde una perspectiva equivocada.

Fue allí, arropada en el lugar que más había anhelado, cuando asumí lo que estaba mal. Yo, que tanto me preciaba de conocer las normas, de seducir a la ortografía y entonar bailes sensuales con las reglas de acentuación, había resbalado en lo básico y principal.

La letra capital de mi primera línea. La frase de inicio que me habría de representar, pertenecía a Pau, no a mí. Él era el planeta, y yo nadaba en su órbita como un satélite perdido que siempre se puntuaba en minúscula, como si no tuviera nada bueno o importante que contar.

Con el talón clavado en su glúteo y la mirada perdida, pensé cuándo había sido la última vez que él había leído la sinopsis de mi día, o sentido curiosidad por mis tramas y comedias. Por mis dramas de salón y mis risas enlatadas. Me corrí por cortesía, por costumbre, añoranza…, que sé yo. Pero cuando todo acabó y llegó la calma, el silencio ensordecedor y el vacío existencial cubierto de sudor reseco, entendí que la letra capital de mi primer capítulo, que esa primera línea que los coleccionistas buscarían en cada traducción, no podía ser otra más que yo.

8
Narrador

Di de margen hasta que vi encenderse la luz del despacho. Pau no era muy de improvisar. De hecho, su definición casi exacta sería la de un hombre metódico y de costumbres. Además de insomne. Ambas cosas le dotaban de la capacidad de, mientras llevaba a cabo un polvo bastante destacable —lo cortés no quita lo valiente—, tener la mente despierta para saber a qué se dedicaría a continuación. Y es que en el mundo de un hombre como Pau, organizado, exigente, personaje principal de su primer acto, entreacto y canto de la gorda, no había tiempo que perder.

Por eso no me tomó por sorpresa que, una vez cumplimentada la reconciliación en modo bíblico, saliera de la cama para ocuparse de temas prosaicos como el aseo de zonas íntimas, lavado de manos, cara y cepillado de dientes. Después, se puso la sudadera de la universidad y un chándal y, con un par de palabras que tanto podrían haber ido susurradas a la lámpara de noche como a mí, se disculpó y salió del dormitorio.

Ojo, no cuento todo esto con inquina o resquemor. No lo digo mosqueada ni sintiéndome abandonada. Como he dicho, la actitud de Pau no me pilló por sorpresa, yo le conocía y sabía cómo actuaba y de qué manera le gustaban las cosas, si quitándose un par de horas de sueño podía adelantar informes, dejar registrados en su agenda virtual nuevos contactos o redactar correos electrónicos que conservar en la carpeta de borrador, lo haría. No malgastaría el tiempo ni durmiendo ni haciendo la cucharita, por eso, suponía yo, era un hombre de éxito.

Porque no se quedaba mirando un cursor parpadeante esperando a que la musa de turno le guiñara el ojo.

Él iba a por la muy puta y le exigía sus servicios.

—Pues no vamos a ser menos, Carmiña.

Me levanté de un salto y estiré los músculos. Imitando a mi novio, pasé por el baño, me cubrí con algo de ropa y, descalza, anduve de puntillas por el salón, intentando evitar encender luces, chocar con muebles o entretenerme con cualquier cosa que se me topara en el camino y me alejara de mi destino: la eficiencia.

Había dejado el ordenador en la cocina, de modo que allí me dirigí. Ante mí surgió una narración maravillosa, y fantaseé con ver amanecer mientras mis dedos volaban por el teclado y una taza de café de las instagrameables se enfriaba en la encimera, a mi lado. Un Pau soñoliento aparecería por la puerta rascándose un ojo legañoso y me miraría con asombro: «¿Has pasado la noche escribiendo?», preguntaría. «Y el flujo no para», contestaría yo. Entonces me besaría la frente y sustituiría mi café helado por uno recién hecho mientras yo era incapaz de dejar de escribir…

Si cobraran por soñar, tendría que hipotecarme hasta las cejas.

> «Menuda fantasía —musité, dándole al interruptor de la cocina y medio cegándome con la potencia de los alógenos. Joder, estaba por confesar el asesinato de Lennon con tal de bajar un par de vatios—. Pau nunca aparecería en la cocina legañoso. Ni rascándose».

Por no mencionar que hacía eones de la última vez que yo había visto un cambio de luz mientras escribía algo. Si fuera viendo k-dramas… todavía, pero, para el caso, la metáfora no me valía.

Abrí el Mac después de echar un chorro de leche al café que había hervido en el microondas. Repasé las últimas líneas, que eran para borrar. Dejando de lado el realismo mágico, decidí sombrear todo y empezar de cero. Quizá con algo más… thriller.

Resurrecciones. Casas encantadas. Animales poseídos…

> «Relaja, Stephen King».

Di un sorbo y me quemé la lengua, como acto reflejo solté la taza, porque al parecer tenía las papilas gustativas conectadas con las yemas de los dedos. Yo lo vi todo en cámara súper lenta, pero no

fueron más que unos segundos los que tardó la taza —por suerte, no de las demasiado chulas— en estrellarse contra el suelo y pringar los bajos de los muebles, y mis pies, de café. Que seguía caliente.

«*Cagoenmismuertoscarallo*».

Agucé el oído, pero el despacho de Pau estaba al otro lado del pasillo y no parecía haberse enterado del destrozo. Resignada a ver cómo mi utópica noche de escritura se venía abajo una vez más a causa de elementos ajenos a la organización, cogí un trapo y el recogedor. Por supuesto, me corté un dedo con los pedazos de loza rota, resbalé con las gotas de café por estar descalza y, en general, armé más lío del que pude solventar. Cuando saliera el sol iba a tener que limpiar la cocina a conciencia, si no quería que las suelas de todos los zapatos se quedaran pegados y dejaran marcas por la casa.

—No se puede ser más desgraciada que yo, en serio. No tengo pruebas, pero dudo mucho de que exista alguien con peor suerte.

Abrí la papelera y me dispuse a lanzar los restos de la taza, amén con mis ganas de quedarme levantada hasta el amanecer como una modernilla de las que va a los Starbucks solo a cargar el iPhone, cuando lo vi: el folleto del curso de escritura *A pie de página.*

Una gota de sangre de mi dedo cayó sobre el papel, igualito que la lágrima en la arena de la canción de Peret. Aunque quise, no pude evitar que el guruño de colorines en que había convertido el *flyer* informativo me golpeara los sentidos casi con tanta virulencia como había hecho el café caliente con mi lengua. Pensé en Raf, y luego me castigué por hacerlo. Me pregunté cuál de mis heterogéneos compañeros sería el primero en conferir la especie de biografía marcada para esa semana, y luego aparté de mi mente el pensamiento porque, aquello, me dije, no tenía nada que ver conmigo.

Yo era una educadora infantil que jugaba a escribir y que veía la escritura solo como un *hobby*, al menos hasta que fuera capaz de inspirarse lo suficiente con algo que mereciera la pena, no se pareciera a nada que ya hubiera leído o conocido de otro autor y cuyos párrafos tuvieran relación entre sí.

Vamos, una epopeya que ni la de Homero.

—Para asistir a un curso de escritura tendría que ser capaz de

escribir.

Y como todo parecía indicar que aquello era imposible, al menos, en un futuro próximo, tiré a la basura la taza, las esperanzas y cualquier resquicio de pensamiento relativo al sótano de aquella biblioteca, Rafael y los alumnos, apagué la luz y, chupándome el dedo sangrante, me volví a la cama, de donde, para empezar, no tenía que haber salido.

Cuando me levanté, con el estómago rugiendo y la cabeza embotada por haber dormido a saltos, Pau ya se había marchado de casa. Eso sí, la cafetera eléctrica estaba llena y, sobre la mesa, una corta y concisa lista de la compra.

Bueno. Al menos esa era una tarea que podía acometer sin inspiración.

***

Fui capaz de contener el runrún los primeros tres días. Después, conforme más se acercaba la fecha de volver al sótano de la librería de la calle Dos de Mayo, más tensa me iba poniendo. Igual que cuando te cae encima la fecha de un examen para el que sabes que has estudiado poco y mal.

Nerviosa, quejicosa e insoportable, le pedí a Susana horas extras, y ella me ofreció con mucha sorna ser la que limpia con desinfectante todos los materiales fungibles de la escuelita cuando echáramos el cierre.

—¿Horas extra de qué? ¿De dónde? Cuando entregamos a los niños no hay nada más que hacer aquí, Carmiña. Aterriza, mujer.

—Pues puedo ayudar a Jacinto a preparar los menús. Seguro que dos manos más le vienen bien.

Mi jefa me miró como si me hubiera brotado un alien del cogote. No la culpo. Dejarme a mí delante de unos fogones sería igual que poner a un daltónico a revisar los indicadores de peligro de un volcán. Vamos, un desastre.

—Tu carné de manipuladora de alimentos no da para tanto.

—¡Pero algo habrá que pueda hacer!

—Carmiña, lo siento, pero no te puedo pagar más.

Hice un mohín. Una aumento habría estado genial, pero mi ansia no iba por ahí.

—Por amor al arte. En serio, solo quiero… colaborar más.

Susana me miró. Suspiró y se puso las manos en jarras.

—Intenta llegar antes por las mañanas, y no tan justita. Con eso vale.

Como sabía muy bien cuando no había nada más que rascar, me quedé callada. La idea de madrugar no me seducía, ya me costaba levantarme a la hora que lo hacía, perder aún más tiempo de sueño me parecía inverosímil, además, las mañanas no eran el problema: la inquietud con mi insistencia llegaba por la tarde.

Una vez en casa, cumplida la jornada laboral y hechos los escasos recados que Pau me dejaba en el orden del día —farmacia, tintorería, compra, etc.—, quedaban horas de silencio que cada día me costaba más llenar.

La necesidad de escribir chocaba de frente con la imposibilidad de hacerlo, e incluso a principios de la semana, con todo el furor de la reconciliación todavía bailoteándome en las venas, igual que la gitana del WhatsApp, empezaba a sentir la picazón que me impelía a mirar el ordenador de reojo y fantasear con encenderlo, cruzar las piernas y escribir mientras sonaba un vinilo de fondo, me tomaba un vino y componía oraciones dignas de salir en las agendas recopiladoras de las editoriales más punteras del momento.

La realidad, siempre funesta, era que una sola copa me achisparía, y jamás sería capaz de beber cerca de un portátil que para empezar, nunca habría podido permitirme. El tocadiscos que tenía en el piso pertenecía a Pau y no tocaría su colección ni después de que el citado alcohol me nublara el cerebro, y más allá de todo eso, mirar mi reflejo en la página en blanco me deprimía todavía más de lo que ya lo estaba.

Cuanto más ansiaba escribir, más miedo me daba confirmar —otra vez—, la certeza de que no sería capaz de hacerlo, más me hacía pensar en *A pie de página* y en Raf, y como resultado de esa mescolanza, la culpa me llenaba de una triple M que ni la de Shakira: malestar, malhumor y mal talante.

—¿Carmen? ¿Me estás oyendo?

Sacudí la cabeza. De alguna manera había vuelto a casa y pasado otra tarde entre pitos y panderetas. Ahora, con el bol de macarrones con pesto a medio remover y Pau esperando en la mesa, me preguntaba cuánto tiempo llevaría absorta en las mismas mierdas de siempre, y por qué era incapaz de centrar la cabeza en lo presente y todo lo que este me ofrecía, en lugar de empecinarme con aquello que creía que me haría más feliz, pero que nunca sería capaz de alcanzar.

¿Acaso no era suficiente con haber recuperado a mi novio después de la tremenda cagada del día de su ascenso? ¿De verdad pensaba que ser una autora publicada me haría estar más contenta?

—¿Por qué narices no me conformo?

—¿Dices algo?

Negué. Por fin, pude mover un pie detrás del otro y llevar la pasta a la mesa de la cocina. Coloqué el cucharón de servir delante de Pau, cuyo ceño fruncido dejaba a las claras que aquello que yo no había oído, y que se vería en la penosa necesidad de repetir, era importante. Sonreí.

—Perdona, me distraje un segundo. Cosas del trabajo.

—¿Dar biberones y cambiar pañales es algo para darle vueltas?

Había más que eso, pensé, pero… ¿qué más daba? Él era abogado.

—Te sorprendería. —Otra sonrisa. Esta más falsa aún que mis ganas de cenar. Encima la pasta estaba demasiado al dente. No me gustaba así, pero a Pau sí—. ¿Qué me decías?

—Pues muchas cosas, Carmen. A ver si aterrizas.

Joder…, al final me iba a coger complejo de Boeing 747 con tantas pistas a mis pies.

—Venga, cari, me apetece mucho oír la narración del tiburón de los juzgados madrileños.

Su gesto de suficiencia me dijo que había abortado la crisis. Ojalá fuera tan eficiente para todo.

—Tiburón…, yo no diría tanto.

—Lo digo yo. —Me metí una cucharada de macarrones a la boca. La tragué, igual que mi frustración creciente—. Venga. Desde el principio. Y no te dejes detalles.

Y no lo hizo.

Su relato, por suerte para mí, se llevó las pocas horas que nos

quedaban antes de ir a dormir. Y con eso, superé otras veinticuatro horas.

***

Amanecí el día del curso inquieta. No había dormido y, al mirarme al espejo, la imagen desoladora de los surcos negros bajo mis ojos, más que darme las buenas horas, me hicieron una peineta. El pelo rojo, ya desvaído, se me desparramaba de los moños con los que lo había sujetado para dormir. Mientras daba vueltas infructuosas sin encontrar un sueño que cada día me era más esquivo, se me había salido una teta del camisón, y ahora, sentada en el váter, vaciando la vejiga con ese pis ruidoso de primera hora, descubría que me había bajado el periodo antes de tiempo.

El día que llevaba bragas beige. La perfección.

Cuando fui a la cocina, arrastrando los pies y mendigando los restos recalentados del café que Pau había hecho casi tres horas antes, me pregunté qué tipo de entonación utilizaría un narrador para expresar mis emociones en un despertar como el mío. Nada animoso, eso seguro.

Sentada sobre el mármol, con el culo apretado entre el microondas y el nuevo chisme para cocinar sano que mi amantísimo novio había adquirido tan solo un día antes con el objetivo de que ambos, por decisión unilateral, consumiéramos menos aceite, ya fuera esta vegetal o de girasol,, miré al vacío, tomando sorbos de una taza descolorida donde un casi borrado Darth Vader me impelía a unirme al Imperio.

Seguro que si viera sus pintas, el líder maligno no se molestaba ni en usar la fuerza para estrangularla, más bien, la echaría de una patada voladora de la Estrella de la Muerte, a lo Chuck Norris. Diría la narración, melancólica, pero llena de chascarrillos que encantarían al lector mientras a mí me tocaban unos ovarios ya bastante dolientes.

Ese día libraba, así que hice lo que cualquier persona ocupada hace en sus días libres: todo lo que no puede abarcar el resto de la semana. Me tomé un ibuprofeno, conecté la roomba, preparé una tortilla de patatas sin aceite, vacié el filtro de la cafetera y cargué uno nuevo, recogí las prendas tiesas del tendedero, compré tampones y un tinte

rojo en el supermercado y me depilé las piernas con cera fría mientras este me devolvía el color al pelo.

Así dicho, parece muy productivo y, como mínimo, debió tomarme medio día, ¿no? Pues no. El narrador de mi existencia debe estar cagándose en mí porque todas esas acciones no me ocuparon más que unas pocas horas y, por supuesto, no fueron suficientes para llenar lo que duraba una clase. Terminé con tiempo de sobra para ducharme y salir.

—Podría solo echar un vistazo. Después de todo es una librería y yo soy una escritora frustrada con necesidad de encontrar la inspiración.

Mi ejemplar en tapa dura de *El Gran Gatsby* me miró tan mal como ese meme de Schwarzenegger interpretando a Conan, pero, por suerte, los libros solo hablan cuando uno los lee, y no era el caso.

Vaqueros, sudadera ancha, botines bajos y mi bolso bandolera en ristre, tiré por tierra todos los esfuerzos que había hecho durante la semana por evitar la tentación y bajé a la plaza del Olavide, con el ordenador golpeándome la cadera cada vez que el bolso se movía y la cabeza repitiéndome, como un estribillo malo de canción popera, que qué coño estaba haciendo.

Me pareció ver a Pau entrando en una panadería y casi se me paró el corazón, después recordé que no era su hora de salida del trabajo, que yo no concurría en ningún delito y que si necesitara un abogado, siempre podría representarme él.

> «Coño, Carmiña, estás tan mal de la cabeza que ni para estudio valdrías. Más bien, se iniciaría un nuevo análisis con tus mierdas mentales y habría que buscar profesionales en Toronto y China para tratar lo tuyo, porque encima hablas sola. Joder, qué mal estás…».

¿Y a dónde iba con el ordenador si yo había asegurado no querer ser parte del curso? ¿Y para qué volvía al curso si había dicho que no iba a volver? ¿Y por qué se lo ocultaba a mi novio, que, para empezar, me lo había ocultado a mí?

Por no hablar de que no había escrito ni la lista de la compra. Y que con la tontería se había hecho tarde y otra vez iba a protagonizar la entrada absurda donde todos girarían la cabeza y se me quedarían

mirando.

Si es que entraba, porque puede que no.

—¿A quién quiero engañar?

Y el puto narrador añadió unos oportunos *je-je-je* a su texto, porque, desde luego, nadie se creería mi cuento. Empezando por mí.

Llegué a la Plaza del Dos de Mayo y los pies me llevaron a destino con más eficacia que el Google Maps. Me quedé igual que el primer día, mirando las novedades del escaparate, donde también estaba colgado el *flyer* que yo había tirado a la basura, pero cuya información tenía tan memorizada como el soliloquio de Mel Gibson en la escena de la batalla de *Braveheart*. Los motivos no vienen al caso.

Hice tiempo, miré el móvil y comenté el estado de Gema, que había puesto una foto suya con la niña en brazos, sonriendo a una cámara que seguramente sostenía su marido. Cambié el peso de pie y luego lo volví a cambiar, diciéndome que cada vez era más tarde y sería también más maleducado interrumpir la sesión. Una cosa, me susurraba mi narrador interno, cabrón pero certero, era hacer una entrada patética el primer día, y otra muy distinta cogerlo como costumbre. Además, ya no contaba con la excusa de estar perdida o carecer de los datos pertinentes, si ahora había llegado tarde había sido por un problema de organización de mi tiempo, y una persona que no organiza bien su tiempo…

—Se ha retrasado un poco, puedes pasar.

Me cago en mis muertos. En los tuyos. Y en los de la prima del conserje.

—¿Perdona?

Una chica rubia, monísima, me sonrió desde la puerta de la librería. Del juguetero de Pixar, ni rastro.

—Vienes por el curso de escritura, ¿no? —Y como si hiciera falta, señaló al cartel pegado de la cristalera que yo no paraba de mirar, como si me hubiera dado un aire selectivo de somera estupidez—. Raf ha llegado un poco tarde. Ha bajado hace unos minutos. Llegas a tiempo.

Qué suerte la mía, ¡pero si a mí no me tocaban ni los iPhones trucados de los sorteos de Instagram!

—Ya… en realidad yo no… yo… —carraspeé. Mentir delante de

tantos títulos, portadas y nombres de autores era blasfemo, creo que ya lo he dicho antes—. Perdona, ¿tú eres?

—Ay, claro, perdona. Soy Luz. —Y me tendió la mano, como si darme explicaciones de su existencia fuera lo más normal—. Sustituyo a Ramón, que hoy tenía taller. —Sonrió. Y se puso todavía más guapa si eso era posible—. Así es como él llama a ir al médico.

—Claro. —Ni idea, aunque deduje que Ramón debía ser el señor entrañable—. Pues verás, Luz…

—Anda, no te quito más tiempo, que Raf es súper pesado con la puntualidad y, además, ese bolso tiene pinta de pesar.

Pues sí, pesaba. Y sí, Raf tenía pinta de sufrir un TOC con el tema de empezar las clases en tiempo y forma, o por lo menos a ese clavo ardiendo me había sujetado yo en mis torpes e infructuosos intentos de librarme de acudir a un curso en el que no quería estar, pero del que no podía desprenderme.

Por lo visto todo el karma del universo había decidido unirse para joderme.

Bajé las escaleras, esta vez sin que me empujara ningún sexagenario, pero sintiendo cómo, a la vez, lo hacían todas las fuerzas del universo. Luz se había quedado atendiendo a algún embobado comprador y yo, que hacía malabares por no tropezar con aquellos escalones minúsculos, llevar con dignidad una bandolera en pésimo estado y poder mirar al frente sin hacer contacto visual, llegué al sótano para encontrarme, por supuesto, por todo el elenco del circo de los horrores de la escritura.

Algunos tenían ordenadores que debían haberle comprado a Tutankamón por Wallapop. Otros, hojas impresas. La madre de familia llevaba uno de esos archivadores que usan los críos de instituto para entregar trabajos, y el mellizo de Bob Marley había puesto sobre la minimesa un atril. Un puto atril.

Si Virginia Woolf levantara la cabeza, usaría su habitación propia para dar un portazo de la vergüenza. Menudo plantel.

—Parece que alguien se ha acostumbrado a las entradas triunfales. —Levanté la cabeza. En medio del flequillo, ahora rojo fuego, que no me había peinado, la sonrisa cómplice de él. Raf. Llevaba vaqueros lavados y unas Panama Jack sin acordonar. Sus muertos—. Con

nuestra última narradora presente, podemos empezar.

Estiró el brazo tatuado y me invitó a dejarme de escenas y tomar asiento. Yo quería hacerme muy pequeña, escaparme y no volver nunca más, así que naturalmente me senté y abracé la bandolera como si me hubieran amenazado a punta de navaja con robarme la poca dignidad que me quedaba.

La mirada de Rafael se posó en mí un par de veces. Creí que me había hecho un guiño, pero lo mismo solo sufría de *legañismo* persistente y le picaba un ojo. Como fuere, el uso de la palabra narrador me pareció prosaica, y fuera casualidad o no, dio rienda suelta a una imaginación que, lejos de morirse, como les pasaba a todos los bichos aleteantes pero efímeros que intentaba evocar cuando escribía, fluyó a raudales.

Allí, sentada, rodeada de amantes de las letras que no sabían de ellas más que su uso en el formato más práctico, me llené de una nerviosa emoción que pronto se transformó en un miedo tan real como el dolor de tripa que se me multiplicaba por momentos.

¿Qué narices iba a narrar yo si había asistido sin más líneas que las que se me marcaban en el brazo cuando llevaba colgado el bolso muchas horas?

Rogué por una señal para escabullirme, pero, entonces, el primero de los integrantes de aquel círculo de la escritura vil se ofreció voluntario para romper un hielo que ojalá alguien hubiera sumergido en un gin-tonic.

Por supuesto, sería de mal gusto salir mientras alguien leía.

Decidí quedarme.

De haber sabido lo que pasaría después, se habría marchado sin miramientos, expuso mi narrador, pero eso, por supuesto, no lo supe hasta mucho después.

9
Desenlace

Oír es un acto involuntario. Aunque uno quiera, no puede escoger libremente ensordecerse a lo que tiene alrededor. Ni con tapones, ni con auriculares último modelo, a no ser que padezcas cofosis, el runrún incesante, imparable e interminable de la vida te perseguirá allá donde vayas, igual que la herida en el talón cuando te pones zapatos nuevos para recorrer una larga distancia.

¿A qué viene todo esto? Es una excelente pregunta. Como iba diciendo, si bien oír es involuntario, escuchar es el proceso contrario. Para escuchar de forma activa tienes que prestar atención y mostrarte interesado en lo que el interlocutor —o interlocutores— está diciendo. Debes poner tus cinco sentidos, y no solo el del oído, al servicio del mensaje que pretenden hacerte llegar, y una vez conseguido, sacar las conclusiones pertinentes a través del código empleado y el canal utilizado.

En todo esto pensaba yo mientras mis compañeros de penosa narración se las veían y deseaban para exponer lo que habían compuesto durante aquella primera semana de hipotética formación en el arte de escribir. Y digo hipotética porque lo poco que oí —que no escuché— no había por dónde cogerlo.

De lo escaso capté, me llegó el relato erótico-festivo de la mamá con inquietudes, Sofía, que llevaba unos de esos suéteres de ganchillo cerrados sobre el pecho tan conservadores, pero cuyo texto versaba sobre un ama de casa —sorpresa, sorpresa— que culminaba su día viviendo una tórrida jornada de sexo salvaje subida a la mesa de la cocina mientras en la encimera reposaban los San Jacobos que alimentarían a sus hijos al volver del colegio. Se titulaba, y asombrada

me quedé: *Ñiqui ñiqui* a mediodía. A la hora del vermú.

Juanjo, el pureta recién divorciado en los peores términos imaginables, centró su supuesto escrito no-biográfico en un hombre de bien, sin mácula ni pecado concebido, que era abandonado por una suerte de mala mujer a la que había cuidado, atendido, mimado y, según se podía leer entre líneas, seguido, vigilado y controlado hasta la extenuación. ¡Ah!, y a la susodicha no le agradaba practicar sexo oral, lo cual había mermado con mucho la autoestima del principal damnificado —*Ejem*—, socavado su seguridad en sí mismo y, en general, llenado de inseguridades su día a día. En esto último, insistía hasta el agobio. Pues muy bien, amago de Joe Goldberg, mientras que Netflix te llama para cuadrar las temporadas de tu *basado en una historia real*, pide ayuda, si eso.

De Fanti, el hípster fan de las novelas gráficas, poco puedo decir, ya que su trabajo estaba hecho a base de ilustraciones que fue explicando mientras trataba de que los dibujos no se le desordenaran. Hubo una mescolanza extraña sobre algo relacionado con un universo donde la mitad de la población había decidido adoptar un régimen de Gobierno idéntico al de las hormigas y… bueno, admito que fui tan incapaz de memorizar el complicado maremágnum jerárquico del que nos hizo partícipes como en su momento me pasó con la tabla periódica.

Lo único con un poco de lógica vino del puño y letra de Ant, que nos regaló un texto crudo lleno de referencias a los problemas sociales, familiares y estéticos que le surgieron cuando decidió no declararse afín a ningún género. Ahí, lo reconozco, escuché con la avidez de quien lame una cucharada de Nutella después de una semana a dieta. Daba vergüenza pensar siquiera en escribir cuando te situabas ante algo tan descarnado y real como aquello. Me quité el sombrero. Y deseé, más que nunca, que la comarca de hormigas de Fanti me captara para uno de sus túneles subterráneos.

Todo culminó con la distopía de Enzo, que leyó con bastante inquina al considerar que el tema elegido por Fanti era más *lo suyo*, y que poco o nada refería a una biografía real. Mientras ellos debatían con unas acusaciones a cada cual más rocambolesca, el buenorro tatuado de Raf se mantuvo estoico y sereno a pesar de la que le estaba cayendo, o eso me pareció las pocas veces que nuestras miradas se

encontraron. Soy plenamente consciente de que parte de su insidiosa expresión puesta en mí tenía que ver con el hecho de que no me había ofrecido voluntaria ninguna de las veces que lo había solicitado para leer aquella suerte de sinopsis vital que nos había mandado. De hecho, me esforzaba tanto en apartar la mirada y fingir que no me daba cuenta de que el tema iba conmigo que empezaba a sentirme como la alumna díscola a la que el profe de instituto tiene que llamar al orden.

Lo cual, por supuesto, pasó.

—Creo que eres la única que falta por exponer —dijo Raf. Y yo le miré como si me acabara de despertar de una de esas siestas que no sabes si han durado dos horas o cinco años.

—¿Seguro? Me parece que él no… oye, perdona, tú —Fanti me dijo su nombre. Se me volvió a olvidar—. Me ha encantado tu cómic de las hormigas, ¿podrías volver a enseñarlo?

—No es un cómic —y sonó tan ofendido como estaba—. Es una historia de vida gráfica sobre mis primeros años, que abarca las dificultades de pertenecer a una cadena de montaje animada que…

—Sí, sí, eso. Una pasada. ¿Lo puedes volver a enseñar?

El Stan Lee de AliExpress miró a Raf como esperando —y seguramente deseando— que le diera permiso para exponer de nuevo su arte. Yo recé un poquito, y cuando la mirada del profesor se me puso encima, recé más. No coló, evidentemente. Pues nada. Tocaba apechugar. Y sin careta de Dalí alguna que me protegiera del impacto de miradas crueles e insidiosas.

—Carmen Vega, desnúdate.

—Pues no llevo bragas buenas.

Hubo risitas. Por parte de Raf, una media sonrisa. Se cruzó de brazos, mostrando aquel bíceps tatuado que me llevaba por un camino que ni podía ni quería ni debía permitirme transitar. Apoyado en la mesa, me miró con un poquito de condescendencia mezclado con lo que interpreté como paciencia. Puto pitbull de las letras, no iba a soltar dentellada hasta que no me arrancara un buen pedazo de carne.

Y encima, con público.

—Un desnudo literario, por supuesto. —Apareció esa expresión lobuna de incisivos largos—. ¿Preparada para compartir tus pensamientos?

—En realidad, yo no… no creo que…

—Pero una vez más, no estás segura. —Hizo un leve movimiento y se quedó sentado sobre la mesa—. Venga, Carmen. Lee lo que has escrito.

Un gesto evidente de sus cejas dejó a las claras que había visto el ordenador dentro de la bandolera. Me pregunté qué podría leerle, si mis infructuosos intentos por componer un arquetipo de novela *random*, los amagos de copia barata que había hecho de grandes escritores que conocía, en esos momentos súper Ana Rosa Quintana que me poseían de vez en cuanto, o las traducciones de canciones de Miley Cyrus que a veces me daba por teclear por crearme la ilusión de que sumaba palabras en el contador.

Ninguna de las opciones era buena. Y la verdad, peor.

Joder, que uno había desgranado una comunidad de insectos, ¡habría servido cualquiera cosa!, excepto, por supuesto, lo que tenía yo.

—La verdad es que no he escrito nada. No he podido hacerlo. No lo he hecho, yo… —Me colgué el asa de la bandolera e intenté salir del minúsculo espacio que me otorgaba aquella mesa cutre, encastrada con una silla donde únicamente cabría el culo de un alumno de primaria. De los que no merendaba—. Ni siquiera pensaba venir.

—¿Entonces por qué lo has hecho? —Raf, sin inmutarse ni cambiar la postura, se me quedó mirando. A esas alturas todos lo hacían. Yo había logrado levantarme, no sin esfuerzo y ruidos metálicos de sillas que se arrastran, pero estaba allí. Congelada en mi puta pena, penita, pena.

—No lo sé.

—Pero sabías que había una tarea para exponer hoy. —Asentí, más callada que una muerta—. Y no la has hecho.

—Eso acabo de decirte.

—Pero aun así has venido. —Moví las cejas, en una suerte de «evidentemente, aquí me encuentro, dado que me estás viendo»—. ¿Por qué?

—No lo sé.

Era la pura verdad. Tan pura como puro era el sentimiento de necesitar desesperadamente escapar. Esconderme. Poner de por

medio, qué sé yo, el Gran Cañón del Colorado. Aunque con mi suerte, todavía oiría los ecos de mi fracaso y las risas de aquellos que, mierdas mediante, por lo menos habían sido capaces de aparecer en clase con algo que podían defender. Y en lo que creían.

¿Cuándo había sido la última vez que yo había creído en algo escrito por mí misma? Los votos matrimoniales de mi prima Estela, creo. Ya había cumplido su primera década como casada.

Así estaba el percal.

Rafael me sacó de mi pájara mental dando una palmada al aire. Se frotó las manos, sonrió a la concurrencia y señaló, con la mirada, a cada uno de ellos mientras sentenciaba la jornada.

—Hemos terminado. Perdonad por el retraso al empezar, prometo que la semana que viene estaré aquí tan puntual, que tendré que ser yo el que os espere a vosotros. —Más ruidos de sillas que se arrastraban, voces que cuchicheaban y cuadernos que se metían en bolsos, mochilas y maletines—. En la siguiente clase abordaremos la creación de un escenario y un tiempo. Quizá nos valgan algunas de las descripciones de personaje principal que hemos visto hoy, sería lo ideal, pero si tuviéramos que partir de cero, no sería problema.

Hice un medio mohín por no echarme a reír, ¿usar lo leído en esa clase? ¿En serio? Me preguntaba qué escenario y tiempo concordaría con la cocina, los San Jacobos y el polvo a mediodía. O la comuna de hormigas. O el marido que echaba de menos las mamadas y creía que eso era digno de ser revisado por un especialista en damnificación masculina. Desde luego, podrían salir historias muy divertidas si Rafael permitía que aquella gente usara de base las precarias biografías —por ponerles un nombre— que habían traído, pero, según mi opinión, más les valía a todos tirar de ficción.

Aunque tu opinión, teniendo en cuenta que no has escrito una puta mierda, vale más bien poquito, riquiña.

Intenté mimetizarme con el suéter de Sofi y salir detrás de ella, pero Raf me interceptó. Puso sobre mi mano la suya, de nudillos tatuados y, mostrando aquellos incisivos de la destrucción, hizo un gesto hacia adentro.

—Carmen, ¿puedes esperar un segundo?

Y por si lo estáis dudando, no era una de esas preguntas abiertas

que uno puede escoger contestar o no. De hecho, y aunque el tono fue interrogativo, estaba claro que se trataba de una petición casi imperativa, más que de algo que estuviera en mi mano elegir.

—Sí, claro.

—Si me das un momento, recojo y salimos juntos. Hay una cafetería aquí al lado.

—Llevo un poco de prisa, Rafael.

—Raf, por favor. —Metió los rotuladores de pizarra que no había usado en su mochila, que se parecía mucho a esas que usan los ciclistas para llevar toda la parafernalia que necesitan para el ejercicio del pedaleo y me miró—. Rafael era mi padre y me cuesta un poco oír el nombre entero sin acordarme de él. Falleció el año pasado.

—Lo siento mucho. —¿Qué otra cosa podía decirle?—. De todas maneras, como te acabo de decir, tengo prisa y…

—No te quitaré mucho tiempo. Solo me gustaría comentarte un par de cosas en relación con tu rendimiento en el curso.

—Ya…

Vamos, que dos retrasos en dos clases y una pasada a nivel piscina olímpica de la entrega de la primera tarea conllevaba la expulsión. Pues cojonudo. Maravilloso. Yo no quería estar allí, para empezar, y dado que era incapaz de irme todas las veces que lo había intentado, le agradecía su ayuda. Tanta paz lleves…

—¿Me sigues?

Lo hice, no porque tuviera especial interés en tener que aguantar estoica mientras se enfriaba el café y él exponía todos los motivos, de sobra conocidos por mí, por los cuales iba a largarme de ese curso de escritura donde, para empezar, no quería estar, creo que este punto ha quedado claro; pero en fin, solo había una forma de salir del sótano de la librería y era subir las mismas escaleras por las que ahora ascendía Raf.

Resultó que el «hay una cafetería aquí al lado» era literal. Estaba pegada a la pared de la librería. Puerta con puerta, prácticamente. Se llamaba algo así como… palabra y verso. Rima consonante. Metáfora lírica o alguna *trapallada* semejante, rollo, estamos junto al hogar de muchos libros, vamos a ser creativos.

Tomamos asiento. Uno frente al otro. En un nanosegundo un

camarero de camisa blanca remangada y coleta moderna se nos personó delante. Raf pidió un café solo y yo, uno con leche y leche condensada. Si me iban a echar la bronca, por lo menos me endulzaba.

Y no pensaba pagar ni de coña. Economía de guerra *since* el día de mi nacimiento.

—Verás, Carmen, voy a ser muy tajante y sincero contigo.

Sonreí un poco, más que nada porque estaba muy versadita en docentes que veían la causa perdida que se me salía por los cuatro costados con solo echarme un vistazo.

—Te lo puedo ahorrar, Rafael. No te preocupes, no tienes que pedirme que no vuelva al curso. No lo voy a hacer.

El coletas me dejó el vaso de tubo delante. La altura de leche condensada era el equivalente a tres dedos puestos en fila, uno encima de otro. Bien. Coma diabético, allá vamos. Para el profesor, una taza pequeña, cuyo contenido era más negro que las plantas de los pies de un hippie. No le echó azúcar ni nada antes de darle el primer sorbo, con dos cojones como dos cocos. Y encima, después sonrió.

—Raf, por favor. —Entrelazó los dedos y los apoyó en una de sus rodillas, donde la tela de los vaqueros dejaba ver una serie de pelillos que hablaba de un hombre que no se depilaba las piernas. Dato para nada útil, pero que yo decido compartir—. ¿Esta vez no hay un creo de por medio?

—No, esta vez lo afirmo. Tajantemente.

Me hice la chula, cosa en la que llevaba fracasando toda mi existencia, e intenté imitarlo dando un sorbo generoso a mi vaso. Me quemé la lengua, y encima había revuelto poco y mal la leche condensada, con lo que aquello estaba más amargo que la conversación que se avecinaba. No pude evitar preguntarme, en plan Carrie Bradshaw en cada episodio de su famosa serie, por qué narices no me salía nada bien.

—Tajantemente, vaya. Menuda palabra. ¿También es de Murakami?

—Pues mira, seguro que con lo gordos que son sus libros, usa todas las que existen, pero esta en concreto no lo sé. —Solté el vaso. Algunas gotitas escurrieron en el plato—. Oye, Raf, para hacer este penoso momento lo menos… penoso posible…

—Para ser una escritora de talento latente, te estás repitiendo.

Parpadeé. Mucho. Como esos muñecos que abren y cierran los ojos cuando los tumbas e incorporas, rollo poseídos.

—¿Me estás vacilando? —Negó—. No has leído nada que haya escrito.

—Por eso he dicho talento latente. No puedo comprobar su manifestación hasta que decidas dejar de llegar tarde a las clases o amenazar con irte de ellas.

—Es que no voy a volver.

—Eso dijiste la semana pasada. —Dio otro sorbito a su café solo. Dios, aquello tenía que saber a lo mismo que el azufre del infierno—. Y aquí estás.

—Para corroborar que no quiero estar aquí.

—¿Cuánto llevas bloqueada, Carmen?

Esta vez removí a conciencia. Removí y removí hasta que la leche condensada potó sobre sí misma y creé ondas circulares en la superficie del vaso. No contesté, no por vergüenza, sino por incapacidad de recordar el tiempo exacto que hacía que las letras no eran capaces de engancharme.

Antaño, escribir había sido para mí como los videojuegos o los culebrones turcos para otra gente, algo sin lo que no podía pasar, que necesitaba como el respirar. Los dedos me bailoteaban sobre el teclado como si estuviera puesta de alguna droga que hiciera que las frases y los párrafos se sucedieran con sentido completo ante mis ojos sin que nada los parara.

Pero eso había sido antes. Antes, mucho antes. Él ahora era un vacío sin letras. Un ahogo en un riachuelo seco de palabras que se deshacían, consonantes y vocales disparejas, como los calcetines agujereados, olvidados al fondo del cajón, esos que, si acaso tocas por error, deshechas de inmediato. Inútiles. Inservibles. Incapaces.

—Mucho. —Y bebí sin sed, aunque el café se me había quedado tan frío como la inspiración—. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que terminé algo.

—Un sabio dijo una vez que no debemos plantearnos la lectura de un libro solo para llegar a su final. —Raf dejó la taza vacía sobre el impoluto platito. Sacó a relucir sus incisivos—. Antes de que me lo

preguntes, no recuerdo quién fue.

—Igual lo leíste en algún paraguas de los que venden en Ale-Hop.

—Es posible, pero volviendo a tu caso particular, no creo que debas enfrentar la escritura de nada teniendo su final como único objetivo.

Fruncí el ceño. Aquello de no terminar lo que uno escribe me pareció una memez. Y me recordó a George R. R. Martin.

—Todas las historias tienen desenlace.

—Pero ese no tiene por qué ser el punto donde termines de contar los hechos.

—Raf, ¿a ti exactamente quién te dijo que valías para impartir un curso de escritura?

Se rio, con las manos descruzadas, se apartó unas pelusillas invisibles de la pernera de los vaqueros. Luego toqueteó los bolsillos de su maletín y sacó unas gafas de sol. No eran las típicas de aviador, de hecho, me parecía que no tenían ni marca, pero verle con ellas puestas…, alguien podría inspirarse lo suficiente como para escribirle los versos más tristes esa noche, sin duda.

Sacudí la cabeza.

—¿Por qué no cuentas tu historia?

—Me parece bastante más interesante seguir con el tema de la comuna de hormigas. Tiene más tirón.

Volvió a sonreír. Se echó un poco hacia adelante, hasta apoyar los codos en la mesa en un gesto que mi abuela paterna habría considerado de lo más vulgar, y luego, hizo una bolita con el sobre de azúcar que yo había echado a mi café con leche.

No acepto que se me juzgue, por favor, que bastante tengo ya.

—Para debatir lo de la clase de hoy necesitaríamos una mariscada. Seguro que el sitio puedes recomendarlo tú.

—Al ladito del cabo Finisterre hay uno cojonudo. —A tiro de piedra del tanatorio donde habíamos velado, a ataúd cerrado, a mi padre. Ese dato me lo guardé—. Las cigalas dan tal gloria de ver que a uno le llega a dar pena comérselas.

—¿Te criaste en zona de pescadores?

—En A Coruña.

Raf asintió. A esas alturas, con el motivo de aquella estrafalaria reunión brillando por su ausencia, no sabía si acabarme el café con

leche, reiterar mi intención de desaparecer de las clases y levantarme o pedir una de bravas. Cualquier cosa por evitar que el ruido de mi pasado llenara de pesadez aquella quietud.

—Me imagino que tendrás muchas anécdotas que contar.

—Como para una trilogía. —El día que adoptaron a Nano y vi cómo se iba con su nueva familia. Cuando los cobradores de morosos desmantelaron en el propio puerto de da Morte el Cerquero de mi padre. A mi madre, como la loca de la canción del muelle de San Blas, sola en el olvido. El hambre. El frío. La supervivencia infestada de miedo. Los piojos del primer orfanato. La comida cruda del segundo —. Daría para un largometraje.

—¿Y por qué no lo escribes?

—¿Mi historia? —Curvé los labios. Ni todos los procesadores de texto del mundo serían suficientes—. No sabría ni por dónde empezar.

—Pues por el principio natural —dijo Raf, que de repente parecía Colón delante mismo de las Américas—, por el desenlace. Aquello que te llevó a lo que eres ahora. Dónde estás ahora. Quién eres ahora.

—Mira, Raf, no te ofendas, pero…

—Lo quiero para la semana que viene. Y espero que, por primera vez, llegues en hora. —Dejó un billete de cinco euros sobre la mesa, se colgó el maletín del hombro y, bajándose apenas las gafas de sol, como un modelo que hubiera ensayado el gesto mil veces, me susurró, como en confidencia—. Ya te he apuntado yo como alumna habitual, pero no lo comentes por ahí, se supone que no puedo tener esta clase de preferencias, sobre todo, con una tan díscola.

—Ya te he dicho que no voy a seguir en el curso.

—Miércoles que viene. Y recuérdalo, empieza por el desenlace. A veces el final es el mejor principio.

Le repetí que no pensaba volver, y él dijo algo sobre hacer sacrificios por el talento latente. Se marchó, y más que llamar a su barco Libertad, me dejó con un marrón del quince y calculando la propina para el camarero greñudo, que se apresuró a venir a cobrar cuando vio que mi acompañante ponía pies en polvorosa.

Me quedé con la cabeza llena de nidos vacíos de pájaros, de anzuelos sin carnada ni nada que pescar. Y allí, sentada en la cafetería con nombre literario más apartada de la creatividad del universo pese

a situarse junto a una librería, me sorprendí llenando ese ruido del pasado que tanto quería acallar, con chillidos incomprensibles, gritos ensordecedores y clamados a la desesperada.

Empezar por el desenlace. Terminar como principio.

—Menuda soplapollez.

Esa noche, no obstante, escribí.

10
Inciso

El escorbuto de Nano no fue la última gota. Qué va. Aquel vaso había volcado hacía mucho tiempo y el agua derramada amenazaba con empaparnos los tobillos y anegarnos los pulmones de pena. Y de incertidumbre, que era casi peor que la consciencia total, inequívoca y evidente, de que las cosas jamás iban a mejorar.

Carmiña y Fernaniño Vega no habían tenido nunca nada propio. Ni siquiera el amor. Por heredar, heredaron los nombres de sus padres igual que la ropa de los vecinos, los zapatos agujereados de compañeros de escuela y la comida que, de tan mal estado, nadie más quería.

Heredar marcaba, y no como algo positivo.

Si llevabas los zapatos que otro no había querido volver a ponerse más, este no perdería la oportunidad de hacer saber al resto que los Vega eran, de facto, más humildes que el más humilde de los hijos de los pescadores, pues estos, al volver de faenar, a menudo traían alimento y prendas con que agasajar a su familiar, no como Fernando Vega padre, que traía gritos, olor a whisky barato y un barco que necesitaba más reparaciones de las que se podía permitir.

Una única vez osó mi madre preguntarle que dónde fondeaba para que el casco del Cerquero volviera a da Morte en aquel estado, y la golpiza fue tan tremenda que nunca jamás, que yo recuerde —y de esa época los recuerdos son, por dolorosos, imborrables—, mencionó mi madre al barco o labor alguna de mi padre.

Los Vega nunca tuvimos nada propio. Ya lo he dicho. Ni siquiera la lealtad de nuestros vecinos o la amistad de las gentes que, viendo que mi hermano Nano necesitaba un corte de pelo, o unos pantalones que le taparan los tobillos, no hacían sino hablar de que el estado de los críos era

muestra de lo mala que era la madre.

Nadie preguntó nunca de qué y cómo sobrevivía ella, que fue un fantasma en vida de mi padre y un espectro en muerte del mismo.

Nadie nos dio un mendrugo de pan que nuestros dientes podridos pudieran morder sin comentar al resto del pueblo que lo había hecho.

Nadie actuó por bondad de corazón, por piedad o misericordia, ni nos ahorró la vergüenza de comer en la acera, probarnos ropa raída en la calle o aguantar el frío abrazados como gazapillos mientras mi padre, borracho y sin tenerse casi en pie, intentaba atar el Cerquero al puerto y pisar tierra sin bajar mucho la cabeza, a pesar de que sus redes venían vacías, sus bolsillos huecos y su buche, apestando a alcohol.

Cuando llegaron las úlceras, los ojos hundidos, la palidez y la pérdida de los pocos dientes sanos que tenía, los rizos castaños y la naricilla respingona de Nano dejó de ser foco de atención. El escorbuto corrió más rápido que el chisme de los golpes que recibía mi madre y, entonces, la maquinaria de la crueldad, que había demostrado estar engrasada a la perfección durante mis primeros años, cobró verdadera ferocidad cuando cumplí los ocho.

Supongo que fue una suerte que mi padre eligiera ese momento para morirse. No lo sé. Si algo me había demostrado la vida hasta entonces era que las cosas siempre podían recrudecerse para nosotros, de modo que quizá la Providencia habría encontrado otro modo de castigarnos por existir si él no se hubiera ahogado aquella mañana de agosto, con un mar irónicamente en calma y un sol extraño en Galicia, que casi nos dio esperanza en su pérdida.

Antes de llevársela del todo, junto con todo lo demás.

La noche antes de su última salida a faenar, es uno de esos instantes que la memoria atesora por más que tú lo quieras olvidar.

Acurrucada en el camastro, con mi hermano, que pese a sacarme dos años estaba tan desnutrido que me cabía encima, yo hacía esfuerzos por mantenerme sorda a lo que oía en la habitación contigua, a la vez que presionaba, con cuidado de no hacerlo de más, un trapo sobre la boca de Nano, que tosía sin parar.

Había lavado aquel jirón de una falda antigua que me había gustado especialmente, pero ya no me valía, con la última pastilla de jabón que nos

quedaba. En consecuencia y como castigo, fui la única que no tuvo aseo esta noche y, como había recorrido da Morte haciendo encargos, llevando y trayendo restos de la lonja para los vecinos y retirando tripas de pescado por unas monedas, apestaba entera. Me lo sentía en el pelo, en las uñas y la piel. Pero no importaba. Eso me daba igual.

Nano tenía algo fresco y oloroso junto a la cara, algo que, con suerte, paliaría el ruido de sus toses y esputos para que mi padre no los oyera. Ya había amenazado por el silencio una vez. La próxima, vendrían los correazos, y aunque estuviera borracho, que lo estaba, no solía fallar.

Mi hermano estaba demasiado débil para soportarlo, y yo, que era quien me pasaba las noches en vela cuidándolo, rezando porque el escorbuto nos diera de tregua un día más, apenas me tenía en pie como para recibir mi ración y la suya.

Qué ironía, pensaba, acunándolo sin cesar contra mi pecho plano, puro costillar y latidos frenéticos que ya no sabía si eran de hambre, de miedo o de agonía por vivir, pasábamos tanta necesidad de todo…, pero nos sobraban castigos que nunca nos merecimos con tanta severidad.

Pero para mi madre siempre era la peor parte.

Yo, con ocho años, empecé a asimilar y a entender algunos de los ruidos que venían del otro cuarto. Los que precedían al entrechocar de los muebles con la carne flácida y al día siguiente se dejarían ver en forma de moretones por el cuerpo y la cara. Los que eran antesala de gruñidos de mi padre, golpetazos del cabecero de la cama y quejidos de una madre que, supe muy pronto, jamás aceptó aquello de buen grado, aunque nunca se atreviera a quejarse.

El sonido sordo, único y capaz de hacer que las tripas se me revolvieran, de los nudillos de la diestra de mi padre contra la pared, y que avisaba que, si percibía un solo ruido más, se personaría frente nuestra y, entonces, el infierno nos parecería paraíso y, el mal conocido, algo bueno por conocer. Aquel golpe, herrumbroso por el grueso anillo que el muy avaro no se quitó nunca, y que se llevó al fondo del mar mientras su hijo moría de hambre en la habitación contigua, me dejaba desvelada noches enteras, me quitaba el apetito, a pesar de estar famélica, y me provocaba arcadas, aunque rara vez tuviera algo que vomitar.

En ocho años de vida, mi padre me había golpeado incontables veces; pero había dos en particular, que jamás olvidaría. De la primera desperté a

los dos días. Había perdido dos de mis dientes de leche y tenía partido un dedo de la mano izquierda. De la segunda no recuerdo nada más que el pitido que me acompañó cerca de un mes alrededor de mi oído, provocándome dolores de cabeza.

No llevé anillos en mi adolescencia. Nunca se los acepté a un novio, amante o amiga. Y de adulta, los desprecié con todo mi ser. Aquel anillo habría podido comprar frutas y verduras, pero en lugar de eso, marcaba el cuerpo de mi madre, hacía grietas en las paredes y acabó medio podrido, anclado a una mano cruel y sin sentimientos, corroída por los percebes del Cantábrico.

Nano se pegó más a mí, susurró algo, algo que sonó a que quería que parara, y como no supe a qué se refería pero compartía ciegamente su deseo, me lo pegué al cuerpo ignorando mi propio hedor y sustituí mi flaqueza por la fuerza que él necesitó para no morir esa noche. Ya fuera de miedo o de enfermedad.

Lo mantuve cerca, aún hedionda, porque, en el fondo, le necesitaba más de lo que él me necesitó nunca a mí, y no lo comprendí en ese momento, pues no era sino una niña de ocho años que intentaba hacerse la valiente sacando coraje de donde no había más que costumbre al maltrato, pero sí que pude razonarlo tiempo después. Sí que pude entender, cuando el momento de hacerlo llegó, que demostraría más amor con el desapego, que anegando a Nano de mí cuando yo, como siempre, no tenía para ofrecerle más que una máscara de fortaleza que, de tan ajada, ya no infundía ningún valor.

Le dejé ir cuando debí, pero esa noche, la última que nos atenazó el pánico y el sonido del anillo contra unas paredes que se nos venían encima, fuimos uno con la piel del otro, porque era la única forma que ambos conocíamos y entendíamos que nos permitiría sobrevivir.

—¿Carmen? ¿Qué haces levantada?

Erguí la cabeza tan rápido que me crujió el cuello, se me recolocó el hombro y hasta creo que el brazo de ese mismo lado del cuerpo bajó unos centímetros, quedando inerte al lado del tronco, que tenía doblado, como en forma de puente, sobre un ordenador cuyo indicador de batería estaba ya en rojo.

Vaya… ¿cuánto hacía que no…?

—¿Carmen? ¿No has dormido?

Volví la vista a Pau mientras tanteaba el enchufe y ponía mi Mac a cargar. Antes de responder, eché una miradita disimulada al reloj situado en la parte superior derecha de la pantalla, y que ahora había recuperado todo su brillo y nitidez. Faltaban quince minutos para las cinco de la mañana.

Vaya… ¿cuánto hacía que no…?

—¡Carmen!

—Perdona, perdona. Sí. Digo, no. No estoy levantada. Quiero decir, estoy levantada, pero no porque haya madrugado.

—¿No te has acostado?

Habida cuenta de que dormíamos en la misma cama —a efectos teóricos—, me sorprendió su insistente pregunta.

—Parece que no.

—¿Parece que no?

Sacudí la cabeza. Estaba tan embotada que me confirmé a mí misma lo evidente. No, no había dormido. Me había pasado la noche escribiendo. Escribiendo.

—Creo que he estado escribiendo toda la noche.

—¿Crees?

Pau ya había fruncido el ceño. Y tenía las manos puestas en las caderas. Había entrado en bucle, tal como dejaba muy en claro el nivel repetitivo, reiterativo y pluscuamperfectamente absurdo de sus preguntas. O lo sacaba de su miseria de cuestiones circulares, o nos íbamos a tirar allí hasta la hora del almuerzo, y quizá yo no, pero él seguro que tenía un millar de cosas por hacer.

Le miré con atención. Zapatillas, mallas, sudadera *runner*, el Apple Watch conectado a los *airpods*, conectados a su vez con el iPhone que llevaba en su iRiñonera de cintura…, vamos, con lo que mi novio tenía cubriéndole el cuerpo podían comer tres familias dos meses.

—¿Vas a correr?

Se señaló con las manos extendidas.

—Eso creo.

—Y alguien se ha levantado con esa típica simpatía gruñona de los que madrugan por obligación.

Me puse en pie. Los tenía tan dormidos que me pareció que llegaba

a la cocina dando saltos igual que la bailarina de una caja de música antigua. Recé a Brad Pitt en *Troya* para que quedara café en la cafetera eléctrica y… ¡bingo! Aquiles nunca defraudaba.

—No es una obligación.

—Lo sé.

—Corro por gusto todas las mañanas. Me gusta correr.

—Ya lo sé, cariño.

Me serví una buena ración de oro negro en mi taza de *Piratas del Caribe* desportillada y con el asa llena de chorretones de cola instantánea, y la metí al microondas. Cuando me di la vuelta, Pau me seguía mirando de esa forma tan molesta que le había dado por emplear últimamente, como si me hubiera salido un miembro en alguna parte del cuerpo que no debería estar ahí.

—Mis quince kilómetros antes de ir al despacho son sagrados.

—Y no quiera Dios que faltes a las escrituras bíblicas que tú mismo has tallado en esa piedra cincelada que tienes por torso.

El micro pitó, saqué mi taza, eché leche condensada a discreción y sonreí. Él lo hizo durante un segundo, lo que le duró el orgullo por la mención a su abdomen firme como el mármol, pero luego volvió a poner la cara de: *algo huele mal y no pienso ser yo quien revise la nevera*.

—¿Se puede saber por qué estás tan contenta?

—¿Te has perdido la parte de *me he pasado la noche escribiendo*?

—No, pero ¿cómo vas a ir a trabajar sin dormir?

Levanté la taza, como señalando la obviedad.

—El subidón por haber vencido el bloqueo será combustible suficiente. Para todo lo demás, Jack Sparrow.

—Ese tazón está para tirar.

—Inténtalo si tienes huevos.

Pau levantó la pierna y apoyó el talón en la butaca de la encimera. Me permití gozar del momento. Mi novio estaba muy bueno y yo le adoraba. Estábamos allí juntos compartiendo un momento de lo más casero y maravilloso y, si bien no había brazos tatuados de por medio, y las preguntas relativas a lo que me había empujado lejos de mi incapacidad narrativa brillaban por su ausencia, daba igual.

Yo tampoco le iba detrás todo el día queriendo saber mierdas de sus casos. Había cosas que se sobreentendían.

—Salgo, que si no se me mezclan los estiramientos con la ducha.

—Y entonces se abrirán los mares y las aguas de Egipto bajarán rojas y los primogénitos de la gente se morirán.

Se me acercó. Me tiró de una de las coletas que mantenía en precario orden mi pelo rojo y me dio un pico sabrosón. Corto, pero de los que te dejan, nunca mejor dijo, un buen sabor de boca.

—Eres idiota.

—Y tú sales conmigo, ¿quién es más idiota entonces?

Soltó una de sus carcajadas roncas, varoniles. De esas que harían que cualquier manada de lobos le nombrara alfa porque sí, porque él lo valía. Aunque sus colmillos tuvieran el tamaño adecuado en comparación con el resto de sus dientes.

—Cómo se nota que las musas esas han vuelto a fluir, estás rápida de respuesta.

—Y más rápida voy a estar si en vez de quince kilómetros corres trece y los otros dos… te los corres aquí.

Otra risa, negó despacio y extendió la mano, saliendo por la puerta. Oí como le pedía a Siri que iniciara recuento kilométrico de recorrido habitual y asumí que no habría más concesiones esa mañana, ni siquiera para sexo.

Bueno, era lo bastante temprano y el café me había espabilado lo suficiente como para no necesitarle… teniendo soporte técnico en forma de *Satisfyer*. Sonreí a la imagen desgastada de mi pirata preferido cuando me acabé el café.

—Surquemos los mares del orgasmo, Jack.

Después de provocarme el placer onanista que tanto merecía, metí la loza en el lavaplatos, cargué la lavadora, le di a Alfred número 2, la nueva *roomba* con el pie y, como todavía me sobraba tiempo, tiré al dormitorio y arranqué con vehemencia la ropa de cama para quitarla.

—Nada como irte a dormir con las sábanas recién cambiadas para sentirte una mujer afortunada.

Y como de eso yo había amanecido con excedente, conecté el Spotify de mi móvil y lo puse en aleatorio y a todo volumen. Apenas eran las siete de la mañana cuando yo movía mis generosas caderas —que ese día me parecían perfectas— al ritmo de *The kids aren't alright*, de The Offspring. Después, cuando ya tenía el segundo lavado en

marcha y ajustaba las fundas de las almohadas dándoles golpecitos para mullirlas, comenzaron los primeros acordes de *Fix you*, de Coldplay, con aquel puente musical inesperado que tanto subidón me provocaba cada vez que lo escuchaba por los altavoces, andando por la calle o con la cabeza pegada al cristal del metro, creyéndome la protagonista de todas las letras tristes y bohemias de mi propia lista de reproducción.

Fix you… arreglarte. Qué poético. Qué curioso y bien traído. Así me sentía aquella mañana de día laboral, con unas ojeras que me llegaban al suelo, pero un espíritu más inquebrantable que el de los trescientos tíos que se fueron solos y medio desnudos contra todo un ejército persa. Arreglada. Reparada. Nada podía pararme. No estaba cansada, no acusaba agotamiento. No me sentía fea ni menos que ninguna de las famosas de turno que seguía en Instagram y cuyos desayunos tenían más calidad que cualquiera de mis prendas de vestir. Mi cuerpo no me molestó. Dar saltitos para subirme los vaqueros, y tenérmelos que quitar después por recordar que, en mi curro, era mejor llevar *leggins*, me dio absolutamente igual.

Todo estaba bien en el universo porque yo había logrado escribir, porque en un ejercicio sin precedentes de concentración aderezado con ganas y servido en frío con una buena copa de inspiración, el texto había salido. Y durante horas no hubo nada más que tuviera cabida.

Por supuesto, debí haber supuesto que algo aguardaba, agazapado, tras todo aquel despliegue de alegría y objetividad. Debí haber entendido, al ser yo quien era y vivir lo que había vivido, que cualquier cosa me esperaría detrás de la primera esquina que cruzara, dispuesto a tirarme por tierra la sonrisa, a borrarme el entusiasmo y hasta a ahorcarme con la bufanda que me había encasquetado alrededor del cuello y que creí, en aquel alarde de suprema chispa incontrolable que me nacía de dentro, que le daba un bonito color a una cara que solo parecía alegre porque era ignorante a la verdad.

Las musas, esas a las que Pau había mentado haciendo caer en la bucólico ensoñación que siempre lo impregnaba todo cuando él hacía mención a terminología de escritura, porque eso, pensaba yo en mis adentros y exteriorizaba a mis afueras, nos unía; no eran gratuitas. Al

igual que hacer un trato con el diablo o cenar carbohidratos, la inspiración tenía un precio. Un coste a menudo tan difícil de digerir como esas hamburguesas con doble de todo y sanas en nada que nos entraban por los ojos y se nos quedaban para siempre en el culo.

En mi caso, la narración, que no había revisado, pero tenía latiéndome en las sienes, en el pecho y en la boca del estómago, vivía y palpitaba igual que cada gota de mi sangre. Era real. Era buena. Y lo sabía porque no había una sola coma que no hubiera sentido desgarrarme la carne mientras la escribía. Porque aquel texto era yo. Aquellas frases me dibujaban una silueta a tiza tirada en el suelo, hecha un ovillo de pena y desencanto por el hecho mismo de existir.

El desenlace, lo que me había llevado donde ahora estaba, esperando el metro mientras escuchaba en bucle canciones que me sonaban nuevas aunque tenían al menos una década de antigüedad. No sabía si aquel engendro poderoso había emergido de mí o lo habían parido las ideas de otro, anidadas en mi cabeza como las cigüeñas que traían bebés gordos de París.

Ignoraba si el empuje me pertenecía por entero o tendría que pagar derechos de autor en forma de jirones de mi alma a quien había sugerido que Carmiña Vega, el despojo, merecía que Carmiña Vega, la hecha de trozos tomados a descuido de aquí y de allá, era digna de que alguien empezara contando el final de su historia para entender cómo había terminado siendo lo que era, y sin ser capaz de llegar a lo que fuera que pretendía ser.

No tenía idea de si podría transitar aquel camino, y a la vez, me quemaba cada huella dactilar por perder sus ondas sobre las teclas del ordenador, que más que llamarme, me clamaba a gritos desesperados una continuación.

Me subí al metro y subí el volumen de la música. Subí los peldaños hasta llegar a la puerta de la escuela infantil donde trabajaba y subí a caballito a mis alumnos. Subí manos, subí cucharadas de mejunje fingiendo que olía delicioso, y al final de la jornada, subí a casa para enfrentar el resto del día simulando que la Carmen de la mañana no era más que un inciso, una suerte de paréntesis que escapaba obstinada a la auténtica, aquella que regresaba de una jornada anodina al hogar donde lo tenía todo aunque rara vez encontrara

nada.

Se me subieron los colores al sorprenderme tecleando otra vez, perdida en un mar incierto que, de cierto lo tenía todo, y de falso no le quedaba más que mi propia pretensión al fingir que nada de aquello había sido verdad. Negándome, al menos de momento, a bajar.

11
Parafraseando

—¿Entonces? ¿Qué te parece? ¿Tiene tufillo?

—Más que tufillo, un zurullo del tamaño de la Catedral de Burgos, tú. Y lo sé bien, porque estuve allí de luna de miel y puedo dar fe… de que es impresionante.

Enarqué las cejas mientras Gema levantaba y luego volvía a bajar a Gabi, uno de los enanos de mi aula que, por estar en asamblea conjunta, ella tenía en brazos. El magno evento tocaba una vez a la semana y, en teoría, era para que los críos socializaran con sus iguales, sus mayores y menores, pero, en la práctica, servía para darnos un respiro y poder aunar esfuerzos. La vi echarlo sobre el tatami y estirar el brazo hacia el estante de suministros. Adivinando la jugada, le pasé un pañal y el paquete de toallitas.

—Me refería al texto que te he pasado, no al culo de Gabi. —Me quedé mirándolo. Era tan adorable que casi me hacía replantearme mi férrea opinión de no tener descendencia humana hasta haber alumbrado, como mínimo, un libro. Con el ritmo que llevaba más me valía congelar óvulos y neuronas, por lo que fuera que se me muriera antes—. ¿Tiene tufo a algo que ya hayas leído?

Esperé a que Gema limpiara del culo de Gabi aquella plasta apestosa mientras movía un tobillo con nerviosismo sobre la superficie blanda del tatami. Hacía mucho desde la última vez que alguien había leído algo que yo había escrito, básicamente porque hacía mucho que no era capaz de escribir nada. Cuando el crío estuvo limpio y de vuelta al juego con el resto, mi compañera extrajo el móvil del bolsillo del mandil y lo blandió en el aire. Si se hubiera sacado una teta habría sido igualita que la pintura de *La libertad guiando al pueblo*.

—La verdad es que me ha dado mucho mal rollo, Carmiña.

—¿En plan bien o en plan mal?

—En plan… ¿cómo has podido sobrevivir a esa… *hierba* de infancia? No soy capaz de comprender que alguien tan buena como tú, tan… tierna, sufriera de cría semejantes… *frutadas*.

Sujeté entre mis dientes una pinza de pelo y, luego, me las arreglé para hacerme un rodete con ella. Levanté el índice en dirección a Gema.

—Primero, puedes decir mierda y putada. Son demasiado pequeños para entenderlo.

—Susana siempre nos da la mazurca con que las palabras malsonantes tienen vibraciones negativas que penetran en el córtex.

—A ella sí que no la penetran, por eso nos suelta esas *hierbas*. —Sonreí, después me acordé de que tenía entre manos un momento vital de mi, por lo general, simplona existencia y volví a centrarme. Tiré a Gema del peto—. ¿Qué te estaba diciendo?

—Creo que ibas a añadir algo más después de, primero…

—Ah, sí. Segundo, ¿qué te hace pensar que la historia habla de mí?

Fue su turno de enarcar las cejas.

—Carmen, está escrito en primera persona.

—¿Y eso qué? Muchos autores escriben en primera persona y no han vivido todo lo que dicen sus libros.

Era verdad.

—Te conozco lo suficiente y sé lo bastante de ti como para que no puedas venderme la moto.

También era verdad. Suspiré.

—Es lo único que he conseguido, lo único que he podido…

—¿Hilar? ¿Continuar? ¿Avanzar?

La miré, con verdades en los ojos que no me había permitido mostrarme ni a mí misma.

—Creer.

No le había hablado a Gema del curso de escritura en profundidad. De hecho, no lo había hablado con nadie, y el secreto, cuanto más escribía y profundizaba en aquella historia —mi historia—, más me reconcomía. Se sentía como tener el brazo escayolado y saber que no debes rascarte con un lápiz para evitar llenar de costras la piel, pero

de todas formas ser incapaz de dejar de hacerlo porque el picor resulta insoportable.

Conforme más avanzaba la semana y se aproximaba el miércoles, más ansiosa me volvía por aquella cita que había contraído aun prometiéndome que no la iba a contraer. Le había dicho a Pau que no pensaba volver a asistir a las clases, y lo había hecho segura a pies juntillas de que así era.

Después de verle irse, me acabé el café y emprendí un *marcho que teño que marchar* que habría hecho sentir orgullosa a toda la comunidad gallegohablante. Sin embargo, me había pasado dos noches escribiendo, y contra más escribía, más pensaba en escribir, y aquel súbito apasionamiento por un cuento que de tantas veces que había oído había perdido gracia, empezaba a resultarme nuevo. Y estaba ansiosa por conocer más, aun sabiendo de sobra cómo iba a terminar.

Pau no sabía lo que hacía. En rigor, tampoco me había preguntado, pero la noche anterior, cuando al llegar del bufete me había encontrado metida de lleno entre las teclas otra vez, se había limitado a darme un beso distraído en la coronilla, pedirme que le añadiera no sé qué mierda para correr al carrito de Amazon y cuestionarme si prefería chino o tailandés para cenar.

Le dije que había quedado media tortilla de patatas del mediodía en el microondas, y se la zampó dentro de una chapata, con ketchup y mayonesa. Después pedimos tallarines con gambas, pato en salsa de soja y arroz con huevo y quinoa. Cenamos, y él siguió con su revisionado de *House of Cards* en Netflix, comentándome por lo bajo escenas que ya había visto y momentos que de sobra conocía. Asombrándose de lo que se había asombrado en el pasado y maravillándose de cambios de trama en un guion que hacía como dos años que había echado el cierre.

—Qué bueno es el jodido Kevin Spacey —comentó, dejando el botellín de 1906 Blue Edition sobre el posavasos—. Se lleva a todos los demás actores de calle.

—Yo es que lo veo y solo pienso en Lex Luthor. —Encogí los hombros—. Aunque admito que el pelo me distrae.

—Luthor y Underwood pueden tener mucho en común. La intriga.

La sed de poder…

—El objetivo común, véase matar a Superman o ser el presidente del Mundo Libre, también conocido como EE.UU.

—Joder, bien visto. —Estiró la mano, acercándome algo—. ¿El último trozo de pato?

—Para ti.

Toda esta escena tuvo lugar mientras yo tenía el ordenador abierto sobre las rodillas y no dejaba de escribir. Tecleando sin parar cené, hablé con mi novio e incluso respondí a algún que otro chascarrillo de la serie. Sin perder en ningún momento el hilo de la historia, sin que se me olvidara detalle alguno ni el nivel de profundidad y sentimiento de cada momento, narrado con toda viveza, perdiera credibilidad.

Por si os lo estáis preguntando, a Pau no le molestó. De hecho, solíamos ser una de esas parejas multitarea y, salvo cuando follábamos, los dos podíamos hablar, comer o hacer planes mientras teníamos el móvil, un libro o cualquier otra cosa entre manos. No me hizo preguntas sobre a qué venía tanto énfasis, ni siquiera sabiendo como sabía que había pasado por un periodo de sequía que ni el desierto que atravesó Moisés con todo su pueblo judío, se limitó a disfrutar la birra, acabarse los tallarines y, cuando se sintió satisfecho, me dio otro beso suave, estiró los músculos alzando los brazos por delante de la cabeza y apagó el televisor, dejando pendiente el siguiente episodio de la serie para la noche siguiente, cuando el tiempo y la energía le volvieran a ser propicios.

—No te acuestes muy tarde, que mañana amaneces zombi.

—Ya sabes que tienes que darme entre los ojos, que si no seguiré persiguiéndote.

Chasqueó la lengua.

—Acuérdate de poner el contador de latidos en el carrito.

—Hecho.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Así acabó la velada. Y no es que estuviera falta de química, picardía, entusiasmo o intimidad. Es que los dos queríamos enfrascarnos en otra cosa y nos parecía de lujo que el otro pretendiera hacer lo mismo. Yo sabía de buena tinta que Pau revisaría documentos

antes de permitirse dormir, y él, tal como andaba el percal, asumí que imaginaba que mi tórrida aventura nocturna con el ordenador volvería a llevarme hasta el amanecer, lo cual, ocurrió.

Por la mañana, repetimos más o menos el ritual del día predecesor. Se fue a correr mientras yo sorbía café como un dementor haría con un alma, y después, cada uno emprendió su jornada laboral tal como estaba estipulado. En la pizarra blanca pegada al frigorífico había apuntado tampones y leche de almendras para Pau. Compré chapatas y huevos de granja sostenible, y con el archivo de texto pesándome en la memoria del móvil, en el correo electrónico donde me lo había enviado a mí misma como copia de seguridad y en un subconsciente que se negaba a dejar el pasado atrás, en el documento del Mac o escondido en lo más recóndito de mi ser por unas míseras horas, llegué a la escuela infantil, donde por primera vez desde sabía Dios cuándo me vi impelida a necesitar que alguien me leyera.

—Siento como si hubiera estado allí. Como si lo estuviera ahora mismo. Es muy fuerte.

—Gema, no necesito que me hagas la rosca, quiero que seas sincera.

—¡Lo soy!

—Hablo en serio.

—¡Y yo! —Se removió sobre el tatami, acercándose medio a gatas hacia donde estaba yo, todavía con el teléfono en la mano. Valentina, que estaba en esa edad de imitarlo todo, dejé de sentir interés por lamerse el calcetín y gateó sin perder a Gema de vista—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué voy a hacer con qué?

Fue evidente que sabía de lo que me estaba hablando, pero como aquella cuestión me perseguía y no podía encontrarle respuesta, intenté hacerme la sueca, o quizá, tal vez, a lo mejor, que mi compañera y amiga arrojara luz sobre un túnel que estaba resultando tan largo que en cualquier momento me vería abocada a bajarme del coche imaginario en el que iba a toda pastilla y potaba en el arcén de mis propias dudas.

Everything is posible.

—El texto. La historia.

—Ni siquiera sé si es material suficiente como para considerarlo historia.

—¿Cómo que no? ¡Es la tuya! ¡Lo que te ha llevado hasta aquí!

—Qué pesados estáis todos con el desenlace que me lleva al principio donde estoy ahora, *manda carallo*.

Me incorporé. Me crujieron huesos de las piernas de cuyos nombres nunca fui capaz de acordarme. Más lista que yo, Gema tomó impulso de la banda de suministros antes de erguirse. Se me quedó mirando como si pretendiera leerme el aura o alguna *hierba* de esas.

—¿Eso te lo ha dicho Pau? ¿Que rebusques en tu historia antigua como los señores indigentes en los contenedores del centro?

—Menuda metáfora, y no, no ha sido Pau.

Por lo que a Pau respectaba, yo podía estar usando el ordenador para hacer la lista de la compra en varios idiomas, pero ojo, no se lo reprochaba. De hecho, me resultaba fácil que no mostrara una inquietud exacerbada por mi repentino trabajo, porque eso me evitaría tocar el tema del curso de escritura, cuyo *flyer*, por más que intentara olvidarlo, había encontrado en su despacho, mezclado con la correspondencia de la casa, fuera de mi alcance.

Porque seguramente era consciente de que en el estado de total vacío literario en el que me encontraba, saber de la existencia de un sitio donde la escritura fluía como la grasa por las arterias de los socios de un asador no iba a hacerme bien. Sí. Seguro que era por eso.

—Pau no sabe lo que estoy escribiendo. Eres la primera en leerlo, de hecho.

—¿Entonces eso de «qué pesados estáis…» es por tu profesor?

—Yo no tengo profesor —lo solté tan a la defensiva que fue muy evidente que allí había más tomate que en una ensalada mediterránea —. No es mi profesor. Yo no soy su alumna.

—Pero ha sido cosa suya, ¿verdad?

—Puede que… opinara que quizá debía centrarme en escribir de lo que sabía.

—Me parece un gran consejo para empezar.

—Lo sería… —Moví con el pie, con todo el cuidado que da la práctica, a Jorge del alcance de los puños cerrados de Javi—. Si pretendiera acudir al curso, cosa que no voy a hacer.

—Pero si esto me lo estás enseñando hoy y, cronológicamente, no tenías nada escrito hace unos días…

—Arranca, Gema, que pareces el meme de la rubia que intenta hacer ecuaciones mentalmente.

—¿A cuántas *no clases* del curso has *no ido*?

Me mordí el carrillo. Una súbita pelea por un calcetín lleno de babas —¡gracias, Valentina!— distrajo la atención, pero como todo escape en la vida, no duró demasiado. Me vi en la penosa «obligación», entre la hora de comedor y la de la siesta, de contarle a Gema cómo iba el tema de *A pie de página*, todos mis intentos por apartarme, que me llevaban, sin saber cómo, a acudir otra vez a aquel sótano de la biblioteca, y la culminación en el café que me había tomado con Raf.

—¿Está bueno?

Puse los ojos en blanco. Por suerte, la tenue luz que dejaban pasar los estores me ocultó la expresión. Y las nanas en bucle, el bufido que solté.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho, tiene mucho que ver, porque si no estuviera bueno habrías mencionado algo de su físico, como de pasada, pero no has dicho una sola palabra.

—Tengo novio. —Y como si hiciera falta, enfaticé—: Pau.

—Ya, y yo estoy casada, y me acabo de enterar de que Jason Momoa se ha separado y está viviendo en una caravana y empiezo a valorar opciones.

—Estás pirada.

—Vamos, que está bueno.

¿Por qué los bebés no lloraban cuando una necesitaba un respiro? ¿Por qué?

—Supongo que podría considerarse atractivo. Bastante engreído y pagado de sí mismo. Y se cree que sabe mucho de escritura, pero da unos consejos pésimos y rarísimos sobre escribir.

—Los cuales te han llevado a hacerlo después no sé ni cuánto sin tocar teclado.

—¿Y quién dice que no es casualidad? Puede que, simplemente, el momento de volver a escribir fuera este y por eso lo estoy haciendo,

sin que Rafael, el curso, ni nada más tenga que ver.

—Puede ser —pero lo dijo con ese tonito… ese de «yo tengo razón y tú estás loca»—. Yo solo digo que si la fórmula funciona, ¿por qué cambiarla?

—No pienso seguir en el curso.

Nada, que ninguno lloraba. Pero ¿qué les había hecho yo…?

—Pues no lo hagas si no quieres.

—No quiero. Acabo de decirlo. Literalmente.

—Literalmente has dicho que no piensas seguir, no que no quieras.

—Gema, vete a la *hierba*.

Llegué a casa con culpa. Esa es la verdad. Culpa de lo dicho y de lo tragado a base de sorbos de agua rancia, de esa que sabe al plástico de la botella donde la hayas almacenado para hacerte la alternativa, la moderna, la guay o la *planetfriendly*.

Para compensar, esa noche decidí que ya estaba bien de escritura. Me di una ducha larga, me embadurné las piernas de crema y preparé cena para romper con aquel círculo vicioso de pedidos a domicilio donde mi chico y yo parecíamos haber caído. Hice unos sándwiches de huevo con aguacate, otros de cangrejo y algunos vegetales. Puse a enfriar cervezas y dejé Netflix preparado en el capítulo de *House of Cards* que nos tocaba. Cuando llegó Pau lo recibí sonriendo, escuché lo último sobre su creciente cartera de clientes y, mientras se duchaba, resistí la tentación de abrir la tapa del ordenador como una jabata. Vamos, que si mi contención aquella noche hubiera sido clasificatoria para los JJOO, habría hecho podio seguro.

—¿Noche presidencial, letrado?

Sentado a mi lado, Pau se puso una servilleta en la rodilla antes de atacar el primer sándwich. Negó, girando su cabeza de perfecto pelo húmedo hasta la tele, encendida y en modo *mute*, que esperaba por una decisión.

—Un compañero de trabajo me ha hablado de una nueva. Cortita, de unos cuantos episodios, basada en no sé qué caso real de una tía que se hizo famosa en el mundo entero por estafar a bancos, hoteles, amistades y vete a saber qué más.

—¿Y te pica el gusanillo por la deformación profesional?

Encogió los hombros, dándole al *play* en el episodio piloto. La

expresión ausente de una chica con aire bohemio, misterioso y un poco loco, llenó las cincuenta y pico pulgadas de nuestro televisor. Mi novio se arrellanó en el asiento y extendió el brazo, aunque en vez de hacerlo para abrazarme, como yo esperaba, su intención fue agarrar mi portátil, que reposaba allí al lado, recordatorio mudo de mi mucha e inmensa capacidad de autocontrol.

—Me genera curiosidad, qué pudo alegar el abogado defensor para librarla de un par de los cargos que se le imputaban. He estado googleando un poco para ver si podía gustarnos. —Abrió la tapa. Los dedos me picaron, pero me mantuve estoica. Le vi entrar en Amazon—. ¿Este contador de latidos me has puesto en el carrito? ¡Carmen, es el más cutre del mercado!

—Para empezar, no sabía ni que ese artículo existía, y para seguir… —Miré, atónica, el panel de búsqueda al que Pau había accedido—. ¿De verdad vas a gastarte eso?

—No es recomendable escatimar en la salud. —Hizo un par de clics, entró a su bandeja de correo electrónico para verificar que el pedido se había tramitado, y, sin más, dejó el ordenador a un lado—. ¿Vemos esto entonces?

Encogí los hombros y me acerqué para apoyar la cabeza en su hombro. Medio perdida en mis propios pensamientos, que me recordaban que por más que quisiera hacerme la novia ejemplar había mucho que me estaba guardado, me metí en la trama, viendo a la protagonista estafar, engañar y hacer hasta el pino puente por conseguir fingir ante el mundo —y creo que un poco ante sí misma también— que era una rica heredera extranjera, poderosa, estilosa y capaz de defecar dinero.

—Menuda choriza —murmuré, alucinada cuando una ida de olla de la mentada *personaja* metió en una movida muy gorda a una de sus amigas.

—No me lo parece.

Me incorporé para mirar a Pau como si le hubiera brotado un escroto de la oreja.

—¿Vas en serio? ¡Eres abogado!

—Sí, porque eso es lo que quise ser. Perseguí aquello que merecía y no me conformé con menos.

—No puedes estar comparando en serio esas dos realidades porque, para empezar, la de la serie ni siquiera es real. —Señalé a la pantalla. La imagen congelada de la actriz parecía mirarme con desafío—. Lo que ella hizo fue un delito. Un crimen. Un fraude, ¡no es como deberle pasta a una compañía telefónica abusiva por irte antes de que se acabe la permanencia!

—No, pero al igual que yo, esa chica solo quería ser más de lo que era. Puede que no usara caminos ortodoxos, pero en el amor, la guerra y los negocios…

Algo me picó. Algo que destiló un veneno que en lugar de sentir que me mataba, me dio como fuerzas, alas, empuje… y un poco de ganas de vomitar. La cara paralizada de la actriz, de nuevo, pareció mantenerse estática solo para mirarme a mí: *al menos yo me atreví*. Parecía decirme: *Al menos, yo lo intenté. ¿Qué has hecho tú?*

Me rasqué la nuca, pero aquella clase de comezón, lo sabía bien, solo había una manera de calmarla.

—Entonces, parafraseándote, ¿estás diciendo que el fin justifica los medios?

Pau sonrió, con aquella curva de labios perfecta perfectamente centrada en su también perfecta cara.

—No me *maquiavelices*, cariño. Solo digo que, si tienes medios a tu alcance, ¿qué te detiene salvo ser un cobarde?

—Está claro que ella no lo era. —Quizá muy estúpida. Y engreída, pero no, cobarde no.

—Eso me parece a mí.

Pau dio al *play* y la conversación a dos bandas murió en ese punto. Pero no la que mantenía yo conmigo misma. La voz de mi novio, la trama de la serie, los discursos apasionados que la actriz se había aprendido para defender lo que *a priori* me parecía indefendible…, todo se me hizo bola en la cabeza, se retorció, mezcló y acabó convertido en una suerte de rancho de los que se comen a cucharadas generosas en fríos días de lluvia.

No me lo pensé. Supongo que porque en realidad lo había estado pensando sin parar. Abrí el Mac y, sin plantearme analizar posibles consecuencias que pudieran derivar —y derivarían, de hecho— de mis actos, entré en el correo electrónico y envié un mensaje a Raf

pidiéndole una tutoría.

Nunca había creído que el fin justificara nada, pero quizá los principios bien valían ciertos riesgos, y si uno quería conseguir algo, y tenía medios a su alcance, ¿qué te detenía salvo ser una cobarde?

12
Disertación

Aprendí pronto que, ser una chica y ser huérfana, era el equivalente a que te tocaran dos antiloterías a la vez. Un infierno. Y eso, para alguien que se había criado en la indigencia en un sitio llamado da Morte, era mucho decir.

No voy a ponerme excesivamente dramática, mi existencia ya tiene su contenido lacrimógeno por pleno derecho y no precisa de aderezos, pero sí que seré brutalmente sincera cuando digo que, si bien el alivio al ver como el cabeza de familia, desprovisto de todo sentimiento, alcohólico, maltratador y violento era engullido por las frías aguas gallegas resultó un alivio, este no duró mucho.

De hecho, desapareció tan pronto como el ataúd barato en el que enterramos a mi padre. Un descanso de la agonía visto y no visto.

Mi madre jamás se habría llevado el premio a la mujer más fuerte ni valiente pero, en perspectiva, en todas las noches que pasé en el orfanato, mirando al techo con los ojos abiertos como platos, atenta a cualquier ruido, intento de ataque nocturno o robos con alevosía —de la nada que teníamos como pertenencias privadas, por cierto— creo que pude llegar a entenderla, en cierta manera. Su miedo era tal y de un tamaño tan grande, que no podía defenderse a sí misma, mucho menos a Nano y a mí. Sin embargo, y creo que esto ya me lo habéis oído, para mi madre hasta un mal marido era mejor que no tener ninguno. La viudedad le hizo perder la poca cordura que le quedaba.

Nano recobró la salud, su pelo el lustre y sus dientes, por suerte o quizá caridad del destino, que ya nos había quitado más de lo que nunca habíamos tenido, volvieron a brillar. Para mí fue diferente. La pubertad me atacó con la misma virulencia que usara mi padre en vida para castigar

aquella pared ajada con su horrendo anillo. Dos pechos como dos melones y un trasero que no pasaba inadvertido provocaron que las miradas de propios y extraños se posaran en mí. Saqué algún provecho, no voy a engañar a nadie, me daban más propinas en la lonja y si era espabilada, hasta alguna rebaja en los escasos mandados que mi madre, ejerciendo de tal, me hacía. También descubrí pronto los inconvenientes. Y lo poco que merecía la pena sufrirlos por llevarte dos caballas más en el paquete envuelto y apestoso entregado por un faenante con muy pocos dientes y aún menos respeto.

No sufrí abusos, pero mi figura llamativa y una boca deslenguada pronto me dieron una fama inmerecida que me persiguió. Mi madre, no lo olvidaré jamás, me dijo una vez, justo al año de morirse mi padre, cuando yo todavía me consideraba una niña por más que mi cuerpo dijese lo contrario, la frase más larga que pronunciaría en todo el tiempo que le restaba de vida.

—La culpa es tuya. ¿Por qué no puedes pasar desapercibida, como nosotros?

Durante un tiempo, esas palabras me asolaban igual que una bandada de palomas a unas migas rancias de pan. Y juro que intenté obedecerlas, supongo que por una suerte de lealtad al único progenitor que no me había roto la piel a golpes. O por ser de las pocas que me había dirigido mi madre en meses, pero pronto desistí, y no porque yo quisiera llamar la atención, que todo el mundo me mirara y tuviera en cuenta mis idas y venidas, que no eran pocas, porque también aprendí pronto a buscarme la vida y lo hice. No me quedaba otra.

No podía pasar inadvertida porque no podía. No hay una gran explicación ni profundidad metafísica en ello, lo sé. No es una gran declaración, pero es una verdad y es la mía. Mi cuerpo llamaba la atención, pero también que sabía hacer cuentas de cabeza, que corría rápido y que aprendí a coser redes de pescar antes de saber pronunciar palabras de más de dos sílabas. Yo era válida y podía hacer cosas. Quería hacerlas, pero entendí que la orden de mi madre, quizá más petición que otra cosa, pretendía protegerme de lo que todos los demás veían, de eso que era imposible esconder y por lo que los otros, todos, se creían con derecho a atribuciones que yo nunca di ni me planteé ofrecer.

Mis tetas eran grandes y por eso me descontaban el dinero en la lonja,

no porque yo pudiera ayudar al pescadero a ahorrarse una monedas cambiando las redes rotas por unas nuevas. A nadie le importaba una mierda lo que valiera o si tenía buena cabeza, porque no era más que la apestosa hija de un borracho que se había ido al fondo del Cantábrico debiendo más dinero del que nunca podría pagar.

Con su jodido anillo metido en el dedo.

Aprendí que mi cuerpo podría ser la salida, pero que tendría que atravesar túneles horripilantes si usaba esa vía, como dejarme atrás a mí y lo que sabía que podía ofrecer. Mis tetas eran grandes, sí, pero no eran lo único que me definía, y la conciencia de eso me dijo que tenía por delante solo dos alternativas: usar las armas para lo fácil, y que eso me marcara para siempre; o mantenerme en mis trece y pasarlas putas durante bastante tiempo más.

Escogí la segunda opción, y para cuando murió mi padre y protección de menores nos llevó a Nano y a mí al orfanato, era demasiado tarde para cambiar de idea.

Le habría enseñado las tetas a cualquiera para evitarle el hambre a mi hermano. Coño, se la habría chupado a cualquiera para evitar que a él le pusieran una mano encima, pero yo era todo lo que ese pobre crío, más joven e infinitamente más pequeño, tenía en el mundo, si me rebajaba a eso, si hacía eso, ¿sería mejor que el padre borracho y violento y la madre ausente que murió por no saber estar sola?

Me compadecí de mí misma el tiempo justo en que tardé en comprender que en mí vivían dos minorías que nunca podrían hacer las paces. Era una preadolescente huérfana. Lo de respondona y demasiado desarrollada tampoco me ayudó. Cuando la primera pareja de posibles padres adoptivos me desechó por maleada y la segunda porque el nuevo papá me miraba con una expresión que ni para su esposa ni para la directora de aquella institución pasó desapercibida, entendí que tenía que seguir la misma estela que había tenido en da Morte: buscarme la vida sola.

Me obsesioné por Nano y con su comportamiento, para que fuera ejemplar. Me aislé de todo, incluyéndole, asegurándome solamente de que tenía su ración de comida —y a veces, la mía— y de que le vieran los ojos adecuados. Su pelo bonito y sus dientes rectos. Era un chico. A los padres les gustaban los chicos. No estaba gordo y jugaba bien al fútbol. Decía «por favor» y «gracias». Merecía una salida, y yo, que era lo único que él tenía,

decidí ofrecérsela.

Aunque él fuera también lo único que tenía yo.

No recordaba la última vez que la expresión «estar como un flan» se me podría haber atribuido. Era una tía que había pasado por mucho y me tenía por alguien con nervios de acero, de esas que cuando jugaba a Operación, ganaba aunque llevara encima un par de copas de vino.

No perdí la calma ninguna de las veces que me presenté al examen práctico de conducir, ni durante las innumerables ocasiones en que me echaron de clase por contestarle mal al profesor. No me afectaba exponer delante del resto cuando me saqué los estudios de educadora y, la primera vez que puse un pañal del revés y un padre de la escuela infantil me riñó, ni pestañeé.

Todo lo cual, sirva de contexto, o de esa paja necesaria que los que fantaseamos con escribir sufrimos tanto cuando somos lo que leemos, la comparto porque, mientras andaba a trompicones por una calle adoquinada, haciendo malabares con unos botines de tacón corto que me estaban destrozando los meñiques, agarrada como siempre a mi bandolera igual que un koala haría con su eucalipto, me sentía, justa y precisamente así: como un flan.

Yo era el equivalente, hecho persona, a la gelatina que sale en la escena de los raptores en la primera peli de *Jurassic Park*. Y era estúpido, lo cual me hacía sentir el doble de nerviosa, porque yo había cerrado aquella tutoría. En un alarde de vaya usted a saber qué, algo me había poseído y durante el nanosegundo que tardó en pasárseme, había escrito asunto, correo electrónico y mensaje para Raf, que me había respondido, con pasmosa velocidad, que nos veríamos al día siguiente en la cafetería junto a la librería.

El sitio del nombre presuntuoso que yo era incapaz de recordar. Aunque, para ser justos, en ese momento podía decir mi nombre y muy poco más.

Nada muy halagüeño para empezar.

—Perdona el retraso, me he perdido.

Arrastré la silla situada frente al profesor, que tenía el flequillo tan despeinado que le caía sobre los ojos. Llevaba vaqueros negros y una cadena fina le colgaba del cinturón, visible aún con la camiseta de *The Who* que lucía y se perdía dentro del bolsillo. Seguramente atada a

una billetera. Lo más probable, negra. Y de cuero. Completaban el atuendo una camisa a cuadros entre azulones y verdes, remangada a la altura del codo, dejando ver el brazo tatuado.

También tenía puestas las gafas de sol, y por lo que pude atisbar, estaba entretenido mirando la carta de la cafetería a través del código QR que, como todo local en aquellos tiempos post pandemia, tenía disponible pegado en una esquina de la mesa.

Fui capaz de llevar a cabo todo aquel análisis mientras me sentaba. Me ardían los talones y estaba segura de que al menos uno de los meñiques, se me había cortado y yacía muerto en algún rincón de aquellas putas botas que no volvería a ponerme jamás.

Raf dejó el móvil y sonrió.

—Ya habías estado aquí.

Me removí, inquieta, intentando buscar una postura digna en una silla diseñada para todo lo contrario.

—¿Qué?

—Dices que te has perdido.

—Sí, por eso he llegado tarde.

Asintió.

—Pero ya habías estado aquí.

—Solo una vez.

Señaló, con una elocuencia manifiesta, la entrada a la librería, que todavía no había abierto.

—Has estado en las clases más de una vez.

—Sí, pero, como no voy a seguir asistiendo, no cuenta.

—Entiendo.

Era mentira, pero no le culpo. La verdad era que sabía llegar perfectamente al sitio, y tal como él había evidenciado, no era la primera vez que estaba allí, pero claro, con mi nefasta capacidad para organizarme me dio la hora de salir con la ropa por escoger, sin excusas creíbles ni margen decente para cancelar y unos nervios que más que a flor de piel, se me habían agarrado al pulmón, pues… se me había echado el tiempo encima.

También tenía parte de culpa la encerrona definitiva, pero bueno, vamos por partes.

—¿Ya has pedido? —Sabía que no, uno, porque la mesa estaba

vacía; y dos, porque le había pillado mirando la carta—. ¿Caña?

—Mejor café, por hacer la tutoría un poco más profesional.

Perfecto, igual que los pobres sufridores de la Ley Seca, me iba a tener que enfrentar a mi propia versión del Juicio Final sin nada con que remojar la garganta. Perfecto *again*.

—Pues lo mismo.

—Dos leches, ¿no? —Levantó la mano, en ese gesto tan universal que significa, en todos los idiomas, *camarero, ven*—. Con condensada.

Asentí, un tanto molesta de que recordaba un dato que a mí me avergonzaba un poco por considerarlo un vicio que no había sido capaz de quitarme. Lo que sí me quité fue la chaqueta, aprovechando que pedía los cafés y se recolocaba en la silla para situar su cuerpo completamente frente a mí, aunque yo ni necesitaba ni había pedido verle mejor.

—Mira, Rafael…

—Raf. —Sonrió, llamando a la manada—. Y antes de que inicies tu discurso de espantada, debo recordarte que fuiste tú la que me citó.

—Soy consciente.

Un nanosegundo. Uno. Un puto instante de debilidad… Menudo jardín.

—Y sería una descortesía por tu parte hacernos perder el tiempo a ambos. No pareces una chica descortés.

—Oh, pues lo soy. De un descortés que lo flipas.

Nos dejaron lo pedido en la mesa y antes siquiera de meter la cucharilla en la taza, verter el azúcar y empezar a remover, Raf extendió la mano. Había una pequeña cicatriz en la parte interior de su muñeca en la que, hasta entonces, no me había fijado.

—Pues entonces, y como previsiblemente saldrás corriendo pronto, yo también pasaré de la educación. ¿Has traído la disertación?

—Se la ha comido el perro.

Soltó una carcajada, tan seca como estaba mi garganta, pero aunque tenía ante mí un café sin tocar, aprendí de errores anteriores y no di un sorbo al percatarme de la nube de humo que salía de la taza. Lo que me faltaba era salir de allí escaldada. Demasiadas metidas de pata para un solo día, muchas gracias.

—Carmen, venga. En el fondo sabes que quieres.

—En el fondo quiero que se abra la tierra y me coma un dragón que escoja salir de su letargo con ese único fin.

Raf frunció el ceño, por fin, arrancó con el ritual del café. Verle las manos ocupadas me tranquilizó… nada en absoluto.

—¿Qué te hace pensar que, de haber dragones durmientes bajo el asfalto, emergerían justo en esta calle para devorarte a ti?

—Tendré el día de: *cree que eres especial* o alguna mierda de esas, qué sé yo.

—Carmen, la disertación.

Le maldije en varios idiomas, pero como lo hice dentro de mi cabeza, no se enteró, de modo que se quedó allí, tan pancho, tomándose a tragos el cortado mientras yo, también cortada, abría la bandolera y sacaba el fajo de folios unidos con un clip y lo sostenía con reverencia entre las manos temblorosas unos segundos que se me hicieron eternos. Era la presentación más cutre de la historia, y aunque rallaba en la exageración, al darle a Raf aquellos papeles, sentí que una parte de mi alma se iba también con él.

—Están sin revisar, tal como salieron, en plan… vómito incoherente.

—Usemos la expresión «sin pulir». Mucho más elegante.

—Yo no soy elegante. Ni buena escritora, no sé por qué…

—Carmen…, cállate. No me dejas leer.

Se me abrieron los ojos como a un dibujo animado hasta arriba de anfetas.

—¿Qué vas a leerlo aquí? ¿Ahora? ¿Conmigo delante?

—¿El objetivo de esta tutoría no era que revisara la disertación y te hiciera algunos comentarios?

—No. El objetivo de esta tutoría era… es… haz lo que quieras.

Me eché para atrás en aquel asiento diseñado por ingenieros estreñidos en plan enfurruñado, igual que un crío al que escogen el último en clase de gimnasia —no me pasó nunca, siempre fui rápida como una gacela— y esperé. Esa era la encerrona definitiva. Le había medio explicado a Raf, el profe licántropo que había sido capaz de escribir algo, y con las prisas de enviar el *email* antes de perder el valor y la distracción de estar a otras cosas con Pau, había llamado disertación a lo que no era más que un pentagrama sin sentido de

retazos del pasado que, por no interesar, no me interesaban ni a mí… más o menos.

El caso es el que subidón de ver subir el contador de palabras, de unir frases que parecían tener cierta lógica y sentir cómo aquel empuje no hacía sino empujarme más, me había hecho venirme muy arriba y, en consecuencia, bueno. Pues eso. Que le había prometido un algo y él, en su respuesta, quería ese algo impreso para poderlo leer.

El resto no es historia, sino presente, y lo estáis viviendo a tiempo real conmigo, a quien los nervios la están devorando por dentro igual que la tenia.

Esperé y desesperé, y en ese ejercicio, más duro que la peor sesión de abdominales imaginable, intenté tomarme el café con leche y leche condensada con la misma sutileza con que cualquier abuela en el mundo es capaz de darte dinero. Fracasé, por supuesto, porque Rafael no estaba pasando los ojos, veloces y ávidos de información por cualquier texto. No era, siquiera, por un texto de significancia, por ser el primero que nacía de mis entrañas en mucho tiempo. Aquello era yo. Palabra por palabra. Y una vez pasado el fulgor inicial de haberlo compuesto, me preguntaba, con la duda cada vez más latente en mis sienes y mi pecho, si enseñarlo habría sido la decisión correcta.

Cuando levantó la vista y dejó el fino tocho de papeles a un lado, me apresuré a intervenir antes de que pudiera abrir la boca.

—Por favor, no me mires así.

—¿Así?

—Como si lo único que te preguntaras es cuánto es real y te diera una pena tremenda por la Carmiña del texto. Esa no es la razón por la que estamos aquí. No es la razón por la que te he pedido esta tutoría.

Raf se inclinó hacia adelante, apartando la taza a un lado y uniendo aquellos dedos nudosos, de aspecto fuerte, entre sí. Me miró, pero en su expresión no había el menor rastro de compasión o lástima.

—¿Y cuál es entonces la razón de que estemos aquí, Carmen? La de verdad.

Después de lo que había leído, de lo que ahora sabía, había poco que esconder. Intentarlo siquiera me pareció una falta de respeto. Para los dos.

—Si tiene potencial.

—¿Para ser una obra de ficción o biográfica?

—Para ser. —Tragué saliva. El café se había quedado helado, olvidado en un rincón de la mesa, junto con todas las ambiciones que creí haber dejado atrás—. Cualquier cosa en que sea capaz de convertirlo, si es que crees que puedo.

—Bueno, es evidente que está sin pulir. —Asentí. Eso había quedado claro—. Es crudo. Desgarra. Y tiene una narración que te crees y por ello… te lleva a querer seguir leyendo.

Pero no respondía a mi pregunta. Puede que supiera lo justo del tema, pero sabía eso.

—¿Y concretando?

Raf cruzó los brazos, apartándose de la superficie brillante de la mesa y mirándome directamente a los ojos. Con un gesto de barbilla, señaló a aquella parte de mis entrañas que había surcado con la mirada momentos antes, como si me hubiera arrancado la ropa, echado un vistazo y luego intentando volverme a vestir.

—Antes de contestar a eso, necesito saber hasta qué punto estás dispuesta a zambullirte en esto, Carmen.

Ni me lo pensé.

—¿Y si te dijera que del todo?

—Entonces podemos encontrar el potencial, aunque no es lo más importante que tendríamos que buscar.

—¿Y qué sería? ¿Compromiso? ¿Constancia?

Negó una vez. Y otra.

—Coherencia, Carmen. Lo que tendríamos que buscar y conseguir sería la coherencia. Si estás dispuesta a ir hasta el fondo, tendrás que permanecer en él durante toda la narración, sin asideros, sin bombonas de oxígeno ni salidas a la superficie antes de tiempo. Para darlo todo, hay que ser coherente, y eso significa abrirse en canal. De principio a fin.

Después dijo que deberíamos volver a vernos la semana que viene, y que me aconsejaba retomar el taller de escritura aunque no fuera capaz, de primeras, de exponer aquello tan mío. Dijo muchas cosas más a las que yo asentí por hacer algo que no fuera permanecer encerrada en el pensamiento único que surcaba mi cabeza en aquellos momentos: ¿podía una persona que ya vivía hecha jirones encontrar

más piel que desgarrar? ¿Quedaría algo de mí después de aquello, o el intento final, la coherencia, me desintegraría sin más?

13
Coherencia

—Pero cuando dices nada de sexo…

—Quiero decir precisamente eso. Nada de sexo. Nada. Cero.

Gema, que estaba contabilizando en modo *mute* las cucharadas de leche de fórmula a incluir en uno de los biberones que teníamos que dar aquella mañana pareció distraerse un segundo con mi categórica afirmación. Movió un poco la cabeza, y luego, retomó lo que estaba haciendo, con parsimonia, como si yo no estuviera a punto de sufrir un ataque de nervios que ríete tú de las mujeres de la peli de Almodóvar.

—Una semana no es mucho tiempo. Yo he estado más que eso sin hacerlo.

La miré todo lo mal que se puede mirar a una mujer que es tu amiga y a la que aprecias. Y que, además, cuenta cacitos de leche con un bebé en brazos.

—El posparto no vale, Gema.

—Pero, a ver, ¿vosotros estáis bien?

—Pues… sí. Supongo que sí.

—¿Supones o lo estáis? Porque igual ha pasado algo y no…

Negué con firmeza. Ella empezó a dar el biberón y yo me ofrecí para recoger los escasos estragos que una madre entrenada para el combate puede organizar, que era más bien ninguno.

Había pasado más o menos una semana desde mi primera tutoría con Raf. Y digo más o menos, porque en aquellos días en que las noches me encontraban escribiendo y las madrugadas alimentándome a base de yogures griegos con rodajas de plátano el tiempo parecía transcurrir de forma rara.

La segunda tutoría tendría lugar en dos días y yo tenía que presentar un avance coherente de aquella disertación que Raf había leído en la cafetería, como quien ojea el *Marca* en vez de mis más sórdidos y dolorosos secretos infantiles.

No le culpaba por su actitud, de hecho, recordar las nociones que me había dado no hacían sino acicatearme y convertirme las ganas de escribir en algo tan primigenio, tan necesario, que no estaba segura de que fuera capaz de componer ninguna tarea más. Aunque no habíamos vuelto a vernos, sí que habíamos intercambiado un par de correos electrónicos. Nada importante, solo alguna instrucción velada del tipo:

Recuerda que el buceo profundo solo funciona si lo mantienes hasta el final del recorrido. Suspenderás en apnea si subes a la superficie antes de tiempo.

A lo que yo respondía con:

Para ser la que se ha criado en un pueblo marinero estás muy pesado con las metáforas de agua. Corta el rollo y déjame nadar en paz.

Contestaba recordándome la siguiente tutoría, aconsejándome que no quisiera ir demasiado lejos por el mero hecho de avanzar en páginas, que me tomara mi tiempo y me permitiera analizar bien lo que sentía, dándome respiros siempre y cada vez que los necesitara.

No estás narrando ficción. No del todo. Cuanto más cueste, más real será. Más vivo estará y más fuerte te sacudirá. No te excedas, esas cosas pasan factura.

Y vaya que era cierto.

No había mentido a Gema al decirle que no había pasado nada entre Pau y yo. Pero nada de NADA. Ni para bien, ni para mal, y es cierto que en una relación consolidada, esos momentos incontrolables de pasión poco a poco van cediendo terreno a otra cosa, una suerte de calma chicha que, sin ser desagradable, hace que el sexo salvaje y los arranques esos donde hasta la mesa del despacho vale como punto de apoyo pierdan lustre. En su lugar llega el calor, el sentirse a gusto, como acurrucado en cojines mullidos mientras fuera llueve. Hay

confianza. Cariño. Intimidad a otros niveles. Pijamas con pelotillas y calcetines por los que se escapa algún dedo.

Y no es algo malo, al contrario, quiere decir que estás bien con esa persona, que la evolución natural del modo hogareño se ha cumplimentado con éxito. Es como cuando jugabas a Los Sims y añadías una nueva expansión, tienes toda una nueva serie de accesorios a tu alcance.

No obstante, y aunque los altibajos siempre habían estado presentes en nuestro menú, por mi causa, más que otra cosa, aquella suerte de mar en calma y horizontes despejados empezaba a hacerme sentir mal. Y no porque Pau no pareciera echar en falta que nos metiéramos mano mientras teníamos de fondo alguna serie, o no me buscara con su erección mañanera antes de irse a correr, ni siquiera porque todo a su alrededor pareciera estar protegido por una suerte de pompa de jabón a prueba de preguntas. Él no se cuestionaba nada y seguía los designios de sus días sin que estos variaran en lo mínimo. No me echaba nada en cara porque no había nada que reprochar.

Era coherente, palabra que últimamente comía conmigo, dormía conmigo y hasta me seguía al baño cuando hacía pis, igual que un gato pesado, de esos que tienen que mirarte con los ojos grandes y brillantes para asegurarse de que sigues bajo su hechizo de control mental.

El problema, deduje mientras anotaba el último nombre de los enanos de mi aula en su pañal —no quiera Dios que el elefante rosa de una niña acabe cubriendo el micropene de un niño y sus padres provoquen el estallido de la *World War III*—, era yo. Mi culpa.

¿Y de qué narices me sentía culpable si no había hecho, por una vez, nada malo? Pues de eso. Precisamente.

Cuanto más se acomodaba Pau en aquella *anormalidad* que yo sentía en mis adentros, igual que notaría alguien con un tobillo roto el cambio de temperatura, más fácil me era zambullirme en la fantasía de que sentir la necesidad creciente, por días, casi por minutos, de escribirle a Raf, consultarle detalles de la escritura o rememorar cada detalle de nuestra primera tutoría estaba bien. En el fondo, me decía, no había nada malo en aquello, por fin mi escritura había encontrado una manera de fluir y no existía nada ilícito que me impidiera

entregarme al único atisbo de ilusión que inundaba unas jornadas, por demás monótonas y repetitivas.

Cumplía con mi trabajo. Era buena amiga y no me portaba mal con mi pareja. Ni bien. Mantenía las formas y las apariencias como hacía él, que parecía creer que todo era como siempre, porque seguramente así era.

Entonces, ¿por qué cada vez que consultaba el recordatorio en el calendario para reiterar a una mente que ya lo tenía más que en cuenta, que pronto tendría lugar la segunda sesión, me sentía mal? ¿Era porque no le había contado que había empezado a escribir algo? ¿Porque no le había contado que la escritura había aumentado el porcentaje de importancia que ocupaba en mi vida? ¿Porque en medio de una narración todavía difusa y desordenada, no le había mencionado… como tampoco había mencionado su existencia a Rafael?

—No estoy siendo coherente. Ese es el problema.

Gema, que daba golpecitos a Irene para que eructara sobre su hombro, encogió los hombros y me miró sin entender nada. Normal, toda mi diatriba había sido interior y ella se había sentido traída al confuso monólogo de repente.

—¿En qué sentido?

—Con nada. Y manda huevos, porque fue el único consejo que me dio Raf. La coherencia.

El eructo de Irene resonó como una bomba atómica lanzada sobre campo abierto. La baba blancuzca que cayó sobre la camisa de Gema, también. Gajes del oficio.

—No le he hablado a Pau de… bueno, de nada.

—¿Te refieres al curso de escritura?

—Al que no estoy asistiendo. —No era mentira. Que la próxima sesión tutorizada con Raf fuera el mismo día probablemente se explicaría de forma muy simple: conveniencia. Así no tendría que desplazarme dos veces a la Plaza del Dos de Mayo—. Pero no, no le he hablado de eso.

—Pues hazlo.

—No es tan sencillo, Gema. Tendría que explicarle cómo me enteré, por qué decidí probar, por qué no… —indagar sobre ese panfleto que

había guardado en su despacho y no me había hecho llegar por razones a las que todavía daba vueltas…—. Es complicado.

—Bueno, pues entonces no se lo cuentes.

—¡Eso tampoco es tan sencillo!

Con los brazos en jarras, parecía a punto de soltarme eso de «¡juguete que vea en el suelo, juguete que va a la basura!», creo que hasta reculé un poquito. La poca costumbre de tener un referente materno normal, supongo.

—Pues querer contárselo y a la vez no querer contárselo es justo lo contrario a la coherencia, Carmiña. Así que tú sabrás.

—Ya, pues ese es el problema, que no sé.

Dimos los purés entonando canciones. Metimos en cunas y capazos cantando canciones. Perfumamos, cambiamos y abrigamos cantando canciones y para cuando entregamos al último de los niños, cantando canciones a dúo con papá, mamá o quien viniera a recogerlos, mi cabeza era ya el cuadro abstracto de un pintor ciego con Asperger.

Arrastré mis zuecos por el tatami mientras lo recogía y doblaba con sumo esmero, esforzándome en hacer tiempo para no llegar a casa y anhelar coger el ordenador y comprobar si Raf me había escrito.

—Quizá es solo… ya sabes, esa fase de deslumbramiento. —Miré a Gema, tan deslumbrada como un ciervo delante de los faros de un todoterreno—. ¿Te acuerdas cuando Juan se leyó la biografía de Dave Grohl y creyó que había conectado tanto con él que empezó a comprarse todos los vinilos de los Foo Fighters?

—¿Crees que estoy enganchada a la comunicación con Rafael porque es el único que se toma un poco en serio lo que siento con respecto a la escritura?

Abrió tantísimo los ojos que me di cuenta de que había verbalizado en voz alta gran parte de la conversación unilateral y silenciosa que había tenido conmigo misma. Carmiña Vega, *a caer da burra*, para no variar.

—Primero y ante todo, ¿cómo que el único que se toma en serio lo importante que es escribir para ti?

—Venga, Gema, sabes que no quería decir eso…

—No, Carmen. No sé lo que querías decir y no lo sé porque, por lo visto, llevamos toda una jornada de trabajo divagando sobre un tema

en el que estoy muy perdida porque me ocultas información tan importante como que estás enganchada a mensajearte con tu tutor.

—Yo no he dicho que me mensajee…

—¡Carmiña, tengo las tetas a reventar y se me ha olvidado el motor del sacaleches en casa, no me lleves la contraria!

—¡Es que no me mensajeo con él! —Me mordí el labio. La mirada de Gema no dejaba lugar para el escape, o soltaba la sopa o me enrollaría en el tatami hasta que le contara todo. La veía muy capaz—. Intercambiamos correos electrónicos.

—¿Eróticos?

La miré como si se le hubiera levantado la tapa de los sesos y desde dentro de su cabeza, nos saludara una familia de aliens.

—¡No!

—¿Desde cuándo?

—Pues desde… desde… hace más o menos una semana. El día antes de la primera tutoría.

Gema hizo cálculos mentales, igual que el meme de la señora rubia. Creo que ya he usado esta comparativa, pero no me negaréis que es muy socorrida.

—¿Y no hay nada turbio ni sexual en esos correos?

—Ya te he dicho que no.

—Entonces, ¿por qué los ocultas?

—No los oculto. Yo solo no… lo había contado hasta ahora.

—Y eso no es ocultar.

—¿Tú no tenías que ir a vaciarte las tetas?

Se las apretó por encima de las capas de ropa. Su expresión dolorida casi me hizo sentir compasión, pero el sentimiento me duró lo justo, hasta que se colgó al hombro si kit de bombeo materno y me echó una mirada de esas que presagiaban la madre de todas las frases:

—Por mi experiencia, cuando escondemos algo es porque en el fondo sabemos que no queremos que se sepa.

—Bueno, no me gusta alardear de mi escritura, más teniendo en cuenta que hace como cinco minutos que he sido capaz de volver a escribir.

—No me refiero a eso. Y lo sabes. Escondes que te escribes con tu profesor y has usado la palabra «enganchada» para referirte a la

comunicación que tienes con él.

—Por accidente.

—Exacto. Y si escondes algo… es porque hay algo más que no estás contando. Ni siquiera a ti.

—¡Venga ya, Gema! Desde que eres madre ves monstruos en el armario en todos lados.

—Puede ser. —Abrió la puerta de la escuelita, dispuesta a perderse de vista y volver a su casa, con su pareja y su bebé—. Y quizá tú no los veas aunque te soplen en las narices.

—No me siento atraída por Rafael.

Gema se encogió de hombros, y la muy… —insertar aquí insulto moralmente aceptable para dirigirse a una amiga— levantó la barbilla en un gesto triunfante.

—La palabra la has usado tú, no yo. La tarea iba de ser coherente, ¿no?, pues… igual deberías aplicarte más.

Volví a casa medio haciendo eses, echando el peso de un lado del cuerpo al otro, como un paso de Semana Santa mal nivelado. Lo pospuse todo lo humanamente posible, pero ni el caminar más lento del mundo habría podido evitar lo inevitable. Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta mientras intentaba encerrar los demonios que las opiniones de mi compañera habían dejado correr libres por mi mente, negándome a darles cabida porque, de hacerlo, crearía la mínima posibilidad de que estos fueran verdad.

Y aquello era más imposible que el que yo ganara el Premio Planeta.

—¡Por fin!

Levanté la cabeza de mi compadecimiento personal para encontrarme de frente con Pau, que, para variar, había llegado antes que yo. Todavía no se había quitado sus mallas de ejercicio y en ese momento estaba sujetándose el pie contra el glúteo para estirar el gemelo, o el isquiotibial o… qué sé yo. Me parecía una postura imposible.

—Vaya recibimiento, así da gusto.

—Déjate de guasa. —Me extendió la mano, donde, para mi sorpresa y horror, sujetaba mi portátil—. Está bloqueado y necesito mirar el

correo, a ver si los inútiles de Amazon han enviado ya mi contador de latidos.

Podría haberle sugerido que hiciera la consulta desde su propio ordenador portátil. O desde el de sobremesa, el móvil, la tableta e incluso el reloj que en ese momento llevaba puesto, pero, como conocía bien a Pau, desistí antes siquiera de empezar a argumentar. Si la mayor parte de la humanidad tendía a vivir presa de la cultura de la inmediatez, lo de mi novio era otro nivel.

Era la clase de tío que cronometraba a los repartidores a domicilio. La de pedidos gratis que nos habíamos quedado por un par de minutos.

—Enseguida te lo miro. —Me descolgué la bandolera mientras él cambiaba de pierna y luego, se sujetaba la muñeca izquierda con los dedos índice y pulgar de la derecha y giraba medio tronco hacia un lado y, después, hacia el otro. Me dolieron las lumbares nada más que de verlo—. Te vas a partir como un junco.

—Los juncos se doblan, Carmen. ¿No conoces al Dúo Dinámico?

—Yo es que era más de los BackStreet Boys. —Y tarareé mientras el Mac iniciaba sesión y entraba a la cuenta de correo—. Aquí está. Su pedido está en proceso de procesarse, vamos, que no te lo han enviado todavía.

—¡Joder! ¡Se supone que lo hacen en veinticuatro horas!

—Como mínimo, pero esas cosas… no son fiables al cien por cien.

—¿Y qué lo es, en esta vida de promesas incumplidas y plazos que todo el mundo se pasa por el forro de las gónadas? En fin, me voy a duchar.

—Ponte el agua fresca, poeta de Vallecas.

Le sonreí mientras él se iba rumiando no sé qué de dejar una sola estrella al vendedor y echarle una bronca al pobre repartidor que todavía no había tocado su dichoso contador de latidos. Yo negué, aprovechando la tesitura de verme en la oscura intimidad de mis pensamientos, territorio terrorífico e inexplorado, y tantear el resto de la bandeja de entrada. No habían enviado nada nuevo de Amazon, era cierto, pero Raf sí me había escrito, recordándome nuestra próxima cita —perdón, tutoría— y animándome a que profundizara más en lo último que le había enseñado.

No bordees el lago. Húndete en él. Asume que no puedes ir a veinte mil leguas de profundidad en una parte y pretender hacer pie en la siguiente. No lo evadas.

—Qué puñetero con las metáforas marinas, joder.

Le di tantas vueltas a si contestarle o no, que para cuando me decidí Pau ya había salido de la ducha, con lo que cerré la tapa del ordenador como si me hubiera dado calambre y lo dejé a un lado, disimulando igual de mal que un crío que quiere esconder los surcos dejados por la cuchara dentro del bote de Nocilla.

—¿Preparo un poco de guacamole y cheddar? Hay nachos para dipear.

Afirmé.

—Me apetece mucho. Me doy un agua rápida y ponemos algo en Netflix.

Asintió, yendo ya a la cocina.

—Pero que no dure mucho, que tengo que trabajar un par de horas en un asunto de uno de los propietarios del Bingo Princesa. —Negó, abriendo el armario de las fuentes y sacando una lo bastante honda para los nachos y mi culpa, que se condensaba igual que haría el cheddar en cuanto se enfriara—. No sé por qué les ha dado a todos los productores de series por hacer capítulos de cincuenta minutos en temporadas de veintitrés episodios.

No tenía ni idea sobre qué objetar a eso. De verdad.

—Totalmente de acuerdo. Buscamos algo corto, yo también quiero ponerme a escribir un poco antes de acostarme.

Esperé en vano una muestra súbita de interés.

—No tardes. Pongo a calentar el queso ya.

Y como cualquier cosa era más fácil que enfrentarme a la incoherencia de por qué todo lo coherente me parecía extravagante, raro y desordenado, afirmé y corrí al baño, donde la potencia del agua me taponó los oídos y durante unos segundos, me evitó la molesta obligación de tener que asumir que algo me estaba pasando.

14
Cliffhanger

—Creo que no te estás zambullendo lo suficiente. Crees lo que escribes, claro, pero no estás dando todo lo que podrías, ni llegando tan hondo como deberías.

Plantada allí, donde siempre, en la cafetería con ínfulas de literata a causa de un nombre complejo que juro ante Dios y con la mano en la Biblia —o cualquier tomo de Jane Austen, que para mí viene a ser lo mismo—, jamás logré memorizar, levanté la cabeza de mi taza humeante de café con leche para mirar a Rafael con toda la mala —leche— que se puede sentir por una persona que te critica porque tú se lo has pedido.

—Bueno, esa es tu opinión.

Él se limitó a asentir, con toda la calma del mundo, mientras sus manos, nudosas y de aspecto firme, elaboraban el complejo trajín que suponía pasar el café solo de la diminuta taza de porcelana blanca en la que se lo habían servido, hasta un vaso de culo ancho con hielo. Nunca entendí eso de pedir algo caliente si realmente quieres tomarlo frío, igual que no entendía el empeño con los símiles marinos ni por qué coño me exigía ir más hondo de una herida que le había enseñado ya casi hasta el hueso.

—Creía que nos veíamos aquí para que yo te expresara justo eso. Mi opinión.

—Pues muchas gracias. Tienes la librería ahí al lado, puedes irte a preparar tu clase.

Levanté la mano como una colegiala sabihonda y cuando el camarero hípster de la coleta que nos había atendido se acercó le pedí más leche condensada. El pobre me miró como si acabara de

solicitarle la tabla del nueve sin el truco con el que todos salvamos la primaria. Tuvo el desatino de preguntarme *cuánta más.* Ay, *pobriño*, como fuera yo a la cocina me pegaba el bote a morro y de allí no me sacaban ni los expertos en mover a los protagonistas de mi vida con trescientos kilos.

—Me gustaría entender por qué estás tan susceptible.

Me trajo dos miserables sobres, pero como me dio corte volver a llamarlo —y mi grasa abdominal me suplicaba que no lo hiciera— me remedié. Removí como si estuviera en alta mar, en medio de una tormenta, y los tiburones nadaran a mi alrededor, esperando a ver si caía algo por la borda.

¿Ves, Raf? Yo también sé hablar en plan Capitán Pescanova.

—Creo que te he entregado un buen material. —Asintió, sin dejar de mirarme a pesar del odioso flequillo despeinado—. Y me parece que la calidad ha subido en comparación al primer esbozo que leíste.

—Es correcto. —Cruzó las piernas. Los hilos que mantenían unidas las roturas de los vaqueros en aquella zona parecían a punto de ceder, exactamente igual que mis nervios—. Todo lo que has dicho es verdad.

—Y aun así no te parece suficiente.

—Ni por asomo. Puedes poner a prueba tu capacidad pulmonar mucho más que eso. Y creo que lo sabes.

—¡Para ya con esa mierda del mar, joder!

Le di un sorbo a aquel mejunje dulzón de mi propia cosecha y se me removieron las tripas, no porque estuviera malo, yo tenía una altísima tolerancia en cuanto a leche condensada mezclada con todo. Incluso consigo misma, pero de otra marca, era más bien la certeza de que Raf, por muy poco que me conociera, empezaba a leerme igual que hacía yo con mis clásicos preferidos, visualizando en mi cabeza los diálogos y anticipándome a las escenas, buscando erratas de traducción en las versiones de diversas editoriales, y dándome golpes de pecho cuando lograba encontrarlas.

Era como si él, de algún modo, escarbara por debajo de mis esfuerzos de enterrar una verdad que era demasiado intensa como para ser narrada, y pese a haberle dado algo con que enmascarar dicha verdad, él había barrido con toda la arena de mi desierto de

excusas. Situado ante las puertas del hallazgo, naturalmente y como todo arqueólogo de la palabra escrita, quería perpetrar el robo de mis sentimientos más profundos y conocer la inmensidad e intensidad que yo porfiaba tanto por esconderle.

Ni cien maldiciones egipcias le habrían disuadido. Entre el halago y la frustración, volví a plantearme diecisiete veces seguidas, lo que tardé en acabarme la leche condensada salpicada de café, en qué momento se me había ocurrido acudir a otra tutoría cuando sabía de antemano que no iba a gustarme lo que oyera.

—La parte que viene ahora es la adopción de mi hermano.

—Cuando os separaron. —Asentí—. Entiendo.

—No, no tienes ni puta idea.

Sonrió un poco, removiendo los hielos de su vaso como si en vez de café frío se estuviera apretando un Jack Daniel's.

—Espero que comprendas que mi insistencia en que vayas más allá de la superficie no tiene nada que ver con ser morboso, Carmen.

—¿Entonces de qué va? ¿Por terapia?

Rafael negó, apartó con cuidado el vaso, sin haberse terminado el café y entrecruzó los dedos, mirándome de cerca. No llevaba gafas de sol, por lo que no había barrera protectora entre nosotros, salvo la distancia que yo, escondida detrás de tres murallas troyanas, levantaba por puro empecinamiento.

—No sé mucho de ti como escritora, porque en las clases no has querido aportar nada y para lo único que te has expresado ha sido para decir que no pensabas volver.

—Lo que he cumplido.

Sonrió un poco.

—Hoy te pido que asistas. Como libre oyente, esta vez de verdad. No se te pedirá que escribas o seas activa durante la sesión, solo que estés allí.

—¿Por qué? ¿Por qué lo haces?

—Creo que podría venirte bien. Que podrías necesitarlo.

—¿Y por qué te importa?

La realidad era que no nos conocíamos de nada. En absoluto. Nada más que unas pocas interacciones en privado, siempre en el mismo sitio y con la misma rutina. Nuestras tutorías, por llamarlas de algún

modo, no solían exceder los treinta minutos, ni versaban sobre nuestras vidas personales, aspiraciones y sueños. Yo no sabía nada de Rafael y él tampoco lo sabía de mí. No nos habíamos hecho preguntas ni esperábamos del otro una súbita intención que fuera más allá del consabido café y su veloz deambular de ojos sobre aquellas líneas que a mí me había costado sangre y sudor escribir.

Volvía a por más porque siempre había creído que existía un masoquismo innato en mi persona. Por eso prefería quitarme los pelos de las piernas con pinzas, me había tatuado o, al romperme dos dedos de la mano izquierda con dieciséis años, probé todo lo que podía y no podía hacer antes de acceder a entablillarlos. Era una especie de yonqui del dolor, a lo mejor porque era el sentimiento que más y mejor había conocido en mi vida. Con Rafael, que juzgaba mi escritura aunque lo dijera en buenos términos, me pasaba un poco igual. Sabía que iba a enfadarme, sentirme apaleada, puesta en duda y forzada hasta más allá de los límites que ahora mismo había aceptado atravesar, y no obstante, allí estaba. Un café con leche y dos sobres individuales de leche condensada después, considerando qué sería de mí si accedía a lo que acababa de decirme.

—Hay algo en tu escritura, Carmen —me dijo, devolviéndome al presente y dejando atrás mi flipada mental, que oscilaba a mi alrededor como una nube de humo de cigarro. Eché terriblemente de menos fumar—. No me las voy a dar de erudito y entendido en las letras al nivel de esos que son lectura obligada en los institutos, pero hay un potencial muy evidente en tu narración.

Fruncí el ceño. Me miré a mí misma de reojo, quizá porque mantenerle la mirada a él, me resultaba casi imposible después de lo que acababa de oír.

—Pues debes ser el único que lo piensa.

—Eso es problema de los demás. —Raf dejó el precio de los cafés, propina incluida sobre la mesa. Cuando se levantó, me pareció tan alto que sentí que un discurso suyo podría ser capaz de tapar el sol—. Que les den por culo. Te espero en clase.

Le vi alejarse mientras me quedaba allí, abrazada como siempre a mi bandolera, con la vista perdida en la primera página del manuscrito mecanografiado que le había dejado a Rafael sobre la

mesa y que ahora se movía con el airecillo de la tarde. Podía levantarme y volver a casa, donde a buen seguro tendría alguna lavadora que poner, platos que colocar en el armario de la loza o alguna otra chorrada semejante contra la que arremeter para decirme que ni perdía el tiempo ni esquivaba la realidad, que era, ni más ni menos, que me moría por verme rodeada de gente para la que escribir resultaba una pasión primaria, necesaria y consciente que los acompañaba mientras hacían todo lo demás para simular lo contrario.

Incluso sabiendo la clase de grupo que aguardaría en las catacumbas de aquella librería, las ganas me crecieron, igual que un experimento de ciencias mal hecho en cualquier peli americana de Netflix. Espuma de colores brillantes que se extendió por todo mi subconsciente y me cegó al hecho cierto de que no se me ocurría nada para evitar lo que ya era inevitable. Me había levantado, recogido la copia de aquel retazo de mi pasado y andaba con paso firme y determinado hacia lo desconocido.

Me río yo de la Nave del Misterio de Iker Jiménez.

Saludé al señor librero con una sonrisa amable, imaginándolo una vez más con las enormes gafas de aumento que sin duda necesitaría para reparar las partes ajadas de entrañables muñecos de trapo. Bajé la escalera, pero esta vez no me persiguió la sensación de estar haciendo ruido, molestando o imponiéndome en una sala donde no se me había requerido, y no creo que tuviera que ver con que Raf me hubiera invitado o asegurado que estaría allí en modo avión, viendo, oyendo y callando, se sentía más bien como algo… que se acercaba un poco a la falsa sensación de seguridad que nos da tener que exponer en clase y llevar un par de diapositivas cutres hechas en el Power Point.

Yo había escrito algo. Había compuesto frases, párrafos y capítulos. Y ya fuera porque Rafael se hubiera convertido en la primera persona que de forma genuina se interesaba por mi escritura, porque escoger qué partes de mí enseñar y cuáles guardar con celo o porque, gracias al hecho de no conocernos apenas debía simular ser alguien que estaba muy lejos de ser, me sentí tranquila, tomé asiento y, sin plantearme nada, decidí escuchar la clase y vivir aquel momento como si fuera —porque seguramente lo sería— el último.

Fuera quedaban novios, trabajos que no terminaban de llenar, insatisfacciones personales, frustraciones sexuales o familias que estuvieron desarraigadas incluso antes de que sus miembros se conocieran unos a otros. Allí era tan anónima como yo quisiera ser, y lo único que tenía de mí como referencia la persona guía, era que veía potencial en mi manera de escribir.

Rafael nunca sabría cuánto me había dado con esa única frase, porque yo jamás sería capaz de expresarlo de un modo que le hiciera justicia.

—Clase, hoy crearemos un personaje. —Murmullos. Miraditas de soslayo. Raf abrió el boli de pizarra blanca que todos sabíamos que no usaría, se volvió hacia su audiencia de seis personas. Sonrió, llamando a los lobos—. Después del ejercicio anterior, donde planteamos momento y lugar, es el siguiente paso natural. Puede o no ser ficticio, lo que abre un abanico de posibilidades inmenso, vale cualquier cosa, siempre que esté descrito de forma adecuada y con coherencia. Siempre con coherencia.

Me miró, arrojando un guante que ni de locos yo habría dejado escapar.

—No se puede empezar a veinte mil leguas de profundidad y luego pretender seguir haciendo pie.

—Muy bien, señorita Carmen Vega, como tampoco se puede estar en esta clase de libre oyente y participar. Quédese en la orilla o póngase las aletas. Al resto, tienen veinte minutos.

Como hacer las cosas sin pensar de momento no había amenazado mi vida, decidí seguir haciéndolo, de modo que, aunque estaba segura de que no iba a actuar de forma activa en aquella charada, tampoco me apetecía quedarme mirando las lentas manecillas del reloj mientras mis inverosímiles compañeros de curso se afanaban en conferir la tarea impuesta por Raf, que parecía el líder de una secta al que sus seguidores adoraran sin dudar.

No es que pudiera culparlos.

Por pura fuerza de la costumbre, había cargado con el Mac en la bandolera, así que abrí la tapa, entré al procesador de textos y escribí cuatro letras, que me salieron del alma y a la vez de ningún sitio concreto, porque vivían y padecían conmigo. Habíamos mamado de la

misma teta reseca de cariño, y hasta que nos separaron, no nos habíamos separado jamás: NANO.

El cursor parpadeante parecía teclear por mí, y no porque la velocidad de mi escritura me hiciera perder de vista mis dedos, volando sobre el teclado de tanto como había que contar, en lugar de eso, mudos y quietos, parecían decirme: ¿de verdad?, ¿estás segura de esto?

Mi hermano era un pensamiento recurrente. Algo que estaba conmigo cada minuto de cada día incluso cuando no lo estaba en absoluto, realidad que llevábamos bailando lo suficiente como para ninguno de los dos errara los pasos a pesar del espacio y la distancia. Su nombre era bálsamo y aguijón. Escribir esas cuatro letras me llevó más tiempo del que tenía para configurar el ejercicio, quisiera compartirlo o no, de forma que cuando Raf avisó de que los veinte minutos habían pasado y me echó una mirada nada disimulada a través de aquel sótano plagado de libros escritos por autores que, de facto, sí podían escribir, me limité a negar, cerrar la tapa de mi portátil y cruzarme de brazos, agarrando la bandolera y deseando, otra vez y como siempre, huir.

La fobia por enfrentarme al mayor dolor de mi existencia estaba manifiesta, pero eso no implicaba que me sintiera dispuesta a dejarlo a la vista de los demás.

—De acuerdo. —Raf se frotó las manos, acomodándose como siempre en aquella mesa de tutor que, al igual que los otros enseres de enseñanza que poseía por motivos desconocidos para todos los presentes, no usaba para el fin con el que se habían concebido—. ¿Quién quiere romper el hielo?

Decir que la cosa fue variada se quedaría corto, incluso para una escritora sin palabras como yo.

Sofi, nuestra alumna que vivía con una Anastasia Steele encerrada dentro de su cuerpo maternal, creó un personaje que era ama de casa de día y dominatrix de noche. Con todo lujo de detalles, la mamá del suéter de punto y las gafas redondas nos narró las vicisitudes de un día a día de su protagonista, que escondía bajo su bata de andar por casa un conjunto de vinilo que ya lo habría querido Victoria Beckham en su época de *Posh Spice*.

—Mi *character*, no se siente identificado con una identidad de género preestablecida. Es no *binarie*. Y puede que no completamente humano, ya que eso limitaría con mucho sus opciones y le situaría en una realidad donde sus decisiones se verían mermadas de forma irremediable.

Ant, con su cresta mohicana tan alta como sus convicciones, nos habló de Vil, así, sin más. No especificó que fuera hombre, mujer, hormiga o que poseyera genital alguno, así como tampoco le asignó una lengua ni una forma física que pudiera o pudiese relacionarse con nada que hubiéramos visto antes. Me quedé fascinada. Creo que Raf también.

Enzo, con sus rastas y su pasión por los mundos después del Apocalipsis nos dio un personaje hombre, tipo Will Smith en *Soy Leyenda,* pero que en vez de ir de un lado para otro con su pastor alemán, lo hacía acompañado de una memoria digital que registraba emociones y sentimientos a medida que él, de forma presumible, habida cuenta de que el planeta Tierra estaba a punto de llegar a la aniquilación final por X, las iba perdiendo.

—Seguramente será un virus letal que convine mutaciones genéticas con canibalismo —dijo, más que satisfecho de sus augurios —. No va a salvarse nadie.

Adorable su optimismo.

Para nadie fue una sorpresa que el personaje creado por Juanjo fuera una mujer malvada e infiel. De hecho, se curró tan poco las variaciones que hizo en su descripción que incluso yo, que me había perdido un par de clases, reconocí partes del texto intactas del primer ejercicio que nos habían puesto. A ver, no iba a juzgar a nadie, claro —apenas asistía, porque no quería asistir, y las veces que lo hacía entraba tarde, no estaba yo para colgarme medallitas—, pero si él había decidido tomárselo en serio, ¿por qué no se lo tomaba?

—El objetivo era dotar al personaje de tres dimensiones, cuatro o quince —dijo Raf, abriendo la explicación a Ant, que seguramente iba a cuestionarle la variabilidad de aristas que podía tener un ser, cualquiera este fuera—. ¿Fanti?

El modernillo particular nos dio una mezcla bastante confusa y chula a la vez sobre una persona normal que es atacada por una serie

de insectos, elementos extraterrestres y componentes químicos abandonados y adquiere toda una serie de habilidades que se manifestarían, de forma práctica y muy ordenada según la situación.

—Le llamo, el superhéroe con cinturón de herramientas. —Sonrió moviendo la cabeza y con ello, su moño hacia los lados—. Dibujado tipo historieta gráfica será una pasada.

En eso, me parece, todos estábamos de acuerdo.

—No nos queda casi tiempo, pero, podríamos arañar unos minutos para conocer un personaje más… —Rafael puso los ojos en mí, diría que casi esperanzado, pero yo volví a negar. De hecho, ya había guardado el ordenador y no tenía intención ni de volverlo a sacar ni de participar de aquel paripé de ninguna manera. Y que conste que el síndrome de impostora iba hacia mí. Los demás, mal que bien, eran capaces de hacer algo—. Bien, pues… entonces nos vemos la semana que viene, mismos sitio, misma hora.

Me apresuré a colgarme el asa de la bandolera e intentar desaparecer todo lo rápido que me permitían las piernas y el confinamiento de aquella mesa infame. Necesitaba volver a mi agujero, ver si era capaz de retomar mi narración de medias verdades donde lo había dejado y continuar barriendo bajo la alfombra aquello a lo que no me podía enfrentar.

Casi había conquistado el primer peldaño para subir a la librería y huir, cuando la mano suave y cálida de Sofi se posó en mi hombro. Al mirarla, la sonrisa más maternal del mundo me atacó por los cuatro costados.

—No te preocupes, Carmen. Ya compartirás cuando te sientas preparada para compartir.

Y yo asentí, pensando como una imbécil que de haber tenido delante una mesa de bollos rancios y café recalentado, aquella podría haber sido perfectamente una reunión de Alcohólicos Anónimos.

No me pareció ningún disparate la comparación. De hecho, en mi mente, hasta probé a decir: «Hola, soy Carmiña Vega, y aunque necesito escribir, no puedo».

Llegué a casa sin saber si el día había sido un éxito o un fracaso. Con las palabras de Raf dándome vueltas en el cráneo igual que si un percusionista macabro me hubiera sacado los sesos para hacerse una

batería de rock&roll.

Por supuesto, debí notar al entrar que algo no iba bien. El ambiente cargado. Las sensaciones de inquietud. Ese no sé qué que se te pega al espinazo y rápidamente hace que evalúes la jornada para ver qué has olvidado, o dónde la has podido cagar…, pero por más que el cine y algunos libros nos lleven a engaños, el *cliffhanger* no existe en la vida real. Nada te avisa ni te da pistas de que un momento culminante, un gran cambio o una putada inminente te está esperando a la vuelta de la esquina. En la vida, la realidad te tira del pelo, te golpea y te hace la zancadilla, y solo te enteras de lo que ha pasado cuando escupes la sangre, te sacudes y miras al techo tirada en la lona, con las costillas magulladas y las rodillas tan peladas que temes seriamente no poder volverte a levantar.

A mí, el primer derechazo me vino de Pau, que estaba en casa y sostenía su teléfono móvil iluminado en alto como si buscara desesperadamente cobertura en lo más profundo del Amazonas. Gritaba algo, no sé el qué. Y no tengo ni idea porque Pau, el Pau que yo conocía, MI Pau, no levantaba la voz. Él era de los de sentarse y mantener el mutismo, castigando con el silencio hasta que encontraras por ti misma el error acometido. No hemos olvidado el episodio posterior a su fiesta de ascenso, ¿verdad? Pues eso.

Recuerdo, porque en ese momento todo pareció volverse muy borroso, levantar la mano para pedirle un poco de calma, pero él seguía interpelando, señalando la pantalla y haciendo preguntas que parecían perder todo el sonido antes de llegar a mí. Algo me impedía prestarle atención. Algo zumbaba en mi cabeza. En mi cuerpo. En mi bandolera.

—Joder, Pau, espera un segundo… —Saqué el móvil, intentando no romper el contacto visual con mi iracundo novio porque, entre alucinada por verle así por primera vez y aterrorizada de que le diera un ictus, no quería perderme detalle—. Mira, si los de Amazon no te han enviado todavía el dichoso pulsómetro será por alguna historia de la aduana, del tío del camión o por un retraso en cualquier mierda, yo hice el pedido y me confirmaron que…

No. En la vida no existen los *cliffhanger*. Nada te avisa ni te da pistas de que un momento culminante, un gran cambio o una putada

inminente te está esperando a la vuelta de la esquina. Pero sí que existe la intuición. Y el sexto sentido que te susurra al oído que algo va a pasar, aunque tú solo lo percibas como un escalofrío o una de esas raras sensaciones de malestar.

Cuando saqué mi teléfono y miré el número que parpadeaba en la pantalla brillante, comprendí que mi gran catástrofe no era la enorme cagada que había provocado el enfado de Pau, y a la que sin duda me iba a tener que enfrentar, con consecuencias mucho más graves y decisivas de lo que en ese momento pude siquiera imaginar. No. Qué va. El tsunami que se me venía encima con carácter más inmediato eran aquellos nueve dígitos, que yo no había marcado jamás, pero que reconocí de forma instantánea.

El número de Nano.

15
Hipótesis

La botella y media de vino blanco afrutado no casaba bien con los dos *snickers* dobles que me había metido entre pecho y espalda. Y no porque fueran una evidente masa calórica que se me iba a adherir a la capa de grasa que ya coexistía conmigo, mis muslos, mi tripa y mis caderas, no. Qué va.

Se trataba más bien del hecho de que esa mezcolanza dulzona enardecía no solo el carácter depresor del vino, sino también el de una servidora, y tanto almíbar, en vez de robarle amargor a mi realidad actual, sirvió más bien para todo lo contrario.

Medio borracha y a punto de abrazar la diabetes como amante para el resto de mi vida, pensé en eso tan aburrido que suele decir la gente con tal convencimiento que ya hasta forma parte del refranero popular, eso de que… allá donde has sido muy feliz, no deberías volver. Menuda gilipollez. ¿Por qué no vas a regresar al lugar donde todo eran sonrisas y buenos momentos? ¿Por qué privarte de rememorar esos raros instantes donde la mierda de la realidad se opaca, como un cristal cuando pones el agua de la ducha muy caliente?

Lo que realmente tendría sentido, si acaso quisiéramos buscárselo, sería no regresar allí donde has sido infeliz. Donde has sufrido privaciones y carencias de todo tipo. Donde el mero aire que se cuela entre las rendijas de las puertas y ventanas desvencijadas te trae a la memoria dolor, angustia y una sensación de desagrado solo comparable al sabor de las peores medicinas. Y eso, ningún chocolate ni bebida alcohólica puede paliarlo. No obstante, yo lo intentaba, porque cualquier cosa era mejor que permitir que aquel hedor

insoportable, a pena sin diluir, se me colara en las fosas nasales, llegara a las entrañas y terminara convertido en vómito.

Triste, taciturna y apagada, el embravecido mar grisáceo de da Morte me devolvía el reflejo de una cara mustia y pálida en la ventana. El cielo estaba plomizo y yo, acurrucada en un suéter a rayas lleno de quemaduras de cigarrillo y desgarrones en las mangas, miraba aquellas olas sin ver más que ahogados, pereciendo a duras penas tras un sufrimiento insoportable.

Porque agonía era lo único que yo podía experimentar estando en aquella casa, donde había vivido mi infancia completa y, sin embargo, me parecía ajena a pesar de conocer la procedencia de cada desconchón de pintura, arañazo en las maderas sin brillo, carcomidas y podridas por el paso de un tiempo que no dio tregua a personas ni cosas. Mi imagen me hablaba de una mujer descosida por los cuatro costados. Descreída de sí misma. Incapaz de encontrar la concordia ni el sosiego. Sin dioses, pagana en unos días que a veces se le sucedían en caída libre, y otros, arrastraba con ruedines.

No quedaba nada de la yo que había sido cuando vivía ahí, o eso me gustaba creer cuando estaba lejos y podía esconderme de la realidad de mis orígenes tras un muro prefabricado cuyos ladrillos empezaban a fallar. Pero da igual cuánto te escondas, las raíces se abren paso, igual que los granos o las ojeras después de horas de cuidado maquillaje, y para mí, regresar a da Morte, a aquella casa, en las circunstancias en que lo hacía, se equiparaba a un lavado de cara con estropajo y lejía.

No había salvoconductos, solo un montón de malos recuerdos, dolor de tripa, sienes palpitantes y la certeza inequívoca de que lo poquito que me ataba a algo parecido a un hogar o una familia… yacía en un ataúd, enfriándose al mismo ritmo que mis pies descalzos sobre un suelo de piedra que la sangre, procedente de los golpes de aquel anillo maldito de mi padre, había teñido de carmesí más de una vez.

Carmiña Vega retornaba a su puta casilla de salida, y lo hacía exactamente igual que el día en que se fue; vacía, sin nada ni nadie a quien pudiera recurrir.

Pero me estoy adelantando un poco, ¿verdad? Vamos a volver

donde lo habíamos dejado. Quizá entonces el relato tenga sentido.

Estaba viviendo dos sucesos imposibles. Impactantes. De esas cosas inverosímiles, como el paso de un cometa, la erupción de un volcán, una Guerra Mundial o una Pandemia sanitaria, que con suerte no ves durante toda tu vida. Por un lado, los gritos de Pau, que era un hombre cuyo tono más alto no subía nunca del apropiado para una conversación perfectamente razonable; y por otro, la llamada de mi hermano Nano, con el que jamás había hablado por teléfono y del que apenas tenía más información que la intercambiada en las brevísimas comunicaciones por mensaje o correo electrónico con el que nos poníamos al día sin profundizar ni entrar en detalles. Como si en vez de hermanos, fuéramos viejos conocidos de un foro caduco de Internet, demasiado agobiados y preocupados con sus existencias reales como para arañar cinco minutos en los que romper una amistad que ya no era tal.

Como comprenderéis, que ambas situaciones se dieran al tiempo me bloqueó de tal manera que fui incapaz de resolver ninguna. Así las cosas, la llamada se cortó y Pau, que todavía me señalaba algo en alto pareció atisbar que era su oportunidad, pues levantó más el tono, increpándome no sé qué. Me vibró el móvil en la mano. Un mensaje. No me atreví a bajar la cabeza del todo, pues, en ese momento, mi novio se acercó y, como si accediera al menú de audio y subtítulos de algún programa de televisión, su enfado se condensó en un idioma que pude entender.

Por fin, me enteré de qué coño iba toda aquella bronca con la que me había recibido.

—¿Tutorías? ¿Clases de escritura? ¿Qué estupidez estás haciendo, Carmen? ¿Así es como malgastas el tiempo? ¿Eso es lo que decides hacer con las horas que te sobran, en vez de coger más en la escuela infantil?

—La directora ya me ha dicho que no puede ampliarme el contrato. Sobre la escritura…

—¡Me importa una mierda que no haya más culos que limpiar, Carmen!

Apreté los párpados con fuerza. Y los dientes. Lo noté porque las

mandíbulas empezaron a dolerme. Abrí los ojos, mirando a aquel hombre que de repente se había convertido en un desconocido. Pau jamás me había hablado así, nunca, ni en mis peores errores, ni en mis fallas más reseñables, había alzado la voz tanto ni sido tan… vulgar. Se suponía que él era el caballero. Se suponía que él mantenía la compostura para que cuando yo naufragara, tuviera un puerto seguro al que regresar. ¿Por qué tanta inquina? ¿Por qué parecía molestarle tanto?

—Pau, me enteré del curso de escritura por casualidad, vi el folleto en tu despacho.

—Ah, cojonudo. Entonces además de perder el tiempo y el dinero de forma miserable, revuelves mis cosas. ¡Esto cada vez se pone mejor!

Deseé que en vez de usar aquellas palabras me hubiera pegado. Estaba hecha a los golpes. Sabía cómo manejarlos, cómo prepararme para el impacto y la forma de curarlos después. La crueldad física no me era ajena. La emocional, viniendo de él, era algo completamente desconocido. Sentí náuseas y las rodillas me fallaron.

—¿Pérdida de tiempo? ¿Eso es lo que piensas de mi escritura? ¿Qué es una pérdida de tiempo?

—Venga ya, Carmen. Para que tuvieras escritura deberías escribir *algo*. Hacer algo. Y los dos sabemos que eso no es real. Una fantasía tonta. Un entretenimiento. —Condescendiente. Paternalista. Le aborrecí, tanto y con tanta vehemencia en un solo segundo como con fuerza le había amado aquella primera noche, en el Templo de Debod —. Me hago cargo de los pagos, de las facturas, de los caprichos y de las necesidades.

—Nunca me echaste en cara ni me pediste que trabajara más horas.

Elevó las manos al cielo, como si hiciera una plegaria. Yo también. Rogué que cayera un rayo, aunque no sabía a cuál de los dos prefería que aplastara.

—¡Creí que era lógico! ¡Creí que tendrías la suficiente madurez como para no alargar la situación de tener un trabajo de mierda y harías por mejorar! ¡Joder, Carmen, creí que te darías cuenta de que no podías seguir a la sopa boba!

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que estoy a la sopa boba?

Para alguien que se había buscado la vida desde muy niña, fue un golpe más que bajo. Yo, que ya arrastraba taras y problemas de confianza a causa de su sueldo y todas aquellas comodidades que, de repente le costaba tanto mantener solo, me veía ahora con el culo al aire porque, literalmente, sus recriminaciones y miradas me hacían sentir que no merecía pisar ni el parqué de aquel apartamento.

—Dijiste que si escribir era mi sueño debía perseguirlo. Dijiste que si quería ser escritora, tenía que intentarlo.

—¿Y lo has intentado, Carmen? Dime. ¿Has hecho algo real por intentarlo?

—¡He empezado en un curso de escritura! ¡Tengo un tutor!

—¿Y cuánto te cobra por decirte que eres buena y que vas a firmar en la próxima Feria del Libro? ¿Cuánto te saca por llenarte la cabeza de más pájaros de los que ya tienes mientras yo trabajo solo para mantenernos a los dos?

—Eso no es justo, Pau.

—Tampoco es justo tener una novia que cada vez me aporta menos.

Pam. Tiro de gracia. No sé si la cara de circunstancias que puso después implicaba que se había arrepentido de dejar salir la mierda a borbotones tal y como le había nacido del intestino, pero no se retractó. No hizo ademán de acercarse para suavizar la situación porque, con sinceridad, no había ninguna disculpa que deshiciera aquello porque no existía nada peor que pudiera decir.

Una parte de mí sabía que tenía razón. Y las otras partes no podían soportar mirarle a causa del rencor y la rabia que me burbujeaba dentro, igual que un cazo de leche puesto al fuego y olvidado después. Ahora entendía que el hecho de no haberme enterado antes del curso de escritura había estado premeditado. Ahora entendía que él no me apoyaba en aquel sueño más de lo que haría cualquier desconocido. Ahora entendía que mi novio perfecto, del que siempre me había sentido poco merecedora, creía exactamente lo mismo.

—Pensé que creías en mí.

Pau chascó la lengua, cruzándose de brazos.

—¿Y cómo voy a hacerlo, Carmen, si ni tú crees en ti misma?

Bajé la cabeza y recordé que tenía el teléfono en las manos. Al alzar la palma, la pantalla brilló con el mensaje de Nano congelado, sin

leer. Solo había escrito tres palabras. Nunca tan poco texto significó tanto. Importó tanto. Destruyó tanto.

Me aclaré la garganta y di un par de pasos hacia atrás, pretendiendo dejar constancia de que la conversación había terminado. Petada como estaba de datos informativos que me habían abierto jirones en una piel ya recosida, era incapaz de poner en orden mis ideas lo suficiente como para saber qué hacer primero o cómo gestionar nada. Sin embargo, la autopreservación siempre había sido básica para mí, así que opté por la salida que me pareció más factible: huir del dolor.

Aunque eso me llevara a otro.

—¿Te vas? ¡Estamos discutiendo!

Miré a Pau un segundo, de más no fui capaz.

—Mi madre ha muerto.

Esperé en vano. Algo. Cualquier cosa.

—Ni siquiera te hablabas con ella.

Reconozco que en medio de la frustración épica, mi boca fue capaz de curvarse en un amago de sonrisa. Me había equivocado de pleno, con Pau y con la situación. Parecía que, al final, sí que había algo peor que pudiera decir.

Preparé una maleta en diez minutos. Esa noche, ya volaba rumbo a Galicia.

***

No me sorprendió en absoluto que las llaves de aquella casa de los horrores —como yo denominaba al lugar de mis desvelos infantiles, traumas adolescentes y pesadillas adultas— fueran a parar a las manos del dueño del único bar de nuestro rincón privado en el infierno de da Morte. Era lógico, en cierta manera, habida cuenta de que el cincuentón, sin casi pelo y una barriga prominente, apenas cubierta por una camisa sucia y a medio abotonar, había sido la única persona de toda la provincia en recibir tanto la atención como gran parte del sueldo de mi padre.

Por suerte, pasaba más tiempo en aquel lugar infecto que en casa, aunque cuando volvía, haciendo eses, apestando a alcohol y con los

bolsillos vacíos, éramos nosotros quienes pagábamos el precio por las copas sufragadas y las dejadas a cuenta.

Suponía que mi madre no había tenido a nadie más a quien recurrir. ¿Quién iba a hacerle el favor de salvaguardar las llaves y demás papelajos si no teníamos buena relación con ningún vecino? Era una enorme ironía, casi poético en su absoluta degradación, que incluso desde la tumba mi padre siguiera siendo capaz de humillarla.

—Ha tenido que enfrentarse al fantasma una vez más… antes de seguirlo al puto más allá de los peores padres del mundo.

Doblé una pierna bajo la otra y me senté en el sofá sin molestarme en quitarle la sábana con la que se cubría. Sobre la mesa de centro, desvencijada, sucia y vacía de adornos o fotografías, yacía el sobre amarillento que el tipo del bar me había dado y del que únicamente extraje las llaves para soltar las maletas y darme a la bebida.

—Podríamos decir que la manzana nunca cae demasiado lejos del árbol, ¿eh, papá?

Con la vista perdida en una de las marcas que su anillo había hecho en la pared, me pregunté por qué la vida me castigaba por todos los flancos. Por qué Nano se ponía en contacto conmigo por primera vez y era para darme una información tan funesta. Por qué mi madre había mantenido aquel nido de amargura y ratas en pie y había decidido, en lecho mortuorio, que su última voluntad era que sus dos hijos se dieran cita allí. Por qué la sola idea de ver a mi hermano bajo el mismo techo donde casi me pareció que moriría, me estrujaba las tripas. Por qué todo aquello pasaba cuando mi relación con Pau pasaba por su momento más tenso y desagradable. Por qué cuando había sido capaz de volver a escribir. Por qué…

El ruido de las olas pareció multiplicarse cuando agaché la cabeza y la escondí entre mis brazos. Tenía frío, pues no llevaba más que aquel suéter con el que había reemplazado los vaqueros del viaje, pero sospechaba que ninguna manta me podría arrancar el sentimiento helado del pecho. Abrí los ojos a medias cuando un retortijón me hizo levantarme de un salto. Descalza, recorrí la penumbra de pasillos nunca olvidados hasta llegar al aseo, levanté la tapa del váter, me bajé las bragas y dejé que el intestino vaciara todo el mal que había ingerido, dejándome vacía de lo único que había podido consolarme

desde que llegué.

Cuando terminé, abrí el grifo del lavabo y esperé a que el agua marrón y turbia se aclarara. Me remangué y empapé sienes, mejillas y boca, con cuidado de que ni una sola gota se colara entre mis labios. Al levantar la vista al espejo empañado, no encontré en mis ojos tristeza alguna. Ni pena. Mi madre estaba muerta, metida en un cajón barato, esperando en la funeraria del pueblo a que su familiar más cercano recogiera las pertenencias que llevaba en el momento de perecer.

Había mucho que hacer y no me sentía predispuesta a empezar por nada. ¿Tenía que llevar un vestido para que le pusieran o ya estaba amortajada? ¿Había que pagar algo? ¿Qué ocurriría después con sus cosas, con la casa…?

—Ojalá se quemara todo hasta los putos cimientos. Ojalá se quemara y las cenizas dieran después al océano donde las engullera un tiburón.

Me sequé con las mangas, pues no me fiaba de aquella toalla cuyo color me era imposible reconocer. Volví al salón, abrí mi bolso y saqué el móvil. No había mensajes de Pau. Tampoco los esperaba. Al verme recoger las cosas para el viaje su expresión dejó patente que la huida en medio de una bronca no le parecía una opción, pero sus palabras, reproches y gestos me habían aclarado a mí que allí no podía quedarme. No me habría sentido cómoda bebiéndome una botella de agua o sentándome en una de las limpias y bonitas sillas de la cocina sabiendo que mi novio pensaba, quizá desde siempre, que estaba saliendo con una inútil mantenida.

Atrás quedaba todo el apoyo que me brindó en el principio, cuando sus ojos me aupaban para que fuera valiente y corriera por mi sueño. Ahora me escondía cosas, y no me refería solo al folleto del taller de escritura, sino a cosas con las que no estaba conforme. A malos pensamientos y sentimientos dudosos hacia mí. Cuando me lanzó que no era justo para él tener una novia que cada vez le aportaba menos, me pareció un desconocido. Y yo, por supervivencia, siempre había huido de los desconocidos.

Incluidos los que me habían dado la vida, para luego atormentármela, y el hermano al que había dejado marchar para que

su alma madurara más próspera de lo que podía haberlo hecho yo.

Envié mensajes y correos con la vista perdida y la mente cargada de malos presagios. A mi jefa de la escuela infantil, a Gema, a la encargada de la verdulería ecológica que me enviaba género todas las semanas… De alguna manera, me las arreglé para ser eficiente tanto por WhatsApp como por *email*, eludiendo de forma categórica el número en rojo que me indicaba la llamada perdida de la funeraria, con quienes todavía no quería hablar porque me sentía incapaz de confesar que me daba todo igual.

Nano vendría al día siguiente. Su trabajo le impedía hacerse cargo de más detalles que avisarme y dejarlo todo en mis manos. No se lo reprochaba. Si yo hubiera podido pagar a alguien para no tener que estar allí, lo habría hecho de buena gana, pero el dinero sobrante nunca había sido algo con lo que contar, de forma que no me quedaba más que apretar los dientes… y aflojar la mandíbula lo justo para dejar pasar el resto del vino.

> «Hija de mi padre —me repetí, soltando el teléfono en el fondo del bolso y haciéndome un ovillo sobre mí misma—. Debes estar muy satisfecho desde la tumba, sabiendo la mala semilla que has hecho germinar».

Pensé en mi madre, quien no había mantenido el contacto después de que Servicios Sociales nos llevara a Nano y a mí. A pesar de que se le dio la opción, las llamadas e interés que mostró mientras estuvimos en el orfanato fueron menguando enseguida, hasta que pronto no quedó nada. Llevaba una rosa tatuada por ella porque, creo, llegó a querernos, aunque no supo ser una madre ni cuando tenía un mal marido ni cuando se quedó sola. Yo la había apreciado, lo juro. Sentía cada golpe y vejación de la que era víctima y me lamentaba por su infelicidad, pero con el crecimiento y el aprendizaje, empecé a albergar un fuerte resentimiento hacía ella por no habernos protegido, por dejarnos a Nano y a mí a merced de mi padre tantas veces.

Llegué a creer que prefería nuestro dolor al suyo, el derramamiento de nuestra sangre a la de ella. Que el hecho de que sus hijos fueran la diana de los golpes y los insultos la colmaba de algún modo porque, en esos momentos, no era su carne adolorida la que recibía más

violencia.

Entendí que, en aquel círculo vicioso de extremo salvajismo y maltrato, le resultara un alivio cuando eran otros los que sufrían. Aunque esos otros fueran sus propios hijos.

Hubo rencor mucho tiempo, hasta que me volví una mujer lo bastante curtida para entender que yo había sentido exactamente lo mismo. Cuando mi padre se encerraba en la habitación y la forzaba, pegaba o humillaba, Nano no corría peligro. Yo no corría peligro.

La casa era una puta selva y allí tenías que hacer lo que fuera necesario para sobrevivir una noche más, aunque eso supusiera otro día en el infierno. Me tatué una rosa por ella, porque asumí que la nuestra era una relación imposible, espinosa y viciada. Porque sentía las veces que me alegré de que fuera ella y no yo, porque me destrozaban las veces que se alegró de que fuera yo y no ella.

En el cómputo final, mi madre había sido la peor parada. Se quedó en da Morte, donde era la viuda de un borracho maltratador y la madre de dos hijos que le habían quitado. Mala esposa. Mala criando. Mala vecina. Mala. Sola. Anclada a un lugar que no podía dejar, donde no tenía nada, pero del que no se podía librar.

Había muerto sin que yo pudiera preguntárselo, pero allí, aovillada en un sofá duro e incómodo, temblando de frío, medio desnuda y con ganas de llorar, pero sin más lágrimas que dedicarle a aquel capítulo de mi vida, llegué a la hipótesis de que tal vez, el estar allí, el tener que pasar por todo aquel proceso en el pueblo y la casa de la que con tanta desesperación había escapado, era el último grito vengativo de mi madre. Su última manera, macabra y egoísta, de hacernos pagar nuestro propio egoísmo.

Dado que ella había tenido que quedarse allí hasta que dejó de vivir, nosotros estábamos obligados a vivir su muerte en el mismo sitio que le había quitado la vida. Sí. Solo era una hipótesis. Pero tenía todo el sentido.

La paliza definitiva, a los recuerdos, a la memoria y al corazón. Ahora nadie nos sacaría de la casa del terror. Nadie vendría a buscarnos. Nadie nos libraría de ver un día más salir el sol desde nuestra penumbra de pena. Esta vez, no escaparíamos de la despedida. Debíamos quedarnos, soportar el dolor y decir adiós.

16
Comunicación

Nunca nos vamos a separar.

Probablemente no lo sepas. Y no tienes por qué, si eres de los afortunados, pero si has crecido en el sistema, conocerás de sobra esa frase. Cinco palabras, que son, con diferencia, las más repetidas por todos los menores que viven, o sobreviven, mejor dicho, bajo el techo cualquier orfanato del mundo.

Yo no fui una excepción, aunque fue una sentencia que pronto dejó de tener sentido para mí. No había connotaciones positivas en aferrarte a ninguna persona, sobre todo después de ser devuelta, arrojada igual que agua sucia, por romperle la nariz a un imbécil que pretendía buscar bajo mi ropa lo que no se le había perdido.

De regreso al lugar que me tocaba, el último dormitorio infecto, frío y en ruinas donde nos apilaban a las que ya empezaba a quedar claro que no seríamos adoptadas jamás, me prometí a mí misma dos cosas: primero, que me mantendría firme en mi promesa de proteger y velar por Nano con todo lo que tenía, y eso incluía conseguir que saliera de aquel lugar, aunque tuviera que dejarme atrás para conseguirlo. Segundo, que no me aferraría ni albergaría esperanza alguna con nadie. Nunca más.

El apego no es raro. Ni desconocido. Puede parecer difícil de entender, teniendo en cuenta que los niños y niñas abandonados, ven rotos sus lazos a muy temprana edad, pero precisamente por eso somos más celosos y obsesivos. Nos agarramos a lo poco que tenemos porque, literalmente, no hay nada más. Se intercambian mamadas por ratos de conversación. Se teme la adopción, propia y ajena, porque implica una separación de lo único que conoces. Se crean alianzas, amistades y relaciones que no siempre son saludable, únicamente porque estar solo, vivir el miedo a no

escuchar una voz amable, a no sentir un roce cariñoso, se hace insoportable.

Luego está la otra cara. Hay quienes pronuncian esa frase y luego traicionan ante la posibilidad de tener ropa buena y más de dos comidas rancias al día.

El nunca nos vamos a separar se convierte entonces en un: te mantendré en mi radar en tanto me seas útil, pero pisaré tu cabeza si puedo salir de aquí antes que tú.

Vi de todo, echada en mi camastro, mientras los días y la vida me pasaban de largo. A una chica que intentaba desesperadamente seducir al tipo que traía los suministros para que le consiguiera compresas y cigarrillos, aunque no fumaba, porque eso le daba una excusa para tratar con él y, de ese modo, creerse especial. Vi como un chico pecoso y que jamás alzaba la voz ponía laxante en las gachas de otro que ese día tenía entrevista con una posible familia de acogida para acudir en su lugar.

Vi cosas que helarían la sangre, aunque ninguna tan atroz como el día que vi a Nano subirse al coche de sus nuevos padres y marcharse del orfanato. Lo observé todo desde una ventana alta y no bajé a despedirlo. Igual que pasó cuando le rompí la nariz a Xoán, nadie me preguntó por qué me había apartado de mi hermano, por qué de repente era fría y distante con él, por qué rompía el único lazo de apego que era real y verdadero para mí. Nadie preguntó. Ni siquiera él. Y yo no lo habría respondido. La promesa me lo impedía.

Mi nunca nos vamos a separar era desinteresado. Lo más noble que hice durante toda mi vida, pues prefería guardar a Nano en mi corazón, de donde nunca se alejaría de mí, que mantenerlo físicamente anclado a una realidad tan horrible como la que habíamos padecido de niños. Su adopción implicó la ruptura definitiva de mi familia, pero, de algún modo, me dio la paz que necesité para aguantar hasta la mayoría de edad.

Él estaba bien. Era feliz. Lo que pasara conmigo a partir de aquel momento daba igual. No importaba si nunca le volvía a ver. Incluso que me odiara por mi actitud carecía de importancia. Nano tendría la vida que le correspondía. Con eso bastaba.

Por lo que a mí respectaba, nunca nos iban a separar, aunque jamás volviéramos a estar juntos otra vez.

La mañana que me personé en la funeraria, llovía. Claro que estando en Galicia, poca exclusiva estoy dando. Abrigada hasta las cejas, pero sintiendo que el frío me calaba y se me extendía por dentro, helándome los huesos, los órganos y cristalizando el precario desayuno que había sido capaz de ingerir para sobrevivir a aquel momento, escuché con impaciencia las palabras sesgadas del representante de las Pompas Fúnebres, que extrajo de una carpeta azul con pinta de barata una hoja de papel con dos o tres líneas escritas.

—Su madre dejó dispuesto que se la incinerara. —Asentí—. Puede ser esta tarde o mañana por la mañana.

La idea de tener su cuerpo pudriéndose una segunda noche me dio escalofríos. Negué.

—Esta tarde. —Nano llegaría después de comer, según su escueto mensaje informativo, ese que había leído hasta que sentí cada letra como un puñal en el fondo del pecho. No recordaba la última vez que le había visto. A mi único hermano. La conciencia de ese hecho me hacía querer morirme también—. En cuanto estemos todos.

—La finada estipuló que quería a sus dos hijos presentes, y que juntos esparcieran sus cenizas en la Costa da Morte.

Por supuesto. Mi madre, que había permitido que nos llevaran de nuestra casa, nos encerraran en un lugar casi peor y luego nos separaran durante años, dándonos distintos apellidos y familias, ahora exigía, después de muerta, no solo que estuviéramos allí, ocupándonos de sus despojos, recogiendo sus inmundicias y tomando decisiones relativas a su funeral que no importaban en absoluto, sino, además, que todo se hiciera de un modo y una manera que era no solo incómoda, sino inapropiada. El por qué deseaba ser arrojada al lugar donde se había ahogado mi padre, su principal tormento y torturador, se me escapaba. Que quisiera que lo hiciéramos Nano y yo, juntos tras más de media vida siendo extraños, para rememorar una infancia cruel y llena de penuria, para traer a nuestras mentes lo que aquel mar embravecido, oscuro y plagado de fantasmas nos había arrancado, era, sin más, cruel.

Mi madre elegía que su último adiós fuera también la última gran bofetada conferida a sus hijos. Manda *carallo*, qué hija de la grandísima puta.

—¿Está bien, señorita Vega? Se ha puesto pálida.

Sacudí la cabeza.

—¿Tengo que firmar algún papel? ¿Recoger algo?

—Solo decidir si quiere que sea cremada con el ataúd o…

—Me da igual. —Ignoraba por completo el proceso. Y pretendía que siguiera siendo así—. Estaré aquí a las cinco de la tarde con mi hermano, usted nos dará la urna y ya está.

Después se podía ir al fondo del mar o al mismísimo infierno si quería.

Salí de la funeraria y recorrí las callejuelas como una *groupie* beoda que ve la luz del sol después de horas encerrada en un garito, chupando pollas, metiéndose de todo y potando sobre el bajista mientras el batería la sujeta del pelo. Desagradable, ¿verdad? Pues esa es la sensación que pretendo que traspase mis palabras.

Caminar por aquel lugar era el equivalente a hacerlo sobre cristales rotos. Cada paso me ensangrentaba los pies y me hacía llagas en un alma a la que ya no le cabían más heridas. Ignoraba si la gente que me miraba al pasar lo hacía porque me reconocía de cuando era una niña que corría arriba y abajo llevando redes de pescado y robando entrañas apestosas que echar a la sopa aguada de mi madre o si lo hacían por ese *nosequé* que tenemos todos los humanos, que nos hace fijar la vista en lo desconocido y llamativo por simple curiosidad morbosa.

Con mi pelo rojo y mi anorak amarillo, las gafas de sol puestas y el cuerpo encorvado, no es que pasara precisamente desapercibida, pero en mi intento por culminar la gestión —a.k.a. incineración de mi madre— lo más rápido posible, no me había parado a pensar en vestir luto o cualquier cosa menos llamativa. No estaba en mis cabales, la verdad. Toda la situación me sobrepasaba e iba saltando charcos uno detrás de otro como hace un ignorante de los videojuegos cuando le dan el mando y pulsan el *play* de la partida antes de que esté preparado. A lo loco y apretando todos los botones a la vez.

Alguien me tocó el brazo. Oí un pésame. Las ganas de vomitar se triplicaron. Me solté de malos modos, conseguí entrar al supermercado y esconderme entre los pasillos. Compré una hogaza de pan, queso, yogures griegos y un par de sobres de sopa. Metí en el cesto todos los

snickers que había junto a la caja y, en el último momento, agarré un bote de zumo de naranja y un paquete de chicles de menta.

Nutricionistas del mundo, temed.

Volví a la casa de mi infancia con la exigua compra y el espíritu encogido. El móvil llevaba un rato vibrándome en el bolsillo trasero de los vaqueros, pero igual que a todos los estímulos que me rodeaban, hice caso omiso. Reuní como pude instrumental de cocina, lo fregué hasta que se me descascarilló el esmalte de uñas y removí una sopa que engullí sin estar segura si era de pollo con fideos o con extra de autocompasión.

Consulté el mensaje de Nano por enésima vez. Su texto, conciso, indicaba que llegaría ese día, en torno a las tres de la tarde, que estaría presente en la misa funeral y posterior incineración y que me acompañaría al vertido de cenizas de nuestra madre si así lo quería. No había más. Ni preguntas personales, ni buenos deseos. Ni un ápice de fragilidad, apego, añoranza o cariño se dejaba entrever entre las líneas coherentes y bien redactadas del texto. Tuve un arranque de esnobismo de escritora y me puse a analizar las frases en detalle, traduciendo en mi cabeza los puntos susceptibles de poder incluir algún mensaje encriptado, algo que denotara hermandad. O cariño. Esa clase de *feeling*, la química que los parientes suelen tener entre ellos… según otros.

> «¿A quién quiero engañar? Nano ya no es el niño que se me agarraba a la pierna medio muerto de hambre y temblando de miedo».

De hecho, era probable que ya no quisiera que se refirieran a él como Nano. No lo sabía. No sabía nada, porque en aquellos años, después de su adopción, fue como si desapareciéramos del mapa el uno para el otro. Por desconocer, desconocía hasta si había vuelto a vivir en Galicia o se había trasladado a Palencia. No sabía si tenía hijos, novia, era homosexual o de género fluido.

Aquel chico, de sonrisa perfecta y dientes sorprendentemente sanos pese a una alimentación cuasi imaginaria, con el que estaba a unas horas de reunirme, era un completo desconocido para mí. ¿Cómo coño iba a enfrentar aquella situación? ¿Cómo iba a superar el miedo al

rechazo que sabía, en el fondo de mi pecho, que él podía albergar por mí?

> «El rechazo que yo sembré para que tuviera una vida mejor. Un futuro mejor… yo le aparté. No puedo culparle si decide seguir estando lejos».

Pero saberlo no hacía que doliera menos. Nada podía doler menos atrapada en aquella casa, morando en aquel pueblo de mierda, anegada en recuerdos que quería desesperadamente olvidar y mi mente se empeñaba en traerme al presente una y otra vez.

Me acabé la sopa, dejé el cuenco a un lado y revisé el resto de los mensajes. Por supuesto, no había nada de Pau, aunque constatarlo no evitó el escozor que dejó el aguijonazo. Había un correo de Rafael, el profesor del curso de escritura creativa, pero aunque estuve tentada, y mi dedo acarició la tecla, no lo abrí. Probablemente me instaba a acudir al taller, enviar más páginas de aquella suerte de cadáver exquisito que estaba componiendo con retales de mi vida pasada, ir más profundo en las cenagosas aguas del tormento o quién sabe qué. Me sorprendió que me escribiera. Y me sorprendió más ver que yo lo había hecho primero.

—¿Qué cojones…?

El vino afrutado mezclado con chocolate en grandes cantidades no trae nada bueno. Y tampoco el acceso a Internet que, por algún milagro, seguía funcionando en la casa. Accedí a la bandeja de enviados y los ojos se me abrieron como los de un pez que llevara días muerto. De hecho, hasta se me nublaron mientras las pupilas pasaban a toda velocidad por una suerte de verborrea adjetivada de más donde le contaba a Raf, por razones desconocidas, dónde estaba, qué me había llevado hasta allí, lo muy desgraciada que me sentía, abocada a otra relación rota, el inminente reencuentro fraterno y la muerte de la progenitora ausente, que parecía dolerme más por escrito de lo que nunca habría admitido de forma verbal.

—Me cago en mi vida.

La cosa seguía y se ponía peor, y entre que intentaba recordar cuándo le había escrito y me decidía o no a leer su respuesta, el nombre del susodicho apareció en la pantalla del teléfono. Pegué tal

bote en el sofá que el único muelle que resistía a los embates del tiempo murió bajo el impacto de mi culo, en tanto yo observaba el móvil como si esperara que, de la nada, empezara a lanzarme improperios.

Rafael, taller escritura, llamando.

Había que joderse. ¿Es que el pozo de mis miserias no llegaba nunca a su fin?

Podía haber optado por no responder. De hecho, me lo planteé, pero supongo que había estado negando tantas cosas, barriendo tantísima mierda bajo la alfombra —estar en ese pueblo, entrar en la casa, enfrentarme al cadáver de mi madre, ver pasar las horas esperando la llegada de Nano, la más que previsible ruptura con Pau y la imagen sesgada que ahora tenía de él…— que simplemente no fui capaz de hacer oídos sordos a nada más, lo cual era una metáfora muy bien hilada teniendo en cuenta que el timbre de llamada entrante no paraba de sonar.

Tragué saliva y subí los pies al sofá, como si la posición de defensa pudiera traspasar la pantalla brillante del móvil y cuidarme de los fantasmas que podrían despertar si contestaba. Por otro lado, ¿qué implicación podía tener Raf en mi realidad actual? Probablemente solo quería ser educado y ofrecerme el pésame al que yo misma le había forzado escribiéndole aquella mierda de correo electrónico.

—Es hora de pagar los platos rotos durante la enajenación mental transitoria.

Una conversación de dos minutos, colgar rápido y seguir con todo lo que tenía en el plato, que ya era mucho. ¿Cómo se iba a complicar aquello?

Bueno, lo descubriremos enseguida.

—¿Rafael?

Al otro lado, un resoplido. Pues sí que empezábamos bien.

—Joder, Carmen, cuánto lo siento —era la primera vez que lo oía decir un taco. Recreé su imagen en mi mente y casi estuve tentada de sonreír. No le pegaba nada—. No quería tener que llamarte, pero me he perdido y no sé llegar.

Fruncí tanto las cejas, que me desaparecieron detrás del flequillo.

—¿Llegar? ¿Llegar a dónde?

—Pues, mujer, ¿dónde va a ser? A tu casa. Dijiste que la zona estaba a tiro de piedra del cabo Finisterre, pero no es una ubicación muy exacta, ¿me puedes pasar la dirección? ¿El nombre de la calle o algo así?

Me levanté con tal velocidad que pareció que el muelle agonizante del sofá había resucitado para impulsarme. De hecho, mi reacción fue tan rápida y salvaje que volqué una taza de café negrísimo que no sabía que me había preparado. Mi cabeza era una puta jaula de pájaros carpinteros taladrándome el cerebro todos a la vez.

—¿Estás aquí? ¿Aquí, aquí? —Esperé de corazón que la respuesta fuera no. Y que la pregunta no hubiera sonado tan estúpida como me pareció.

—Pues claro que sí, Carmen, ¿dónde iba a estar sino? Después de ese *email*… no podía no venir.

Puto *email*. Puta yo. Puto vino afrutado. Putas *snickers* y puta diarrea verborreica. Meses de bloqueo escritor y me tenían que fluir las palabras en un momento como aquel, con un destinatario como ese, cuando toda yo era un desastre de ropa sucia, uñas descascarilladas, pelo enredado y ojeras donde se podía hacer surf.

—Rafael, cuando dices que no podías no venir…

—¿La casa es una alta, con pinta de… eh… construcción clásica?

Eufemismo más que educado para describir la ruina de la fachada, que hacía juego con todo lo demás.

—El pueblo entero parece haber sobrevivido a una bomba nuclear. —Me froté el puente de la nariz, deseando tener la voluntad de darme de cabezazos contra la pared desconchada. Igual así la decoración interior mejoraba—. Rafael, ¿qué haces en Galicia?

—Llámame Raf.

—Pues Raf. Lo que sea. Contesta.

Otro suspiro. Silencio. Me pareció que se paraba, dejaba de caminar o lo que sea que estuviera haciendo porque, cuando la voz volvió a inundar mi tímpano derecho, lo hizo con una nitidez inusitada. Lo que dijo, lo dijo en perfecto castellano, una lengua que yo siempre había dominado, pero con todo, fui casi incapaz de interpretar sus palabras.

—Tu madre ha muerto y estabas sola. Parecías necesitar un amigo.

No supe cómo reaccionar a eso. Ni qué decirle, de modo que le

ofrecí las señas de mi casa y me quedé parada donde estaba, sin moverme un centímetro, hasta que llamó al timbre. Le abrí sin retoques ni artificios, descalza, con el suéter a rayas lleno de hilos sueltos y agujeros que muy bien podría revender diciendo que había pertenecido a Kurt Cobain, el pelo hecho unos zorros y la cara reflejando el caos que llevaba por dentro.

Con Rafael delante, me di cuenta de dos cosas, primero, que bien podría entrar en la descripción física más perfecta y poética del mundo, narrando cada detalle de su gesto sereno, su ropa casual, su aspecto cuidadosamente desaliñado y su sonrisa amable sin esfuerzo; y segundo, que todo eso, lo creáis o no, quedaría en un completo segundo plano cuando se personó, sin más, bajo mi mismo techo, quedando como un pegote de chicle en una pared blanca.

Rafael le sentaba a mi casa igual de bien que a un Cristo una Magnum del 44. Era como si alguien hubiera usado *Las Meninas* de Velázquez a modo de puerta de urinario de instituto. No pintaba nada allí. Era demasiado para aquel lugar, en todos los sentidos. No parecía real estar mirándole. No parecía real estar oliéndole. Lo que sí me pareció real fue la forma en que, sin pronunciar palabra, me atrajo a su pecho, cerró los brazos a mi espalda y me apretó en un abrazo compasivo que descubrí, justo en ese instante, que necesitaba con desesperación.

No estaba segura de que pudiéramos calificarnos como amigos, pero si lo que Raf traía con su llegada era más de aquello, de esa sensación de absoluto alivio y salvoconducto, un gancho hacia la supervivencia, estaba dispuesta a aceptarlo. Sin hacer una sola pregunta.

17
Diálogo

—Sigues dando vueltas sin sentido. No llegas donde sabes que tienes que llegar. Al punto álgido del drama. Tu hundimiento.

—¿Mi hundimiento? ¿Qué soy?, ¿el Titanic?

Raf sonrió, se encogió de hombros y dejó el portátil sobre la mesa de centro, atestada de envoltorios de chocolatina y documentos amarillentos que, en teoría, yo tenía que revisar.

—Emocionalmente sí. Deberías serlo.

—Vete a la mierda.

—Pues no haberme pedido que lo leyera.

Tenía razón.

Levanté los brazos para estirarme, luego recordé que llevaba aquella desgracia de suéter y, como no quería mostrarle más a Raf de lo que ya había visto, tiré de él hacia abajo, intentando cubrirme las piernas. Supongo que, en este punto inconexo de la historia, os estaréis preguntando cómo es que mi profesor del curso de escritura, ese al que me empeño en decir que no asisto, pero del que parece que soy incapaz de librarme, no solo haya venido hasta mi antigua casa en Galicia el día de la muerte de mi madre, sino que, metidos en esa harina —el funeral, el inminente reencuentro con mi hermano, etc.— nos haya dado por leer textos.

Bueno. Tiene una explicación. Es un tanto rocambolesca, pero supongo que, dado que el objetivo es retrasar el penoso momento que me encontraba a punto de vivir, bien podría sumergirme en el recuerdo. Al menos, un poco.

Volvemos al abrazo, justo después de que Rafael apareciera en plena crisis emocional, igual que ese Kebab abierto a las cuatro de la

mañana cuando llevas encima un ciego importante y temes no ser capaz de volver a casa.

—No me puedo creer que hayas venido.

—Necesitabas un amigo.

No sé si fue el convencimiento con el que lo dijo esta vez o que era la pura verdad, el caso es que le invité a entrar y antes de tener tiempo material para empezar a disculparme por banalidades como el estado de la casa, el desorden general de mi persona, la amalgama de desconchones de las paredes, el olor a cerrado y los fantasmas que se apretujaban en cada rincón escondido tras basura y tristeza, Rafael dejó la chaqueta sobre el sofá raído, soltó la pequeña mochila que llevaba colgada del hombro y se me quedó mirando, como dándome tiempo a aclimatarme a su presencia.

Iba a necesitar el equivalente en tiempo a un periodo de adaptación escolar completo.

—¿Quieres contarme? —preguntó con educación, esperando. El aire gallego le había despeinado un flequillo ya de por sí poco domable. Llevaba una camiseta de manga larga con cuello redondo y vaqueros oscuros. En los pies, Vans altas. Estaba muy guapo. Demasiado para mi estado de enajenación.

—Mi madre ha muerto.

Raf asintió.

—¿Quieres contarme algo más?

—¿Eres consciente de que apenas nos conocemos y ese hecho apenas justifica que estés aquí?

Sonrió. Se le marcó un hoyuelo y algo resonó en él. Dentro de él. Sus tripas, creo. Saber que era tan humano como yo, que tenía la sensación de oler tan a rancio como la casa en su presencia, me tranquilizó. Al menos un poco.

—Me gusta pensar que soy como ese secundario que aparece a mitad del libro y va cobrando cada vez más importancia, hasta que su trama se enreda con la protagonista y ya no sabes dónde empieza uno y termina el otro.

Fruncí el ceño. No estaba para clases de escritura, y a la vez… ¡qué coño!

—Meter otro personaje con la historia tan avanzada confunde al

lector.

—Difiero.

—Por supuesto. —Me incliné sobre la mesa y arramplé con la *snicker* medio mordida que me había dejado antes por ahí. El caramelo me escurrió por la barbilla en un chorretón cuando mordí—. No me cabe duda.

—Y dado que soy el profesor… y tú la alumna…

—No asisto a tu clase de escritura.

—… mi opinión es la que vale. —Le dio la vuelta a una silla y se acomodó como si tal cosa—. Si el hipotético personaje recién llegado está bien justificado y su aparición es fuerte, contundente y bien hilada, el lector será capaz de empatizar.

—El lector es idiota.

—En muchas ocasiones. —Raf sonrió un poco—. Pero en la mayoría de los casos, el autor peca de ególatra al creer que cualquier crítica sobre su obra se basa en envidia por parte de aquel que lee con prejuicio porque no puede escribir.

—El escritor es imbécil.

—Carmen Vega, la mujer de las opiniones congruentes.

Me crucé de brazos, mirando a aquel ser como si fuera un animal exótico llegado *destrangis* a nuestro país. Se me ocurrieron un montón de cosas que soltarle pero, a la vez, ninguna me pareció lo bastante importante o llamativa para hacerlo. Estaba allí, y aunque su presencia tuviera tanto sentido como las aportaciones que estaba haciendo yo a aquella conversación, el hecho de oír el eco de otra respiración en la casa vacía, donde todo eran fantasmas acosándome la memoria, lamiéndome los tobillos desnudos con sus lenguas heladas llenas de hiel, me reconfortaba.

—No quiero hablar de nada. No quiero… hablar de esto. —Abarqué con la mirada la miseria que me rodeaba—. No puedo. No ahora.

Raf asintió. Ni ofendido ni molesto con mi impertinencia. Solo comprensión.

—Puedo hacerlo yo si lo prefieres.

—¿Para justificar tu aparición como fuerte, contundente y bien hilada?

—Depende, ¿voy a ser un secundario recurrente o episódico?

—Habrá que ver cómo responde el lector. Idiota o no, es soberano.

—Estoy de acuerdo.

Rafael tenía tres hermanos desperdigados por el mundo; uno que vivía en Barcelona, otra en Tenerife y una tercera a las afueras de Madrid, en Arganda del Rey. Su madre, viuda desde hacía unos diez años, había pasado un tiempo cerca del barrio Universidad, en el distrito Centro donde se encontraba la Plaza del Dos de Mayo y la famosa librería donde trabajaba su padre, pero no aguantó demasiado.

—Al morir mi padre —me dijo Raf— deambuló de casa en casa de sus hijos, pero en sus propias palabras nunca logró anidar. Tampoco se sentía bien del todo donde había vivido con mi padre, porque él le faltaba, así que decidió quedarse allí, aunque fuera medio a disgusto, antes que con uno de nosotros.

Al parecer, Magda, la madre de Rafael, anunció a su prole que no pretendía ser castigo, trabajo ni labor para ninguno de ellos, que ya tenían sus vidas y, en caso de las dos hijas, familia. Prefería seguir en su casa, con sus recuerdos, sus quehaceres y costumbres, viviendo en un barrio que conocía, recorriendo calles que le eran familiares y rodeada de vecinos que le tenían aprecio. Me pareció una opción respetable. Y me alegré de que ninguno de los hijos intentara forzarla a lo contrario.

—Me pregunto qué se sentirá al tener una madre así.

—¿Testaruda y cabezota?

Negué.

—Cariñosa. Desinteresada. Que no quiere ser un carga para sus hijos, porque los quiere y prefiere no interferir.

—Nosotros estaríamos más tranquilos teniéndola cerca.

—Pero habéis respetado sus deseos.

—Testaruda y cabezota —repitió Raf—. No había otra alternativa.

Podía empatizar con Magda. Yo había hecho algo similar cuando decidí quitarme de en medio para que Nano tuviera lo que merecía, sin cargar conmigo. La diferencia era que Raf y sus hermanos mantenían contacto fluido, había visitas por ambas partes y un amor lo bastante fuerte y sano como para que todos asumieran la realidad de los demás, los dejaran vivir a su manera y, a la vez, compartieran esa vida.

Otra vez, sentí envidia. ¿Cómo debía ser crecer en una familia funcional? ¿Con hermanos y padres normales? ¿Con llamadas telefónicas, videoconferencias y hasta grupos de WhatsApp en los que organizar vacaciones, viajes y festividades? Ni siquiera podía imaginarlo.

—Cuéntame cosas de ti.

—¿Qué te gustaría saber?

Le miré, dubitativa y a la vez, resuelta.

—¿Por qué estás aquí? La verdad.

Raf asintió, cogió aire y dijo:

—Necesito que vuelvas al curso de escritura o lo cancelarán por alumnado insuficiente.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que no. —Puse los ojos en blanco, estaba a punto de reiterarle que me dijera qué narices hacía en da Morte, o de mandarlo a la mierda, no sé, lo que me saliera primero, cuando soltó:

—Me gustas. Mucho, en realidad. Pensé que podría ser un momento de vulnerabilidad que podría aprovechar para acercarme y, de paso, ganar puntos estando aquí cuando más lo necesitas.

—¿Eres bipolar? ¿Estás chalado? —El corazón se me aceleró por sus palabras mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir—. ¿A qué coño viene eso?

Y lo que era más importante, ¿era sincero? ¿Lo era?

—Si esto fuera una novela, esa que no estás escribiendo, por ejemplo, sería el momento en que el lector diría, «¡toma ya!». Y yo pasaría de secundario del que apenas sabemos nada a interés romántico y sujeto de interés.

—¿Hay alguna puta cosa que digas que no se relacione con la escritura?

Raf se levantó, remangándose. Al cruzarse de brazos, parte de su tatuaje me quedó visible.

—¿Hay alguna frase que puedas decir sin tacos?

—Mi madre está muerta. Estoy aforada para hablar como me dé la gana.

—Vaya. La excusa de la madre muerta. Me preguntaba cuánto tardarías en usarla.

Joder, necesitaba vino. O una cerveza. Lo que fuera que llevara alcohol. Caminé a la cocina, ignorando la risa ácida y oscura de mi padre, que manchaba cada pared igual que la humedad que calaba los huesos. Saqué un botellín, luego recordé que mosqueada, de luto o hecha unos zorros, tenía una mínima educación —sabía Dios quién de todas mis pseudoinfluencias paternas me la habría proporcionado—, así que cogí otra.

—Contesta a la pregunta. —Le tendí la cerveza. Me lo agradeció con un gesto.

—Siempre me gustó la escritura. Desde pequeño, pero nunca tuve el don para escribir. No todo el mundo sabe hacerlo.

—Aun así, muchos publican.

—Cierto, pero no fue mi caso. Aunque tenía ideas que me parecían buenas, jamás pude garabatear nada ni llevar a término ningún planteamiento. No vi mi nombre impreso más que en algunos artículos de blogs o revistas digitales, así que con el tiempo entendí que mi relación con las letras debía tomar otro camino. Uno que no me frustrara demasiado y me permitiera seguirlas apreciando.

—Y creíste que estabas cualificado para enseñar a escribir.

—Ahora el lector simpatizará conmigo por esa crueldad tan desproporcionada.

Di un trago largo.

Raf se acercó, con mucho talante, como si estuviera acostumbrado a lidiar con situaciones similares, dejó la cerveza sobre el único espacio de la mesa que no estaba cubierto de los restos desperdigados de mi realidad y me tocó el hombro. Bajé la vista. Temía lo que podrían decir mis ojos si conectaban con él.

—¿Cuándo llegará tu hermano?

—En algún punto entre después del mediodía y nunca.

—Pero en tu correo confirmabas que él iba a asistir.

La hostia puta, pero ¿cuántas mierdas le había escrito en el puto correo de los cojones?

—Quiero creer que es un hombre de palabra. De los que vienen cuando dicen que van a venir.

—¿Quieres creer?

—No le conozco.

Cuando adoptaron a Nano yo había abrazado la adolescencia y él se encontraba llamando a sus puertas. Puede que solo nos pasáramos dos años, pero en aquel instante, con las vivencias de uno y otro a cuestas y la decisión que yo había tomado, la distancia se volvió insalvable. El chico medio muerto de hambre y frío, el de la piel picada de escorbuto y la mirada apagada había estado siempre ahí para mí. Aferrado a mi cuerpo famélico como si fuéramos, el uno para el otro, la única gota de agua del desierto. Así fue.

Después…, bueno, no había después.

—Tuve un poco de curiosidad los meses posteriores a que se lo llevaran pedí a las encargadas del orfanato que me contaran algo, ya sabes. —Encogí los hombros, como si no fuera el dato más desgarrador de mi existencia. Como si el recuerdo no me persiguiera, unido al club de todos los demás malos momentos desde entonces—. Solo quería saber si la casa era buena, la familia estaba bien…, ese tipo de cosas.

—¿Descubriste algo?

Negué.

—Los padres adoptivos sabían que había una madre inestable y una hermana indeseable. Pidieron adopción cerrada para que no existiera contacto. Más tarde, cuando Nano fue mayor, se permitieron algunas llamadas a mi madre, pero su interés era poco y con el tiempo dejaron de fluir.

—¿Y qué pasó contigo?

—Hermana indeseable. —Me acabé la cerveza—. Ya te lo he dicho.

—Eso es lo que opinaban ellos, pero no la verdad. No lo que sientes tú. —Su mano, cálida como una manta limpia en noche de tormenta, asió mis dedos fríos—. ¿Cómo te sentiste al saber lo de la adopción cerrada?

Me encogí de hombros.

—No tenía nada que sentir. Ni que opinar. Ellos eran su familia.

—No, Carmen. Por Dios, claro que no. Mírame. —Lo hice—. Tú lo eras. Lo *eres*.

—Renuncié a ese derecho cuando le dejé ir. Por su propio bien. Y antes de que me lo preguntes, no, Nano tampoco tenía derecho a sentir, saber u opinar sobre nada porque la decisión era mía y estaba

tomada.

Recé todos los días, desde ese, para que hubiera sido la correcta.

—No creo que fueras quién para tomar esa determinación. —Le miré con furia, preparada para atacar ante la sola idea de que fuera a quitarme algo, lo único, en realidad, que siempre me había pertenecido: mi derecho a hacer las cosas a mi manera—. Eras tan niña como él. Estabas igual de desamparada que tu hermano y en vez de velar por su protección, debiste tener a alguien que lo hiciera por la tuya.

—La vida no es perfecta, Raf.

—Eso está claro, pero en caso de que no lo sepas, Carmen, no fue justo que tuvieras que hacerlo. No estaba bien que pusieran ese peso sobre tus hombros y, desde luego, no tienes la culpa del resultado, sea el que sea.

Sentí deseos de echarle. Y a la vez, ganas de que no se moviera de allí nunca. Puto escritor mediocre con ínfulas de profesor, al final sí que iba a ser bueno con las letras. Tenía que serlo, para haber leído en mi párrafo más recóndito el terror más arraigado que poseía, ese que no me había atrevido a confesarme ni a mí misma porque, de ser cierto, de volverse real, me robaría el único asidero que había conservado aquellos años, la creencia, ilusa tal vez, de haber hecho algo bien. De haber dado a la persona que más quería una vida mejor.

Que Raf abriera esa rendija fue como permitir que el agua fluyera sin control. Se me escapó de las manos y brotó a borbotones, haciéndome temblar, sollozar y estremecerme todo a la vez; porque aunque hubiera deseado que el mejor destino de Nano hubiera estado conmigo, si allí donde había ido no había sido lo correcto, me hundiría. Entonces no me quedaría nada. Le habría destrozado.

Y en el proceso, lo poquito que pudiera quedar de mí.

—Si le mandé al lugar equivocado… si dejé que se fuera y había sufrido, sido infeliz o estado peor, yo no sé… no sé…

—No sería culpa tuya.

No sabía lo que decía, estaba claro.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Sé que estás destrozada por dentro, cargando con la responsabilidad de haber renunciado a tu única fuente de cariño para

darle lo que creías que merecía. ¿Qué hay de lo que mereces tú?

Joder. Nadie, jamás, ni siquiera Pau, que era de los pocos que conocía los claroscuros de aquella parte de la historia, me había hecho esa pregunta. Nunca. Fue como si me pusieran desnuda sobre un escenario, ante una marabunta de gente, y me dieran una guitarra eléctrica pidiéndome que tocara un tema que desconocía, sin tener las menores nociones, mientras hombres groseros y bebidos me jaleaban desde el suelo.

—Mira, Raf, no sé quién te habrás creído que eres…

—Nadie. Absolutamente nadie. —Se acercó. Yo intenté apartarme, pero el tamaño del salón era tan escaso como la fortaleza que me quedaba. No había donde huir—. Solo un secundario que está aquí para ti. Ahora. Estoy aquí, Carmen, ¿qué necesitas?

Supongo que cualquier persona normal habría pedido un abrazo. Una camiseta impoluta sobre la que moquear y que llenar del rímel que probablemente ya me corría por los ojos, como ríos de tinta oscura, dándome toda la pinta de una *groupie* arrepentida; pero ni yo era una persona normal, ni Rafael lo bastante importante en mi trama por el momento. No lloraría en sus brazos. Porque no estaba preparada para hacerlo. Porque no estaba segura de querer mostrarle más vulnerabilidad.

Porque no tenía ni puta idea de cómo recomponer los pedazos si dejaba que estos se soltaran por completo.

—¿Podrías leer lo que he escrito estando aquí?

Y supongo que cualquier persona normal habría puesto, como mínimo, cara de extrañeza, pero al parecer, Raf tampoco era una persona normal. Vaya. Quizá al final no fuésemos tan disparejos.

—Con mucho gusto.

Tomó asiento y le di el portátil, buceó por el documento abierto con la pericia que da pasarse la vida tras la pantalla y encontró enseguida el punto donde se había quedado en su lectura anterior. Lo que nos lleva a nosotros adonde empezamos, por cierto.

—¿Mi hundimiento? ¿Qué soy?, ¿el Titanic?

—Emocionalmente sí. Deberías serlo.

—Vete a la mierda.

—Pues no haberme pedido que lo leyera.

—Era eso o derrumbarme. —Me encogí de hombros, aprovechando para volver a tirar de las costuras del suéter, intentando que tapara más piel de la que podía—. No eres un secundario con el suficiente peso, recuerda.

Raf sonrió, dejó el ordenador y me miró. Su postura, esa tan elegante que le salía sin pretenderlo, con las piernas cruzadas y las dos manos entrelazadas sobre las rodillas parecía sorprendentemente cómoda habida cuenta de dónde se encontraba y lo absurdo de la situación.

—Creo que deberías desahogarte, Carmen. Aunque no lo lea nadie. Aunque no lo compartas después, pero tendrías que sacarlo.

—¿Porque eso me daría armas con las que enfrentar el potencial desastre que sería que la vida de mi hermano fuera un infierno por mi culpa?

—¿Nunca te has planteado que quizá él hubiera elegido quedarse contigo, aun en las circunstancias que vivíais, antes que alejarse de ti?

Era absurdo. Lo más tonto que había oído en mucho tiempo.

—Es una gilipollez.

—¿Por qué estás tan segura? Tú misma has dicho que no le conoces. Podría pensarlo.

—Le conocía entonces. Le conocía mejor que nadie. Joder, casi murió un par de veces en mis brazos, ¿sabes?

Me removí, inquieta. ¿Quedaba chocolate? ¿Y vino? Me parecía que sí. Caliente, pero me haría un apaño. Negué, tirándome de los cortos mechones rojizos como una puta demente. La jodida casa. Los jodidos recuerdos y el puto profesor con alma de psicoanalista… no iba a gritar. No iba a ponerme histérica y, desde luego, no iba a usar la bebida para ahogar los miedos, por más que estos me apretaran la garganta.

No soy mi padre.

—No es una opción que pueda contemplar. —Porque entonces mi vida no habría tenido sentido, cada día y cada noche lejos de Nano no habría significado nada. Me habría castigado, quedándome sola, por nada. No podría soportarlo. Elegí la negación—. Tomé la decisión adecuada para un niño que no podía decidir.

—Solo había dos años de diferencia, Carmen. Creo que igual que tú

no merecías cargar con la culpa, él merecía opinar sobre su vida.

—No sabes nada. No viviste esto, ni aquí. No entiendes, no puedes…

Se levantó. Me agarró de la mano pero yo me aparté. Necesitaba ese revulsivo con urgencia. Que alguien me metiera los dedos por el gaznate y me obligara a echarlo todo. Pero una vez más, elegí la negación. No era el momento. No estaba preparada. No podía desprenderme de más piezas de la armadura antes de enfrentar lo que me quedaba de día.

Y de vida.

—Cuéntamelo, Carmen. A mí, al secundario recién llegado con poco peso, a alguien externo y ajeno que no te juzgará.

—¿Por qué narices te importa?

Me miró como si estuviera loca. Bueno, era algo que no podía reprocharle.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? Mereces importar. Importas. Eres importante.

—Cuánta redundancia para un profesor.

—Te vas por las ramas.

Me sonó el móvil.

—Licencias poéticas.

—Carmen…

Miré la pantalla. No era Nano, pero de igual forma, escogí la salida del cobarde.

—Es de la funeraria. La incineración está preparada.

Y sin pararme a preguntarle si se iba o venía, me di media vuelta, dispuesta a vestirme con la mejor máscara que pudiera encontrar.

18
Conector

No sabía cómo de horrible podía ser una cremación, pero estaba convencida de que presenciarlo me iba a afectar. Poco importaba lo fría y escasa que hubiera resultado mi relación con mi madre, ver cómo una persona es reducida a cenizas no es plato de buen gusto para nadie, sin importar las circunstancias.

Me preparé lo mejor que pude, y me refiero, por supuesto, al plano físico. Pelo limpio, los vaqueros más oscuros que pude encontrar, una camiseta negra de cuello redondo y la cara lavada. Encima, el anorak amarillo, la única prenda de abrigo que había tenido el tino de meter en la maleta cuando se desató todo el infierno. Al verme en el espejo de mano, valorando si aplicar corrector para las ojeras para asistir a una funeraria estaría mal visto o no y equilibrándolo en la balanza de lo poco que me importaba el qué dirán, respiré hondo. Mis ojos no mentían, a mí no, por lo menos. Yo me conocía y sabía que aquella fachada de calma y sosiego no era más que eso, puro teatro. La ansiedad me comía por dentro con el mismo ímpetu que atacaba yo los frutos secos después de andar arriba y abajo por la escuela infantil un martes cualquiera.

> «Solo vas a ver a tu hermano por primera vez en más de quince años mientras queman a tu madre muerta. No seas dramática, Carmiña».

Logré esbozar una sonrisa, pero solo porque cortarme el cuello con la minicuchillita del cortaúñas no era de recibo. No me daría tiempo.

—¿Carmen? ¿Necesitas ayuda?

No voy a caer en el cliché de decir que estaba tan sobrepasada por

mis mierdas, que casi me había olvidado de Raf. Porque nadie en su sano juicio —ni con la razón completamente perdida— podría olvidarse de él. Su presencia era como esos perfumes fuertes de las señoras que se ponen la ropa buena para ir de paseo al Corte Inglés, penetrante, interminable. Fulminante.

Si en el buen o en el mal sentido, todavía no lo he decidido.

—Ya salgo.

Y como poco más tenía que dilatar, eso fue lo que hice.

Me colgué la bandolera al hombro asegurándome de meter el móvil, la cartera, las llaves y hacer todas esas cosas prosaicas que uno hace antes de salir de casa. Levanté la vista cuando resultó humanamente imposible seguir haciéndome la sueca y ahí estaba él, con la chaqueta puesta y la cara de circunstancias que pondría cualquier persona que, sin ser amigo ni familiar, se ve envuelto en una tesitura como la que afrontaba Rafael en esos momentos.

Se me vino a la cabeza el estribillo pegadizo de esas canción de Los Zigarros… la de *¿qué demonios hago yo aquí?*

—Solo faltaría que ahora se me pegara durante todo el velatorio.

—¿Qué dices?

Sacudí la cabeza. Subí la cremallera del anorak de un tirón.

—Que puedes darte una vuelta si quieres, no hace falta que tú…, no tienes que… —No quería decirle que no pintaba nada en la incineración de mi madre, pero vamos, así era—. Va a ser un momento muy jodido y no hace falta que lo vivas en directo.

Me miró como el buen samaritano que adopta un cachorro y tiene que dejar a los demás en la perrera.

—No me gustaría que lo pasaras sola, Carmen.

Me encogí de hombros.

—Sola no es una palabra que me asuste. La conozco bien. Somos buenas amigas.

—Deja que me quede contigo hasta que llegue tu hermano.

—Seguramente ya estará en la funeraria. Le veré allí. —Me atravesé la bandolera sobre el pecho, igual, así el amarillo canario del abrigo se veía menos—. En serio, date un paseo, tómate unos pulpos a la gallega o unos pimientos del padrón. Haz turismo. Mira el mar. Compra percebes…

—Carmen…

—Rafael, por favor. Necesito hacer esto por mi cuenta.

Insistió un poco, claro, pero a mí tanto me daba que se arrancase a bailar una muiñeira, lo único que había tenido gran parte de mi vida para defenderme era mi convencimiento. Mi opinión. La cabezonería que me hacía darme de bruces contra los cantos hasta que se abrieran por la mitad o me rompieran a mí la frente, lo que pasara primero. Claudicó, porque no le quedaba otra.

—¿Te ha avisado ya tu hermano? ¿Se va a encontrar contigo en algún sitio antes de… de…?

—¿De que conviertan a mi madre en un montón de polvo acumulado y la metan en un táper como si fuera arroz tres delicias para envío a domicilio? —Raf se mordió el labio y su incomodidad fue tal que casi me resultó cómica. La verdad es que yo no estaba acostumbrada a tanto interés, tanta preocupación sobre mis cosas o las circunstancias que estaba viviendo. No era consciente de que me faltara, supongo que porque hasta entonces no había visto la otra cara de la moneda. De hecho, se me daba tan mal gestionar algo tan normal como el hecho de importarle a otra persona, que no sabía si sentirme agradecida o agobiada—. Como ya te he dicho antes, seguramente nos veremos allí directamente.

—Pero ¿estás segura de que…?

—Rafael, lo creas o no, que mi hermano fuera adoptado por otra familia y nuestra relación se redujera a cinco llamadas telefónicas espolvoreadas durante la siguiente década no nos ha unido mucho. —Tragué saliva—. Intento mantener la calma ante ese hecho, hacer que me parezca bien.

—No te lo parece.

Joder, ¡claro que no! Por supuesto que habría querido a Nano en casa, cogiéndome del brazo y yendo conmigo a la funeraria, prestándome su aliento, su calor, la cercanía de su cuerpo, seguramente ahora más fuerte y grande, como tantas veces había hecho yo en el pasado por él, sin embargo, la vida tiene un adjetivo para definirse claro y conciso: es una puta. Y la realidad que toca es la que toca, te guste, no te guste, te duela o no te duela.

No hay más.

Los Vega, en cuestiones de conformismo, somos todos unos profesionales.

—Es lo que hay. No sé cómo va a reaccionar al verme. No sé cómo voy a reaccionar yo. Estar aquí ya es surrealista y estar aquí contándotelo a ti parece una de esas… novelas distópicas de fines de mundo *gores* que tanto le gustan a Enzo. —Eso le hizo sonreír—. No quiero que vengas conmigo porque puedes ver cosas muy raras.

—¿Más que el hecho de que asistas a la incineración de tu madre vestida de amarillo?

—Eres un capullo.

—Pues sí. Concéntrate en eso si el argumento se te hace muy cuesta arriba. —Su mano, cálida y amable, tocó mi brazo—. Estaré por el pueblo, no voy a volver a Madrid sin despedirme. Tienes mi número, para cuando lo necesites.

Mientras le veía alejarse calle abajo no pude evitar pensar en lo extraño que era Rafael. En más de un sentido. Por estar allí. Por comportarse de aquel modo. Por soportar los malos modos de una mujer como yo, cuyo carácter estaba tan ajado y rehecho que no sabía si era antipática de nacimiento o borde por supervivencia. No importaba la razón, tampoco conseguiría descubrirla, Raf estaba allí. Había acudido a una llamada desesperada que no fui consciente de hacer, porque creyó importante mostrarme su apoyo a pesar de que no nos unían más que unos hilos de nudos precarios.

Sin embargo, Pau…

Saqué el teléfono del bolsillo a sabiendas de que solo hallaría la nada. Un goterón empapó la pantalla oscurecida y eso me hizo levantar los ojos del suelo. Perfecto. Tendría que ponerme la capucha amarilla para no aparecer en la funeraria en modo sopa.

—Solo espero que a la primera alcantarilla que me encuentre, Pennywise tire de mí y acabe con este esperpento de vida.

Emprendí camino. Sin payasos psicópatas ni novios en el horizonte. Bajo la lluvia, con las botas mojadas y un latir de corazón que en cualquier momento me atravesaría una costilla. El pueblo no era grande y menos si una daba zancadas histéricas como hacía yo cuando estaba nerviosa. Doblé la esquina que daba a la funeraria igual que McLaren en un circuito de Fórmula 1 y le vi, aún sin verlo del todo.

¿Cómo pude reconocer a mi hermano cuando no le conocía en realidad? Parece una estupidez, pero eso de que el cuerpo lo sabe, que la sangre tira y todas las demás memeces que tantas veces había oído y a las que había hecho burla sin cuartel, me escupieron en la cara con la misma virulencia que la lluvia. Me solté la capucha y dejé que la tela húmeda resbalara hasta descubrirme la coronilla. Allí, delante de la puerta, un joven alto y esbelto, con solo un poquito de tripa por la postura, aguardaba. Su cabeza, de rizos oscuros algo encrespados por la inclemencia del tiempo, estaba inclinada hacia su derecha, donde una mujer menuda, de pelo negro y muy liso, se resguardaba bajo un paraguas.

El estómago me dio un salto mortal tan bestia que hasta él debió oírlo, porque susurró algo a su acompañante y levantó la vista. Toda una vida de recuerdos amargos e infelices, toda una sucesión de malos momentos, lágrimas, hambre, pobreza, miedo, dolor y golpes, se intercambió de su mirada a la mía. Nos reconocimos y fue, durante un segundo, como si no hubiera pasado un solo día. Como si todo el terror se hubiera congelado en el tiempo y ahora, volviera a nosotros otra vez.

La perspectiva era lamentable. Por eso los dos apartamos la mirada.

Me acerqué con la torpeza de un jabalí pisando el suelo recién encerado. Intenté conferir elegancia al hecho de estar acojonada, empapada, vistiendo de forma inadecuada y cargando con una bandolera en la que sabía Dios por qué había metido mi portátil, como si por alguna razón esperara encontrar la inspiración en una reunión familiar que haría de las meriendas de los Addams algo memorable.

—El párroco se retrasará un poco. Hay un velatorio a dos calles de aquí.

Asentí, aunque lo mismo me podría haber hecho bola y rodar hasta Pontevedra.

—Es lo que tienen los pueblos, los muertos se acumulan.

Nano asintió. Me embebí de su gesto como si le estuviera viendo saltar en paracaídas. Sabía que parecía una *groupie* observando con anhelo a los cuatro teloneros de turno, peguntándose a por cuál de ellos iría. La misma ansiedad. La misma sensación de no tener ni puta idea de qué hacer, decir o cómo proceder.

No sé cuántas veces he usado ya esta comparación. Perdón. Estoy jodidamente nerviosa. Soy pésima en situaciones de estrés, a pesar de haberme curtido en centros de acogida y orfanatos. Nunca elijo las palabras correctas.

—Pasó algo parecido con papá —dijo Nano después de carraspear, girándose apenas hacia la chica que le acompañaba, todavía bajo el paraguas.

Me pareció que hablaba más para ella que para mí y, aunque yo no llevaba nada que me protegiera, ni de la lluvia ni de mi propia estupidez, solté lo primero que se me vino a la cabeza, por alguna razón, también más para ella que para mi hermano. Supongo que por triste que sonara, mi nivel de intimidad era el mismo con ambos.

—En ese caso el párroco nos dio prioridad. —Dos pares de ojos, los de Nano y los de la chica, se posaron sobre mí—. Papá murió ahogado y apareció en da Morte tres días después y claro…

—Carmen, no sé si esa es una historia apropiada…

—¿Por qué no? Va de muerte. Estamos delante de la funeraria y van a cremar a mamá. —Me encogí de hombros. El anorak emitió un chirrido horrendo—. Podríamos compartir recuerdos de la infancia, ¿prefieres los de golpes, los del escorbuto o los del día en que vinieron los de Servicios Sociales?

Para que os hagáis una idea, una quincena de años después de la última vez que había visto a Nano, esas fueron mis palabras exactas. La chica, que descubrí era una asiática que bien podría haber copado las portadas del Vogue o protagonizar una novela de Murakami, levantó las cejas hasta que casi las perdió bajo un pelo sorprendentemente bien peinado dadas las circunstancias. Cuando el raciocinio me volvió y fui consciente del percal, temí que Nano se diera la vuelta y desapareciera por el resto de nuestra existencia. De hecho, lo deseé, porque estuve segura de que no había nada en el mundo que pudiera arreglar aquello. Sin embargo, hemos de recordar que yo no sabía nada de aquel desconocido al que llamaba hermano, así que de ninguna manera pude prever por donde saldría.

Y de nuevo, no lo habría adivinado jamás.

Para mi asombro y sorpresa, Nano abrió la boca y se señaló con el índice izquierdo. Era zurdo. Eso sí lo sabía.

—Me puse nuevos los piños, ¿ves? Perdí varios de leche y luego un par salieron débiles y torcidos, pero nadie lo diría, ¿verdad, Maca?

La chica sonrió y le golpeó el hombro. Dijo algo como «parecen auténticos» y Nano hizo una gracieta como si fuera a sacarse la dentadura allí mismo. Se le formaron unas arruguitas a los lados de los ojos cuando sonrió mientras Maca, se tapaba los ojos y fingía mirar a otro lado. Yo también sonreí, aunque fue con tristeza. Me habría gustado sentirme parte de la broma, haber sabido que mi hermano se había arreglado la dentadura, que estaba aparentemente en paz con aquel suceso traumático de su niñez hasta el punto de tomarlo con humor. Me habría encantado conocerlo más en ese momento, saber que tomaría mis palabras a la ligera, que su trauma no era tal como para vivir amargado.

Parecía estar bien. Estaba bien. Eso solo podía significar que yo había hecho bien, por más que la decisión me hubiera lacerado por entero. Comprobarlo me compensó todo lo demás, el ser ajena a su vida, el vacío de mi pecho. La soledad de no tener a nadie que me sostuviera como él hacía con Maca.

No importaba, pensé con la primera idea honesta que cruzaba mi mente desde que había vuelto a pisar aquel pueblo gallego al que un día juré no regresar, Nano estaba a salvo. Por lo que a mi respectaba, podía caer el diluvio universal.

En mi cabeza, había parado de llover.

—Me alegro de verte, Nano. —Su nombre sonó extraño pronunciado en voz alta. Para los dos. Abrió la burbuja en la que había estado perdido con su novia y me miró—. ¿Te siguen llamando así o…?

—Sí, sí, claro. Nano está bien.

Asentí. Por un segundo esperé que dijera que él también se alegraba. Que estaba contento, que… algo. Y por un segundo, casi pareció que iba a hacerlo, pero entonces, la realidad se impuso. Maca le dio un ligero golpecito con el codo, llamando su atención.

—El párroco viene calle abajo.

Nano afirmó, haciéndose a un lado para dejar libre del espacio ante la funeraria.

Durante unos minutos lentos y agónicos, no hicimos ni dijimos

nada, solo aguardamos. Cuando el anciano cura llegó junto a nosotros, con el paraguas escurriendo y los bajos de la sotana soltando gotitas, nos hizo un gesto con la cabeza y procedió a abrir la funeraria, rezongando no sé qué del día tan desapacible que habían elegido los difuntos para morirse y darle trabajo extra.

Había que joderse.

Maca entró primero, con la mano de Nano apoyada de forma tierna en su espalda. Me acerqué despacio, incómoda, como si la cálida escena no fuera conmigo y mi presencia allí estuviera fuera de lugar, de tiempo y hasta de modo. Bajé la cabeza y de paso, la cremallera del anorak, y ya estaba haciendo por concentrarme en el inevitable calvario de letanías y rezos ante un cadáver que me decía lo mismo muerto de lo que había hecho en vida cuando mi hermano, de la nada, se me puso delante.

—¿Has venido sola?

Fruncí el ceño.

—Bueno…, estoy contigo. Quiero decir, estamos aquí en un… asunto de familia.

¿Se podía ser más patético?

—Ya bueno, me refiero… ¿no has traído a tu novio o marido? ¿Nadie?

Sí, se podía.

Nano se rascó la nuca y aquellos rizos castaños que tantas veces había mecido yo entre mis dedos parecieron removerse como resortes, dando tumbos sobre su cabeza, ahora de hombre adulto, con dientes nuevos y novia simpática.

—Se ha quedado en casa, trabajando.

Asintió. Di gracias a Dios de que no insistiera más, porque si me pedía detalles no tenía ni idea de qué coño decirle. Había soltado una verdad a medias, era cierto que Pau estaba trabajando en Madrid, pero no podía aseverar que aquella siguiera siendo mi casa ni que a él pudiera considerársele todavía mi pareja.

Demasiado intenso para una primera conversación fraternal tras años de distancia. Casi era mejor profundizar sobre los percebes que le habían arrancado a mi padre de los dedos de los pies cuando los sacaron del mar, hinchado como un globo.

—Te veo bien, Carmiña.

Nos miramos, esta vez, con toda una vida de momentos no compartidos latiéndonos en los ojos. Me tembló el labio y levanté la mano, pero no me atreví a tocarlo. Quería preguntarle tantas cosas, decirle tantas cosas…

Pero ¿tendríamos ocasión? ¿Nos dejarían esta vez hacerlo bien?

—Necesitamos tiempo —susurré, no sé si para mí o para que me oyera él. El doble del perdido y la mitad del que habíamos pasado mal. Una cifra imposible.

—Bueno… —Nano, con las manos en los bolsillos de la americana, cambió el peso de los talones a las puntas de los pies, balanceándose como el crío travieso que apenas había podido ser—. No es a nosotros a quienes van a quemar.

Levanté la mirada. No estaba riéndose, pero había algo ácido en su expresión. Algo que reconocí al instante, porque era un algo que veía en mi propio reflejo cada vez que lo observaba.

Entonces entendí que el espesor de la sangre era real. Que el hilo de la familia, aunque sucio y enredado, tiraba. Que, pese a la distancia, lo que había existido perduraba porque había sido de verdad. Había un conector.

Mi hermano y yo teníamos un conector.

—¿Entran ustedes o pretenden que dé el sermón funerario a la intemperie? Válgame Dios…

Sin decir palabra, ingresamos a la funeraria. Desprovista, fría y tan lúgubre que parecía sacada de alguno de los sueños más húmedos de Tim Burton. En el centro de la sala y rodeado de cirios, estaba el ataúd cerrado de mi madre. A un lado, un par de sillas colocadas en hilera, al otro, el pasillo angosto que llevaba al único crematorio del pueblo.

Con un carraspeo sonoro, el párroco declaró que estaba dispuesto a iniciar el responso tanto si los presentes estábamos listos o no. Maca y Nano tomaron asiento y yo hice lo propio, medio ahogada entre la emoción de la cercanía que había experimentado hacia mi hermano unos segundos antes, y el hedor que desprendían las velas al consumirse.

—Joder, parece que estamos dentro de una escena de la casa de Bernarda Alba.

Nano agachó la cabeza, no dijo nada, pero su mano libre, la que nos sostenía los dedos de Maca, se deslizó despacio hasta rozar la mía.

—Podemos despedirnos, Carmiña —me susurró—. Por última vez.

Y por lo que aquello significaba para los dos, ninguno pudo decir más durante el resto de la misa.

19
Cierre

Fue al adentrarnos en el cabo Finisterre que logré entender a la perfección ese famoso dicho que reza «no saber ni de la misa la media». No habría podido reproducir ninguna de las palabras que dijo el párroco ni aunque mi vida hubiera dependido de ello.

Cuando cesó su letanía, lejana y sin palabras en castellano para mí, emprendimos camino con la urna de las cenizas de mi madre. Tampoco recordaba el momento en que el ataúd, negro y sencillo, lo único que había podido permitirse, se deslizó por la plancha en dirección a los hornos. Ni el ruido de las llamas. Ni el gemido ahogado de Maca, más por lo fuerte de la escena que porque le doliera realmente la muerte de mi madre, a la que no conoció.

Todo eso lo rescaté de algún rincón de mi interior, atestado de momentos que en teoría había vivido, donde se suponía que había estado, pero de los que me sentía ajena. Desconectada. Era como si mi cuerpo hubiera dejado de contenerme el espíritu, si acaso eso tenía sentido. Una cáscara vacía que caminaba y seguía al resto sin estar allí en realidad.

—¿Quieres decir unas palabras o… bueno, algo?

—¿Más palabras?

Me aparté un mechón de la cara y miré a Nano, llena de confusión. Aquello era todo lo que podía hacer. Todo a lo que había elegido dedicarme en las horas previas. Mirar a mi hermano y memorizar sus gestos y expresiones, los ruidos de sus Vans oscuras al andar por la gravilla, esos susurros tiernos que dedicaba a su chica o la forma aparentemente natural en que le ofrecía su mano para salvar escollos del camino. Me obcequé con Nano y no presté cuidado a nada más,

como una yonqui que disfruta el subidón porque desconoce cuándo podrá acceder al próximo chute.

—La verdad es que la misa ha durado lo suyo.

—No recuerdo haber pasado tanto tiempo con mamá cuando estaba viva.

Él medio sonrió. Yo hice lo propio. Ahí estaba otra vez, increíble pero cierto, nuestro conector.

—Sí que se nota que sois hermanos.

Miré a Maca. No la conocía más que de un rato, pero ese comentario se granjeó todas mis simpatías.

Nano carraspeó, devolviéndonos al momento presente. La lluvia arreciaba y el aire del cabo nos removía las prendas de ropa, llenándonos la piel de escalofríos. Todo era inhóspito y no invitaba a que la escena se alargara. Yo, sin embargo, temía el momento en que todo terminara, en echar aquel cierre porque entonces, Nano se marcharía, ¿y cuándo volvería a verle entonces? Ya no nos quedaban más parientes que echar al mar. No habría más excusas para reunirnos. ¿Qué haría cuándo me lo quitaran? No estaba preparada para dejarlo ir, cuando ni siquiera había vuelto del todo a mi vida.

—Entonces, ¿la soltamos sin más?

Le vi levantar la urna, que por alguna razón se había desportillado un poco desde la funeraria. La historia de nuestra vida, pensé para mí. Siempre de segunda mano, prestado o de mala calidad.

—¿Tú quieres decir algo?

Encogió los hombros. Maca dio un paso atrás, no sé si por el frío o en señal de respeto, como si quisiera dejarnos intimidad para vivir ese momento a solas.

—Supongo que ya no importa. Está muerta, no tiene mucho sentido.

Asentí, estiré los dedos y, con mucho cuidado, temiendo que la piel pudiera estropearse igual que había hecho la urna, toqué la mano de mi hermano.

—Me gustó lo que dijiste en la funeraria.

—¿Que olía a fumadero de opio?

Fruncí el ceño.

—No. ¿Y tú cómo sabes a qué huele eso?

—Soy trabajador social. He olido muchas cosas que jamás olvidaré.

Aquello me sorprendió y a la vez… *wow*. Era perfecto. Absolutamente genial.

—¿Eres trabajador social? ¿En serio?

—Tengo un diploma y todo. —Sonrió, con aquellos dientes limpios. Sanísimos—. ¿A qué te dedicas tú?

Soy escritora. Sueño con serlo. Es lo único que ansío para mí y todo lo que siempre ambicionaré en mi vida.

—Trabajo en una escuela infantil.

Nano asintió con la cabeza. No lo supe hasta ese momento, pero comprendí que su aprobación era muy importante para mí. Más de lo que podría haber sido la de Pau, con el que tantas veces me sentía en inferioridad de condiciones, e incluso más de lo que era para mí misma. Había renunciado a él mucho tiempo atrás, en pos de darle más opciones. De que tuviera algo mejor. Que ahora se sintiera orgulloso, que yo tuviera buenas respuestas a esas preguntas prosaicas de la vida —a qué te dedicas, tienes casa propia, has visto mundo…— era importante a un nivel que me resultaba muy difícil de explicar.

Si la vida nos volvía a separar, no quería que mi hermano se fuera pensando que yo era una fracasada. No quería que sintiera pena, lástima o vergüenza de mí.

—Así que los dos tiramos por el trabajo con personas, supongo que tiene sentido.

—Vivimos de primera mano lo que es la falta de empatía ante los más vulnerables. —Nunca me había parado a analizar si mi decisión de hacerme educadora había tenido trasfondo o era algo a lo que había optado por salir del paso. Elegí la primera opción, asombrada de que el funeral de mi madre estuviera resultándome mucho más reconfortante de lo que fue estar junto a ella en vida—. En mi caso, los niños, y en el tuyo...

—Un poco también. Soy una especie de enlace entre las familias desestructuradas y el sistema. Intento que el paso de un lado a otro y la vuelta, sobre todo, sea lo menos traumático posible. Se ayuda a los padres y se les da todas las opciones posibles, dejando en última instancia la retirada de custodia. Para muchos, quitarles la potestad es el último clavo en el ataúd y, por mal que les vaya, bueno…, la idea es

ayudarles, no conferirles más dolor. A ninguna de las partes.

Guardó silencio. Bien sabíamos ambos lo que suponía ese amargo momento final, ese tirón de manga definitivo en que los Servicios Sociales decidían que te ibas de tus casa en el acto y sin discusión. Creedme, mi hogar era todo menos eso, un hogar, pero la perspectiva de ir a un sitio desconocido, donde lo que puedes encontrar es casi siempre cien veces peor, asusta. Y cuando eres un crío, mucho más.

—Eres el ángel de los desamparados. Te pega, con esos rizos.

Nano sonrió y se toqueteó la cabeza. Recordé cómo había llorado el día que tuvo piojos, porque mi padre amenazó con echarle engrudo y rapárselo para matar a la plaga. Pasé la noche en vela, con un candil encendido, limpiándole cada mechón con suma paciencia.

—Me gustaría hacer más, pero… suelen atarnos bastante en corto.

—Le han amonestado más de una vez por saltarse el protocolo, las normas, las cadenas de custodia…

—¡Maca!

La novia de mi hermano, que por lo visto había decidido que nos había otorgado intimidad suficiente, se unió a la conversación. Me encantó que ignorara su advertencia, que sonriera y que se dirigiera a mí. Me hizo sentir parte de aquello. De ellos dos. De su vida.

—Una vez se encerró en una casa con una familia durante dos días enteros para falsear una entrevista de custodia.

Abrí mucho los ojos, Nano parecía azorado. Me encantó. También que hubiera dejado la urna de mi madre a un lado, en el suelo, sin que nos diéramos cuenta. Era como si nada pudiera interferir en ese momento. Como si no existiera nada más que nosotros.

—Preparaba a los padres —se defendió, sin mucho éxito—. No falseamos nada.

—Les dijiste lo que tenían que decir.

—En eso consiste preparar una entrevista.

—Venga, Nano… —Maca sonrió. Era guapa y divertida. Era simpática. Quería a mi hermano—. Les susurraste códigos penales y leyes de esas que no están al alcance de las familias para que torearan al sistema.

—Alguien tenía que hacerlo. —Parecía orgulloso. Yo lo estaba, y solo participaba en aquello como espectadora—. A menudo los

servicios sociales se aprovechan de las líneas difusas y la falta de información. Quiero ser parte de la solución y no del problema.

—Y puedes hacerlo desde dentro —apostillé.

—Eso es. Gracias, Carmiña. —Se giró hacia Maca—. ¿Ves? Desde dentro.

—Como he dicho, se nota que sois hermanos.

Maca se cerró mejor el abrigo y nosotros nos quedamos callados, mirándonos de soslayo, seguramente perdidos en la misma variedad de recuerdos tristes y de momentos que no habíamos compartido, pero nos habría encantado vivir. Me habría gustado ver a mi hermano graduarse y recibir su título. Ganar su primer caso… o como quiera que se dijese cuando se marcaba una victoria. Aunque llegara tarde a sus fiestas, hecha unos zorros y con una pinza hortera en la cabeza. Nano probablemente se habría reído y no me lo habría tenido en cuenta. «Así es mi hermana», diría. O algo por el estilo. En mi imaginación me conocía, me apreciaba por cómo era y no sentía vergüenza de mí.

No me castigaría con la ley del silencio. No me dejaría sola mientras veía reducirse a cenizas el cuerpo de la mujer que solo muerta fue capaz de emitir calor.

—Eres un héroe sin capa.

—Solo intento hacer algo bueno. Dar un buen final a casos que parecen perdidos. —Nano recogió la urna, carraspeó—. Y en el caso de los hermanos… que no los separen cuando entran al sistema, o en medio de los procesos adoptivos.

El mar me devolvió la mirada cuando intenté esconder en él la culpa y el desasosiego. No estaba segura de cuánto sabría Nano sobre aquellos días previos a mi lejanía, a mi mala actitud y al comportamiento descortés, antipático y grosero del que había hecho gala antes de que la familia que finalmente se lo llevó, acudiera a la reunión definitiva. Los escuché decir que su casa no estaba preparada para dos menores, que no era lo que habían pensado y un montón de excusas más que solo enmascaraban la verdad: sabían que yo era mayor, que ya había sido devuelta y que como mujer en ciernes, seguro que traía problemas y dobleces de fábrica. No me importó, y si lo hizo, lo olvidé pronto ante la perspectiva de librar a Nano del

orfanato.

Si él supo lo que pensaron sus padres de mí, lo desconocía, y en ese momento, cuando la voz se le quebró al pronunciar esas palabras, al enumerar que de entre sus funciones, la más importante era evitar las separaciones entre hermanos, comprendí que parte de la inocencia del niño que había sido, perduraba.

Supongo que por eso había sido amable y hasta simpático conmigo. Por eso no parecía traslucirse el rencor en nuestro encuentro, porque Nano no sabía que nuestra separación había sido orquestada por sus padres en primera instancia, pero llevada a cabo y aceptada por mí. Probablemente el silencio de aquellos años escondía su culpa por creerse con mejor suerte que yo.

Que no estuviera en posesión de todos los detalles me beneficiaba, pero, por otro lado, ¿era justo para él cargar con ese peso? ¿Creer que su suerte había sido mi desgracia, temer, quizá, que yo le tuviera envidia, celos?

Debería sincerarme, eso era lo correcto. Eso sería lo adecuado, aunque implicara perderlo.

Otra vez. Para siempre.

—¿Carmiña? ¿Estás bien?

Sacudí la cabeza. A la mierda las buenas acciones, pensé. Estaba harta de ser la que perdía siempre. Decidí callar. ¿Qué mal podía hacer? El daño había prescrito, habíamos crecido y el tiempo pasado. Ya que estábamos enterrando el pasado, mejor hacerlo del todo.

Cerré el pico. No sería mi única mala decisión en lo que restaba de día.

—Con tus palabras de la funeraria me refería a lo de despedirnos. —Volví a levantar el brazo, mis dedos, firmes, sostuvieron la urna junto a Nano—. Es hora del cierre.

Miró a Maca un segundo. Ella asintió despacio y dio un paso atrás. Me maravilló su elegancia y saber estar, esa… capacidad casi mágica para estar segura de cuándo aproximarse y cuando ceder terreno. Parecía una aristócrata. Alguien que sin duda no entraría corriendo, chorreando sudor y desperdigando pertenencias personales a una fiesta de ascenso.

—¿Estás lista? —preguntó Nano.

—Cuando tú lo estés.

No se nos ocurrió nada profundo que decir. No había ninguna palabra que nos naciera del pecho. Desenroscamos la tapa de la urna y la vaciamos desde el cabo, dejando que los restos de mi madre se perdieran en las oscuras aguas de la Costa da Morte. Vi cómo las olas, que rompían con rabia, se la tragaban, y no sentí nada. Sin embargo, el peso que se me había puesto en el pecho pareció hincharme el anorak hasta casi arrancarme el aliento.

Nano me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él. Con la otra mano sujetaba los dedos de Maca. Sentirme así, cobijada bajo el amparo de aquel a quien tanto había protegido yo, hizo que hipara y, para mi sorpresa, me eché a llorar.

—Ven a comer con nosotros, Carmiña.

Asentí, con la mentira atascada en la garganta igual que una espina de pescado que ni baja ni sube, pero te raspa la garganta. Me di la vuelta, dando la espalda a la verdad y le seguí, pensando que si bien aquel ahogo me haría imposible callar siempre, atesoraría cada recuerdo vivido de verdad mientras pudiera gestionar el silencio.

Participé de aquel almuerzo como una estrella invitada cuyo cuerpo pertenece a otra persona. Me explico. Yo estaba allí. Degusté algunas de las mayores delicias de la gastronomía gallega. Bebí vino. Sonreí cuando las pausas en medio del discurso así lo solicitaban, e incluso respondí preguntas cuando la conversación se dirigía a mí. Formé parte activa, aunque en realidad me sentía fuera de lugar, a años luz del escenario conferido por Nano y Maca, que parecían unos maestros de ceremonias versados en el delicado arte de superar silencios incómodos o temas espinosos.

Yo no era tan hábil, desde luego. A menudo mencionaba a mi padre o lo rocambolesco del momento que acabábamos de vivir, ellos hacían un gesto comprensivo y reconducían la charla hacia pastos más verdes, seguramente pensando que me sentía muy afectada como para ser más asertiva en mis palabras. La realidad era que, cuando uno guarda mucha mierda dentro, algún pedo siempre encuentra la rendija para escapar, y eso era lo que me estaba pasando.

Con perdón de la metáfora escatológica, ya he avisado que no soy tan buena titiritera con la oratoria como por lo visto, lo era Nano.

—¿Cuántos días estarás aquí, Carmiña?

—Los menos posibles. —Dejé el tenedor a un lado y arramplé con el último trozo de pan de la cestita—. Tengo cosas que hacer en Madrid.

Una relación que salvar, si acaso quedaba algún resto del naufragio, un profesor de taller de escritura —al que no asistía— que… ¿dónde se había metido Raf?, mierda, no me había acordado de decirle que me iba a comer con mi hermano, ¿andaría deambulando solo por da Morte? Joder, ¿cómo se podía tener tan poco tacto con la gente?

—¿Tu novio? ¿Esa persona que se quedó trabajando en casa?

Miré a Nano, con ganas de decirle que sí y soltarme a contarle mi vida, pero sin ninguna intención de hacerlo. Lo que me aguardaba era tan extraño como lo que estaba viviendo, y mi relación con Pau tan cogida por pinzas como la que ahora tenía con aquel joven con el cual compartía ADN, pero del que apenas sabía nada más.

Mi vida era un concierto de *heavy* al que yo acudía tocando las castañuelas.

—¿No ha venido nadie a pasar estos días contigo? —preguntó Maca, con aquella pinta de desear la paz en el mundo que tiraba para atrás.

—Es complicado.

—Entonces hay alguien…

—¿Y tú desde cuándo eres tan amarillista? —le pregunté a Nano, arrepintiéndome en el acto—. Perdona no… no era mi intención.

—Uy, pues lo has clavado. —Maca dio un sorbo a su copa de agua y sonrió a mi hermano, que le devolvió el gesto—. Estás ante el mayor cotilla del reino.

—Pues sí, ¿para qué nos vamos a engañar? He sido muy curioso toda la vida.

—Es cierto. —Mi sonrisa estuvo aderezada con pena—. Lo recuerdo.

Compartimos una mirada, quizá el primer gesto honesto y sin artificios de toda la comida, sin anecdotario cutre ni historias de esas de relleno para evitar que lo abrumador de todo lo que nos era desconocido, nos aplastara.

—Me parece mentira estar sentado aquí, contigo —me dijo—. Pero

una mentira de las buenas.

—¿Como aquella de que el Ratoncito Pérez vendría igualmente si perdías los dientes de forma poco natural?

Nano sonrió, extendió la mano y sujetó la mía sobre el blanco mantel de aquel restaurante con vistas al mar de cuyo nombre jamás me acordé. Se me encogió el estómago, recordando lo que escondía, lo que callaba… y que podría variar aquel gesto dulce en uno perlado de la más amarga hiel.

—Fue una de las mejores que me contaste.

—¿Está en tu top?

—¡Pues claro! Seguida muy de cerca por: «papá no está golpeando nada, ensaya percusión» —Me tapé la cara con las manos, escondiendo una expresión que no supe si era vergüenza o pena por los dos—. O, la mejor de la mejor…

—Nano, no lo digas.

Pero Maca lo azuzó desde el otro lado de la mesa, aparentemente divertida con aquellos sucesos traumáticos que mi hermano, por algún milagro divino, había logrado gestionar hasta convertir en algo que casi rozaba lo tierno. Vivir para ver.

> —«Mamá trabaja por la noche con una compañía de teatro…».

—«…y se ha olvidado de quitarse el maquillaje antes de irse a dormir». —Él asintió. Se acabó su copa, también de agua, y apretó más fuerte mi mano—. No puedo creer que te tragaras eso.

—No lo hacía, pero significaba mucho que quisieras protegerme hasta ese punto.

No tenía ni idea.

—Habría hecho lo que fuera por ti, Nano.

—Lo sé, Carmiña. Ojalá yo… ojalá hubiera podido devolvértelo de algún modo. —Sus dedos, cálidos, ofrecieron más presión—. Pero ahora tenemos tiempo, ¿verdad?

No contesté. Me terminé el vino que había pedido y recé a dioses en los que había dejado de creer para que me dieran fortaleza y buena capacidad de decisión, en la balanza, igual que Anubis pesando el corazón del difunto y sus méritos en contrapunto a una pluma; estaba

conservar a mi hermano con una mentira o perderlo confesándole que todo lo que tenía y había vivido, todos esos aprendizajes y salud mental tan evidentes me los debía a mí.

Y que su culpa por tener mejor fortuna no existía. Es decir, que había vivido con un peso de mentira que yo había puesto ahí.

Difícil elección, como ya he dicho, callarme no iba a ser mi única mala decisión del día, y dado que durante el almuerzo me sentía como un ave sin anidar, perdida en obra y acto, al salir del restaurante y despedirme, viendo como Nano y Maca se iban juntos a su hotel y como yo me quedaba suspendida en aquel limbo de calles y comercios que solo me traían malos recuerdos, hice algo que enseguida lamenté, caí en el consabido error que cometemos todos los abandonados, perseguir la estela de lo que creíamos tener, pero nunca nos había pertenecido.

A trompicones, más borracha de dudas y de soledad que por consecuencia del alcohol, llamé a Pau.

20
Encadenamiento

No me acosté con Eloy porque lo quisiera. Ni siquiera porque «tocara». No lo hice porque mis amigas lo hubieran hecho antes, porque tuviera la edad apropiada, por presión de su parte, pasión de la mía o porque fuera «el momento».

Me acosté con Eloy porque, al estar saliendo con él, comprendí que era lo adecuado. El siguiente paso lógico a dar, como digo, no porque siguiera un baremo, ni una lista de instrucciones, sino porque entendí que el sexo era, además de moneda de cambio —cosa que asumí muy joven— un amarre muy útil cuando querías mantener a alguien en tu vida.

Y yo pretendía conservar a Eloy.

Tiempo después me sorprendí descubriendo que, tras toda una vida marcada por la soledad más profunda, nunca me había sentido sola, en el sentido real de la palabra. Jamás había tenido esa sensación de angustia que sufren algunas personas por no tener a nadie en el mundo a quien recurrir. Ningún hombro sobre el que llorar. Nada a lo que aferrarse. A mí no me pasaba, por más que durmiera bajo techos ajenos, comiera lo que me servían en el orfanato o me rechazara familia adoptiva tras familia adoptiva.

Yo no estaba sola, porque yo tenía a mi hermano.

O así había sido, hasta que Nano fue adoptado.

Entonces, un nuevo universo de abrió ante mí, uno de miedo, de dudas, de una incertidumbre que provoca que se te acalambren los músculos y no cede por más saltos de dolor que intentes dar. Cuando mi hermano se fue, cuando sus nuevos padres aseveraron que no querían contacto externo con lo que él había dejado atrás —yo—, entendí que era momento de asegurarme una buena soga de sujeción. Una que me mantuviera sujeta a

la gravedad, que impidiera que mi terror, que el eco más hondo del silencio producido por no tener a nadie alrededor, me ahogara. Una que me protegiera, aunque muchas veces, la soga que elegí me ahorcó.

Después de Eloy, llegó Eric. Me había hecho una especie de tatuaje falso en forma de E mayúscula que consistía en pegar esparadrapo a mi brazo y tomar el sol con él puesto, de modo que quedara una marca blancuzca legible. Me pareció que escoger un novio con la misma inicial era práctico. Aquello no duró. Eric quería el sexo más de lo que quería a nadie y más que un nexo de unión, más que algo con lo que sentirme apegada, me asqueó el hecho de que cada vez que lo hacíamos, yo parecía sentirme más lejos de todo. Más vacía. Más en silencio.

Cuando acabó lo de Eric, hubo un par de encuentros que no llegaron a nada, hasta que Rayco apareció en mi vida. Rayco, que era un niño bien, con coche y abono para ver los partidos de fútbol, de los que tienen ropa buena y unos modales exquisitos. Rayco, cuya única arma de seducción pasaba por sonreír y decir con soniquete la repetitiva frase «¿tú sabes quién es mi padre?», para referirse al pobre diablo que tenía por progenitor, que poseía una fábrica de conserva de caballas tan diminuta que apenas exportaba a ningún supermercado conocido. Cuando le dije, harta de sus ínfulas, que había probado patas podridas de centollo en Galicia que tenían más calidad que el género de su padre, me llamó puta y me dejó tirada, literalmente, en medio de un arcén.

Entendí que el ego de los hombres era su soga, y que para mantener el nudo, si una quería conservarlo, no podía estar toqueteándoles la cuerda. Ni los cojones con ciertas cosas relativas a su orgullo.

También aprendí a no iniciar discusiones cuando iba en coche ajeno, porque luego tendría que volver a casa a pie, lo que no siempre resultaba seguro.

Pasé un tiempo a solas, muy poco, en realidad, lo de Rayco duró hasta que no pude soportar más sus aires de superioridad y para entonces, ya trabajaba de camarera en un pub de Malasaña, soñando con ser una gran escritora que narrara historias con un final feliz de esos a los que, tal como iba mi vida, solo podría aspirar si los tecleaba en mi antiquísimo Acer con Windows XP. Entonces apareció Pau, el pasante de derecho.

Y vuelta a empezar.

Ahora que aquello hacía aguas, que otra vez veía como mi cabo de

auxilio me cortaba la respiración y hasta el flujo sanguíneo de tanto como se me apretaba alrededor de las articulaciones, me daba cuenta de que, desde que la partida de Nano me había sacudido, haciendo clic a la tecla del pavor a la incapacidad de ser querida, de estar acompañada, jamás había vivido por mi cuenta. Nunca me había dedicado tiempo a mí, ni reparado en sanar las heridas de una relación anterior antes de quitar la tirita para que la siguiente mala decisión volviera a abrir la carne.

No había dedicado espacio a ser una persona autosuficiente, ni independiente. En lugar de eso, había ido alternando a un hombre detrás de otro, buscando al que no me dejara, al que no se fuera, al que no me insultara, pegara o bebiera hasta escupir al diablo por la boca en forma de mal querer.

Había estado viviendo un encadenamiento emocional tan tóxico, que los efluvios y vapores de mi propio veneno no me habían dejado darme cuenta.

Hasta ahora.

Bueno… hasta un poco después de ahora.

Rafael me encontró hecha un desastre. Uno de esos que ningún profesor potencial de taller de escritura en el que presentas un absentismo alarmante debería verte nunca.

Un estado poco apto incluso para algunos amigos cercanos.

Antes de entrar en detalles, repasemos el desencadenante del desastre: mi patética caída a los infierno sin red. La llamada a Pau.

Esperé, en mitad de la calle empedrada donde el restaurante en el que habíamos comido cerraba, mientras Nano y Maca se alejaban en dirección a su hotel. Un tono. Dos. Tres. Mi nerviosismo se acrecentaba y los latidos del corazón me hacían tal eco en el pecho que estaba segura de que en cualquier momento algún cantante de pop del momento me pediría los derechos del repiqueteo para el fondo de una de sus letras.

Pau respondió al quinto tono, casi cuando estaba tentada de colgar. Cogí aire al escuchar como la línea daba señal al otro lado, diciéndome que no iba a reprochar la tardanza, ni tampoco la ausencia de comunicación a pesar de cómo habían quedado las cosas en casa y de las circunstancias excepcionales que me habían llevado a dejar inconclusa la conversación. Llamaba porque necesitaba desesperadamente apego, no más peleas.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo?

Me pisé un pie con el otro, tiré de la tela acolchada del anorak y me deshice la coletita en la que llevaba sujeto el pelo húmedo, esperando su respuesta. Pau resopló, y por un segundo, albergué la esperanza de un lo siento, de una voz quebrada que lamentara su ausencia, que me asegurara que todo irían bien al regresar, que dijera, que si necesitaba algo, cualquier cosa, podría contar…

—Tengo muchísimo trabajo, Carmen, además del total de las tareas de la casa porque te fuiste sin cumplir tu parte y claro… entre el tinte, la compra y lo demás, pues sin tiempo apenas para salir a correr. Llevo una marca de mierda esta semana y el aparato ese que me pediste no concuerda bien con la *fitbit*. —Otro resoplido—. Pero bueno, tiro con todo, como siempre.

Silencio.

No soy una persona exagerada. En serio. La vida me ha dado un buen baremo para saber medir la gravedad de las cosas. Tampoco soy dramática, ni le doy importancia a lo que no la tiene, por eso esperé. Esperé al menos cinco minutos, a que dijera algo. A que preguntara algo. A que alguna cosa, cualquiera, saliera de su boca e indicara que era consciente del momento por el que yo estaba pasando.

Por supuesto, no fue así. Llamarle había resultado en un error, y aunque empezaba a darme cuenta de eso, aunque las palabras que me había dicho seguían ardiendo a fuego en mi interior, a pesar de que ese «cada vez me aportas menos» me helaba la sangre y me quemaba a partes iguales, mantuve la esperanza.

Qué tonta. Mi vida de mierda no me había enseñado lo bastante, por lo visto.

—Hoy han cremado a mi madre —informé, como si tal cosa—. Y he visto a Nano después de muchos años. Tiene novia. Y trabaja en los servicios sociales.

Otro silencio. Otra larga espera.

—Fue el hermano espabilado, por lo visto.

Supongo que todos tenemos una gota que colma el vaso. Aquella fue la mía.

—Lo fue. Sí. ¿Sabes por qué, Pau? —Dijo algo al otro lado, alguna memez del tipo «no levantes la voz», pero le ignoré, exactamente igual

que hacía él conmigo—. Porque yo renuncié a cualquier oportunidad para dársela, porque me hice a un lado para que tuviera una familia, una vida mejor, unos estudios mejores, porque yo…

—¿Para eso me llamas, Carmen? ¿Para narrarme por qué ser una fracasada te compensa al ver que tu hermano ha triunfado en la vida? Yo no tengo la culpa de que no hayas aprovechado mejor las oportunidades.

Perdón. Antes me he equivocado. Esta fue la gota.

—Yo no soy una fracasada, Pau.

—¿Entonces por qué me llamas?

—¡Porque eres mi pareja! ¡Porque se ha muerto mi madre y estoy aquí, sola, teniendo que dar excusas absurdas del motivo por el que la persona que debería quererme no está a mi lado!

—¿La persona que debería quererte? ¿Te estás oyendo? —gruñó—. He tenido mucha paciencia, Carmen. Te he dado tiempo para que pienses y revalúes la situación, ¡joder, me enfrenté a familiares y amigos que me advirtieron de lo que pasaría al salir con alguien como tú y no hice caso!

No me quedaban más gotas. Cogí el vaso y lo estrellé contra la pared de todas las esperanzas que me pudieran restar. Se hicieron añicos. Me cortaron los pies.

—¿Alguien como yo?

—Carmen, somos muy diferentes.

—No me jodas, Pau. Acabo de ver como reducen a mi madre, con la que no me hablaba y a la que guardaba un rencor más grande que yo, a un montón de polvo que se ha tragado el mar. El mismo donde se ahogó mi padre. No estoy para eufemismos de mierda. ¿Qué significa alguien como yo? ¿Cómo soy yo?

Lo dijo, por supuesto. No se dejó nada. Alguien sin ambición, sin un plan, que se acomodaba a la tarrina de helado y la manta como si todos los días de su vida fueran domingo por la tarde y no hubiera nada por hacer. Alguien que se había tomado a la ligera el «yo lo pago» y no se había molestado en intentar equilibrar la balanza. Alguien que no había estado a la altura. De él. Y que vivía anclada en un pasado que a él, sin haberlo vivido, sin corresponderle, le pesaba.

—Estar contigo es una losa, Carmen. Es como vivir con alguien

perdido en sus traumas del pasado. Es… agotador.

—Mis traumas…

—Ya sé que los tienes. Conozco tu historia. No te cansas de contarla y escarbarla, como… coño, es como enterrar un muerto y sacarlo cada rato para ver cómo se pudre.

Respiré hondo, sin entender quién era aquella persona y qué había hecho con el hombre que conocí en el bar, con el que tuve una maravillosa cita donde vi amanecer, comiendo churros en el Templo de Debod.

—Perdona si no he podido o sabido gestionar mejor la mierda de infancia y adolescente que me tocó en suerte, señor don familia nuclear.

—No seas pasivo-agresiva, Carmen. Podrías haber acudido a un psicólogo o algo así de haber querido.

—¿Sí? ¿Y quién me lo habría pagado? ¿Tú? ¿Tú, que me estás echando en cara hasta la puta cuenta de Netflix?

—No lo reduzcas todo al dinero, ese no es el problema.

—Dijo el que siempre lo ha tenido…

—¡Nunca te negué nada! ¡Nunca te restregué que tuviera más que tú!

Sonreí, aunque aquello, de gracia, tenía la misma que lo vivido durante la mañana. Le solté sapos y culebras. Perdí las formas, por supuesto. Era lo que tenía discutir con «alguien como yo», me sentía acorralada y desde muy niña aprendí que o muerdes cuando te atacan, o te dan dos veces. Pau era frío, de los que guarda silencio y te clava el puñal que se saca de la manga con elegancia y saber estar. Lo último que dijo, lo que supongo que llevaba tiempo pensado, me dolió más que todas las palizas y los rechazos, más que su falta de fe, que su falta de apoyo, que su vergüenza.

Porque fue algo que me hizo temer que quizá, aquella voz de mi interior que me susurraba en los malos momentos que no era digna ni suficiente, que no merecía nada, tenía razón.

—¿Cómo pudiste esconder tan bien lo que eras en realidad? Cuando te conocí, parecías otra cosa.

—Cuando me conociste apoyaste mis sueños. Me animaste a perseguirlos.

Entonces, llegó la verdad.

—Sinceramente, creí que con el tiempo ni tú creerías esa fantasía.

Pau esperaba que mis ensoñaciones fueran eso, utopías que la vida con él iría matando en pos de un buen sueldo y una pensión a plazo fijo. Estaba defraudado, dijo. Mi forma de ser y de actuar no casaban con él ni con sus planes.

—Hay ofertas de mi bufete en otros países europeos. Vacantes importantes. Y puedo acceder a ellas por currículo.

—Pues muy bien.

—No creo que encajaras en esa vida, Carmen. No creo que puedas seguir encajando en esta, al menor problema, a la primera bronca, te vas…

—Por supuesto.

—No voy a renunciar a mis oportunidades. Mis sueños, sí son reales. Son plausibles. Lo de publicar un libro…, ¿pero tú sabes escribir, acaso? ¿Has escrito algo de verdad alguna vez?

—Procura escoger un país grande, Pau. —Me aparté el móvil de la oreja, la última frase podía oírla él, pero yo no tenía intención alguna de escuchar su respuesta—. Tu mezquindad no cabría bien en uno pequeño.

Colgué, eché el teléfono en el bolsillo del anorak y empecé a caminar. Había caído la tarde y lloviznaba otra vez. Olvidé ponerme el gorro y el pelo suelto enseguida se empapó. Levanté gotitas de barro con la puntera de las botas y el agua se coló por la cremallera mal cerrada de la bandolera. Me pararon dos personas por la calle, que habían oído lo de mi madre pero no habían ido a la misa porque fue a puerta cerrada. Seguí de largo. Seguía teniendo mensajes sin leer de Rafael, pero en ese momento me pareció más importante saber si la tienda estaría abierta y habría leche. Y cereales. Comer leche con cereales siempre me reconfortaba.

Llegaría a casa y me pondría mi suéter de Kurt Cobain. Tal vez me fumara un cigarrillo e hiciera un par de agujeros más, por darle carácter. Tomaría la leche con los cereales. Metería todos los papeles en una bolsa de basura y le diría al encargado de la casa que la vendiera, la demoliera o llamara al Coyote para que pusiera dinamita en los cimientos. ¿Quién se ocuparía de esas cosas? Tenía que

pensarlo.

Volvería a Madrid. Llamaría desde el aeropuerto de Lavacolla a Gema para ver si podía quedarme unos días en su casa y, luego, intentaría decidir qué hacer con el tema de Nano. Lo quería en mi vida, pero no con aquella mentira a cuestas, aunque claro, enfrentar ese cajón de mierda ahora, con el que acababa de cerrar todavía goteándome encima, quizá sería tener demasiados frentes abiertos.

Tal vez debía dejar que me conociera un poco antes, que se encariñara conmigo, recordara a la niña que fui, que le quiso, que le había querido siempre y, entonces, a lo mejor entendía por qué hice lo que hice y actué como actué.

Compré la leche. Compré los cereales. Entré en casa y me puse el suéter. Me fumé un cigarrillo y empecé a toser como una condenada porque yo sólo había fumado de adolescente, y ya no recordaba cómo se hacía.

Nano me envió una foto desde su hotel, yo le respondí que estaba revisando documentos, que si encontraba fotos, y las quería, podía guardárselas. Me envió un audio. Maca me mandó saludos. Dijeron algo sobre ir a cenar.

Dejé el móvil a un lado, cuando llamaron a la puerta, todavía con el pelo empapado y en aquel deplorable estado de negación, con esa actitud robótica y desprovista de emoción alguna, me encontró Rafael, que visiblemente molesto, me increpó por qué no le había dado señales de vida en medio día. Se había recorrido el pueblo preguntándose dónde estaba y si me encontraba bien, adjuntaba a su discurso, porque no le interrumpí, que sabía que no era quién para pedirme explicaciones, pero se había preocupado, por si las cosas con Nano no iban bien y necesitaba alguien con quién hablar. Soltó todo eso mientras se quitaba la chaqueta y las botas, disculpándose por mojar un suelo que estaba tan sucio que no me sentí capaz de recordar de qué color había sido.

Cuando levantó la vista y me miró, rodeada de destrucción, debió verme en la cara que todo rastro de humanidad me había abandonado, porque el rostro se le demudó. Se acercó y estiró el brazo. Al ponerlo sobre mi hombro, algo de calor me hizo convulsionar, pero solo duró un segundo. No había nadie más experto que yo en callar sentimientos

y apagar emociones.

Podría permanecer en aquel estado catatónico días, si me lo proponía. No sería la primera vez.

—¿Carmen…? —Sin respuesta—. No voy a preguntar si estás bien porque es evidente que no, pero dime, ¿qué puedo hacer? ¿Hay algo que…?

Dije lo primero que se me ocurrió, que no era mentira, ni algo poco meditado. Tampoco mucho. Simplemente fue algo que salió. No arreglaría las cosas, pensé. Pero era difícil que empeoraran. Era lo que solía hacer siempre. Mi *modus operandi*. ¿Por qué no? Pensé.

—Raf —esperó. Quizá llanto. Quizá gritos. Ignoro lo que pensaba. Ignoro hasta lo que pensaba yo—, quiero follar contigo.

21
Gancho

Rafael reaccionó, como reaccionaría de forma natural cualquier persona a la que una casi desconocida ofreciera sexo. Se le abrieron mucho los ojos e intentó articular alguna palabra, seguramente una forma amable de preguntarme qué coño me pasaba por la cabeza, pero yo, que seguía en modo ciborg, no le di oportunidad de arrancarse ni por bulerías ni por excusas, seguí hablando, metida en mi burbuja de autopreservación, sin pensar ni prestar atención a nadie más.

—Por más que seas buena gente, que seguro que lo eres, nadie se gasta dinero en el AVE, viene hasta Galicia y se pasa un día a solas, merodeando por el pueblo como un perro perdido si la otra persona no le gusta.

Raf frunció el ceño y cruzó los brazos. El tatuaje confirió formas nuevas. Atrayentes. Me gustó, lo que fue toda una sorpresa porque, cuando me abandonaba a la catarsis, generalmente no sentía nada.

—He venido en avión. Era más rápido.

—Y caro. Más a mi favor.

—Carmen, escucha…

—Si vas a soltarme alguna mierda relativa al código de honor profesor-alumna, te recuerdo que no asisto a tu clase.

—No voy a… ¿soltarte alguna mierda, dices? Tu madre acaba de morir.

Me encogí de hombros. Sacudí la cabeza y alguna gotita de lluvia, todavía prendida entre los mechones sin lavar de mi pelo, cayó sobre mi hombro izquierdo, desnudo a causa de que el suéter Cobain había dado de sí. Me pregunté si me habría depilado antes de embarcarme en toda aquella historia. Luego me pregunté por qué me lo preguntaba

y llegué a la pronta conclusión de que me daba lo mismo.

—En ese caso es ella la que no puede tener sexo. A nosotros no nos afecta.

—¿Que no nos afecta?

—No la conocías.

—¡Era tu madre, Carmen!

—Y solo sabía de ella un poquito más que tú. ¿Ese es todo el problema que le encuentras?

Miró alrededor, como si buscara algo con lo que atizarme la cabeza o un agujero de esos que Bugs Bunny utiliza para escapar de Elmer Gruñón.

—No sé si hablas en serio o estás chalada.

—Mi cordura tampoco es impedimento. Tranquilo, no se va a considerar abuso por encontrarme fuera de mis capacidades mentales.

—Pues yo creo que sí lo estás. Lo creo mucho, de hecho.

Se me acercó, y para ser una persona que buscaba la más carnal de todas las interacciones humana, yo di un paso atrás. Rafael me miró como si observara un raro espécimen de algo. Una *rara avis* que no sabía si admirar o temer. Tenía los ojos bonitos. La mirada limpia de alguien sincero que, todavía sabiendo lo poco que sabía de él, estaba segura de que no era de los que después de haberte querido, de pronto decidían que su vida dejaba de tener sentido si tú permanecías ahí.

—No hagas esto, Carmen. La negación es peligrosa. Puede que ahora pienses que estás siendo fuerte, pero con todo lo que acabas de vivir en estos días, si no lo dejas salir, cortocircuitarás.

Tragué saliva. Estaba claro que no me conocía. Claro, ¿cómo narices me iba a conocer? En aquel libro que era mi vida, había aparecido de improviso, fluido, sí. Poco a poco y sin forzarlo, abriéndose camino en mis mensajes, mis correos electrónicos y mis pensamientos sin que yo lo hubiera invitado, pero aquella era, con suerte, la segunda conversación más larga que habíamos tenido. Yo no sabía nada de él y él no sabía apenas nada de mí.

Quizá por eso permanecía a mi lado.

Quizá por eso todavía no había huido despavorido, dejando tras de sí una nube de polvo, otra decepción y más vacío del que había antes de aparecer.

—¿Intentas decirme que no quieres follar?

Noté como tensaba la mandíbula.

—No me jodas, Carmen.

Crucé los brazos. El pecho se me levantó. Raf miró solo un segundo. Luego apartó la vista. Me había quitado el sujetador entre medias de mi diatriba personal con la leche, los cereales, el tabaco que con mucho esfuerzo había logrado dejar y los líos de vender, derruir o quemar la casa donde ahora me encontraba. Se me había olvidado mencionarlo.

—Esa es mi intención, creo que lo he dejado bastante claro.

—Apenas me conoces, no sabes nada de mí ni yo de ti. Podría ser… un tipo tóxico. Un controlador. Un asesino.

—Asegúrate de que cuando me encuentren no lancen las cenizas en el mismo puto mar que está lleno de restos biológicos de mi familia.

—Carmen… —resopló—. ¿Por qué no te sientas, comes algo y hablamos?

—No quiero hablar de nada. Quiero follar. Contigo, de ser posible. Y luego fumar.

Frunció el ceño, no sé si empezaba a molestarse con aquella cosificación, pero me dio igual. Todo me daba igual. Estaba atravesando la autopista del *mñe* perpetuo y no me apetecía cambiarme de carril.

—Tú no fumas.

—Anda, creí que no me conocías.

—Me lo dijiste en una de nuestras primeras tutorías, cuando… mira, da igual, eso no viene al caso. Necesitas ayuda.

Por lo visto, mi vaso tenía capacidad para más gotas, después de todo.

—Lo que necesito es una respuesta —le espeté de malos modos—. Lo que necesito es a alguien que sea claro y diga lo que piensa de primeras, no que espere, agazapado como un puto cobarde, a que yo cometa un error, fracase o no cumpla con sus expectativas imposibles. —Di un paso, Raf no se retiró, así que di otro y choqué de bruces contra su cuerpo, sus brazos me asieron, no sé si temiendo que me cayera o previniendo que la emprendiera a golpes contra él o conmigo. No le pregunté. No tenía cabeza más que para escupir mi

veneno—. Lo que necesito es una respuesta, coño, que me contestes, que me respondas, que me digas algo a lo que te he preguntado y no me analices, ni seas mi amigo, ni pretendas que esto es normal, porque no lo es. No eres mi colega ni mi profesor porque no asisto a tu jodido programa de escritura, porque en lo que respecta a escribir, soy tan cero a la izquierda como siendo hija, hermana o…

Novia. Pero me callé.

—Carmen…

—¡Que me contestes, que me contestes, que me respondas, que me lo digas! ¿Crees que no podré lidiar con un rechazo? ¿Te piensas que si me dices que no hundirás mi autoestima o me harás daño? —Sonreí. De hecho, solté la primera carcajada que podía recordar haber expresado en muchísimo tiempo—. Mírame, Rafael. Si leyeras una biografía de mi vida llorarías desde el prólogo hasta el epílogo.

—No quiero ofenderte, Carmen. Y claro que no digo que mi opinión vaya a hundirte o a…

—¡Que dejes de hablar y de suavizar, Rafael! ¡Que no hace falta! Ahora mismo estoy rodeada por un puto tornado y lo único que quiero, antes de que cualquier nevera flotante me dé una hostia en la cara, es echar un polvo y sentir algo. Cualquier cosa. Quiero estar cachonda, húmeda, caliente, gemir, cerrar los ojos y que se me retuerzan los dedos de los pies. Quiero sentirme apegada a otro ser humano aunque sea por el sudor, y correrme para que se me salga por los poros esta sensación de pertenecer a un mundo que nadie se ha molestado en explorar, ¿no quieres hacerlo? De puta madre, pero no me vuelvas loca, no me comas la cabeza, dímelo y déjame en paz.

Si esto fuera una de esas típicas historias, y sé que en el fondo muchos lo estáis esperando, ahora vendría el beso. Ese beso épico, cojonudo, descomunal… que Nicholas Sparks siempre relata bajo un torrente de agua, no sé si como metáfora del coito, que todos sabemos que cuánto más empapado mejor, o como una especie de símil con el abandono que sufren los personajes llegados a ese punto.

Sin embargo, esto está lejos de ser idílico o típico. Mi vida no tiene nada de cliché. Ojalá, quizá así podría saber por dónde me iban a venir dadas.

Rafael no era de los de besar sin preguntar. Era de los analíticos, el

muy puñetero. Se me quedó mirando con aquel pelo a medio peinar y su manga tatuada en tensión. Me miró, otra vez, como Howard Carter debió mirar el agujerito ilícito por el que espió, por primera vez en cientos de años, los tesoros ocultos de Tutankamón. Con desesperación. Con enfado también.

A nadie le gusta que le empujen contra las cuerdas.

Por desgracia, yo era muy dura de sesera para saber cuándo debía parar.

—Contéstame.

Rebufó.

—Claro que quiero follarte, Carmen. Coño, quiero hacerlo casi desde la primera vez que te vi, entrando a clase tarde y con aquella cara de pretender que estabas perdida y no pertenecías allí cuando, en el fondo, sabías bien que estabas muy por encima de cualquier cosa que yo pudiera enseñarte. —Fue mi turno de fruncir el ceño.

—No necesito que me hagas la rosca, me he ofrecido yo.

—Cállate. He escuchado tu discurso, ahora te toca oír el mío.

—No me interesa…

—Me gustaste desde el primer momento, y me enfadé conmigo por eso porque no eres mi tipo. Eres desordenada, malhablada, y lo peor de todo, ignorante de tu propio potencial. Lo tienes delante, sabes que existe, y eliges ignorarlo o creer que no lo posees solo porque eres incapaz de escribir la típica mierda mediocre con la que van escapando las plumas que no tienen lo que tú.

—No sabes nada. O te quitas la ropa o te callas, esas son tus únicas dos opciones.

Rebusqué por la cajetilla de tabaco. Recordé que la había dejado en el bolsillo interior del anorak, que me había quitado en… bueno, vale, puede que sí fuera un poco desordenada, pero en lo demás, había errado por completo.

—Carmen, la razón por la que no eres capaz de crear nada de ficción es porque has vivido tanto, tienes tanto en tu interior, tanta verdad, que sería imposible que confirieras un relato que contara mentiras. Has pasado esa fase y no te has dado cuenta.

—No quiero hablar sobre escritura, solo quiero saber…

—¡Sí, joder, que sí! Claro que quiero acostarme contigo. Me muero

de ganas por acostarme contigo. He pensado en acostarme contigo. Traigo en la maleta un par de condones porque aunque venía con la intención de acompañarte y ofrecerte mi pésame pensé que quizá estarías predispuesta y sola y eso podría dar lugar a que pasara algo entre nosotros. —Se me abrieron mucho los ojos. Creo que él se sonrojó, pero estaba tan alucinada que no podría aseverarlo—. No soy un santo. No voy por ahí haciendo buenas obras.

—Entonces ¿por qué seguimos dándole vueltas?

Su mano me acarició la cara. Era el primer contacto puro, real, que teníamos. La primera vez que me tocaba siendo conscientes, ambos, de que lo estaba haciendo.

—Porque si follamos ahora, Carmen, así, aquí, luego tendremos que dejarlo pasar, actuar como si nada hubiera pasado y… me tocará olvidarte. —Sonrió un poco. De pronto pareció un crío al que hubieran pescado haciendo una travesura—. No me gustaría tener que hacer eso.

—Ni siquiera me conoces. Podrías ser un asesino, ¿recuerdas?

—O un agente del FBI o un superhéroe, ¿no te pica la curiosidad? Ahora es cuando la protagonista da la oportunidad al secundario recién llegado y le hace recurrente.

—No vamos a vivir un épico fin de semana romántico con fondo musical donde, a medida que avance el tiempo, nuestros sentimientos se enraizarán para terminar en una mística escena de sexo bien coreografiada.

—Me sé los pasos de *Thriller* a la perfección. Si quieres coreografía, puedes tenerla.

Le miré estupefacta durante unos segundos, analizando todo lo que había dicho, sobre mí, sobre escribir, sobre él, sobre aquel sinsentido que era mi vida.

—Rafael, ¿qué coño haces aquí?

—Buscarte. —Se encogió de hombros—. Soy de los que se lanzan por fe. Sin red.

—Y yo de las que se apartan cuando ven algo caer.

No era del todo cierto, por supuesto. Yo era de las que se aferraba a un imposible y, cuando este demostraba su poca viabilidad, lo encadenaba con el siguiente. En todo caso, la sentencia era evidente,

formábamos la peor combinación de factores posible.

Aquello me dejó tranquila. Pau parecía demasiado perfecto y eso me había hecho vivir en continua zozobra, temiendo lo que al final había quedado demostrado que era cierto, que yo no valía lo suficiente como para andar por la calle a su sombra, su grandeza no me cubriría y solo haría mis fallas más evidentes.

Con Raf, estaba claro. No había destino posible que hiciera que nuestras dos historias paralelas pudieran converger, él era el tipo de hombre optimista y entusiasta que ve el vaso medio lleno de posibilidades. Había visto en mí unas cualidades que se había inventado, quizá porque quería abrirme las piernas pero le habían criado bien y sabía que debía invitarme a cenar primero.

Fuera como fuese, me valía. Me venía bien. En mi autodestrucción emocional, aquel último clavo era lo que necesitaba para resurgir después. Pude haber sonreído, agradecido la franqueza, ofrecido un abrazo amistoso y dejado que el error sin cometer cruzara la puerta y siguiera su camino.

Pero ya he dicho antes que la única mala decisión que iba a tomar ese día no sería ocultarle a Nano la verdad sobre su adopción. ¿Creísteis que me había referido a la llamada de Pau? Qué va.

Lo malo de verdad fue seguir adelante con un impulso que no me iba a servir más que para repetir, otra vez, los mismos patrones que me habían llevado justo donde estaba.

El gancho, esa cuerda que tiraba de mí hacia el abismo, como la polilla que vuela directa a la luz que la quemará hasta la muerte, se materializó en forma de Rafael. Mirándolo a los ojos, sin parpadear ni reparar en nada más que actuar como actuaba siempre, ciega y sin mirar a los lados antes de cruzar la calle, me despojé del suéter, me bajé las bragas y me quedé allí plantada, desafiándole a echarle huevos o ser el más inteligente de los dos.

Si actuó por fe, por imbecilidad o por lujuria, no lo sé. Si yo en efecto lo hacía como caída definitiva antes de la remontada o por la angustia de no ser capaz de notar la sangre aunque me abrieran en canal, tampoco puedo constatarlo. Cuando sus manos asieron mi carne y apretaron mis muslos, cuando su cuerpo totalmente vestido me empujó hacia mis verdades, cuando su boca, ávida de palabras, de

disculpas, de razones y sinsentidos se apoderó de mis últimas voluntades, el gancho, al contrario que la soga que me ahogaba, tiró de mí hacia la luz.

El sol bañó mi rostro. Los pájaros cantaron, el aire límpido me permitió tomar una bocanada de aire que no sabía a muerte y sal.

Le besé primero, pero él dio el último beso después, y en medio de los trompicones de la penetración, del flujo entremezclado y el almizcle de dos cuerpos que solo sabían del otro lo que iban leyendo en el braille de la piel, pensé que nunca me haría daño… así que el daño, tendría que hacerlo yo.

22
Inferencia

Raf era de esos. Yo bien lo sabía antes incluso de poder pararme a saberlo.

Era de esos, de los que saben follar, aunque no alardeen. De los que lo hacen bien, bonito, feo, sucio y a chorretones, pero no le dan importancia. Porque en su buen hacer creen que hacerlo bien es como único se puede hacer. Bendito él. Maldita yo.

Ser cruel es infinitamente más difícil en esas situaciones, cuando todavía te sabe la boca a su saliva y sientes entre las piernas su succión. No había más remedio. Estaba cantado que al final, terminaría así. Igual que las óperas no bajan el telón hasta que sale la gorda, lo mío con aquel secundario que asomaba a mi vida de refilón era un imposible con sabor a fracaso antes de empezar.

Y es que, ¿qué podía darle yo? No hablo de un alma rota, de unos sentimientos ajados o de una existencia minimalista hasta la mínima expresión. Hablo de que por no tener, no tenía nociones de lo que era bonito y generoso, ni en el amor ni en la vida en pareja ni en el sexo. Que yo creía que darme toda para compensar equilibraba una balanza que, salvo que seas un charcutero muy vintage, nunca debería tener cabida en un romance. Que yo, en mi no saber, no sabía que lo de los ojos en blanco y los dedos revirados de los pies no era cuento chino, y por no saber no sabía lo que era querer, si había querido o si hacerlo se parecía a aquel dolor punzante en el pecho que me dio cuando me levanté de la cama y me pregunté por qué los seres humanos no podríamos ser más cerdos en el follar, y mantener un clímax de treinta minutos que nos ayudara a posponer todo lo demás.

Salirse del refugio de la piel y asumir que estás sola ante un

batallón es complicado, por más que tu primer oficial lleve días avisándote de que la invasión es cosa hecha. Tenía que decidir qué hacer con el tema de Nano y volver a mi vida de mierda desde aquella especie de realidad paralela que también empezaba a apestar. Rafael estaba echado en la cama, con ese despeine satisfecho que tiene el que se corre cuando sabe que ha hecho un buen trabajo. Yo me sentía mal, no por el sexo. Me sentía mal por todo lo demás.

Aquella casa había sido testigo de muchos gritos y pequeñas muertes que nada tenían que ver con el placer físico, aunque sí con mucho del carnal. Verdugones y magulladuras adornaban las paredes de mis recuerdos, que perdían pintura a pedacitos igual que cada uno de los tabiques que me cercaban mientras me ponía la blusa intentando que no se me atascara bajo las tetas o me subía los vaqueros a saltitos prometiéndome que con el primer sueldo decente me compraría una elíptica y pedalearía hasta sacarla de los anclajes.

Prometí al universo ser mejor persona, pero no sabía cómo hacerlo porque no tenía ningún referente. Ni tampoco había decidido cuándo empezar. Al notar la mano de Raf en mi hombro sentí una náusea de culpa subirme por la garganta y, consciente de que lo tenía que encarar, me acuclillé para coger los zapatos y, sin quererlo mirar, le vi, allí parado, glorioso, desnudo, algo sudado y confundido. Probablemente se preguntaba a qué la prisa por huir de mi propia casa, pero claro, igual que Jon Nieve, él de aquello no sabía nada y yo, que tampoco tenía la más remota idea, no podía permitirme el lujo de sentarme para podérselo explicar.

—Esto ha sido un error.

Sonrió. Joder, era original para todo.

—Menudo cliché…

Rebufé. Me había puesto el sujetador con tal prisa que uno de los tirantes estaba torcido y se me clavaba en esa clavícula que mi exceso de carne jamás me había dejado notar.

—Rafael, no es el momento de que saques del armario al profesor de curso de escritura.

—Puedes llamarme…

—¡Y sal del puto bucle, joder!

Sabía lo que vendría después de eso. Y lo de después del después.

Lo sabía todo, sé que antes he dicho que no, pero he mentido. Esa soy yo. La reina del embuste. Le decía a Nano que mi padre no llegaría borracho esa noche. Que los Reyes habían perdido nuestra dirección o los camellos no llegaban porque no sabían nadar. Le decía que los dientes perdidos por la podredumbre y el hambre el Ratón Pérez los cotizaba el doble. No le dije que me habían dejado, que estaba sola y desamparada, que era la culpable de que nos hubieran separado, que no sabía qué cojones hacer con mi vida y, por no decir, no le había dicho al hombre con el que me había acostado dónde narices había estado todo el día, que podía —o no— que todavía no hubiera cortado y que quería, desesperadamente, que el mar se me tragara igual que a mis padres antes que a mí.

Mentía a todos y había hecho de la mentira un talento tan grande que Risto me habría dado todas las bombillas doradas del mundo. Así que sí. He mentido al decir que no sabía lo que se venía, ¿qué queréis que os diga? Engañando a todos, ¿de verdad os habéis creído especiales?

Creerse especial para alguien es igual que recibir una medalla por llegar último en una carrera. Una mentira que consuela la mediocridad. Yo no las doy. Jamás las he recibido.

—¿Tan mal fue?

Miré a Rafael como si le hubiera surgido el Anillo Único de uno de los agujeros de la nariz.

—Teniendo en cuenta mi vida, tendrás que ser más específico.

—El reencuentro con tu hermano.

Un pequeño aguijonazo de culpa incrustándose, despacito pero certero.

—No. Eso fue genial. Maravilloso.

Rafael frunció el ceño. Que le quedara bien esa expresión de niño perdido no ayudaba a la causa. Se debió oler que la cosa solo iba a empeorar, porque recogió los bóxers para cubrirse. El culo y la polla, que conste. Las ganas de indagar sobre mi repentino éxodo por lo visto seguían al aire.

—¿Lo de las cenizas se complicó?

Negué, toda cinismo y ganas de llorar a solas.

—Abrimos el frasco y las tiramos al mar. Y luego nos fuimos a

comer. Me puse cerda de cigalas. Lo siento si durante el sexo se me escapó algún gas.

—Carmen…

—Somos humanos. Nos tiramos pedos después de comer. Se llama proceso digestivo y es muy natural.

—También es natural que estés disgustada.

Había que joderse.

—¿Disgustada? —Señalé a mi alrededor. Por algún motivo que se me escapa, me puse el puto anorak amarillo—. ¿Disgustada?

—Puedes hablar conmigo.

Se me acercó un paso y yo retrocedí tres.

—Se ha muerto mi madre, con la que prácticamente no tenía relación desde que abandoné su útero, he tenido que encargarme de mierdas relativas a sus últimas voluntades que no me importaban nada porque, ¡adivina! A ella nunca le importó voluntad alguna más que la suya, que fue la única que se siguió en esta casa. Incluso cuando permitía que mi padre nos siguiera pegando y gastándose el dinero en alcohol. —Me subí la cremallera. Parecía el jodido muñeco Michelín hasta arriba de ácido—. Así que sí, Rafael, estoy disgustada, porque me he reencontrado con mi hermano que tiene una buena vida, pero no cree merecerla por haberme dejado atrás en el orfanato cuando fui yo quién le echó a él hacia adelante. No puedo decírselo. Ni tampoco que el trabajo que hago y me encanta es insuficiente para hacer sentir orgulloso al hombre que hasta ayer creía que me quería, pero que hoy me ha dicho, por teléfono y a distancia, en la misma conversación y con la diferencia de un minuto, que soy pésima escogiendo artículos deportivos en Amazon y le agotan mis traumas infantiles. Para colmo, me he acostado contigo en una casa que detesto y de la que no sé cómo deshacerme. Así que sí. Estoy disgustada. De cojones.

Ya con los vaqueros puestos —había hablado mucho— y a medio calzar, Rafael relajó los hombros. Por lo visto había estado manteniendo el cuerpo apretado mientras yo soltaba mi soliloquio de quejas. Supongo que eso explicaba tanto músculo y poderío abdominal. Ir siempre como si te estuvieras cagando ayudaba. Tomaba nota.

—Puedes hablar con el notario que lleva el testamento. Si la casa es tuya ahora, él puede gestionarte la venta.

Señalé alrededor, como si fuera uno de esos focos de los probadores de ropa de las tiendas guais, que te señalan todos los defectos físicos, como si alguien necesitara que te los gritaran a la cara bajo una música atronadora y demasiado aire acondicionado.

—¿Testamento? ¿Has visto la miseria en que vivía?

—El solar puede valer algo.

—Por mi parte, que lo demuelan todo. No quiero saber nada.

Rafael se puso la camiseta. Con las manos se atusó el pelo. Le quedó perfecto al muy cabrón.

—Seguramente podrás solicitarlo. Si el inmueble no tiene valor, tal vez el terreno sí.

Todo aquello era tan irreal, que si una máquina del tiempo se aparecía en medio del salón, no me asombraría. Mi vida era como un jodido videojuego en eterna fase de prueba.

—¿Cómo sabes…? ¿Por qué…? ¿A santo de qué mierdas putas me das toda esa información?

Sonrió, una vez más, fuera de contexto.

—Es increíble la capacidad que tienes para inventar tacos que profundicen todavía más en los que ya dices.

—Algún don debía tener, todos tenemos uno. Responde la pregunta.

—¿Importa? Solo soy un secundario, ¿recuerdas?

Se puso la cazadora. Eso es que se iba. Bien. Por fin lograba espantarlo, echarlo, largarlo, hacer que comprendiera lo absurdo de su comportamiento, de aquella actitud maja, de aquel polvo sin contexto que me había llenado más que todos los mete saca vividos con Pau, que creí que eran lo que necesitaba pero recién me estaba desayunando con que se alejaban con mucho de lo que merecía.

Y es que no importa que seas una desgracia de mujer, todas merecemos que nos follen como si nos quisieran volver del revés. Al menos una vez.

—¿Entonces para qué me das coba con lo de la casa? ¿Qué te importa?

—¿De verdad vamos a hacer esto, Carmen?

Miré en torno a mí, buscando las cámaras ocultas, el ramo de flores y el monigote de Inocente.

—¿Hacer esto? ¿El qué? ¿Qué estamos haciendo?

—Fingir que cualquier otra cosa importa para ignorar la realidad. Nuestra realidad. Esto. Que no es la casa, ni la muerte de tu madre, aunque lo siento mucho, por supuesto, lo que me importa. Que no he venido aquí para revisar un texto de una clase a la que no asistes.

—¡Por fin lo vas entendiendo!

—Me gustas, Carmen.

—No me conoces de nada. —Yo no me conocía de nada—. Hemos follado después de un momento de máxima vulnerabilidad. Eso no significa nada.

—Y un huevo. —Se dio un golpe en el pecho, rollo gorila o fanático del Atleti—. Yo te habría follado en cualquier otro contexto. Y me habría quedado contigo después. Para hablar de inmobiliarias o de cualquier otra cosa que quisieras. Habría ido contigo para el tema de tu madre. Por eso vine. Por eso estoy aquí.

—Dijiste que creías que necesitaba un amigo.

—Mentí. Esperaba que quisieras algo más. —Encogió otra vez los hombros—. Evidentemente me equivoqué porque, en medio de tu confesión, me entero de que por lo visto tienes novio.

—Tenía.

—O tenías hasta ayer. Y que la cosa no solo es complicada, sino tóxica de narices y yo no… no quiero meterme ahí.

Levantó las manos, y solo le faltó una pila y agua del Jordán para lavárselas como Pilatos. Estaba versada en aquella materia. Sabía lo que era decepcionar y no estar a la altura desde muy pequeña. Con cada padre de acogida que me había devuelto. Cada mala elección de pareja que había hecho e incluso con aquella entrevista cutre para azafata de vuelo, donde la encargada me dijo que volviera si lograba alcanzar quince centímetros más. Que me rechazaran no era un *spoiler*. Ni nada original. Solía verlo venir de lejos.

Con Pau me había pillado un poco a contrapié, porque reconozco que durante un breve lapso llegué a creerme que aquello podía ser de verdad. Que había encontrado a la persona que veía en mí al Diamante en Bruto y me dejaba pasar a la Cueva de las Maravillas con

la confianza de que no robaría nada más que la Lámpara Maravillosa del Genio, pero no fue así. Con Rafael estaba preparada. De hecho, y al igual que había hecho con Nano, iba a propiciarlo.

Porque prefería un tirón fuerte que arrancar poco a poco la tirita. No tenía la piel para más artificios. Me había cansado de hacerme la que no siente más dolor porque ya ha experimentado todo el del mundo en cada hueso, músculo y tendón.

—Me parece que estás confundiendo las cosas, Rafael. Tú y yo no somos nada. Ni siquiera amigos, por más que esa fuera, supuestamente, tu intención inicial.

—¿Y ahora es cuando te pones borde y estúpida para asegurarte de eso?

—No me tengo que poner nada. Tú eres un tío con el que crucé caminos por una suerte de hilos del destino enredados en las farolas. No estamos hechos para ser amigos.

—Porque eres tóxica y complicada. Y rara de cojones.

—Y tú no quieres entrar ahí, lo has dejado claro.

El segundo aguijonazo empujó más el primero. Esta vez, el dolor fue lacerante. No logré entenderlo, ¿cómo puede hacer daño algo que has provocado tú?

—Estás tan metida en lo que crees que es real que no te paras a ver la realidad auténtica que tienes delante, Carmen.

—Espérate, que ahora el profesor de escritura secundario es también psicólogo.

Rafael caminó hacia la salida, pero la puerta estaba detrás de mí y hubo de detenerse a mi lado antes de seguir. Su efluvio, aquel olor que yo sabía se me quedaría en el cuerpo aunque me lavara con cal viva, me impactó en las sienes y en el corazón. Por un segundo quise agarrarlo del brazo y suplicarle que no se fuera, porque sin razón, había ido allí. Estaba allí. No me lo merecía y él estaba descubriéndolo, pero mientras durase la ilusión… ¿acaso no podía tenerlo?

No.

—Todos somos secundarios de la historia principal hasta que nos invitan a entrar, Carmen. Yo pretendía que hicieras eso. Quería conocerte porque me parecía valiente lo poco de ti que me estabas

dejando ver y quería saber más. Vine hasta aquí como un acto de fe, y porque siempre me lanzo al vacío sin red y pensé que si por algo merece la pena que te rompan los dientes, es por una mujer.

—Tengo novio. —Tenía.

—Me ha quedado claro. Es una información que habría agradecido tener antes.

—No te debo ninguna explicación.

Rafael se asió de mí. Comprobé, con espanto, que mi ansia por retener y aferrar, se había volcado de mi cerebro a la realidad. Como había hecho al llegar a Pau desde Rayco, y a Rayco desde el anterior, buscaba el encadenamiento desesperado, el receptáculo vacío en el que volcar los sentimientos que se me habían quedado viudos después del último apagón. La inferencia estaba en que esta vez, yo controlaba la situación. Yo era consciente del encadenamiento, y no pensaba permitirlo. Raf no era como los demás. No era un mal tipo, egoísta, con aristas invisibles de las que prometían caricias y luego rajaban de arriba abajo la piel.

Rafael era un secundario, un recién aparecido del que el lector despistado de este cuento lúgubre mío no sabe ni debe saber nada porque darle protagonismo solo le lanzaría al abismo. Él decía que valía la pena dejarse los dientes por una mujer. Bien, si la mujer era yo, dedicarme tiempo y espacio era le equivalente a ir por la calle con las manos en los bolsillos y tropezar. No permitiría que se rompiera la cara por mi causa. Yo no era tan importante.

No podía hacer naufragar más barcos en mis costas solo por no haber podido aprender a nadar.

—Ya sé que no soy nadie, Carmen. Te lo repito: nadie lo es hasta que se le deja serlo. No esperaba explicaciones. Y no las quiero. Solo que me trataras con un poco de respeto, como se trata a una persona que te ofrece cariño aun cuando no lo quieres recibir.

—Será mejor que te vayas —pensé que eso era lo peor que podía decir, pero no. Claro que no—. Puedo pagarte el vuelo como compensación si quieres.

Contestó, pero no recuerdo lo que dijo. No sé. Está borroso. Se colgó al hombro su mochila y, no entiendo por qué, le seguí por el pasillo hasta la salida de la casa, como esos dependientes que te

acechan entre los estantes de menaje por si acaso robas trapos de cocina. Antes de irse, Rafael echó un vistazo a las ruinas que dejaba atrás, no sé si reprendiéndose por haber ofrecido una señal antes de revisar las cañerías y puntos de luz natural. Sintiéndose estafado, probablemente.

—Ojalá te gustaras a ti misma la mitad de lo que me gustas a mí. Ojalá te dieras una oportunidad… y se la dieras a los demás.

Le vi partir, sin decirme adiós, igual que en el bolero de Miguel Gallardo. Me quedé sola, como quería estar. En aquel lugar inhóspito que no tenía nada que ver con la casa, sino que habitaba en mi interior. Igual que a Nano, mis actos y palabras provocaron que Rafael saliera por la puerta y, contra todo pronóstico y sentido de la lógica, el golpe que supuso para mí me devastó.

Despacio, como en una peli mala de terror donde los efectos son tan cutres que notas a la perfección cuando cambian al actor por un muñeco, me vencí. Caí al suelo de rodillas sin moverme del sitio ni doblar un solo músculo. Allí, parada en medio de la nada, con todo lo que tenía, que era bien poquito, comprendí que la inferencia no había sido salvar a Rafael del peligro que suponía pasar a tener un papel más constante en mi vida, en lugar de quedarse como ese episódico simpático que te pasas el resto de la serie preguntándote dónde lo has visto antes que ahí.

La inferencia, que se intuía pero no estaba explícita, es que yo me creía tan poco digna, tan poco merecedora, que optaba por apartar a trompicones a aquellos que osaban acercarse antes de que pudieran darse cuenta. Es lo que hace no estar a la altura de forma sistemática. Que te rechacen por haber nacido y te abandonen por intentar simplemente sobrevivir. Es como intentar morar en un mundo de tallas treinta y ocho cuando sabes que los vaqueros no te entran ni en un pie.

El caparazón de la tortuga sin autoestima. Ese *te echo antes de que te vayas dejándome más seca de lo que estaba antes de verte llegar.* Si Rafael desaparecía ya, no me llamaría un día clamando decepción. Si desaparecía ya, no me dolería decirle adiós porque despedirnos no significaría más que dejarnos de ver.

Si desaparecía ya, sería como esa canción que siempre te saltas,

aunque no elimines del reproductor.

Soy una buena mentirosa. Una embustera colosal. Le mentí a mi hermano, que es lo más preciado que tengo. Os he mentido a vosotros. Me he mentido a mí… al dejarle marchar creyéndome que al hacerlo no me iba a despedazar, que no me iba a doler y que era demasiado pronto para que me llegara a importar.

23
Transición

Transicionar no es fácil. En ningún aspecto ni ninguna faceta de la vida.

No es como la ficción, que te ponen una banda sonora pegadiza acortada para que no descuadre la escena y, con algunos planos torpes que poco a poco van volviéndose más luminosos y bonitos, la protagonista acaba logrando con éxito cualquier cosa que se proponga. Pasa con buscar un atuendo adecuado para un evento X —con ese amigo/a que está convenientemente sentado frente a los probadores y niega con la cabeza, aburrido, hasta que sales con la prenda acertada, momento en que la música alcanza su cénit—, pasó con Baby cuando fue aprendiendo a bailar en *Dirty Dancing*, y, en general, con un montón de ejemplos más.

En un mundo perfecto, seríamos capaces hasta de leer el Corán en su lengua original en el lapso de duración del último *single* de *La Bichota*. Pero el mundo, por supuesto, no es perfecto. Al menos, no en lo que se refiere a pasar del punto A al punto B en una relación sentimental.

De hecho, el montaje del director sería tan penoso que ni escenas eliminadas donde saliera Henry Cavill vestido de Superman podrían mejorarlo.

Volví a Madrid hecha una maraña de maletas, cajas de embalar y mensajes sin leer en el móvil. Le había escondido a Nano lo mejor posible que mi cabeza era un panal de abejas dopadas con Red Bull, y como no nos conocíamos lo bastante como para ahondar demasiado, se lo tragó con la misma facilidad que hacía yo con las *snickers*. Por una vez, nuestra lejanía en la adultez valía para algo. Prometimos

estar en contacto porque había mucho tema prosaico que tratar, la casa, algunos efectos personales de mi madre, recuerdos vagos de infancia, fotografías… por mi parte, lo habría quemado todo mientras bailaba desnuda alrededor de la hoguera, bebiendo vino a morro mientras las tetas me saltaban de un lado a otro, botando como pelotas de frontón contra las paredes, pero la decisión no era solo mía.

—Será una excusa perfecta para que me acerque a Madrid y podamos vernos.

Mi hermano lo dijo sonriendo, y yo hice la interpretación de mi vida devolviéndole el gesto con toda la sinceridad que puede mostrar una persona que solo quiere esconderse mucho y muy fuerte debajo de las mantas y dejar que la vida la arrolle como un tren de mercancías.

—Me gustará mucho. Deja que llegue a casa y me organice y hablamos.

Nano debió pensar que me refería a poner lavadoras, tirar los limones pasados de la nevera y volver al trabajo, porque asintió con la cabeza como si mi pedido le hubiera resultado de lo más razonable. De verdad que iba a tener que plantearme seriamente solicitar un premio o ayuda del estado que me facultara por mi capacidad para soltar embustes sin despeinarme.

Ni las bonitas vistas de Trafalgar me subyugaron cuando llegué. Crucé la Plaza del Olavide cabizbaja, ignorando las ganas de café, de hacerme con un ramito de margaritas para la cocina y hasta el antojo de cruasán con chocolate que me había dado desde que llegara al aeropuerto. Me recoloqué la bandolera y encasqueté el anorak medio atado al asa para subir las escaleras. Cuando metí la llave en la cerradura, por un segundo, temí que Pau la hubiera cambiado. De hecho, me metí tanto en el papel que abrí mucho los ojos, esperando encontrar mis escasas pertenencias metidas en cajas de Ikea, amontonadas a un lado del rellano, esperando que me las llevara y abandonara la que había sido mi vida, prestada y a un precio de alquiler que nunca pude permitirme. Por supuesto, no fue así.

La llave encajó con la misma facilidad que lo haría cualquier fémina heterosexual en los brazos de Charlie Hunnam. Al entrar me recibió el silencio, inmediatamente callado por el zumbido del aire acondicionado, programado de forma específica para ponerse en

marcha cuando uno de los integrantes del domicilio, hacía aparición. Pau amaba la domótica, y le había dedicado mucho tiempo a conseguir que aquello funcionara solo.

—Probablemente más del que le dedicó a nuestra llamada de ruptura.

Pau era práctico. Eficiente. Eficaz. Como un buen desodorante que no marca la zona de la axila en tu vestido negro de cóctel favorito. No me sorprendió ver un *post-it* con las nuevas contraseñas que habían sufrido cambio durante mi ausencia, así como la fecha, pegada en el cuaderno adhesivo que colgaba de la puerta de la nevera, en que había sido abierto el frasco de mayonesa y se vencía el recibo del coche. No eran indicadores para mí, sino para que la persona con la que había vivido, y que pronto se marcharía, supiera cómo proceder mientras se reactivaba después del varapalo.

Mi pareja, la que había sido, no iba a estropear su rutina en explicarme cosas tan nimias como que ahora la cuenta de Disney+ era otra, me lo dejaba escrito esperando que yo supiera qué hacer. Cuando entré al dormitorio para dejar la bandolera, comprobé que nada había cambiado, y que, a la vez, todo era sutil pero evidentemente distinto. Para empezar, el altillo del armario, donde Pau guardaba sus raquetas de pádel, había sido reestructurado, de forma que ahora mi maleta de viaje quedaba a simple vista. Fácil de coger. De llenar. De volver a cerrar antes de dejar la llave en el buzón.

Pensé que había sido generoso de su parte no estar presente, no ponerme un límite de tiempo, no decirme nada y dejar que yo, a mi aire, volviera a recoger los restos de otro naufragio e hiciera inventario de velas rasgadas y puestos de mando astillados.

En una realidad cinematográfica, ahora vendría el montaje depresivo, el de la música lenta que narraría sin texto, solo a golpe instrumental, la batería de recuerdos que iban asaltándome conforme guardaba las cosas para irme y no volver jamás. Sacaría la caja de zapatos con viejas entradas de cine, papelitos de galletas de la fortuna, envoltorios de condones y demás recuerdos ñoños que hablarían de citas épicas, románticas y más *heartbreakers* que cualquiera de las novelas de Julia Quinn. Sin adaptación por parte de *Shondaland*, además.

No obstante, ya he dicho que la vida no es fácil ni perfecta, y que está muy lejos de parecerse en algo a las vicisitudes que enseña la tele. Transicionar es una mierda. Igual de difícil que volver a subirte a la bici después de la primera hostia. Uno no se rehace en tres minutos de estribillo pegadizo. Ni arranca la tirita sin pensárselo antes y tratar de posponer el momento lo máximo posible.

Yo, que tengo más defectos que la mayoría, no he pretendido jamás ser una excepción en nada, así que por supuesto, no iba a serlo ahora. Y menos ante este percal.

Usé la nueva contraseña anotada en el *post-it* para ver lo último de las Kardashian mientras devoraba un cuenco de fresas con leche condensada. Era consciente de que mi existencia había sufrido un revés que haría asentir de orgullo a Rafa Nadal, y quizá me estaba dando el último capricho de comodidad y confort antes de decidir qué cojones iba a hacer ahora. Lo mismo solo trataba de atesorar un momento, de robarle al tiempo y a la puta realidad un último atisbo de normalidad. O, simplemente, estaba agotada emocional y físicamente para emprender mi éxodo sin un poquito de revuelque en la porqueriza de mi autocompasión.

Elegid vosotros la opción que más convenga.

Para cuando me acabé las fresas y Kourtney Kardashian llevaba más filetes con Travis Baker de los que caben en una barbacoa industrial, la pena penita pena que sentía por mí fue dejando paso a sentimientos más diversos. Siempre fui muy rápida en aquello de las fases del duelo, algo bueno debía tener haber pasado media vida enlutada de pérdidas.

De repente, la ausencia de Pau, y aquellas notas y aparente normalidad en medio del tsunami dejaron de parecerme gestos generosos. No achaqué su ausencia a que me estuviera dejando tiempo de reacción para adaptarme a la idea de nuestra ruptura antes de que esta se hiciera oficial con mi último portazo, rollo canción de Pimpinela. Por supuesto que no. El hecho de que no estuviera presente radicaba más bien en aquel *modus operandi* suyo, aquella huida hacia adelante perpetua donde, como el que ignora la etiqueta mal cortada en el cuello de un vestido y cree que al no verlo desaparece y no le va a picar, prefería dejar de lado los conflictos y retornar al nido cuando

las lombrices se hubieran muerto entre las ramitas.

Pau no estaba porque no quería enfrentarme. Ni a mí ni a los despojos de lo nuestro. No estaba porque no le interesaba hablar, ya no para arreglarlo, faltar al tema de mi madre había puesto el último clavo en el ataúd del romance —¡menuda metáfora!—, sino para dar la cara, decir lo que fuera que se le había quedado en el tintero y, al menos, dar una salida digna al tiempo en que de verdad nos quisimos. Porque existió. Los Pau y Carmen del Templo de Debod no habían sido fruto de un sueño de Resines. Fuimos verdad, aunque luego esta se nos ahogara en silencios que habían terminado haciéndonos mucho ruido. Y daño.

Entendí, como el que tiene una aparición mariana, que para él aquello era tan poco importante comparado con lo excitante de su vida y sus planes, que ni siquiera se había planteado hacerse presente en medio de su propia despedida. Me dejaba sola ante el peligro, con el culo al aire frente al batallón del adiós más penoso de la historia, porque no tenía de quién despedirme.

Supongo que todos reaccionamos de distinta manera a distintas cosas, y lejos del montaje de peli mala donde ya he insistido más de la cuenta en que no me encontraba, aproveché el acicate de su indiferencia para hacer lo que debía. Dejé a Kim Kardashian atribulada sobre cómo perder kilos para entrar a su vestido de la Gala Met, y me centré en entrar yo al dormitorio y coger al toro por los cuernos. Y a la samsonite por las asas.

No he sido ordenada nunca. Tampoco he poseído jamás una gran colección de cosas materiales que tuviera que doblar y acumular con mimo. De pequeña apenas había tenido nada y, en el orfanato, no habría podido conservarlo, de modo que tiré de la cremallera, abrí mi hoja del armario y el único cuidado que tuve fue el de que no se me colara ninguna percha mientras iba metiendo prendas sin orden ni concierto.

> «Vaya a ser que el *fitbit* que lleva Pau cogido al escroto le pite por aviso de robo y me envíe a los del seguro».

Conecté el móvil a la peana cargadora mientras vaciaba el cajón de la mesilla y abrí Spotify. El modo aleatorio es tan puto como los

espejos de cuerpo entero con truco, que te hacen ver una silueta que luego los escaparates de las tiendas te arrojan a la cara, tan calientes y desabridos como los cafés de máquina. Empezó a sonar un tema de ese grupo de rock madrileño cuyos carteles había visto de pasada en el metro. Whisky Caravan cantaba a los amores tóxicos en su *Enemigos* y yo, que estaba en guerra contra el universo y me sentía más ponzoñosa que un áspid, me inventé un estribillo que no me sabía para ver si la rabia me ayudaba a no dejarme vencer por la tentación de usar las medias de comprensión que me había comprado el invierno anterior para colgarme del palo de la cortina de la ducha. Romper me ponía dramática.

No sabía si me dolía más la pérdida de lo que había creído tener, la certeza de que jamás había sido más que la migaja de un roscón del que no me habían dejado degustar ni la fruta escarchada, o la insistencia de Pau en hacerme vacíos y silenciosos los ratos donde debería haber bullicio. Quizá si hubiera estado allí, si hubiéramos gritado y nos hubiéramos echado en cara cosas, aunque dolieran, la sensación de irme de tapadillo habría sido menos deshonrosa. Pero no. Me tocaba apretar los dientes para oír algo más aparte de mi respiración trabajosa, salir a hurtadillas, por la puerta de atrás, como la amante indeseable, la hija que no se quiere adoptar o la hermana embustera que baja la cabeza por si acaso en los ojos le ven una chispa de verdad.

As long as you love me, de los BackStreet Boys atronó cuando estaba embutiendo en el neceser mis pinzas de las cejas, la crema depilatoria y el maquillaje que había desperdigado por los distintos recovecos del lavabo. Pensé con nostalgia en aquella vez que en el orfanato alguien llevó una de esas revistas tan *teen*, donde salía Nick Carter en la portada y cómo todas habíamos fantaseado con casarnos un día con él. Incluso yo, que para aquel entonces ya había aprendido, por el camino sin asfaltar, lo jodido que es hacerte ilusiones cuando tienes una vida como la que te toca si entras en el sistema. Supongo que no pude resistirme a dejar que la fantasía abriera una ventana en el apartamento sin vistas de mi existir. Por supuesto, cuando me devolvieron al orfanato por cuarta vez, la de Xoán, dejé atrás de forma categórica y definitiva cualquier atisbo de tontería adolescente. El

rubio del quinteto popero no iba a venir a buscarme, con su pelo cortado a lo tazón y sus pantalones anchos, ¿para qué perder el tiempo creyéndolo si no iba a pasar?

Pues con Pau algo parecido.

Cerré la bandolera y eché un último vistazo antes de recoger el móvil. Si quedaba prueba alguna de mi existencia en esa casa, solo podía encontrarse en el cubo de la basura, donde había dejado la tarrina vacía de las fresas y la servilleta con la que había limpiado los chorretones de leche condensada y lágrimas de cocodrilo que me habían arrancado las hermanas del *Klan K*. No lloré por mi relación rota porque, en ese aspecto, seguía en una especie de estado de shock. Mis fases del duelo caminaban rápido, es cierto, pero iban oscilando, como borrachos que intentan seguir una línea recta que solo está pintada en su cabeza.

Rafael me deambulaba por la psique también, pero era fácil apartarlo a manotazos, diciéndome que, al igual que con Nick Carter, no tenía caso ahondar en imposibles. Albergar esperanza con respecto a él era el equivalente en vida adulta a atesorar una revista antigua y manoseada: una pérdida de tiempo.

«Transicionar es una mierda».

Como veis, soy firme en mis pensamientos. Y más repetitiva que una cazuela de chorizos.

Dejé atrás el piso, Chamberí y todo lo que había sido la Carmen que era hasta justo antes de que me obligaran a ser. No podía permitirme el orgullo, como he dicho hasta la saciedad, esto no es ficción. No estamos en una peli o en una novela de Elísabet Benavent. No tengo unos ahorros boyantes que me ayudan a alquilarme un estudio con pinta de cutre, pero lleno de posibilidades, ni viviré la evolución más rápida jamás contada mientras mi vida da un cambio para mejor sin sobresaltos y de forma sorpresivamente fácil. No tengo un plan, ni familiares a los que recurrir, porque un hermano recién encontrado no cuenta en situaciones de urgencia como estas, y aunque no podía permitirme el orgullo, sí que me restaba un poquito de dignidad.

Al menos como para esconderle a Nano que la hermana que creía que le había dado la segunda gran oportunidad de su vida era una

perdedora. Las desgracias y golpes frontales de uno en uno.

Para lo que sí que no me puse digna fue para pedirle ayuda a Gema. Me presenté en su casa, sin guitarra a cuestas pero con una historia que contar que la dejó con la boca abierta. Me dejó entrar, claro. Y aunque no le hizo gracia, su marido Juan, el autónomo que vivía haciendo cuentas a las que no llegaba, evitó rezongar a viva voz cuando su esposa le informó de que iba a pasar con ellos unos días.

—Aportaré todo lo que pueda, de verdad —dije, sintiéndome culpable de cada albóndiga de la cena que fue a dar a mi plato en vez de al de ellos—. Tengo mi trabajo y esto va a ser temporal.

—No te preocupes por eso, Carmen. Tú tómate tu tiempo.

Juan no dijo nada, se limitó a echar ketchup al plato y poner esa cara que había visto ya tantas veces, la de «no se puede quedar, pero no es educado echarla». Me prometí que no dilataría la estadía, sin importar lo precario de la situación.

Esa noche, echa un ovillo en el sofá, en pijama y con la manta por la barbilla, escuché a Gema cuchichear sobre cosas a las que preferí no prestar atención. Ella conocía de mi historia aquello que yo le había dejado ver, que no era todo, pero sí lo bastante como para que se apiadara. Por supuesto, sabía que yo le importaba, que le caía bien y quería ayudarme, pero había un matiz de compasión que me hizo sentir aún peor de lo que lo había hecho la ausencia de Pau en el piso.

Y las últimas palabras pronunciadas por Rafael en aquella casa de A Coruña, cuando mi piel todavía olía al sexo más embriagador de cuántos había tenido y las piernas aún no me sostenían de pura incredulidad.

Ojalá te gustaras a ti misma la mitad de lo que me gustas a mí. Ojalá te dieras una oportunidad… y se la dieras a los demás.

Me di la vuelta, intentando que el cambio de postura me arrancara el recuerdo de la cabeza. Olvidé por un segundo que no estaba en mi cama y casi me caigo al suelo. Acabé sentada, con la cabeza apoyada en el respaldo y el pelo cubriéndome los ojos. Necesitaba un buen tinte. Y quizá un corte. Necesitaba dejar de pensar en la cara triste de Rafael y de posponer leer el correo de Nano, que me había adjuntado fotos de su casa y de su perro porque ahora, por lo visto, había vencido su miedo a que su presencia en mi vida me recordara todo lo

que él había tenido y yo no.

El uno, Rafael, me castigaba con su honestidad pavorosa, con aquel chillido estridente que me escupía igual que una llama lo mucho que me escondía. El otro, Nano, que con su accesibilidad me cortaba como cien cuchillos, arrojándome encima el peso de la mentira que había cargado él a pesar de que la artífice había sido yo.

—¿Por qué no pueden aceptar que los he salvado y dejarme en paz?

Uno tenía una buena vida, el otro, la posibilidad de encontrar alguien mejor que yo. Ojalá se dieran cuenta. Ojalá se apartaran. Yo solo quería cruzar aquella calle, llegar sana y salva al otro lado, donde las depresiones no existían porque no me permitía aferrarme a nada y, de ese modo, no tenía miedo de perderlo.

Desbloqueé el móvil y, guiada por un impulso salido de no sé dónde, entré en el perfil de Amazon conjunto que tenía con Pau. Allí estaba, la reseña negativa, escrita con petulancia y mucho rencor, sobre el estúpido artículo deportivo que no había cubierto sus expectativa. Quince líneas de diálogo unilateral, explicando punto por punto por qué la cosa en cuestión no había sido lo que Pau había esperado.

Conmigo no se tomó tantas molestias.

No me dio tantas explicaciones.

—Supongo que es la diferencia entre un artículo de primer nivel y otro que pillas por casualidad.

Yo era la comparación mercantil al *cuando te llega* de AliExpress. Algo que no merece ni la foto que le envías al vendedor para decirle que el embalaje ha venido hecho una mierda.

—¿Carmen? ¿Estás bien?

Sonreí en la penumbra. Gema era de esas mujeres hogareñas que se ponían una bata larga cerrada sobre el pecho y, por si acaso un resquicio de piel rebelde asomaba, se la sujetaban con las manos. Negué.

—Ni de lejos.

Chascó la lengua y se sentó a mi lado, sin que lo pidiera, me abrazó y, sin pretenderlo, yo apoyé la cabeza en su hombro y dejé que aquel efluvio maternal me impregnara el subconsciente. Cerré los ojos fuerte

y me prometí no llorar, por más que lo necesitara. Bastante había sido repetir albóndigas. Soy lo puto peor.

—Todo se va a arreglar, ya lo verás.

—¿Y a mí? ¿Quién me arregla?

Mi amiga no supo qué decirme. Y no la culpo. Yo tampoco sabía cómo encadenar aquellas ideas unas con otras. No sabía por qué me laceraba más que Rafael hubiera visto a través de mi escafandra aquella falta tan terrible de amor propio que el hecho de ser menos importante para Pau que una mala compra hecha *online*.

¿Cómo podía escocer más un amor que apenas había sido un cigoto de sentimientos sin término, que algo que duró y germinó, creciendo hasta convertirse en una planta carnívora que me había cercenado el corazón? ¿Por qué anhelaba más lo que no conocía que lo que había tenido y me había dejado ir?

Con Pau siempre me sentí en desventaja. Estar con él era como intentar mirar un eclipse a ojos desnudos sin apartar la vista. Su maravillosidad, según yo, hacía que todo lo demás perdiera brillo. Incluyéndome. Estar a su lado me había hecho sentir… que por fin tenía algo que estaba más arriba de la miseria que siempre había sido mi top. Pero ahora, ay, ahora.

Una única noche de entrega en vulnerabilidad significó más que las compartidas en el sosiego de lo que creí que era mi etapa de confort. Me había acostumbrado a Pau y su sombra, siempre protegiéndome de los rayos ultravioleta de lo desconocido, no me había dejado ver la verdad; que, en parte, él había tenido razón, aunque de la peor forma posible; creyó que yo abandonaría mis sueños y me volvería alguien que encajara mejor por él, y servidora, que nunca pensó merecer más que esas migajas del roscón, deseaba tanto ese algo que siempre se le había resistido que, sin quererlo, cumplió sin cumplir la profecía.

Yo no había peleado por mis sueños porque hacerlo me habría alejado de Pau. Ahora bien, Pau se había ido, y con él, la imagen del puzle que había construido mientras yo, una pieza de Lego, intentaba desesperadamente que no notara que jamás iba a encajar.

Transicionar era una mierda. Difícil. Agotador. Ahora que me habían quitado el tablero de debajo de los pies, ¿qué iba a hacer yo? ¿Mutar a otra subespecie de un ecosistema ajeno, encadenarme como

ficha ajena a una partida ya empezada cuyas reglas desconocía? ¿O sería por fin la pieza que me tocaba, aún si acababa dispareja, como un calcetín perdido y a solas en el fondo del cajón?

24
Párrafo

Hay palabras que, una vez las aprendes, te cambian la forma de ver las cosas. Es como si te redefinieran, no a ti a título personal, al menos, no en todos los casos, sino como eres y cómo te enfrentas a la vida. Por ejemplo, no eres la misma persona antes de poder pronunciar, escribir y entender qué es un otorrinolaringólogo, dónde está el esternocleidomastoideo o entender para qué sirve un caleidoscopio.

Son términos que te hacen subir a una especie de segundo nivel de dificultad lingüística, y de aprendizaje, porque igual que en las matemáticas, que siempre van a peor y a más complicadas, con las palabras y su implicación ocurre exactamente lo mismo.

Eso fue lo que me pasó a mí cuando mi cerebro tuvo que registrar la expresión: adopción cerrada, y aceptarla como una realidad irrefutable.

—Lo siento, Carmen, es la voluntad de la familia. No podemos hacer nada.

No importaba que ya hubiera atravesado el horrendo portal hormonal de la pubertad, para casi todo, yo seguía siendo una niña, y sentada allí, en el despacho de la directora del orfanato, con aquel olor a caramelos de eucalipto mezclado con tabaco rancio, me pareció que me arrancaba el chupete mientras negaba con firmeza, dejándome llorar en mi cuna sin proponerse consolarme ni darme ninguna explicación.

—Pero… yo soy su familia.

La mujer, que nunca había sido abiertamente cruel, pero que, en ese momento, configuraba en una sola las piezas de todas las malas cuidadoras conocidas —la que trataba mal a Heidi, la que no dejaba comer bombones a Matilda, la tía de Harry Potter, o la que ponía a limpiar a Cenicienta aquellos enormes suelos de mármol con un trapo y un cubo—,

me miró con algo parecido a la compasión. Antes de que hablara, sentí que me hacía muy pequeña en la silla, expuesta ante ella, y la carpeta cerrada con el nombre de mi hermano escrito en tinta roja.

Mi hermano, ¿habrían borrado ese parentesco mis decisiones? ¿Se había licuado la sangre porque unos desconocidos con sueldo, buena casa y seguro dental habían marcado una tonta casilla impresa en un documento cuya letra pequeña, no importaba a nadie?

—Ya no, Carmen. —Suspiró. Me hundí más. Me hundí tanto, que el tapizado desvaído de la silla se me incrustó en la piel—. Fernando siempre será tu hermano, pero ahora pertenece a otra familia. Tiene unos padres que le han adoptado.

—Pero eso no borra…

—Sí, sí lo hace.

Recuerdo que tuve preguntas, muchas de ellas repetitivas e inconexas. No entendía nada y por más detallada que intentaba ser la directora, todo me sonaba a cuento chino. Era imposible que estuviera pasando. Ese no era el resultado que yo había esperado. No era así como tenían que haber sucedido las cosas.

—Yo quería que tuviera una buena casa. Unos buenos padres.

—Ahora los tiene.

Seguía sin verle sentido a que eso me eliminara por completo de la partida. Yo no quería robarle nada ni estropear sus posibilidades, ¡pero necesitaba seguir en su vida! ¡Que él siguiera en la mía! ¿Es que nadie podía entender que éramos lo único que siempre habíamos tenido?

—Nano no querrá eso. Lo conozco. No lo va a aceptar.

Igual que hay palabras que duelen, hay certezas que dejan heridas abiertas que nunca dejan de supurar. Yo conocía a mi hermano tan bien como solo alguien que ha vivido el miedo y el hambre junto a otra persona puede conocerlo. Del modo contrario, apenas sabía nada de la mujer que nos había parido, porque ella, en aquella presencia en modo ánima maldita, se había mantenido ausente aunque no había dejado nunca la casa.

No debió sorprenderme lo que oí, pero lo hizo. Supongo que creí que no quedaría más maldad, que el último golpe ya había sido asestado, que nada más podía hacerme castañetear los dientes de frío cuando por fin, había aprendido a abrigarme sola. Qué despacio aprendía entonces, qué

duro constatar que siempre cabe un revés más.

—Me temo que no puede opinar sobre esto. Al ser menor, su proceso adoptivo corresponde solo a los padres y se hace de la manera que ellos han dictaminado. —Y como dando por terminado, la directora cerró la carpeta. Pero claro, le quedaba una última sentencia con la que atormentarme—. Además, vuestra madre biológica lo ha autorizado.

Me pregunté, en vano y por mera estupidez, qué podía llevar a una mujer a dar su consentimiento para que otra familia criara a su hijo sin opciones de que pudiera volver a saber nada de él. Me pregunté por qué, otra vez, mi madre nos había dejado ir, por qué parecía suponerle una dificultad tan mínima el hecho de que nos alejaran de ella. La directora me dijo que lo sentía con la misma voz monocorde con la que me recordó después que prestara más atención a mis lecciones de Álgebra, como si saber hallar el área de un triángulo fuera a hacerme sentir menos incapacitada para formar parte de la sociedad.

Fui un ser desalmado el tiempo que me quedó en el orfanato. Sin una palabra de mi hermano y con un rencor creciente hacia mi madre hirviendo igual que un caldo que nadie ha quitado del fuego, me dediqué a vender todo lo que poseía, tabaco, tampones, e incluso unos vaqueros que me gustaban, y que era una de las pocas prendas decentes que poseía, para reunir dinero con el que volver a da Morte.

A partir de aquel momento, de la reunión donde las palabras «adopción cerrada» se colaron en mi cabeza, ya no pensé en otra cosa. Lo que me mantenía despierta por las noches no eran los ruidos de compañeras yéndose a hurtadillas de sus habitaciones, los gruñidos sospechosos o el arrastrar de los cerrojos de la despensa. Era conseguir llegar ante mi madre y pedirle cuentas. Había repasado tantas veces en mi cabeza la conversación que íbamos a tener, en la que yo iba a exigir y ella a transigir, que no di cabida a nada más.

Cuando por fin conseguí el dinero, me escapé para hacer en autobús la distancia que separaba el orfanato del pueblo pesquero donde había pasado los primeros y más horrendos años de mi vida. Vestida prácticamente con harapos, con el pelo demasiado corto y delgada como un palo, recorrí calles y tiendas hasta dar con el hogar del que un día, los servicios sociales gallegos nos habían sacado a Nano y a mí.

No me molesté en llamar. Ni saludé al entrar. Mi madre, sentada en

una mecedora, haciendo que cosía mientras miraba la pared esperando la muerte, no pareció asombrarse al verme.

—¡Di que te has equivocado! —le espeté, histérica, olvidando el discurso cuidadosamente preparado ahora que el momento se me presentaba—. ¡Que no entendías lo que firmabas porque eres estúpida y nunca quisiste que me impidieran ver a Nano!

Levantó la cabeza. Recuerdo que deseé abofetearla por aquella actitud tan pasiva ante la vida. Sí, había sufrido pero, ¿y nosotros qué? ¿Quién se apiadaba de dos niños? Me era imposible asumir que hubiera hecho algo así, que me hubiera privado de poder oír la voz de mi hermano al otro lado del teléfono, o verle cuando acabara sus estudios, o comer un helado en el salón de su bonita casa, sentada a su lado unos minutos, antes de hacer sentir incómoda a su nueva familia. Yo me habría conformado con eso. Habría tenido suficiente con eso.

Ella, en cambio, no quería nada. Y se había asegurado de quitármelo todo a mí.

—¡Dejaste que se lo llevaran! —seguí gritando, deseando con desesperación cualquier reacción, algo de esa madre en perpetuo coma, que ni para bien ni para todo lo contrario había demostrado pasión jamás—. ¡Dejaste que nos llevaran a los dos!

Cuando me miró por fin, dejando de lado una labor que no había tocado, pareció que veía a través de mi carne. Enumeró todos mis pecados de supervivencia con un vistazo.

—Eso mismo has hecho tú, Carmiña. No somos tan distintas.

Me recordé portándome mal, siendo desagradable a propósito. Insoportable. Inadoptable. Asegurándome de que lo planeado —el futuro de Nano— pasaba por encima de cualquier cosa.

No somos tan distintas. No somos tan distintas. Eso mismo has hecho tú.

Trastabillé en mi agonía por huir, por dar la espalda a aquel espejo ajado que me devolvía un reflejo al que temía más que a las palizas de mi padre.

No volví a ver a mi madre jamás. A mí nunca me adoptaron, pero desde ese día decidí que el término cerrado era algo que aplicar a un ser que era capaz de asestar una última puñalada cuando ya estabas en estertores de muerte.

Salí de la casa y juré no volver. Y lo cumplí, hasta que hube de hacerlo para arrojar sus cenizas al mar.

Lo que nadie te cuenta de empezar de cero es que, hasta que te sientes satisfecha, empoderada y absolutamente independiente, hay mucha caca. Pero mucha, mucha caca.

Y que, en realidad, no empiezas, porque lo vivido antes, lo errado antes, lo jodido antes… sigue contigo. Y no se te olvida haciendo y deshaciendo maletas o vendiendo botines de temporadas pasadas en Wallapop para no sentirte mal cada vez que le coges a tu amiga un yogur.

Tampoco te dicen que, en medio de esas personalísimas fases de duelo postruptura, alcanzas la capacidad para entonar el *mea culpa* por todo; y que este nivel cósmico de aceptar todas las responsabilidades va *in crescendo* según el grado de mierda que cargues, en mi caso, como para abonar los platanales de canarias enteritos. Dos veces.

Con las mentiras a Nano, las escupitinas arrojadizas de Pau y lo que había supuesto el varapalo de la muerte de mi madre, el enfrentar la realidad de la casa, la infancia y unos recuerdos que no podía ni ahogar con alcohol, porque los muy putos habían aprendido a nadar en gin-tonic, pasé unos días en los que me convertí en la representación literal de esa canción de Niña Polaca, asumiendo hasta la muerte de Mufasa, la movida de Bahía de Cochinos, el primer positivo por COVID en mi barrio y mira… ¿qué sé yo? Todo era culpa mía.

Todo lo había causado yo.

Porque si hubiera sido la hija que mi padre quería, a lo mejor él habría sido el padre que merecíamos.

Porque no si no hubiera hecho que adoptaran a mi hermano creyendo que le facilitaba la vida, quizá la mía no habría sido un infierno de soledad y desarraigo.

Porque si Nano hubiera sabido que yo lo había decidido así, igual no habría crecido alejado por temor a haberme robado algo que yo siempre había querido para él.

Porque si hubiera sido más ambiciosa, lo mismo habría estado al nivel que creía que estaba Pau y él no me habría dejado.

Y a lo mejor le habría comprado bien su mierda de pulsera cuentacalorías. Ojalá le diera descargas eléctricas en los cojones cada vez que se comiera un cruasán.

Como veis, pasé de la fase de la culpa a la de ira casi tan rápido como entendí que mi vida no podía seguir siendo un continuo devenir de equipaje y sofás prestados. Cada noche que pasé en casa de Gema, el peso de ser una okupa, física y emocional, me ahogaba, y aunque no veía puerta por donde salir, sabía que dentro no me podía quedar.

—¿No estás a gusto con nosotros?

—No es eso. —Levanté la cabeza del culo que estaba limpiando—. Pero necesito mi espacio. No puedo seguir siendo una huérfana. Ahora soy adulta.

—Pero, Carmen, eso es temporal. Hasta que te recuperes.

Y yo le sonreí y asentí, pero por dentro mi duda tuvo el tamaño de las extensiones de Rosalía. Aquello no tenía que ver con que Juan empezara a mostrar el gesto huraño de quien piensa, y no se equivoca, que las visitan están empezando a dilatarse. Yo no quería ser la eterna amiga que llegó para unos días y nunca se marchó. No quería ir de rémora doméstica por la vida, ni sentirme nunca más como me había sentido tantas veces con Pau.

Solo que no me había dado cuenta porque, al no ser capaz de pulsar el punto y aparte, había vivido con él en un párrafo perpetuo, sin final, donde creía que el amor y el romance compensaban el sentir que mi nombre no merecía ocupar un espacio en el buzón, o mis cojines feos hacer juego con su perfecto *chaise longue*.

> «Necesito buscarme la vida. Como he hecho siempre. Y encontrar mi propio lugar en el mundo».

Donde coño fuera que este estuviera.

Para empezar, hube de priorizar, y aunque no era una persona organizada ni ordenada, entendí que el punto básico y principal era el dinero. Le pedí turnos a Susana y me amplió un poco la jornada, pero no os llevéis a engaños, ser educadora infantil es precioso, huele mal y está fatal pagado. Con eso no iba a poder alquilarme ni la alcantarilla de las Tortugas Ninja.

Vendí todo de lo que pude prescindir. Incluidas algunas reliquias

inútiles que me había traído de da Morte, y como el único talento potencial que creía poseer tenía la escritura como fondo, me registré en una web para ayudar a estudiantes a hacer trabajos de clase. No estaba yo muy segura de la legalidad moral de aquello, pero los adolescentes pijos, esos que van a institutos bien pagados de Madrid, solo quieren aprobar. Y pueden permitiste pagar, literalmente, por ello.

Me vi estudiando más que en toda mi vida de estudiante. Noches en vela, con apuntes y libros de Física, Matemáticas, Latín o Geografía, a bostezos que callaba a sorbos de Monsters, se iban sucediendo mientras hablaba de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Francesa, las figuras literarias o la Caída del Muro de Berlín. Escribía rápido cuando no era una historia mía en la que tenía que bucear. Era mecánico. Relativamente fácil. Me permitía no pensar en aquel cuento de niña desarrapada que chillaba en el fondo de mi mente porque alguien lo narrara.

Saqué un dinero que me sirvió para empezar a mirar alquileres, pero mientras un aspecto de mi vida parecía evolucionar, como un Pokémon bien cuidado, los demás flaqueaban. A menudo encontraba excusas para pasearme por la Avenida del Dos de Mayo y mirar de soslayo la librería. El dueño, que cuando no reparaba vaqueros de películas infantil quitaba el polvo con mimo a los ejemplares de novedades que llenaban su escaparate, me saludaba con la mano y una sonrisa afable. En una ocasión me hizo un gesto para que me acercara y yo saqué el móvil del bolso y fingí, como la puta mentirosa que era, que tenía una llamada y no podía pararme.

Hasta a un completo desconocido era capaz de engañarlo.

Supongo que era el precio a pagar por seguir engañándome a mí.

—En la inmobiliaria me han dado varias opciones, pero la venta no estará sobre la mesa hasta que no se sufraguen las deudas. Y las hay. Bastantes.

—Por supuesto que sí. —Me presioné el puente de la nariz con los dedos—. Cómo no…

Nano me tocó el brazo para confortarme. Había bajado a Madrid para verme con la excusa de que aprovecharía unos días libres en el trabajo para pasarlos en la capital con Maca, su perfecta y

comprensiva novia, que andaba de compras mientras nosotros tomábamos el vermú en un local de Ventas. La idea de la quedada era vernos, claro. Ahora que nos habíamos encontrado, que ese primer bache de contacto posterior a lo que Nano pensaba que había sido el acto más egoísta de su vida —y que era en realidad el más desinteresado de la mía—, mi hermano no parecía dispuesto a alejarse de mí, y yo, que volvía a estar enganchada a los puntos y seguidos, no me atrevía a pulsar el tabulador de la verdad por miedo, real, a perderlo.

No podría soportar que el único lazo firme que quedaba en mi vida, y menos uno tan importante y reciente, se deshilachara por algo tan vacuo como confesar un pequeño detalle que cambiaría por siempre la opinión que mi hermano tenía sobre sí mismo. Y que hacía irrelevantes todos sus años de sentimiento de culpa.

Pero sin presión.

—Lo siento, Carmiña. ¿Prefieres que hablemos de otra cosa?

De garitos con opción a ruleta rusa donde vendieran ácido, por ejemplo.

—Tenemos que tratar este asunto.

—Ya, pero no sé, está muy reciente.

—No me voy a sentir distinta cuando lleve treinta años muerta. La relación estaba rota. No existía.

Como si a mí también me hubieran adoptado en régimen cerrado.

—Pero era nuestra madre.

—Pues menuda madre.

Me metí en la boca el palillo con las dos aceitunas y las mastiqué como un gorila. Nano se encogió de hombros. Estaba tan guapo. Parecía tan equilibrado y feliz. ¿De verdad había hecho mal teniendo en cuenta los resultados? Claro que me sentaba mal que él se hubiera sentido mal, pero ¡venga! El objetivo había sido, siempre, rescatarlo de la miseria. Y lo había hecho. ¿Era realmente culpa mía que ese hecho le hubiera hecho creerse responsable de mi mala suerte?

¿Acaso Scar no podía argumentar que él no había matado a Mufasa, sino que lo había hecho la estampida con indiferencia de lo que la hubiera causado?

Ay, doble moral. Qué puta eres.

—Creo que estás más afectada de lo que quieres admitir. Y no es nada malo. Perder un padre siempre… desestabiliza. Aunque fuera como los nuestros. Cuando papá se ahogó, yo…

—Ese fue un suceso traumático. Lo trajeron por la calle, hinchado como un globo, azulado, con la boca llena de percebes. ¿Qué niño no se habría traumatizado?

Nano hizo una mueca. Iba a dar un sorbo al vermú, pero dejó el vaso donde estaba.

—Gracias por esa clara imagen mental que ahora tendré que volver a desterrar.

—Lo siento, perdona.

Le toqué la mano y forcé una sonrisa. Había ido a la peluquería esa semana —ya, ya lo sé, no está el horno para bollos. Ni para enchufarlo siquiera, pero necesitaba verme bien. Sentirme bien. Aceptemos tinte como soporte vital, por favor.

—Pero he acertado. Estás muy tocada.

—No es por eso. —Subió las cejas, porque mis palabras dejaban en claro que había algo. Mierda—. Es decir, sí, claro. Me duele mucho la muerte de esa señora que nos parió y luego se olvidó de que lo había hecho.

—Carmiña…

—Hay muchas ollas al fuego en mi vida, Nano. Pero no te preocupes. —Sonreí. Casi de verdad—. Hasta ahora, nunca he provocado ningún incendio.

—Sé que te manejas bien bajo presión, y que crees que estás para cuidar y proteger. Siempre lo hiciste, te estoy agradecido.

—Venga ya…

La culpa, la culpa… el párrafo eterno, inacabado, perpetuo. Si él supiera que toda esa admiración que le hacía sentir por debajo de mí no debía existir. Si él supiera que yo le arrojé a brazos ajenos y luego me aferré a la adopción cerrada para dejarlo en su nueva vida. Si supiera, que todo lo que creía haber hecho mal había sido decidido de forma unilateral, sin contar con él…

—Siempre estuviste ahí para mí.

—Ese era mi trabajo. Solo eres el mayor por dos años.

Sonreímos. Deseé que lo dejara ahí.

—¿Puedo ayudarte con alguna de esas ollas?

—Solo… mantenla taponada. Que no se vuelque.

Los dedos de Nano aferraron los míos, fríos y tensos.

—Eso nunca, hermana. Jamás.

Descubrí que mentir bien debía de ser cosa de familia, aunque Nano lo hacía desde el desconocimiento.

Él no sabía que su promesa iba a quedarse en agua de borrajas a la luz de los hechos, que no querría cogerme la mano o regalarme su última aceituna cuando todo se descubriera, que quizá, no me querría volver a ver por haberle forzado durante toda su vida a aceptar una realidad sobre la que no tuvo control alguno.

Me puse a pensar en Rafael sin venir a cuento, y como no sabía cómo sentirme al respecto, me sentí triste. Nano, con las gafas de sol colgando del cuello redondo de su camisa, giró la cara para darme unos minutos de intimidad. No sé si siguió pensando que mi aflicción tenía a nuestra difunta madre como única protagonista, pero me iba bien.

No estaba preparada para que conociera mis niveles de fracaso, en lo laboral y lo personal.

No estaba lista para que descubriera la grieta en quien siempre había sido roca sobre la que él podía llorar, o a la que sujetarse cuando el aire frío y crudo, lleno de salitre, golpeaba las paredes de nuestra casa.

No quería que me viera perder la firmeza ni el control. Hay que admitir que me sentía sola, que anhelaba y temía el amor, lo mucho que necesitaba escribir y lo poco que era capaz de conseguir cuando lo intentaba.

No podía poner el punto final a aquella mentira, al embuste de la Carmen fuerte que no había existido jamás. Así que me acabé la copa y forcé una sonrisa para las cámaras de la irrealidad. Me puse el filtro, levanté la cara y seguí donde estaba.

En el eterno párrafo sin acabar.

25
Autor

La duda es como ese pedacito de cutícula que no puedes dejar en paz hasta que lo arrancas con los dientes, llevándote media piel, el esmalte de uñas y dejando una herida sangrante detrás.

Es como esas veces en las que no recuerdas si has apagado la plancha del pelo, y vuelves a toda prisa desde donde quiera que estuvieras solo para comprobarlo, porque si no, ese picorcillo de incertidumbre no te dejará en paz en todo el día. Y puedes incendiar la casa.

La duda es eso que no te deja estar seguro de si te encuentras en negación, enfadado o echando tan terriblemente de menos que te pones a Luis Miguel en bucle y te sorprendes musitando *La media vuelta* mientras los olores de Madrid te mueven el bajo de la chaqueta, colándote un airecillo tan desolador que te estremece.

En mi caso, no sabía si tenía pena por haber perdido a Pau o si solo extrañaba el recuerdo de quién había sido antes, en los albores de la relación, cuando nos permitíamos soñar con los dedos llenos de grasa de churros y trasnochábamos día sí día también porque las horas de sol nos eran insuficientes para hablar de todo. De nada. De la vida. De nosotros.

¿Cuándo dejamos de hablar? ¿Cuándo paramos de soñar? ¿Cuándo empezó a darme miedo ser yo y sentí que en sus gestos, en sus palabras y en aquella casa de paredes sin desconchones ni agujeros, había más incertidumbre de la que sentí nunca en Galicia, bajo la crianza violenta de mi padre?

Sin decirme nunca abiertamente que todo aquello salía de su bolsillo, Pau me cobró peaje en forma de distancia emocional. De

hacer que todo fuera mecánico, aséptico. Era como vivir en un quirófano, limpio y esterilizado, pero donde el frío de la operación te iba calando hasta los huesos sin que nadie te cubriera con una mísera manta. Convivir con un compañero de piso con el que hasta follar, se programaba en listas Excel de entradas y salidas. De deudas y pagos.

La culpa de haber sido infiel, porque en mi corazón y mente la relación no estaba rota del todo cuando me acosté con Rafael, era un eterno dolor de cabeza. Uno que me hacía saltar de Luis Miguel a atronadoras baladas de rock cantadas en un inglés que me era tan desconocido como qué me había pasado por la cabeza para dejar que aquello llegara tan lejos, y por qué lo había terminado tan mal.

Llegué a la conclusión, un miércoles cualquiera después de tomarme un café recalentado, de que espantaba a la gente de mi vida. Sin más. Me decía que por su bien, claro. Nano, ante quien actué como una Batman que nadie había llamado con señales luminosas, y a Raf, por quien decidí que estaría mejor sin meterse en la montaña rusa que era mi vida. Incluso Gema, a la que apenas había llamado desde que dejé su sofá para pillarme un dormitorio que olía sospechosamente a hierba de manera perenne en un Airbnb. Era una salvadora universal. El regalo que te viene con el pedido de Shein por sorpresa. El cacahuete doble que aparece por arte de magia al romper la cáscara.

Una jodida imbécil egoísta que por miedo a perder, perdía antes. El equivalente a tirar el dado fuera del tablero del parchís todas las veces para saltarte turnos. Porque claro, evitar la partida te libraba del peligro de hacer un mal movimiento.

Y yo tenía mucho miedo. Un miedo que me cagaba.

El miedo es infinitamente peor que la duda, porque te atenaza. Te inmoviliza. Te imposibilita el avanzar y hasta el respirar. Es como esa pelusa, la que soplaste bajo la cama y durante un segundo, al no verla, crees que deja de existir y te inunda una especie de calma falsa imposible de mantener. Así vivía yo, tratando de olvidar la pelusa en forma de profesor de escritura que había soplado lejos, pero que sabía seguía ahí, esperando un cambio en el viento para aparecer, recordándome que igual que no puedes tapar el sol con un dedo, tampoco puedes cerrar los ojos a lo evidente y simular que no está.

En una vida llena de despedidas y pérdidas como la mía, me había acostumbrado a tirar con los puesto, a creer que no necesitaba más cariño que el básico para pasar el día más o menos cuerda, sin tirarme de los pelos preguntando al cosmos por qué yo no podía ser normal, querer normal y tener una bolsa de las bolsas bajo el fregadero como la gente decente. Porque mi casa nunca me había parecido mía, y mi propio novio se me antojaba inalcanzable, porque lo único que deseaba escribir era esa historia de alguien que era como yo pero que sentía tan poco mía. Porque no me entendía.

Volví a la Plaza del Dos de Mayo, a aquella librería tan coqueta regentada por su señor que, de tener Instagram, se habría coronado ya como el abuelo de todos, con su sonrisa temblorosa y esa pinta de ser más analógico que un botijo, ordenaba con mimo ejemplares en el mostrador. Aspiré fuerte, para darme valor y porque el olor a libro siempre había sido el equivalente natural a meterme un diazepam en vena. Estaba nerviosa. Era día de curso de escritura y yo lo sabía. Esa vez no había acudido por casualidad.

Hasta el miedo más grande cede, o se deja engañar cuando ya no soportas más la tentación. Comer Nutella a cucharadas con la promesa de ayunar por la noche es un ejemplo. Decirme que le debía a Rafael una disculpa porque no soportaba la idea de seguir sin verlo, otra.

—Llega un poco tarde. —Me sonrió el librero. En sus brazos, sorprendentemente fuertes, un montón de novedades de autoras españolas—. La clase empezó hace media hora.

Lo sabía.

—Me he entretenido en el trabajo.

—Ah, claro, claro. De esto… solo unos pocos viven. —Dejó un libro de lomo grueso y portada rosa brillante, con un título larguísimo, algo sobre viajes correctos y caminos equivocados. Sacudí la cabeza—. ¿A qué se dedica usted?

—Soy educadora infantil. Trabajo en una… bueno, ya no se llama guardería pero…

El hombre asintió, consultando su reloj de pulsera en un gesto que, cualquier otro, habría interpretado como de aburrimiento por la charla banal. No le habría juzgado por ello. Mi vida tendía a hacérseme bola incluso a mí.

—¿Y cuándo tendré uno suyo por aquí?

Solté una carcajada. Genuina. De las buenas.

—¿Y usted cuándo va a colgar el marcapáginas y dedicarse al humor?

Encogió los hombros, algo hundidos y huesudos.

—Pues no sé por qué dice eso. Yo creía que era una de las que sí.

—¿De las que sí?

Hizo un gesto hacia las escaleras, hacia aquella zona sagrada de ese curso casi místico al que nunca había querido asistir, pero del que no habría querido perderme ni los exámenes finales.

—De las que sí lo hacen. De las que sí terminan. De las que sí.

Se removió dejándome con aquella sentencia revoloteándome alrededor. Hizo caja, apuntó algo en un cuaderno de tapas azules, y mientras yo recorría los pasillos, simulando un interés novelístico que me salía bastante natural, los minutos pasaron y la clase tocó a su fin. Un ruido de sillas, de voces y pasos ascendentes me pusieron la tripa del revés. Me pregunté, mientras los veía subir sin verlos en realidad, escondida como la cucaracha voladora que te sorprende extendiendo las alas cuando vas a darle con la zapatilla, cómo irían aquellos proyectos imposibles. Cómo habrían evolucionado las historias locas de los compañeros a los que apenas me había permitido conocer.

¿Habría escrito Fanti su novela gráfica? ¿Sofi encontraría por fin su voz dentro del erotismo tan alejado de su faceta maternal que tanto disfrutaba narrando? ¿Y Ant? ¿Habría parido ya su novela manifiesto en post de los géneros no binarios? ¿Acabaría Enzo una distopía que nos iba a hacer reírnos de nuestra Pandemia? ¿Superaría Juanjo su resquemor por un mal divorcio y sería capaz de componer algo con final esperanzador?

¿Se acordarían ellos de mí? ¿De aquella que siempre llegaba tarde, nunca entregaba nada a tiempo y escondía más de lo que era capaz de decir? Seguramente no. ¿Por qué lo harían? ¿Cómo iba a dejarles huella cuando había tratado por todos los medios de pisar lo más leve posible sobre una superficie más dura que el asfalto de la M30?

Yo era como ese personaje episódico en el que nadie repara. En la vida de otros. Y casi que en la mía también. El camarero que seca vasos al fondo de la escena final del capítulo y es tan poco importante

que los dobladores reciclan una voz cualquiera para ponerle. Ese, que en una novela queda descrito de pasada y al que no merece la pena poner nombre.

Descubrirlo fue descorazonador. Y terriblemente cruel. ¿De verdad era el rol que quería en mi vida? ¿Ser ese al que el escritor no dedica más de una frase sin importancia?

—Abuelo, recojo abajo y cierro yo. Vete a casa si quieres, que hoy hay partida.

La voz de Rafael, surgida del averno de la escalera, me distrajo de la funesta realidad que había creado yo solita, allí, perdida entre las novedades de fantasía para adolescentes. Debió olerme. O presentirme con alguna especie de poder alternativo que habría hecho empalmarse al mismo Obi-Wan Kenobi. No sé. No me lo explico. Solo puedo decir que giró la cabeza, con aquella mata de pelo despeinado, y me miró de lleno. Los demás se habían marchado y allí no quedábamos más que nosotros dos y un anciano que estaba colgándose sobre los hombros una mochila marca Nike que parecía pesar más que él.

—Acuérdate de bajar las persianas, que si no los rayos de luna estropean el color de las portadas del escaparate.

Rafael sonrió, sin desviar la mirada.

—Después de cinco años trabajando aquí, me acordaré de los pasos para cerrar, abuelo.

—Dos vueltas de llave y…

—Dos golpes secos para anclar la bisagra. Lo sé, abuelo.

El hombre asintió. Se echó bajo el brazo una chaqueta fina y afirmó en mi dirección, haciéndome un gesto con la cabeza antes de encaminar sus pasos a la salida.

—Portaos mal, que la vejez es larga y una pesadez. Más vale tener recuerdos con los que aguantar el dolor de huesos.

Me sonrojé, lo cual me hizo sentir todavía más fuera de mi elemento de lo que ya estaba. La campanilla resonó y la puerta se cernió sobre la realidad de que Rafael y yo estábamos a solas, en la librería, llenos de silencio y un montón de preguntas mudas esbozadas por las dos partes. La última vez que nos habíamos visto él había soltado aquella sentencia, clamando por una oportunidad que por no dar, yo no me daba ni a mí.

Otra vez, pensé en el personaje episódico. En el sin nombre. Sin voz propia. Sin descripción física. En el que perdía hermanos, descuidaba amigas y vivía con novios a los que no lloraba tanto como debía porque, en realidad, no se había implicado lo suficiente. Llegué a creer, en los escasos minutos que tardó Rafael en acercarse, que el problema era del personaje. Que no tenía suficiente peso y, por tanto, no valía la pena ni merecía el espacio en el libro. ¿Para qué invertir en él, si era insignificante?

Pero, claro, Romeo habría valido poco si Shakespeare no le hubiera dado redondez. Heathcliff hubiera pasado sin pena ni gloria de no ser por las puntadas de la señorita Brontë, y nadie se acordaría de Ron Weasley si la señora Rowling no le hubiera dotado de tantas y tan llamativas características.

La escasa importancia, el olvido rápido, lo plano… nunca es culpa del personaje. Lo es del autor, pues él y solo él puede dar vida y acciones, actitudes y comportamientos a aquellos que han de vivir una historia.

Si yo era plana, descubrí, era porque no me había escrito con la profundidad suficiente. Porque no me había dado el detalle necesario. Porque no había trabajado en una construcción eficiente.

Yo. En mí. Porque no era el episódico. Ni el anecdótico. Ni el que no tenía voz ni nombre. Yo era la autora. Yo tenía que escribirme. Yo debía redondearme dentro de la historia que necesitaba contar. La mía.

—No esperaba verte.

Rafael se me paró delante. Todo tatuajes, vaqueros sueltos, botas camperas y gesto hosco. No pude culparlo. Lo eché de mi casa, en Galicia, después de un polvo que era en parte de duelo, de consolación y de… ¿qué otra cosa podríamos hacer sino follar?

Que fuera capaz de hablarme mirándome a la cara decía mucho de él y bien poquito de mí.

Abrí la boca, preguntándome qué quería decir en realidad. Que llevaba días rondando por allí, mientras intentaba recomponer los pedazos del tsunami que me había arrasado la existencia, que no estaba segura de por qué, pero que necesitaba verlo aunque no tuviera ni idea de cómo dirigirme a su persona. Que el tiempo no estaba mal

para aquella época del año. Que ojalá más paella y menos torreznos de tapa con los tercios.

—Lo siento, Rafael. Tenías razón.

Supuse, por su cara, que le tomó tan de sorpresa como a mí que aquello fuera lo primero que me saliera de la boca. No había lugar para dar más vueltas a una discusión que no era tal. Mi subconsciente tomó las riendas y, por una vez, fue asertivo.

—Carmen…

—Tenías razón con casi todo, en realidad. Y es raro porque has acertado en muchas cosas para conocerme tan poco, aunque te aseguro que no en lo fundamental. Porque eso lo acabo de descubrir yo misma hace nada.

Se cruzó de brazos, luciendo bíceps, tinta y pose de defensa. Me parecía lógico. Yo me agarraba a la bandolera como si llevara una camiseta de Marcelo en la previa de un partido del Atlético de Madrid.

—Carmen, no acabo de entender muy bien a qué has venido. Me pides perdón, dices que tengo razón, pero no…

—Quiero pedirte tu consejo profesional.

Frunció el ceño.

—¿Sobre?

—Escritura. ¿Qué iba a ser si no?

—Pues aunque te sorprenda, tengo otro trabajo. ¿Creías que vivía de dar clases a alumnos que en realidad no quieren asistir a mis talleres?

Touché. Tomé nota de sacar de vez en cuando la cabeza del culo para oler la mierda de los demás. Por empatía y respeto a las mochilas que cargamos todo.

—No nos conocemos tanto.

—Es verdad. Tú no lo has permitido. —Se metió las manos en los bolsillos y balanceó el peso de los talones a la punta de los pies—. ¿En qué puedo ayudarte?

Intenté recomponerme de aquel machetazo. Estaba en su derecho de ser borde y frío, por supuesto. Le largué con los pantalones a medio subir porque me sentía incapaz de lidiar con el hecho de que, a su lado, en los escasos capítulos en los que había aparecido, mi yo tenía más matices de lo que recordaba ser capaz de mostrar. Porque había

ido en mi ayuda para ofrecerme compañía sin pedírselo. Porque se me colaba en el pensamiento y yo lo espantaba creyéndolo mosca cuando había sido, sin más ni menos, inspiración.

Porque había dado alas de águila a un sueño que nunca había pasado de ser pájaro de corral, agitándose con torpeza sin levantar más que un palmo del suelo. Porque yo, siempre ciega, siempre personaje plano cuando debía ser el foco de la narración, no había querido darme cuenta de que Rafael se me colaba entre las líneas, se me escurría por los párrafos, y se me aparecía como el prólogo de todas las historias que nunca creí, después de desengaños y fracasos, que me apetecería contar.

Porque aquello no había sido un flechazo ni producto de una narración comercial, sino un goteo calmo, fluido. Tan lento y sinuoso, que yo apenas había reparado en él. El secundario que va cobrando importancia con pequeños gestos, frases ingeniosas y apariciones estelares en el momento adecuado. Que se va ganando al lector, quien pasa de no tener ni idea de qué pinta ese en la historia, a preguntarse cuándo volverá a aparecer.

Y no, yo no era ese sin voz, sin cara ni expresión. Yo era la autora. Yo podía decidir qué hacer con Rafael. Cómo darle cabida. Cómo entregarle un espacio natural. Cómo conservarlo… y dejarlo ser. Y estar.

—Quiero ser la autora —solté sin más, dando un paso adelante. Real y metafórico—. Quiero ser quien cuente la historia. Mi historia. Estoy cansada de vivir a expensas de la narración de los demás, de ser una antagonista perpetua y que solo me espere un final de mierda porque el cuento está tan jodido y mal expresado que…

—Para, para, Carmen. ¿Me estás hablando de un bloqueo de escritor o de ti…?

—De todo. De las dos cosas. Yo soy las dos. —Parpadeó. Cogí aire —. Quiero contar mi historia, pero no puedo contarla porque no había entendido que soy yo la que lo tiene que hacer. Que tengo que ser la autora, no la protagonista. ¿Me entiendes?

Rafael asintió. Lo entendió. Supo de qué estaba hablando y que hablaba de mucho más de lo que decía. Qué tipo de ayuda pedía y cuánto la necesitaba. No sé cómo. No puedo explicarlo. Por puro

milagro, supongo. Porque era él. Porque vivíamos ese momento en que así estaba escrito que pasara.

—Debes escribirlo en primera persona.

—Eso es. Sí. Así. En primera persona.

—Creo que puedo ayudarte con eso, Carmen.

Acepté.

26
Concesión

El protagonismo crea adicción. Es como las compras *online* cuando pones tu tarjeta como forma de pago habitual en alguna web de cosméticos, por ejemplo. Un no parar.

Los narradores, cuando aprendemos a escuchar nuestros pensamientos y damos con el tono, nos volvemos celosos. De forma terrible. Por no querer, no queremos que otros metan ni una coma. Nos hacemos a la libertad que da ser el dueño del ritmo del cuento y, al igual que hizo Caperucita Roja en el suyo, desoímos consejos para bifurcar el camino hacia el que más nos gusta. Hasta que te coma el lobo feroz merece la pena cuando encuentras tu propia voz.

—Creo que aceptaste el amor que creías merecer.

Desvié la mirada hacia una pila de cajas que contenía novelas de bolsillo sin colocar. Rafael y yo nos habíamos sentado en el suelo y tomábamos café del *office* de la librería. Yo, con las piernas cruzadas a la altura de los talones, apoyaba el codo izquierdo en la bandolera, y él, más cómodo en su piel, más indolente pese a que estábamos desgranando cada una de mis terminaciones nerviosas después de haberme abierto el cuerpo en canal, estaba sentado en una especie de postura de loto, con sus gruesas botas militares metidas bajo los muslos. Le miré.

¿Cómo me había pasado desapercibido durante tanto tiempo que tenía una belleza de esas que, cuando una mujer está interesada, le corta el aliento y le revuelve la tripa?

—¿Eso excusa a los que me dieron de menos?

Negó.

—Pero siempre será más culpa tuya por haberlo permitido.

Chasqué la lengua contra el paladar.

—Entonces tendría que haber sido más exigente.

—¿Por defender que no te merecías que tu novio te dejara por hacer una mala compra en Amazon? Joder, ¡pues claro!

A mi pesar sonreí, y una gotita de café tibio me corrió por la comisura. Pasé la lengua para limpiarla y Raf me echó una mirada, una de esas que habla de que incluso en los principios más inconclusos de todas las historias, estén destinadas a llegar a algo o no, hay una suerte de tensión no resuelta que pugna por aventurarse a explorar.

El aire de la librería se nos iba condensando alrededor. Moví la cabeza.

—Hace un poco de calor.

—Espera, encenderé el aire, pero no puedo subirlo mucho.

Se puso en pie con la agilidad de un guepardo. Al inclinarse para trastear con el chisme del acondicionado, le asomaron un poco los bóxer por encima de los vaqueros. Negros. Lisos. Un hombre práctico.

—Entiendo, ¿por algún rollo de protección de los libros o algo así? He visto *You* en Netflix.

Me sonrió, volviendo a su sitio original frente a mí. Traía algo en el bolsillo. Un paquete de garrapiñadas. Encogió los hombros.

—Mi abuelo tiene un arsenal detrás de la caja. —Me tendió el paquete con su brazo lleno de líneas entintadas—. Respondiendo a tu pregunta, la razón de no abusar del aire es más prosaica, el gasto económico. Siento decepcionarte, pero no hay una jaula transparente escondida en el piso de abajo donde secuestro escritoras potenciales.

—Una pena. —Me eché a la boca un puñado de garrapiñadas, que crujieron bajo mis dientes—. Igual eso me ayudaba a concentrarme.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—Análisis de la obra y del contenido de *El perro del Hortelano*, de Lope de Vega.

—El que ni come ni deja comer.

Asentí.

—Eso es lo único que la chica para quien lo estoy haciendo tenía puesto.

—Dejando de lado la dudosa moralidad de hacerles trabajos a los universitarios…

—Por favor.

Raf se aproximó. La suela de las botas rascó el suelo. Dejé una garrapiñada a medio camino de mi boca, centrada de repente en la suya. En la clara visión de sus ojos que eran limpios, cristalinos, como esa piscina donde navegan barcos de juguete en los anuncios previos al Día de Reyes. Había tanta curiosidad. Tantas ganas de comprender y aprender en su mirar… ¿por qué? ¿Cómo no me había dado cuenta?

—¿Y tu historia?

—¿No te parece un poco ombligocéntrico por mi parte creer que mis vivencias se merecen un libro propio? ¿Rollo diario de mis mierdas? No soy Anna Frank.

—Ella tampoco sabía que lo era hasta que lo fue. Al menos, no en un sentido de obra que destaca y perdura.

—Tienes demasiada fe en algo que no llega ni a culto, profe.

Sonrió.

—Lo adjuntan con el título.

—¿El de enseñante?

—No. El de técnico en instalaciones eléctricas, que es lo que me saqué en la FP. Lo de dar clases de escritura viene por tener un abuelo librero.

—Viste filón.

—Nunca he sido muy listo, como verás. —Se apartó un mechón de pelo de la cara—. Me pasa con la elección de trabajo como con las mujeres que me gustan. Lo que quiero no está a mi alcance, me falta preparación o no quedan vacantes.

Bajé la mirada. Las garrapiñadas que no había comido se me habían derretido en la palma de la mano creando una sustancia que amenazaba con dejarme los dedos pegados.

—Has dicho que acepté el amor que creía merecer.

—He dicho que lo pensaba. Es una teoría.

Levanté la vista.

—¿Entonces cómo puedo gustarte, si según esa hipótesis, siempre aceptaré menos amor del que quiero y necesito?

—Eso también está en la persona que lo da. Si es generosa y justa. Si le importas lo bastante como para equilibrar la balanza a pesar de que tu lado esté defectuoso.

—¿Y cómo se consigue eso?

No lo dudó demasiado antes de contestar.

—Haciendo concesiones.

Rebufé, y debí hacerlo a viva voz y de modo muy simpático porque Rafael se rio. Me fijé en aquel colmillo, en aquel arco lobuno de su dentadura, detalle que había atesorado casi desde el momento en que nos conocimos, cuando aún no sabíamos el uno del otro mucho más de lo que sabíamos ahora.

—Estoy acostumbrada a ser la única patrona de mi barco, Raf. Y a timonearlo sola aunque sea para verlo hundirse.

—Quizá con ayuda logres llegar a puerto.

—¿Y si lo que me espera allí no me gusta?

—Eso tendrás que descubrirlo. En cualquier caso, no lo harías sola.

La soledad. Esa vieja amiga… como el jersey de pelotillas y los vaqueros rotos entre los muslos. La varilla del sujetador que se te clava en la chicha del sobaco. El lápiz negro que se te corre por el lagrimal.

Habíamos sido uña y carne la soledad y yo. Siempre compañeras de viaje, de asiento y hasta de noches en vela. Cuando uno se acostumbra a la oscuridad, cualquier atisbo de luz daña las retinas. Algo semejante me pasaba con la idea de abrirme a los demás. De aceptar otras personas en mi vida. Creía haber aprendido a subsistir sin ellas, de tenerlas, ¿podría adaptarme? ¿Y si luego se iban?

—¿Sabes eso que dicen…, que pasar de comer huevo duro a jamón serrano es fácil, pero al revés una puta mierda? —Raf frunció el ceño, sin entender—. Algo así me pasa con hacer concesiones. Si las haces das poder al resto. Les dejas opinar. Es como trabajar en grupo y no ponerte de acuerdo por la tipología del texto. Agotador.

—Me resulta curioso que pienses eso, que te cueste tanto ceder el mando, que no quieras perder el control cuando tú misma has admitido que durante mucho tiempo no has sido autora de tu propia historia.

—He sido una narradora omnisciente. Lo veía todo aunque no estaba ahí.

—¡Vete a cagar!

Compartimos una risa. Una nerviosa, de esas que intuye que se está

hablando de algo más íntimo de lo que se trata en realidad.

—¿Esa es tu opinión profesional? *Manda carallo*.

—Deberías dejar entrar a la gente, Carmen. No es justo que te guardes toda para ti. Nos estás haciendo perdernos mucho.

Sentí que me sonrojaba, cualidad que creí haber perdido.

—Pau no pensaría eso.

—Pau te dejó por teléfono mientras estabas a varios cientos de kilómetros el día de la muerte de tu madre. Su opinión me la paso un poco por el forro de… las ediciones especiales de tapa dura.

—Bien traído. —Me rasqué la costra de las garrapiñadas en los vaqueros, esperando que no se notara—. Al principio no fue así.

—Al principio todas las escobas barren bien. Es con el uso cuando sabes si una vale o no para tenerla en tu casa.

Le miré con toda la intención, metáforas y símiles de escritura echados a un lado. Las cartas sobre la mesa.

—¿Y tú eres esa escoba, Rafael electricista, barra, profesor de escritura creativa?

—No lo sé, Carmen. Como tampoco sé si es lícito hablar del amor que mereces y del que aceptas. Soy una persona interesada que querría experimentar ese interés. —Encogió los hombros—. Ahora te besaría. Mucho. Te echaría sobre alguna pila de libros y daría una mejor talla que en Galicia, cuando estabas demasiado ausente y yo demasiado perdido para que el sexo significara algo de lo que se supone que tiene que significar, pero no me llamo a ilusiones, ni me aferro a utopías, como ya te he dicho, no soy más que un episódico, ese que aparece cuando tienes que insertar la réplica de la protagonista.

—Un personaje plano. Sin sustancia. De esos a los que no pones ni siquiera nombre de tan irrelevantes.

Sonreí, riendo de la alusión a la referencia que me había hecho a mí misma poco antes. Rafael se llevó la mano al pecho, como si le doliera.

—Si me haces desaparecer ahora las lectoras no te lo perdonarán.

—No sé siquiera si soy capaz de hacer concesiones conmigo misma, Raf. Mi vida es un caos, soy prácticamente una desconocida.

—No te pido que te lances a aprenderme antes de hacerlo contigo.

Solo… que me dejes estar presente.

—¿Y si no estoy preparada para empezar nada? ¿Y si no puedo?

Pareció confundido. Me puse nerviosa, ¿había malinterpretado todo aquello? ¿Y por qué la idea me decepcionaba tanto? Acaba de salir de una relación unilateral de dos años con un novio que clamaba decepción, ¿cómo podía plantearme…?

—¿Quién ha dicho nada de empezar, Carmen? ¿Qué es lo primero que aparece siempre en un libro?

—¿Esto es de una de tus clases?

—De la única a la que asististe, creo recordar. Venga, haz memoria, ¿recuerdas lo que dije que iba antes de la introducción, el nudo y el desenlace?

Forcé a mi cerebro, con el ceño fruncido y tan concentrada que más que evocando recuerdos, parecía que sufría de estreñimiento crónico. Lo más de lo romántico.

—¿La presentación de los personajes?

—Antes que eso.

—¡Dijiste que era el primer punto!

—Oficialmente. Ahora me juego los huevos, que por si no lo has notado, estoy poniendo en el asador delante de una tía inalcanzable. Que serías tú. —Sonrió. Oí a los lobos arañando las paredes, y entre mis piernas—. ¿Qué es eso, que inicia toda historia, que es a veces propia y otras célebre?

—¿Una cita?

Puto trovador, qué taimado, qué engreído. Qué espabilado.

—Me encantaría, Carmen.

Acepté porque… pues porque supongo que comprendí que parte de lo que significaba llegar a un consenso radicaba en entender que, aunque fueras tú quien dirigiera la barca, si no dejabas remar a nadie más terminarías dando vueltas y vomitando en el lago. No quería ceder el control, pero conservarlo del todo me llevaría a esa frustrante casilla de salida, con todas las fichas encerradas mientras el resto de la gente avanzaba por el tablero y hacía planes de conquista.

No quería eso.

No quería ser la secundaria sin interés, pero tampoco una narradora nazi de vivencias en solitario, arropada por una sombra

llena de costurones. Lo que había vivido tenía que curtirme, pero de nada me serviría haberlo superado si ahora me encerraba en una burbuja de protección y entonaba un yo, mí, me, conmigo donde no cabía nadie más.

Porque yo deseaba que cupieran. Que se aproximaran.

Que me enseñaran a querer, a mí, como estaba aprendiendo a marchas forzadas y tirones del freno de mano, cargándome el embrague y rozando la carrocería de mi piel, ya ajada por el choque contra todas las columnas de *parking* del mundo.

Ansiaba entender lo que era dar y recibir en equilibrio. Y sabía que no podía, ni debía, poner sobre los hombros de nadie el peso de ayudarme con eso. Esto no es un cuento con moralina, ni una película Disney donde descubrimos que hay que aceptar lo que uno tiene y saber lo que vale para que la tetera se convierta en la abuela perfecta, la casa mágica siga teniendo poderes y podamos, por fin, hablar de Bruno. No. Esto es la vida real. No hay canciones, colores brillantes ni aprendizajes metidos con el calzador de las plataformas de las protagonistas de Drag Race.

La vida real, lo que tiene de jodido, es eso. Que es real. No puedes guardar la partida y encarar al malo de la pantalla final cuando te sientas preparada, hayas merendado y no te hagas pis. Se requieren más saltos de fe a piscina vacía de los que cualquier persona cuerda sería capaz de soportar con la dignidad intacta, por lo que yo, que había perdido la cabeza más veces de las que era capaz de contar, tenía pocas esperanzas de que aquella intentona fuera a ser distinta a las demás. Llevaba la palabra fracasada metida en los huesos, como si me hubieran hecho una especie de tatuaje óseo que todo el mundo podía ver menos yo.

Iba de valiente. De que podía sola. Era de las que se sabían la cantinela de que apartando te proteges, cuando la realidad es que solo acabas… pues eso, sola. No sabía si Rafael sería la solución a mis problemas, seguramente no. Pero intuía que quizá podría devolverme la esperanza en que yo misma, de alguna manera, podría ser capaz de irlos solventando poquito a poco. Una cosa a la vez.

No sabía si tenía que ver con su creencia en mis capacidades como escritora, esas que no tenía ni yo, con su presencia en los momentos

donde la ausencia de aquellos a quienes creía que quería tener al lado llenaba de luz rincones que no habían tenido cableado jamás, o porque simplemente, había aparecido en el momento apropiado, sin hacer preguntas, pero trayendo interrogantes que bien valía la pena contestar.

Entendí que hacer concesiones era asumir que nunca tendría el control completo de todo. Y que habría roturas que ya nunca podría reparar. Que era aceptar llevar la voz cantante mientras dejaba que alguien me hiciera los coros por detrás.

Que quizá, mi manía de ser la que decidía por el resto no tenía ningún sentido cuando mis acciones hacían que del resto no hubiera nadie más. Migajas de quereres que no viví. De bocas que no besé y de amores que no me atreví a satisfacer porque, egoísta, egocéntrica y estúpida, pensé que los salvaba de mi quema dejándolos no ser, cuando en realidad me privaba a mí de terminar siendo con ellos.

No había psicotrópicos en el mundo que desliaran los nudos gordianos de mi cabeza. Ni solución a todos los interrogantes que tenía.

Tendría, pues, que lanzarme al vacío echa un lío y llena de dudas. Como todo el mundo. Como se hacía en la vida. Porque nadie iniciaba relaciones en perfectas condiciones, ni esperaba que las relaciones fueran perfectas para iniciarlas.

Seguiría trabajando en mí. Pero remaría acompañada.

—¿El miércoles? ¿Después de la próxima clase?

Si Rafael había perdido la paciencia en medio de mi diatriba mental, no lo dejó ver. Si le extrañó mi sugerencia, tampoco. Se limitó a cambiar el cruce de las piernas, y mientras la gruesa goma de las suelas de las botas arañaban el suelo con un quejido que escondió la impaciencia con la que tragué saliva, asintió. Sin más.

—No te olvides de traer hecho el próximo ejercicio: crear la solución a un conflicto.

Le habría dicho que no tenía ninguno preparado, pero decidí tirar de vivencia propia. Me sobraban para elegir.

—Recuerda que no asisto a tu taller.

—Ahora sí. Sé puntual, no puedo seguir haciendo la vista gorda por mucho que me gustes.

Nos acabamos las garrapiñadas robadas en silencio. No nos hizo falta hablar.

27
Tabla de contenido

Lo que pasa cuando te gusta alguien —y te reconoces a ti mismo que te gusta— se parece mucho a ese momento en que descubres la filmografía completa del actor de la última serie a la que te has enganchado. Lo único que quieres, es saber más.

Informarte se convierte en una obsesión, una especie de tarea vital, como quien actualiza constantemente un documento por el placer de ver cómo va aumentando la tabla de contenido.

En esas me encontraba yo con Raf. Deseosa por llenar huecos. Literal y metafóricamente.

—Si lo analizamos en profundidad, las cadenas que atan a una obrera a ese sino constante son muy parecidas a las penurias vividas durante el Holocausto. ¡Es la historia de la humanidad!

—Fanti, vamos a intentar no hacer comparaciones entre una novela gráfica centrada en la pirámide de poder de las hormigas y el genocidio judío. Por evitar jardines.

—¡Eso es sesgo creativo!

Raf descruzó los brazos para tocarse el puente de la nariz en aquel gesto que yo, que buscaba el sobresaliente en cuanto a sus expresiones corporales y guiños faciales, interpreté como: *no me da la vida, pero no puedo perder alumnos aunque estos tengan serias deficiencias para diferenciar realidad de ficción*.

Seguramente él pensaría en términos más amables, pero yo soy más prosaica. Cambió la postura y la tela fina de sus pantalones chinos dejó poco a la imaginación. Yo también me removí. Y apreté las piernas, recordándome que estaba en una librería, en medio de una clase de escritura, que llevaba el portátil en el regazo y que habíamos

llegado al acuerdo, Raf y yo —aunque más él—, de que iríamos despacio.

Me mordí el labio y me sobé el pelo, mirándole, intentando no ser demasiado obvia pero muy consciente de que haberle lamido la cara hubiera sido igual de sutil. Sonrió un poco antes de esquivar mi escrutinio para pretender que seguía atendiendo a Fanti, que seguro que tenía sobre la cama pósteres de Pablo Motos, por el tema de las hormigas.

Iba un poco salida, es la verdad. Es otra cosa que pasa cuando te reconoces a ti misma que la puta flecha de Cupido te ha rozado de refilón, que te vuelves súper consciente de tu ser sexual.

El mío estaba *on fire*.

—Vamos a intentar mantener las narraciones dentro de un marco poco polémico. —Rafael sonrió, lobuno. Sexy. Todo profesor—. Al menos en clase. Sofi, te toca, ¿cuál es el conflicto en el que has situado a tus personajes?

Nuestra ama de casa con aires de dominatrix se cerró la chaquetilla de punto sobre el voluptuoso pecho y recolocó unas gafas de pasta anaranjadas sobre su cara al tiempo que cogía un cuaderno. Me recordó mucho a esos imitadores de María Teresa Campos. Carraspeó, llamando así a la audiencia.

—La protagonista de mi historia, Silvana, pasa por una fase donde encuentra placer erótico en la fricción con los electrodomésticos y demás artículos de menaje de su casa. Específicamente cocina y salón. ¿Lo leo?

Joder…

Y esta vez la expresión de Raf dijo exactamente lo mismo.

El proceso mecánico de abandonar la librería —cerrar puertas, echar la verja, dar dos vueltas a la llave y dos golpes secos para anclar la bisagra— nos ayudó con ese momento tenso que viven todas las parejas, o el amago de, cuando saben que se les acaban las excusas plausibles para no centrarse en lo que ambos desean y temen a la vez: estar a solas.

Con la clase concluida y cada mochuelo en su olivo —o su hormiguero. Lo siento, Fanti, sé que tu novela gráfica podría petarlo,

pero es que las ideas que tienes son de traca—, Rafael y yo deambulamos por el Madrid de por la tarde esquivando tubos de escape y gente con prisas. Saltándonos los tramos cortados de acera por obras, corriendo cuando los pasos de cebra se antojaban demasiado anchos para la durabilidad del verde en los semáforos e intercambiando datos banales sobre chorradas varias como ¿por qué la Feria del Libro no se celebra en instalaciones con techo y aire acondicionado?

—La magia del Retiro, supongo. Verlo lleno de casetas es… muy chulo. —Sonrió, ajustándose al hombro la correa de su mochila. Me lo quedé mirando—. ¿Qué?

—Nada. Es que pareces un alumno de *Al salir de clase* más que un profesor.

Torció el morro, pero los dos pillamos la referencia. Ay, la edad.

—¿*Al salir de clase*? ¿En serio? ¿Esa serie donde los que pretendían ser alumnos pasaban de la treintena?

Asentí, señalando con un gesto obvio su mochila.

—Justo.

—Eres una petarda.

—Puede, pero una petarda en pleno proceso de descubrimiento y decidida a protagonizar la historia que va a contar en primera persona.

Rafael se rio, tirando de la puerta del portal 2 de la calle Conde Duque, al que habíamos llegado, previo acuerdo sin haber intercambiado una sola perífrasis verbal. ¿Simbiosis de los que se gustan? *Maybe*.

—He creado un monstruo.

El Jardín Secreto de Salvador Bachiller mezclaba a la perfección la calidez del *brunch* con un moderno espacio de coctelería y sala de desayunos en el que parecía que, entre copa y copa, podrías observar el baile de las ninfas, revoloteando en medio de las suntuosas plantas de interior. La decoración, selvática y al mismo tiempo en total simbiosis para crear paz, aderezando los espacios de bosque con un menaje de ensueño, que iba desde lo más chic en muebles de terraza hasta lo robusto de un salón palaciego, creaba una atmósfera de oasis perfecto, terrenal y místico, en pleno centro de Madrid.

La planta terraza estaba ocupada, de modo que bajamos a la siguiente con la naturalidad que da no tener ningún plan establecido al que sujetarnos. Optamos por una mesita apartada, perpendicular con la barra. A mi espalda, un aparador con aspecto de ser capaz de sobrevivir a un bombardeo nuclear. Las luces titilaban en colores amarillos, naranjas y rojos suaves. Voces se cernían a nuestro alrededor, amén con el sonido de los pasos de los camareros, que enseguida nos dispusieron delante un par de servicios para comer, todos en material reciclado, y señalaron con la pericia que da la costumbre, a la lamparilla situada en el centro de la mesa, y de cuyo extremo colgaba una tarjetita.

—La carta está en el código QR. ¿Saben qué quieren beber?

Mientras yo me peleaba con mi arcaico móvil para acceder al lector, Rafael preguntó por las opciones en cuanto a bebidas. En un momento dado sus dedos tocaron mi brazo, que estaba apoyado sobre la mesa en una posición nada ergonómica, intentando infructuosamente que la cámara captara el dichoso QR para ver qué podíamos comer.

—Espera, este mamón se resiste…

Le vi sonreír, medio escondido detrás del haz de luz de la lámpara. Me pareció guapísimo. Me pregunté por qué nunca me había fijado en ello lo suficiente. Y si hacerlo de repente, con tanta intensidad, no sería contraproducente.

Yo no sabía querer poco a poco. Bueno, en honor a la verdad no sabía querer, a secas, pero sí que me encariñaba. Y me aferraba. Y cuando lo hacía era peor que un tiburón blanco con una foca entre los dientes. No abriría la mandíbula ni aunque la vida me fuera en ello.

Por eso me habían roto tantas veces. Y sufría un bruxismo de órdago.

—Te decía que si quieres cerveza o cóctel.

—Ah, claro, perdón. —Traté de sonreír y creer, como no había creído ni en los Reyes Magos siendo niña, que el camarero no me había oído—. ¿Qué cervezas tienes?

El chico nos repitió la retahíla que ya debía haberle dado a Raf. En su favor diré que fue muy paciente y apenas puso malas caras. Punto para él. Optamos por un par de Cibeles, por aquello de que, allá donde

fueres…

—Hemos sido súper originales —declaré, estirando con los dedos la puta tarjeta con el código para ver si mi móvil la captaba mejor—. Más transgresores que Alaska en plena Movida.

—Podríamos haber tirado por cócteles…

—Ya, bueno, no quería llegar a casa arrastrándome. Todavía tengo problemas para recordar dónde estoy viviendo estando sobria, así que imagínate si me pongo cerda a *Sex on the Beach*.

—¿Ese es el cóctel más top que conoces? ¿En serio? Mira que eres antigua.

Le habría dicho que me había salido solo, quizá por una libre asociación mental que tenía mucho que ver con el *sex* y nada con la *beach*, pero no quise ser demasiado obvia.

—¡Joder…!

—Anda, trae. Estate quieta, que te vas a borrar la huella dactilar como sigas frotando.

—Pues no es mala idea, así podría cometer delitos sin que me pillaran. —Me ofreció su móvil. Con la carta abierta—. Gracias.

Pedimos una degustación de gyozas en salsa de curry verde y unos tacos chingones de cochinilla con verdura de temporada y piña. En lo que llegaba la comanda, ambos bebimos sorbos de nuestra cerveza, picoteando distraídamente del cuenco de frutos secos que nos habían servido para abrir el apetito —y llamar a la sed— y echamos miradas de soslayo al local y entre nosotros.

Fue una de esas charlas tensas, no por incomodidad, sino porque lo que se podría cortar con un cuchillo en el ambiente era las ganas de tocar, y no de conversar. Que si qué bonito esto. Que si qué moderno y a la vez qué pinta más retro. Que si habías estado alguna vez… mareamos a la perdiz hasta que nos vomitó encima y no nos quedó más rincón que observar a aquel que teníamos en frente, es decir, el uno al otro.

Me pregunté por qué no había elegido una blusa más mona que aquella negra salpicada de gorriones blancos, que tan *rockstar* me había parecido en su momento y tan sosa me resultaba ahora. ¿La manga corta me hacía el brazo gordo? ¿Las pinzas con las que me había recogido un par de mechones de la melena corta estarían

simétricas? ¿Cómo podía sacar con disimulo el espejo de la bandolera para comprobar si el lápiz negro se me había corrido al lagrimal?

Y hablando de correr, ¿a dónde coño creía yo que iba con esas prisas? Hasta hace dos días Rafael no formaba parte de mi universo conocido y ahora se había vuelto mi puto satélite. Señales de peligro. Banderas rojas. Leticia Sabater estrenando nuevo *hit*. Todo el mal del mundo se me sobrevino encima.

—¿Carmen? ¿Estás bien?

Cuando el nerviosismo por desear a tu profesor, aunque sea de tu quinta y él haya expresado previamente su interés te hace sentir culpable, por el momento, por las circunstancias, por la vida; intentas disimular. Yo me tenía por una mentirosa nivel político en campaña, pero supongo que algo debió notarme, porque a pesar de que fui rápida al contestar, él lo fue más. Y se llevó la Copa de la Casa.

—Pensaba en si querrías comer algo más. Lo mismo nos hemos quedado muy justos pidiendo solo dos platos.

El camarero eligió ese momento para aparecer con la comanda, dando a mis palabras veracidad. Las raciones eran de una generosidad media, pero impares. Habría que llegar a acuerdos o pedir un juicio por combate para ver quién se quedaba con el tercer taco, si acaso aquella peste a feromonas nos dejaba comer algo.

—Por querer, sí. claro. A ti. En cuanto a si hemos pedido poco, siempre podemos añadir algo más, ¿te gusta la burrata?

—No jodas, Rafael.

Levantó las manos en son de paz, con la misma inocencia que un futbolista que tira a otro al suelo a patadas y pretende hacer creer al árbitro que no ha sido él.

—Vale, vale. Tomo nota. Nada de burrata.

—No me refería a eso. —La chica de la mesa de al lado levantó la cabeza. Bajé el tono y agaché el cuello para aproximarme a Raf, que me puso en el plato una gyoza de tono rosado, que luego sabría que iba rellena de gambas. El tío. Como si nada—. Sabes de qué estoy hablando.

—De comida, presumo.

—Pues para de presumir.

Se tomó con calma lo de contestar. Tanto, que le dio tiempo de

atacar el taco y beber un par de tragos de la Cibeles, para después entrecruzar los dedos y apoyar la barbilla en la pirámide que formaron sus manos, con toda la elegancia del mundo. Con esa que nunca había tenido yo, la que corría por el metro con una pinza de peluquera en el pelo y la sobaquera en plan Camacho. Qué grande Camacho, ya no se puede hablar de sudor sin mencionarlo a él. Historia de este país, si alguien me pregunta.

Y si no, también.

—Creo que los dos sabemos de sobra que nos gustamos, Carmen. ¿Dónde está el problema por mencionarlo?

—Pues está… está en que habíamos acordado ir despacio.

—Pero no para atrás.

—Despacio —insistí, troceando la gyoza con una ira que no se merecía para lo buena que estaba—. Y hacer esas insinuaciones…

—¿El acuerdo de ir despacio incluye alguna cláusula que prohíba verbalizar lo mucho que me gustaría comerte?

—Joder, Rafael. En serio.

—Quiero añadir una subsección donde se te prohíba a ti usar ese verbo para todo. Por las connotaciones.

—Vete a la mierda.

Se rio, y no voy a caer en ese cliché tan manido sobre su risa varonil y súper masculina. A mí me gustó. Con eso basta. Su mano, sorprendentemente limpia para haber agarrado un taco que se salía por todos lados, rozó mi muñeca. No fue electrificante ni erótico. Fue cálido. Comprensivo. Fue cómodo. Se me volvieron a despertar todas las alertas.

—Carmen, espero que no pienses que intento presionarte de ninguna manera. No es así.

—Ya lo sé. —Era verdad—. Lo sé.

—Bien. Porque aunque es cierto que me gustas mucho, que me atraes mucho y que me gustaría… que los recuerdos de haberme acostado contigo fueran menos recuerdos y más presente, no voy a mover un dedo hasta que tú consientas y estés lista. Y no importa lo que diga, lo cumpliré.

—¿Y si nunca estoy lista? ¿Y si nunca me siento capaz de… entender si lo que siento es real o solo mi necesidad de anclarme a

otra persona?

Encogió los hombros. Me pareció paciente escogiendo sus palabras. También lo fue pronunciándolas.

—Esperaré hasta que te aclares, pero si no lo haces… —sacudió la cabeza—. Bueno, ¡qué coño! Intentaré ponerlo todo de mi parte para que lo hagas. Soy majo, pero no un santo.

—Ya me parecía a mí demasiada abnegación.

—A ver, reciclo y eso. Y no como carne roja. Pero me gustaría mucho follarte. —Se tapó la boca con el dorso de la mano para masticar una gyoza. Tragó antes de seguir hablando, mientras yo me consumía en mi propia combustión espontánea—. Nadie es perfecto.

—Pero no me estás presionando.

—En absoluto. Solo te expongo tus opciones.

—Y tú eres una opción.

—La recomendada por el fabricante.

Reí con gracia. Y bebí con ganas. Comí incluso sin preguntarme cómo narices iba a hacer para que el pringue del taco que me impregnaba cada dedo y curvatura de la mano se esfumara antes de irnos y despedirnos de la forma que fuera. Le dije, con la boca pequeña, que no necesitaba que me enardeciera de más, porque si bien me sentía a años luz de estar preparada para algo que no fuera un polvo rápido de ascensor —sí, había registrado la viabilidad del hecho mientras subíamos y bajábamos de la planta terraza—, no quería solo eso. No quería que Raf fuera solo eso.

Ser consciente me aterraba, pero, en honor a la verdad, debía reconocerlo. Por él y por mí, porque si no tuviera ninguna oportunidad, si yo fuera caso cerrado y causa perdida, también se lo habría dicho. En la medida de lo posible no quería hacerle perder el tiempo a nadie, porque yo había estado ahí y sabía bien cómo se sentía ser atrapado por un anzuelo y que ni te subieran ni te bajaran. Ni mar ni tierra.

No podía prometerle una pronta respuesta, pero sí que habría una y que, hoy por ahí, aquí y ahora, estaba interesada. Deseaba que hubiera más, sentirme capaz, volver a experimentar aquello, pero lo de Pau estaba muy reciente, tanto lo bueno como lo malo, y no es inteligente quitar la mancha de una mora con otra a menos que desees

una marca indeleble mucho más engorrosa que la que tenías al principio.

—Si te sirve de consuelo…

—Nada que empiece así consuela jamás. Es como decir algo bonito y luego añadir un pero, todo lo que va antes del pero no vale una mierda.

—¿Y tú desde cuándo eres tan malhablado?

Raf me señaló, yo le di un manotazo a su índice para apartarlo.

—Desde que ando contigo, verdulera.

—Uy, me han llamado cosas peores, créeme. Noble oficio el de las vendedoras de verdura. No me ofendes.

—No era mi intención. Querría desnudarte, pero ya que eso me está vetado…

—Completamente.

—… me conformo con intentar sacarte un poco de quicio.

—Lo consigues. —Agarré mi taco. Carne y salsa empaparon mi plato ecológico y la servilleta, amén de mis dedos, palmas y muñecas. Ambas. Si el glamur tiene una némesis, *it's me, Carmen*—. Sin mucho esfuerzo además.

—Pero… —Los dos sonreímos—. Hacerte reír queda en un honorable segundo puesto.

—Después de follar.

—Por supuesto. Ya te he dicho que no soy ningún santo.

Pues no, no lo era. Pero eso no hacía que me gustara ni un poquito menos.

—Es bueno saberlo. Estoy en esa fase, ¿sabes? —¿Por qué hablo mientras como? ¿Por qué me boicoteo? ¿Por qué las servilletas de los garitos NO LIMPIAN? —La de rellenar huecos.

—Ay, qué fácil me lo pones.

—Te tiro el taco.

—Perdón. —Volvió a hacer eso con las manos, la pirámide de dedos entrecruzados. Se quedó viéndome masticar y tragar. Qué bochorno. Pero qué rico estaba…, y el taco también—. Sé qué fase dices, la de recolectar información e ir ampliando la colección de datos. —Asentí, acordándome de la tabla de contenidos de un documento cuyas páginas parecen no avanzar por más que tú lo

quieras—. Rollo tabla de contenidos de una historia.

Me atraganté. Y tosí con la boca cerrada y toda la cochinilla dentro de la boca, aunque me lloraron los ojos y sentí que me moría porque la dignidad pudo más que el asombro. ¿Había dicho…? ¿En serio?

—¿Estás bien? ¿Quieres agua?

Raf se había incorporado. Se cernía sobre la mesa y el efecto de la lamparilla de centro le confería una especie de sombra, rollo rapaz que iba a por los despojos abandonados en plena sabana. Muy en consonancia con la realidad.

—Todo bien. —Tragué como si la vida me fuera en ello, sin escupir nada. Me limpié las manos con lo que quedaba de mi servilleta inútil y bebí cerveza. Cuando lo miré, veía hasta borroso—. ¿Tabla de contenido?

—¿Qué? Carmen, ¿qué…?

—¿Has dicho algo de una tabla de contenido? Responde la pregunta.

Levantó las manos. Se volvió a sentar.

—¿No me lees mis derechos primero? —Puse cara de psicópata. Lo pilló—. Vale, vale…, es una metáfora tonta. Algo del gremio, supongo. Ya sabes que todo lo relaciono con la escritura. Iba por esto de… arañar información y datos el uno del otro, como, por ejemplo, que eres capaz de atragantarte, pero no escupir ni un poco de saliva. Impresionante.

—Tengo muchos y variados dones. La paciencia no está entre ellos.

—Cada cosa que descubro, que descubrimos, actualiza y amplía el documento. Como una tabla de contenidos. —Se encogió de hombros—. Eso era todo. ¿Qué piensas?

Que necesitaba con urgencia, no, no, *quería*, quería con urgencia un baño, aclarar la cabeza y besarle.

Le miré un segundo, y decidí variar el orden:

—Que quiero besarte.

28
Editar

Raf me acompañó a casa con las manos metidas en los bolsillos, como el perfecto caballero que maldecía para sus adentros tener que ser.

Qué mono.

—¿Cómo puede una persona adulta vivir en un Airbnb?

—Porque es adulta… y pobre.

Hizo un mohín, seguramente buscando en ese diccionario enciclopédico que tenía por cabeza las palabras adecuadas, no ofensivas, que expresaran lo que a buen seguro estaba pensando para rebatirme. Así éramos los de letras, siempre cachondos cuando de debatir se trataba.

—¿Y tienes solo una habitación para todas tus cosas?

—Viajo ligero. —Beneficios de no haber poseído nunca prácticamente nada—. No necesito mucho espacio. No tengo el gen acumulativo activado.

—Pero… ¿una habitación?

—Y un *office*.

Rafael chascó la lengua. Evidentemente era consciente —se le veía en su transparente forma de mover las pupilas y en todos los gestos del cuerpo, o al menos, yo podía percibirlo desde que me había obsesionado con aprenderme dónde estaban todas sus costuras—, de que no era quién para meterse. Que opinar estaba de más, pero en aquel camino de doble sentido que transitábamos, de tablas de contenidos que iban aumentando sus índices capitulares, le picaba el gusanillo de indagar. Por suerte, o desgracia, llegamos a la puerta del edificio antes de que pudiera decidir si seguía haciéndolo o no.

—No has leído tu conflicto. —Arrugué la nariz un poco perdida,

mientras revolvía en el fondo de la bandolera por las llaves—. La tarea para la última clase era narrar la resolución de un conflicto en el que se encontraran tus personajes. En el caso del escrito en primera persona que estás haciendo… bueno… tú.

Le miré con ceño. Había una suerte de tensión en el ambiente, algo que no tenía nada que ver con mis pésimas actitudes como alumna o con que estuviera de alquiler en una vivienda vacacional. Aquel olor dulzón, aquella capa de calor que se nos pegaba a la piel y nos causaba escalofríos, nacía de la conversación que habíamos tenido durante la cena, de aquellas miradas con toda la intención provocadora del mundo que acababan chocando contra el muro granítico del freno que nos habíamos impuesto los dos. Y que ninguno de los dos se sentía cómodo cumpliendo.

La mirada de Raf bullía curiosidad, pero también algo más, algo que se esforzaba en esconder, pero que yo veía brillar porque, cuando no te han mirado así en los dos últimos años, te das cuenta. Como supongo que se daba cuenta él de la forma en que no podía parar de mirarle yo.

—Sigo queriendo besarte.

Tragó saliva y cruzó los brazos, no sé si para evitarme ponérmelos encima o echárselos al cuello.

—Si estás intentando chantajearme como profesor para que te suba la nota del curso aunque no has entregado la última actividad, joder, podría pensármelo. Mi criterio es una mierda.

Sonreímos los dos. Estiré la mano y le acaricié el hombro, todavía sosteniendo las llaves, la bandolera y todas aquellas ganas que de repente se me desparramaban, igual que una olla llena de agua que has puesto a hervir y has dejado a merced del fuego.

—No sé si seré capaz de abordar ningún conflicto real. Ni de decidirme por uno en particular.

Raf hizo otra vez el gesto de antes, ese de «sé que no me compete, pero si no lo digo me explotará la cabeza y llenaré la acera de sesos», esperé. Intuía por donde iba.

—Quizá podrías inclinarte por tu repentina ruptura. Algo tan abrupto…, seguramente queden cosas por cerrar.

—Vivo en un Airbnb. Recogí todas mis cosas. Arranqué el papelito

con mi nombre del buzón. Metafóricamente, él nunca lo añadió. No importa. Créeme. Está todo cerrado. Con llave y candado. Lleva hasta cordón policial.

—¿Tan pronto? —Fue mi turno de fruncir el ceño. Joder, me iba a costar un montón de arrugas de expresión aquella charla—. Después de dos años de convivencia y una pelea final tan brutal… ¿se queda así, sin más?

—¿Quieres que nos intercambiemos un juego del programa por haber participado? Pau es… categórico. Práctico. Dice lo que tiene que decir y si algo roto no tiene arreglo, lo tira a la basura, sin más.

—Ya, pero es que tú no eres una cosa rota. Eres una persona que le quiso. No sé, tal vez merezca la pena despedirse todo lo bien que sea posible.

—No vamos a ser amigos.

De pronto me sentí incómoda con la perspectiva de volver a ver a Pau. Y sofocada. Lo último que nos habíamos dicho había sido tan *heavy* que dudaba mucho de ser capaz de encararlo sin echarme a llorar. La imagen de mí que había proyectado Pau era como una especie de sombra, un negativo de mí misma que puso de manifiesto lo que yo creía, en el fondo, pero no me atrevía a sacar a relucir: la impostora, la perdedora, la incapaz, el fraude.

Subirme voluntariamente al ring para un segundo asalto sonaba kamikaze, suicida. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué me expondría a algo así?

—Nadie dice que tengáis que serlo.

—¿Entonces qué sentido tendría vernos? ¿Abogar por una hipotética reconciliación?

Sonrió, aunque sin gracia. Más bien con cinismo.

—No te lo recomendaría.

—¿Entonces…?

—Para no irte enfadada. —Puse los ojos en blanco—. Para no mirar atrás sintiendo que en medio del rencor de la última conversación pudo quedar algo que decir.

—Eso suena mucho a canción de Oasis.

—Puede. No sé. Piénsalo. —Se encogió de hombros—. Para mí, dejar algo así, en el aire, sería como… como enviar un texto al

profesor o a una editorial sin editarlo. Sin revisar los fallos. Inconcluso.

—No me apetece que vuelva a insultar lo que tuvimos, y a detallarme punto por punto por qué fui tan insuficiente. —Abrí la puerta—. Llámame exquisita, pero no me gusta que me apaleen dos veces en el mismo sitio.

Mi padre me había hecho ser bastante firme en ese aspecto. Por las malas.

—A lo mejor no es el turno de él de hablar.

Abrí la boca, pero Raf me la calló al acercarse. Me tocó el brazo, como yo había hecho antes con él, pero distinto, había una calidez en su gesto y una disculpa en su mirada, algo que decía cosas como «perdona si me he pasado, es que me importas», que hicieron que la tripa me diera un vuelco. Se acercó más, bajó la cabeza y me besó la sien. No la frente, rollo paternalista, ni tampoco la mejilla, como un amigo. Besó ese punto, ese rincón imperceptible, en un lateral, junto al nacimiento del pelo. Ese que habla de una intimidad que tendría mucho potencial para crecer, pero que todavía no se puede experimentar.

—Espero que pases buena noche calentando tu envase de comida ultraprocesada en el microondas de puerta rajada que seguramente tendrás en tu *office*.

—Capullo. —Pero sonreí—. Además, ya hemos cenado. No pienso malgastar una lasaña vegetal precocinada a estas horas.

—Jesús, has usado los dos único adjetivos que no se pueden anexar a la palabra lasaña. Has matado a un italiano, que lo sepas.

—La culpa es tuya por ponerte imbécil.

—Nos pasa a todos delante de la chica que nos gusta. La evolución masculina no ha llegado a tanto.

—Han estado liados con pandemias y vacunas. Seguro que es lo próximo con lo que se ponen las farmacéuticas.

—Estaré atento para ofrecerme como sujeto de experimentación. —Se apartó un par de pasos. Echó una ojeada al edificio y luego volvió la vista hacia mí—. Empuja la cama contra la puerta para atrancarla bien. Este sitio tiene pinta de ser de los que se abren con una radiografía o el carné de puntos de la gasolinera.

—Dios, eres tan idiota que no puedo soportarlo.

—Lo compensa mi atractivo. —Sonrió—. Recuerda la tares: resolución de un conflicto.

Sujeté la puerta con el pie, con medio cuerpo dentro del portal y ningunas ganas de marcharme.

—Sigo sin estar segura de si quiero estar en tu clase.

—No me refería a la tarea de la clase. —Levantó la mano para despedirse, en un gesto casual, y a la vez…, ay, a la vez…—. Buenas noches, Carmen.

Me subí *a casa* esquivando vecinos, perros, bolsas de la compra y demás *familia*, deseando soltar lastre, y no me refería solo a la bandolera, ni a cuestiones fisiológicas prosaicas, aunque todos sabemos que nunca pensamos más que cuando estamos sentados en el váter. No es elegante, pero es real.

Me cambié de ropa y abrí el frigorífico tamaño hotel que tenía encastrado debajo de una pila minúscula, anexada a una encimera donde, si ponías una tostadora y un plato, toda superficie útil desaparecía.

—Maldito Raf…

Pero sonreí mientras veía que, en efecto, en el congelador tamaño enano había un par de bandejas de lasaña vegetal. Me serví agua fría y cerré la nevera con el pie. No había hecho la cama y tenía la ropa amontonada entre un par de maletas abiertas en el suelo y un burro que me había pillado en Ikea para las prendas susceptibles de arrugar. Varias zapatillas bajo la cama y algún bolso colgando del pomo de la puerta del aseo conformaban todo mi fondo de armario, que daba más pena que una gala Met sin las Kardashian.

La premisa de viajar ligera era cierta. Como persona que había estado gran parte de su vida yendo de un lado a otro, y la otra parte, siendo prácticamente una indigente bajo su propio techo, el tener múltiples artículos de vestir no era práctico. Ni posible. Por supuesto, de adolescente me convencí, engañándome, de que eran cosas que no necesitaba. Fue fácil créemelo, claro, cuando tienes hambre o miedo por la inminente separación de tu hermano, te da un poco igual no estrenar Converse o llevar siempre los mismos vaqueros, pero claro que pasé por mis momentos de rebeldía, los ¿por qué yo no? que me

atosigaban cuando veía a las otras chicas por la calle luciendo los peinados de moda o los conjuntos del momento.

Incluso en el orfanato había estatus, y yo nunca había llegado ni siquiera a rozar uno aceptable. Mis prioridades habían sido otras. Mi pelea con mi cuerpo influyó en su momento, pero aprendí a sacar partido a lo que era y tenía en vez de ambicionar lo que estaba fuera de mi alcance. Nunca podría llevar una falda tubo de la talla XS, pero en ese momento no podía permitírmela, y cuando pude, descubrí que había otras prendas que me favorecían más.

Maduré sin nada y cuando me caí del árbol descubrí que ya no lo necesitaba. Después llegó Pau, y un nuevo horizonte de armarios llenos, canales de televisión interminables y cenas en restaurantes instagrameables se abrió ante mí. No mentiré diciendo que no me sentía cómoda, que no me encantaba llegar del trabajo y contar con toda clase de fruslerías, en una casa que olía bien, donde todo estaba pagado y podía almacenar cuencos para frutos secos de colores si quería.

Tenía lo que quería y creía que necesitaba, y en medio de eso, me perdí a mí. A la chica cuyo objetivo había sido sobrevivir y sobresalir por sí misma. La que se ahogaba en una realidad de soledad y traiciones, de golpes y abusos y, aun así, era capaz de componer una sonrisa amable y un gesto tierno para su hermano. La que pensaba y resolvía. Joder, me olvidé por completo de cómo resolver. Y ni siquiera me había dado cuenta.

En medio de una irrealidad sin problemas, empecé a no caer en la cuenta de que los problemas eran justamente esos, me hice bola en sofás cómodos y programas basura, en poder pedir a domicilio y en los brazos de un hombre que me quería lo justo para que no me preguntara por qué ni él ni yo podíamos querernos más cuando se suponía que lo teníamos todo para hacerlo.

Empecé a sentirme insatisfecha con un entorno que no era mío ni me había ganado y en lugar de poner remedio a eso, de preguntarme por qué de repente lo hogareño, lo fácil, lo cómodo, lo seguro… no era tal, por qué empezaba a parecer una cárcel, por qué el amor se antojaba vacío y el eco de los pasillos por los que al principio había paseado tan a gusto, me retumbaba. Entonces acumulé, por primera

vez en vida. No ropa, ni artículos de belleza, no. Acumulé pena. Acumulé rencor contra mí, contra la Carmen resolutiva que nunca se había conformado. Acumulé complejo de inferioridad, uno tan grande que me provocaba que me faltara el aliento.

Dejé que esa acumulación me cegara y ensordeciera y, en vez de resolver lo que estaba mal, me aferré a que era yo la que lo estaba, como si de repente hubiera perdido todas mis capacidades de mutar, cambiar y, si estaba donde no quería estar, moverme.

—Entregué el examen sin revisar —susurré, con las piernas dobladas y el ordenador abierto sobre el regazo. La brillante pantalla blanca, el cursor parpadeante, invitándome, anhelante—. El manuscrito sin editar…

Puto Raf, tenía razón. Por lo visto, no era la única que se embebía del otro y lo analizaba como haría un *bichólogo* ante un escarabajo pelotero, yaciente bajo la lupa de aumento de su microscopio. Él también me aprendía a mí. Y me leía con la misma fruición que a sus libros.

De hecho, había calado la situación mucho antes de que yo fuera consciente de ella. Y no había errado en absoluto. «Qué capullo», pensé, deslizando las manos por el teclado y esperando que cargara la web a la que quería acceder. Estaba en lo cierto. Tenía que ver a Pau. Tenía que editar nuestra última charla y decir aquello que me había quedado pendiente, para que yo, que siempre viajaba ligero, no empezara ahora, teniendo como tenía las intenciones más férreas de anclar bien duro unos buenos cimientos sobre los que levantar mi vida, a acumular más cosas sin resolver.

Sí, tenía que ver a Pau. Pero antes… antes había otra cosa de la que ocuparse. Saqué la cartera del bolso, extraje de la ranura la tarjeta de crédito y, con la sonrisilla calma de quien hace lo que debe por las razones correctas, efectué el pago.

Ahora estaba lista.

Escogí para la ocasión unos pitillos negros de cintura alta que combiné con una camiseta noventera de los BackStreet Boys. En los pies, unas Vans clásicas. El conjunto me hacía sentir segura. No porque el *total black* me estilizara, no iba por ahí, hacía mucho tiempo

que había dejado atrás esas intentonas inútiles de pretender ser algo que no era, además, ¿qué sentido tendría? Pau conocía mis pliegues. No en vano habíamos vivido juntos dos años. Pretender enseñarle una coraza sería ridículo cuando él me había visto sin mi cascarón múltiples veces.

Además, si quería editar lo funesto de nuestro último encuentro, empezar con pretensiones no era el camino más lógico. Así las cosas, levanté la vista haciéndome visera con la mano por si las gafas de sol no me cubrían de los dolorosos rayos del astro rey y miré el edificio, recién reformado y tan sumamente pijo, que podría llegar a competir en ínfulas con el Metrópolis de Gran Vía.

—Estos picapleitos…

Consulté el reloj. Había llegado más puntual que en mi vida, lo que era mucho decir. No tenía cita y me había guiado más que nada, por una suerte de intuición que me susurró al oído que Pau tendría que salir a comer en algún momento, instante en el que tendría lugar el encontronazo. Habría sido más práctico llamarlo, pero eso le habría dado maniobra para llenarse la agenda y rechazar categóricamente un plan que a buen seguro iba a agriar su sonrisa de protocolo. No podía culparlo. Para él, nuestra mierda había sido barrida bajo la alfombra y, una vez apartada de la vista, no tenía mucho sentido volver a sacarla a colación.

Entendía su forma de pensar. Esperaba que hiciera lo propio con la mía.

Deambulé un poco, cambiando el peso de pie y mirando mi reflejo en los escaparates de los comercios colindantes. Me planteé aprovechar para tomarme un vermú con bravas, por asentar en el estómago unos nervios que sabía que nada me podría quitar, pero deseché la idea cuando la puerta doble de cristal biselado, se abrió, revelando las figuras erguidas de varios hombres y mujeres bien arreglados. Reconocí a la Barbie litigante, aquella rubia espectacular que me había hecho sentir pequeña y ridícula el día en que supuestamente celebrábamos el ascenso de Pau. Ella también me recordaba, por supuesto. Imaginaba que su mirada de arriba abajo, educada pero concienzuda, le estaba devolviendo a la memoria a la patosa con la pinza de peluquera en el pelo, la que llegó vestida con

un *look* que un marinero de servicio llevaría tatuado en el bíceps, tan poco glamuroso en comparación con su traje de raya diplomática y su aspecto de haberse escapado de una caja rosa de Mattel.

Hice un gesto con la cabeza. Lo devolvió con torpeza. Estaba claro que no esperaba verme allí y que mi presencia la descolocaba, ¿por qué? bueno, había varias teorías posibles, la más evidente, que se hubiera enterado de mi ruptura con Pau y, cual mosca cojonera que aprovecha una rendija en la ventana para zumbarte en el oído, se había colado en su vida. Y probablemente en su cama.

—Pero no vengo aquí para eso.

Y aunque me jodía, descubrí que no era por celos, porque yo no quería recuperar a Pau más de lo que deseaba una candidiasis vaginal. No. Era por una mierda de inseguridad que arrastramos las mujeres frente a otras hembras de nuestra especie, a las que tendemos a considerar más guapas, altas, delgadas, exitosas, listas o con mejor pelo. La única vez que había visto a esta chica, ella se encontraba en una situación de superioridad frente a mí. Ahora las cosas habían cambiado. Puede que todavía reflejara algunos complejos en su persona, pero estaba convencida de que ella también los tenía, para empezar, su mirada hablaba de dudas. Y miedo. Quizá temía que hubiera vuelto para retomar la relación con mi ex. Su expresión me hizo sonreír, pero no por crueldad. Al final todas cargábamos mochilas llenas de tiovivos, donde nuestra autoestima sube y baja, dejándonos sudorosas y mareadas.

Yo la sentía frente a ella, pero eso no era culpa suya. No pensaba odiar por alusiones, cuando el problema lo tenía yo.

La vi alejarse despacio, subida a unos tacones de infarto y teclear a toda velocidad en su smartphone. Yo seguí donde estaba, esperando. Pau no tardó ni cinco minutos en aparecer.

—Carmen, ¿qué haces aquí?

—Hola a ti también.

Sonreí. Él se limitó a agriar el gesto, tal como yo había imaginado que haría. Estaba guapo. Pau siempre lo estaba. Llevaba un pantalón de traje azul marino combinado con una camisa blanca y una chaqueta de lino que le sentaba como un guante. No la reconocí. Era de esperar. El tiempo había pasado para ambos, debía haber ido de

compras. Nos miramos el uno al otro, evaluando la situación que se nos ponía delante. Yo me quité las gafas de sol e intenté componer un gesto que hablara de banderas blancas. Él no hizo el esfuerzo. Consultó su reloj de pulsera, como había hecho yo misma antes, solo que con mucha más impaciencia.

—¿Querías algo? No tengo mucho tiempo.

—Me lo imagino. —Había cosas que nunca cambiaban—. Tranquilo, no vengo a montarte un escándalo en tu puesto de trabajo, puedes aflojar el culo.

Arrugó las cejas. Echó una mirada disimulada hacia donde se había ido la rubia. Seguro que le estaba esperando, agazapada en algún rincón donde yo no pudiera verla.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Ya no estamos juntos.

Así era Pau. Genio, figura y practicidad.

—Lo sé. —Hice un gesto vago con la cabeza, justo hacia donde su mirada se había perdido momentos antes—. Parece que no has perdido el tiempo.

—Carmen…

Le paré levantando la mano. Aquella era mi línea de diálogo. No podía dejar que me la pisara.

—Tampoco vengo por eso.

Ansioso, porque la paciencia nunca había sido uno de sus fuertes, Pau se cambió el maletín de mano, mirándome.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Primero, darte esto. Me parece que de entre todas las cagadas cometidas por mi parte, es una que merece ser resuelta. La más fácil, además. —Le tendí la bolsa que llevaba en la mano—. Siento haberme equivocado. En esto, y en otras cosas.

Confundido, Pau hizo malabarismos para abrir el paquete. Dentro estaba la dichosa pulsera cuentacalorías del demonio, aquella que había pedido mal por Amazon y que, en el momento de clímax de nuestra ruptura, había sido más importante que hablar de todo lo que se nos había quedado suspendido entre los escombros de dos años de relación. Con el paquete en la mano, mi exnovio se me quedó mirando como si fuera la primera vez que me veía de verdad. Probablemente fuera así.

—Supongo que hay muchas cosas que yo también podría haber hecho de otra manera.

—Pues sí, pero ya tuviste tu turno de palabra, Pau. Y creo que, para ser justos, ahora me toca a mí decir algunas cosas que no pude en su momento.

Volvió a mirarme, la confusión brillando en sus ojos, dando paso, poquito a poco, como él hacía las cosas, al entendimiento.

—¿Qué necesitas de mí, Carmen?

Cogí aire.

—Que me escuches.

Entonces, Pau me regaló un gesto desinteresado, algo totalmente genuino y humilde, asintió con la cabeza y cerró la boca, dándome la palabra con un gesto de la cabeza, prestándome, por primera vez en mucho tiempo, toda su atención.

29
Exponer

En mi vida, practiqué el sexo por muchas razones que nada tenían que ver con el amor.

No me entiendan mal, esto no es ninguna confesión sórdida. Mi vida fue caótica pero no llegó a rozar niveles tan extremos. Por supuesto que obtuve placer de mis encuentros sexuales, pero esa nunca fue mi prioridad. Tal como vivía, y como me sentía, entendí que el sexo era más una especie de intercambio, una suerte de trueque de bienes y servicios. No por dinero ni cosas materiales, eso situaría esta historia bajo un prisma muy distinto y, como ya he dicho, no es el caso. En lo que a mí respecta, la entrega carnal tenía un cariz emocional. Sentimental incluso.

Follaba cuando necesitaba sentir. A mí, o a alguien más.

Al haberme prohibido establecer relaciones duraderas, evitando el apego durante tanto tiempo que luego me convertí en una especie de chicle emocional, aprovechaba los escasos encuentros sexuales a modo de interludio donde podía acercarme de manera espiritual a alguien. Dejaba la mente en blanco y olvidaba la presumible despedida que se avecinaría tan pronto se llenara el condón y se vaciaran todas las esperanzas. Me dejaba llevar, creyendo que las caricias, los besos y los roces de piel implicaban algo mucho más hondo de lo que era en realidad.

Después, cuando todo acababa, cuando tomaba el control lo prosaico sobre lo pasional, cuando había que salir de la cama y subirse las bragas con dignidad, me encontraba igual de vacía que antes, pero aquellos pequeños lapsos, esos picos de unión, de piel sudorosa y aliento compartido, me bastaban. Callaban la voz de mi interior que me animaba a una entrega real a la que yo no estaba dispuesta a ceder. No después de ver marcharse a Nano.

Usaba el sexo como el calmante que te tomas para el dolor de muelas, algo que no iba a curar la infección que se abría paso en tu carne, pero que creaba la fantasía de que, durante las horas que durase el adormecimiento, todo estaba bien.

Así fue hasta que llegó Pau. Con él bajé las defensas y me permití creer, que hasta lo mundano de un coito práctico y eficiente era cariño sincero. Él se quedaba después, aunque fuera en otra habitación. Le veía por la mañana, le olía en las sábanas con restos de humedad cuando sonaba el despertador.

Fue mi ancla entre el desapego y la absoluta entrega. O bueno, todo lo absoluta que yo creí que era, hasta que, igual que el pegote bajo la suela cuando andas la Castellana arriba y abajo a buen ritmo, acabó despegándose.

Ningún arreglo superfluo aguanta más que para un apaño, al igual que, como dice la canción, jamás dura una flor dos primaveras.

—Quiero pedirte perdón —le dije sin más, sin artificios ni florituras —. Por haber volcado en ti expectativas que no podías cumplir. Por haberte culpado de una responsabilidad que era mía.

Esperé, no por él. Ya no. Ni por una gran declaración ni un *mea culpa* entonado a dos voces. Pau demostraba las cosas de otro modo, que me estuviera escuchando, que fuera paciente y aguardara callado cuando seguramente en medio de mi discurso había muchas cosas que deseaba apostillar —era abogado, después de todo—, era una de esas maneras. Comprendí, en esos breves segundos donde tuve la batuta y pude dirigir sola al coro, que cuando dos personas se quieren pero son incapaces de remar en la misma dirección, por más que lo intenten e insistan, lo saludable es acordar un alto al fuego, volver a puerto y retomar cada uno su camino, en busca de otra barca, otro remanso de agua y, en casi todos los casos, un compañero diferente.

Pretender que alguien cambie por completo para que se adecué a tu forma de ser, de pensar, de sentir y de expresar no solo desgasta a todos los niveles, sino que es una injusticia que raya en la crueldad. Por supuesto que hay que encontrar comunión para vivir en pareja, que no es fácil y que nunca habría un consenso al cien por cien. Esto no es una peli de Netflix con protagonistas adolescentes que, entre canciones y reparaciones de coches antiguos con coreografías

imposibles, cambian su futuro y deciden ir a la misma universidad solo por amor.

La vida real es mejor en algunas cosas. E infinitamente peor en todo lo demás.

—Creo que hice todo lo que pude, Carmen. —Y tal como Pau lo pronunció, supimos, los dos, que era verdad—. Puede que pienses que no soy el mismo que aquella noche en Debod, pero…

—No lo eres. Ni yo. Ese es el punto. —Sonreí sin moverme del sitio. No iba a cogerle de la mano ni actuar de un modo fuera de contexto, no buscaba una amistad ni una unificación de nuestros puntos de vista. Aquello no iba de mantenernos en la vida del otro. Iba de dejarnos atrás en paz—. No habría sido lógico esperar que tus aspiraciones y las mías fueran por el mismo camino. Eso era imposible.

—Creí todo lo que te dije esa noche.

—Pero esperabas que, conforme tu ambición profesional y tus metas crecían, lo hicieran las mías.

—Carmen…

—No, Pau. No te critico por ello. Donde has llegado, lo que has conseguido… —Señalé el edificio con la mano abierta—. ¡Mira dónde trabajas! Es increíble. Es impresionante.

Hizo un mohín raro, como si quisiera sonreír, pero sus labios le susurraran a su cerebro, en vez de al revés, que la cosa no tenía gracia.

—Nunca me pareció que te impresionara mi trabajo. Ni nada de lo que hacía. No me lo demostraste, no…

Hay una cita de *El Principito*, muy famosa y parafraseada, que reza que hay que pedir a cada uno, lo que cada uno puede dar. No seré yo la que diga que en este momento puntual de mi vida tengo derecho de apropiarme de ella, pero era justo el brete por el que estábamos atravesando Pau y yo. No había ido a su trabajo buscando camorra. En realidad, más que un par de ideas inconexas sobre cuestiones pendientes que quería decirle, no tenía preparado un discurso elocuente para soltar. No pretendía culparle y ensalzar mis virtudes. Ni hacerme la víctima. No quería declararme culpable de todo y fingir un acercamiento a su postura para ganarme su simpatía.

A decir verdad, no sabía para qué estaba allí, por eso, me imagino, la revelación fue todavía más… reveladora. Y es que el rey había tenido razón al decirle lo que le dijo al Principito. Era una verdad más universalmente conocida que el tema de los hombres con dinero en busca de esposas, con el permiso de Jane Austen. Pretender que alguien te diera algo que no poseía, que no le nacía, que no estaba en su forma de ser y entender el mundo, era lo mismo que plantar un manzano esperando obtener chocolate. Una pérdida de tiempo, de ilusión, y una fuente segura de frustración.

Lo entendí entonces. En ese momento preciso. Cuando la cara de Pau reflejaba que su mochila tiovivo, a pesar de parecer encontrarse siempre en lo más alto y con las mejores vistas, había bajado al suelo más de una vez. También se había sentido poco valorado. Poco felicitado. También había notado el aguijonazo de la inseguridad. Y tuviera razón o no, habida cuenta de quién podía haber salido peor parado de aquella situación, y sin que importara cuál de los dos había tenido las cosas más difíciles, aquella era una realidad tangible.

Yo tampoco había estado a la altura remando. También era responsable del hundimiento de la barca. Aceptarlo, de alguna manera, me ayudó a liberarme.

—Lo siento mucho —le dije con sinceridad—. Durante mucho tiempo me centré en que no era suficiente y de alguna manera tenía que compensar no estar a la altura, después, pasé por la fase de que no me comprendías y, al final...

—Al final ninguno de los dos estuvo a la altura del otro ni apoyó o entendió lo bastante.

Pau balanceó los pies adelante y atrás. Yo me sujeté el brazo, doblándolo delante de mi cuerpo como si me protegiera. Era como si, de alguna manera, volviéramos a aquellos inicios torpes y llenos de nervios, donde uno no sabe qué hacer, cómo actuar o cuánto de su yo real mostrar para dar una buena impresión. Fue como volar al principio, solo que batimos las alas hacia el final. Uno bueno, eso sí.

—Nos quisimos mucho. Y aquellas primeras semanas donde todo era entusiasmo e ilusión…

—Una utopía, por lo que parece. Una visión imaginaria en el desierto.

Sonreí, frunciendo el ceño con gracia.

—¿Un espejismo? —Pau rebufó. Me hizo reír—. ¿Qué?

—Por eso eres la de las palabras.

—Y tú el de los hechos contrastables.

—Práctico y eficiente. —Asintió. Cuando volvió a mirarme vi algo parecido a la pena en sus ojos. Una especie de tristeza que no tenía nada que ver con la compasión. Al menos, no por mí—. En el fondo siempre tuve envidia, Carmen. De que no te conformaras con lo práctico y lo eficiente. De que le restaras a tu… espejismo, fantasía, llámalo como quieras, solo el justo de tiempo porque creías en eso de verdad. Tú querías escribir, lo quieres, lo demás que hacías era solo para cumplir el cupo. Nunca renunciaste.

—Bueno, eso es mucho decir. —Y más viniendo de él—. Es muy posible que nunca llegue más alto de donde estoy, que no deja de ser la planta sótano.

—Yo trabajo en una treinta y seis. Solo dos por debajo de los socios fundadores. —Encogió los hombros—. La diferencia, supongo, es que tu sótano es escogido.

—¿Y tu treinta y seis no? —Fruncí el ceño.

—Lo que quiero decir, Carmen, es que si mi sueño fuera navegar por las Canarias, tendría que limitarlo a las vacaciones que me dieran, en cambio, el tuyo es escribir, y lo que limitas es el tiempo que pasas no haciéndolo.

—La abogacía es tu profesión. Algo en lo que eres bueno.

—Cojonudo, sí. Pero no es un espejismo ni una fantasía.

Silencio. El que da poner las cartas bocarriba cuando se ha terminado la partida y es momento de recoger. Cuando valoras y compruebas si el otro ha hecho trampas o te ha dejado ganar. Vi a Pau con una luz distinta, una que nada tenía que ver con su traje nuevo, su despacho o los casi ocho eurazos que costaba el café que le gustaba tomar. Le vi con la honestidad de quien ya no tiene que mostrar su mejor cara porque la primera cita ha quedado atrás y no estaba ante nadie que quisiera sorprender.

Deseé que viera lo mismo en mí.

—Nunca me dijiste nada de eso. ¿Por qué? Cuando más lo necesitaba, cuando requería de un empuje tú…

—Me costó muy caro llegar a donde estaba, fue muy duro, Carmen.

—No estamos hablando…

—Espera. —Levantó la mano, con la certeza que usaría ante un juez—. Cada noche en vela, cada polvo rápido por seguir trabajando, cada cena en casa porque se tardaba menos que yendo a un restaurante... no me pesa. Lo elegí. Pero para tener lo que tengo hube de renunciar a otras cosas. Tú no renunciabas. Tú abrías el ordenador y todo un mundo de opciones posibles estaba a tu mano. Era como si en Matrix, a mí Morfeo me ofreciera una de sus dos manos, pero contigo levantara ambas palmas a la vez. —Bajó los hombros—. Darte alas me habría hecho preguntarme qué pasaría si yo usaba las mías. No podía permitírmelo.

—Porque el señor práctico y eficiente no puede plantearse perder el tiempo.

—Habría sido estúpido tirar por la borda el esfuerzo, sí.

—Me parece una forma muy triste de vivir.

Pau irguió la postura, supe, antes de que hablara para cagarla, que lo iba a hacer. Le conocía la pose pasivo-agresiva al dedillo.

—No te parecía triste tener cuatro plataformas de televisión distintas y las despensas llenas, además de un surtido de nevera donde no había ni una sola marca blanca.

Crucé los brazos. ¡Qué liberador era no tener que callarse nada por miedo a tener una bronca!

—También es muy triste que pongas eso lo primero de la lista en mis supuestas añoranzas, en vez de a ti mismo.

—Casi no nos veíamos.

—Lo que también es muy triste. —Giré el cuello hacia la esquina, donde adivinaba nos espiaban con mucha atención—. No cometas los mismos errores con ella. Si los dos tenéis las mismas ambiciones, estupendo. Si quiere ser patinadora artística, no temas que se te metan los huevos para adentro por animarla.

—Joder, Carmen, vas treinta pasos por delante. Nosotros no… ni siquiera… ¡solo hemos comido un par de veces!

—Hablando de lo cual, que lo comas más a menudo tampoco te matará. Y hará milagros por la relación.

Su incomodidad casi me conmovió. Un hombre hecho y derecho,

grandote y con tantos estudios como para forrar las paredes de la Moncloa, qué cortado era siempre para hablar de sexo. No todas las cosas cambiaban con el tiempo. La esencia tendía a permanecer.

—Siento no haberte apoyado más cuando dudabas de ti, aunque fueras la peor escritora del mundo. —Fue su turno de sonreír—. Que podría o no ser cierto, jamás me dejaste leer nada.

—¿Por qué no me dijiste lo del curso de escritura?

La pregunta lo pilló de sopetón. No me extraña, a mí misma me ocurrió. No pensaba soltarlo, pero tal como había venido, había salido. Igual que una diarrea por marisco en mal estado.

—Iba a hacerlo, pero… me olvidé y luego me convencí de que lo último que necesitábamos eran distracciones. A mi parecer ya estabas espesa la realidad, así que…

—Así que ir donde me ayudaran a jugar a escribir solo nos habría alejado más de tu «proyecto de vida».

—Lo siento, Carmen. No sé si… disculparme por ser como soy sirva o tenga lógica, pero siento… no haber sido lo que esperabas.

—No digas eso. —Esta vez, toqué su brazo. Se tensó solo un segundo, antes de ceder—. No todas las parejas avanzan de la misma manera, para eso existen los abogados.

—Es un consuelo un poco extraño.

Sonreímos. Supimos que, después de ese día, no nos volveríamos a ver.

—Tuvimos un principio maravilloso, Pau.

—Una lástima el desastroso final.

Me recoloqué la bandolera en el hombro, ligera, de pronto. Con una cuenta pendiente menos en mi haber.

—¡Ey! Es un cincuenta por ciento de éxito dentro del total. Dile al encorsetado práctico y eficiente que esa no es una pérdida de tiempo completa.

—Y tú a la soñadora incansable… que narre el próximo desenlace mejor.

Estiré la mano cuando me alejé unos pasos, él, ya girando la esquina, hizo lo mismo.

—Se lo diré, pero antes debería empezar a despejar algunas tramas.

Salí del metro en Moncloa. Crucé la calle Hilarión Eslava, donde la famosísima sala Mon, enclave de conciertos y demás veladas musicales, se erigía esperando abrir sus puertas al próximo espectáculo, y seguí hasta el final, torciendo luego a la izquierda y parándome, igual que un repartidor de Amazon deseoso de liberar carga, ante el portal de la casa de Rafael.

Igual os preguntáis cómo es que tenía su dirección. Bueno. No hay un misterio que resolver con una gran gesta épica y romántica. No hubo una indagación, ni siquiera un leve *stalkeo* en Instagram. Sus señas reposaban, en letra Arial, negrita y mayúscula en el reverso de su tarjeta de visita. Y en el pie de firma de su correo electrónico. Habíamos intercambiado un par y, a fuerza de leerlo, había terminado por memorizarlo.

Nada digno de Shakespeare, pero no todas podemos ir de Julieta por la vida. A veces las cosas son mucho más sencillas.

—E intimidantes de cojones. —Como llamar al timbre una vez estás delante del portal.

¿Qué podía salir mal? La lista era más interminable que la historia de Bastian. Igual que cuando me plantara delante de Pau, no tenía plan de acción ni nada preparado. Aquello era el equivalente adulto e ir al instituto el día del examen final sin haberte mirado los apuntes. Con mi ex me había salido bien, ¿cuántas posibilidades había de que la suerte me sonriera dos veces el mismo día?

Siendo yo, muy pocas. Ínfimas. Invisibles casi. Mi trayectoria había sido tal, que intentarlo sería como ir a jugar a la ruleta rusa yo sola con una pipa que tuviera el cargador a rebosar de balas. Un suicidio. Un despropósito. Un ideal del tamaño del cagarro más enorme jamás expulsado por nadie.

Así que, naturalmente, llamé al timbre. Y Raf estaba en casa.

Si estaba impresionado por mi presencia allí —yo lo estaba—, se las arregló para que no se le notara mucho. Intercambiamos un par de frases manidas, un poco de «pasaba por aquí», «corregía unos textos», «no tenía nada importante que hacer después de zanjar asuntos pendientes con mi antiguo novio», ese tipo de cosas normales. Su piso, pequeño y diáfano, constaba de dos habitaciones grandes, una de las cuales estaba conformada por el salón-recibidor y la cocina, que era

por donde se entraba. La otra, con una puerta corredera, daba al dormitorio, un pequeño estudio y el baño. Esto lo supe tras un leve y torpe *tour*, después del cual, y con un nerviosismo creciente, Raf me señaló un sofá orejero situado junto a una mesita baja atestada de libros.

—Ponte cómoda… si encuentras donde. ¿Quieres algo? ¿Café? ¿Infusión?

Dado que él necesitaba tiempo para no explotar y yo para decidir qué narices hacía allí, asentí.

—Café está bien, gracias.

—¿De cápsulas, descafeinado…?

—Semitostado, en cafetera italiana de dos tazas. Con leche de soja y endulzante —Frunció el ceño. Sonreí—. Raf, el que tengas a mano. El que hayas hecho esta mañana y del que quede un culín que recalentar.

—Mujer, puedo poner una cafetera.

—Un hombre del renacimiento…

—Y eso que no me has visto tender la ropa. No se me quedan marcas de pinzas en ninguna prenda.

—Impresionante.

Como también lo era, comprobé, tras una mirada rápida alrededor, su ecléctica colección de libros. Y eso que solo estaba atisbando la punta del iceberg. En la mesita colocada al lado del sofá, donde también había una lámpara de pie y un pequeño atril plegado, reposaban, entre otros, un manoseado ejemplar de *Lolita*, de Nabokov; una edición de bolsillo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne y…

—No me jodas. —Sonreí, estirando la mano hacia el tomo que coronaba la pila—. ¿Eres grungero?

Abrí la tapa de los diarios de Kurt Cobain. Había un marcador, situado al principio del primer capítulo, donde rezaba, en letra cursiva, justo al lado de la homónima en grafía original del malogrado cantante, lo siguiente:

> *No leas mi diario en mi ausencia.*

Vale, ahora me voy a trabajar. Esta mañana

cuando te levantes, por favor, lee mi diario.

Registra mis cosas y trata de entenderme.

—Creo que es la cita, en general, que mejor representa la dualidad del ser humano.

Dejé la novela donde estaba y me giré. Raf depositó las dos tazas de café sobre la mesa de centro, que hacía las veces de comedor y escritorio auxiliar de trabajo. Imaginé que lo usaría para aprovechar la luz natural que entraba a raudales por el ventanal, y que seguramente no era igual que la que podría encontrar en su estudio del otro dormitorio. Asentí.

—También puede ser una prueba fehaciente de que ese tipo no estaba bien de la cabeza.

—¿Qué genio lo está?

—No te tenía por un rockero.

—Mejor. Tengo una colección de discos de Camarón de la Isla de la que me enorgullezco bastante.

Me eché a reír. Los cafés, que quedarían fríos y olvidados, fueron testigos mudos de aquella torpeza inusitada, del no saber qué decir, dónde pisar o qué brazo mover. Muy diferente, por muchas razones, de la vivida con Pau.

Porque esta hablaba de comienzos.

—Sigo con mucho que arreglar, Raf. —Se encogió de hombros—. Pero en medio del lío he encontrado una especie de verdad. Como cuando vacías el armario por obligación y aparece esa camiseta, ¿sabes?

Asintió.

—La camiseta.

—Eso es. —Me acerqué. Cuando estiré la mano para tocar la suya, su palma ya me esperaba—. Sigo con mucho que arreglar.

—Eso ya lo has dicho. —Entrelazó sus dedos con los míos.

—Necesito que quede constancia.

—Carmen, no debes preocuparte. Ya te he dicho que no voy a presionar. Que no voy a meter prisa ni a pretender decidir cuándo o

cómo deben terminar tus plazos.

Sonreí. Era muy mono.

—Eres muy mono… —Como veis, soy consecuente con mis pensamientos. Y como también quería serlo con mis sentimientos, proseguí—: Estoy en mitad del camino a quién sabe dónde. Entre algún lugar y ninguna parte, pero… he entendido que esperar a que todo esté claro y despejado para darte oportunidades o hacer lo que quieres de verdad es un absurdo. Nadie tendría hijos si esperara el momento perfecto, o compraría una casa esperando que el mercado estuviera en su punto álgido. Nadie se lavaría el pelo esperando esa velada especial para la que tenerlo recién arreglado, o haría la cama porque sabe que la va a volver a deshacer.

—¿Lo que intentas decirme es…?

—Que hay muchas razones por las que empezar algo ahora sería un error, pero una mucho más importante por la que hacerlo es lo correcto.

—¿Porque los dos nos morimos de ganas? ¿Porque no podemos dejar de pensar en el otro? ¿Por qué me repito y te repito que puedo esperar, pero en realidad no quiero hacerlo?

—Por todo eso… y por algo mucho más importante. —Sus manos se enroscaron en mi cintura a la misma velocidad a la que yo me acercaba a su cuerpo. Con lascivia, sí. Con deseo, también. Con un frío que pugnaba por derretirse—. Porque quede el camino que quede por delante… es mucho mejor hacerlo acompañado.

—¿Me estás pidiendo que sea tu copiloto, Carmiña?

Por algún motivo, que usara mi nombre gallego me hizo sonreír. Con el dedo remarqué la forma de sus labios, sabiendo que pronto, tan pronto como dejáramos de hablar, los sentiría por mi cuerpo. Y por mi alma.

—Te invito a venir conmigo en el viaje. A que leas mi diario y trates de entenderme. —Curvé la boca. Hizo lo propio—. Pero yo escogeré la música.

—No esperaba menos. —Su mano grande, de dedos suaves y capaces, encontró la sujeción de mi melena rojiza. Me masajeó el cuero cabelludo y gemí—. A fin de cuentas, tu narración es en primera persona, ¿quién soy yo, sino un mero secundario con contadas

apariciones?

—¿De las estelares?

Encogió los hombros, acunando mi rostro como si contemplarlo, le fuera muy preciado.

—Pondré en ello mi mayor empeño.

Con el beso que me dio, se ganó mi favor. Y en mi fuero interno, pensé con una gracia que me duró hasta que sus dedos deshojaron mi primer botón, deseé que también la de aquellos hipotéticos lectores que conocieran mi historia.

Raf había sido como esa gota, no la que colma el vaso, lo derrama todo y deja el suelo perlado de esquirlas, sino como la que va calando en la montaña con calma y paciencia. Sin desesperar. La gota no pide ser llamada, aparece, al igual que había hecho él en mi vida, llenándome de un algo los vacíos que me hacían eco dentro, impidiéndome entender las peticiones de mi propia voz, el anhelo de mis pensamientos o las necesidades de mi alma.

No le había mentido. Ni a él ni a mí. En lo que me deparaba había más de un rumbo. Interminables posibilidades, contextos y argumentaciones variopintas. Era una suerte, pensé más tarde, acurrucada en sus brazos, húmeda del sexo compartido y sedienta de lo que estuviera por venir, que contara con un experto en brújulas, mapas y personajes a mi lado.

Sin duda, su presencia enriquecería mi historia.

Y me ayudaría a encontrar un apropiado final feliz.

30
Parafrasear

El sexo estaba bien. Pero con Raf era una pasada. Como ver una peli porno con buen argumento y actores que no llevaran un par de kilos de silicona encima. Y sin uñas postizas desagradables.

Raf follaba igual que explicaba técnicas de escritura: con pasión. Entregado. No se limitaba a empujar y gruñir, para él los preliminares, al igual que esos primeros capítulos de relleno tan necesarios en cualquier historia, eran importantes. Y les daba esa importancia. Le gustaba mirar y contar lo que hacía, lo que ocurriría después y cómo lo ibas a disfrutar. Sus manos grandes agarraban carne, muslos, pechos y mechones de pelo al mismo ritmo que su respiración entrecortada te golpeaba la piel. Y te alzaba. Pero no rollo Patrick Swayze en Dirty Dancing, no. Te alzaba en todo el sentido de la palabra, no solo del colchón. Al cambiar de postura, al erguirse sobre ti, al penetrar con fuerza con ese perfecto y rollizo pene…

—Vale, vale. No puedo más. Tengo que pedirte que lo dejes ahí.

Escondiendo la sonrisa de la niña a la que pillan con la boca manchada de chocolate, fingí ofensa mientras me cruzaba de brazos —remetiendo una de mis tetas en la camiseta de Raf, que tenía las aberturas de las axilas tan anchas que parecía uno de esos tíos de gimnasio. Ya sabéis… *esos*—, dejé la hoja manuscrita sobre la almohada con un mohín.

—Estás coartando mi escritura. No me parece un buen método de enseñanza.

—Y a mí no me parece que te lo estés tomando en serio, Carmen.

—¡Cómo puedes acusarme de eso!

Se incorporó haciendo chillar el somier. Agarró el papel y le echó un ojo. El pelo despeinado y el torso desnudo, con todo su brazo

tatuado al aire le sentaba de fábula. Como para escribirle todo un *Código Da Vinci* en los pectorales. Con perdón de la cosificación, es que el orgasmo había sido de órdago.

—Dudo mucho que hayas escrito en serio ocho líneas sobre mi… mis… genitales.

—Decir polla no es una errata, Rafael. La palabra existe. Lo dice la RAE.

—Uy, no me menciones a la RAE… —Dobló mi texto y se lo guardó en la mesita de noche—. Y esto lo mantendremos a buen recaudo.

—¡Dijiste que tenía que preparar algo personal para la lectura de la última clase!

—Creí que no asistías a mis clases.

Aquella sonrisilla de suficiencia podría haberme hecho querer darle un almohadazo, pero, en lugar de eso, me tumbé a su lado, acurrucada como los gatos melosos ante un rayo de sol que se cuela por la ventana. Sus dedos encontraron mi pelo y casi ronroneé.

—Follar contigo me ha hecho sentir segura como escritora.

—Lo pondré en mis tarjetas de visita. —Me dio un beso en la frente —. Pero por halagador que suene, no creo que sea prudente que menciones mi pene, con ningún adjetivo, en la narración final.

—¿No te ha gustado lo de rollizo?

Lo escuché reír. Yo también lo hice. No me resultaba difícil, y no porque habláramos el mismo idioma, aunque compartir la pasión por la escritura ayudaba, era porque…, bueno, en aquella especie de acelerón que habíamos metido después de asegurarnos que íbamos despacio, de repente, todo se sentía bien. Natural. No había que esforzarse en exceso para encajar, tener temas de conversación o pasar silencios agradables. Rafael había visto mucho malo de mí y lo que quedaba por descubrir… me di cuenta de que no me importaba mostrárselo. Me había hecho sentir la confianza suficiente como para que ninguna de mis sombras me hiciera temer que se nos apagara la luz, por reciente que esta fuera.

—¿Qué dirían los compañeros de algo así?

—A Sofi le darían los calores seguro. Yo creo que le gustas. En cuanto al tema de la colonia hormiga…, igual la falocracia podría dar para una especie de rebelión con dramáticas consecuencias para tu

uretra.

—Vale. Elijo voluntariamente abandonar esta conversación.

Me levantó la cara, depositó un beso apretado en mis labios y se levantó. Me quedé donde estaba, admirándole el culo y lo cómodo que se sentía con cosas normales y prosaicas como agacharse en una pose nada favorecedora para recoger los calzoncillos del suelo o rascarse una nalga porque, sorpresa, sorpresa, le picaba.

—Dirás lo que quieras, pero lo de rollizo te viene al pelo.

—Le buscaré una tabla de entrenamientos. —Se dio la vuelta para mirarme—. Quédate a comer.

—¿Así es como vas a poner en forma a tu pene?

Se puso un poco rojo, pero no tardó en recomponerse.

—Pensaba pedir algo al japo, tu opción podría ser el postre.

—Me parece un buen plan.

—Voy a por el folleto y escogemos. Sí, no me mires así, lo hago de forma antigua y no por aplicaciones. Pero, primero, revisa ese texto, y por revisar quiero decir que escribas otro.

—Que escriba otro, ya… profesor dictador te voy a llamar. ¡Y sigo sin tener claro si asistir o no a tus clases!

Contestó algo, pero su voz sonaba opacada desde la otra habitación. Puede que fuera un piso pequeño, pero no tenía buena acústica. Aproveché que estaba sola para recuperar el escrito de su mesilla. Sonreí al releer las tonterías que había escrito. Por supuesto que no pensaba leer eso en público, todo había nacido de un intento —exitoso, en mi humilde opinión— de poner a Raf en un aprieto, aunque ninguna de las cosas que había dicho eran mentira: el sexo con él era una pasada. En muchos sentidos.

En aquellas horas que había estado en su casa habíamos tenido un poco de menú degustación. Al llegar yo, superado el nerviosismo del encuentro y de lo que implicaría mi presencia, ni nos movimos del sitio. Allí, en la silla de estudio que seguramente utilizaba para corregir los textos de sus clases, con él a medio vestir y yo completamente desnuda en un alarde de autoestima inconcebible, dimos rienda suelta a una pasión que no tenía nada que ver con la compartida en da Morte. Sus manos sostenían mi cuello y mis pechos, mientras me observaba sin perderse un solo detalle del vaivén de mi

cuerpo sobre el suyo. La tela de los vaqueros que solo se había bajado me rozaba la parte posterior de los muslos, pero era una sensación agradable. De anclaje terrenal. Me hacía sentir que aquello era verdad. Auténtico. Que no precisaba de ser perfecto, ni era necesario que todas las demás fichas hubieran salido ya de la casilla de salida para volver a tirar.

Sus gestos me conferían seguridad. Me daban valor y me hacían creer que era cierto y posible, que merecía, con todos mis errores, mis fallos garrafales y mis pésimas decisiones, seguir buscando la felicidad. Que esta vez no sería aferrarme a un clavo ardiendo o agarrarme al trozo de madera flotante en un mar inhóspito y frío; sería actuar como una mujer. Como un ser humano cansado de coserse la soledad a golpe de una melena demasiado corta como para crear ningún efecto.

Follamos a ratos. A otros solo nos mecimos. Él dentro de mí y yo rebosándole de los dedos, de la boca. De la mente. Dijo mi nombre muchas veces, no me prometió el mundo, pero me aseveró con su fiereza que recorrería conmigo las calles que yo le dejara. Y con eso me bastó. Porque eso era lo auténtico, lo único que se podía decir sin pecar en la mentira y la falsa pretensión.

Cuando llegamos a la cama, con un reguero de ropa a nuestros pies y poco que decir más allá de las ganas mutuas, tomó el control y me cubrió con su cuerpo. Movió las caderas con cadencia unas veces, con salvaje necesidad otras, apoyando la palma de la mano en la pared sin cabecero mientras yo le espoleaba con el talón. Parafraseándome, había hecho el amor, o practicado sexo, como prefiráis llamarlo, por muchas razones antes, pero nunca hasta ese día, lo hice por esperanza.

Y con ganas de aprender todo lo que quedara por venir después.

Cuando acabamos, en la quietud de unas sábanas cálidas y con el aroma de ambos cuerpos mezclados entre sí, Rafael me tocó el tatuaje y habló, con la voz ronca y somnolienta:

—¿Qué significan las tres rosas?

—Es un poco raro. —Le sonreí a la oscuridad. Porque descubrí que, dado mi historial, aquella era la explicación más lógica y a la vez absurda de cuántas podría dar—. Una es por mí, la otra por el hermano que perdí, y la tercera, por la madre que nunca supo estar.

Silencio. De esos que tardaban unos minutos en volverse gratos, porque la otra persona tiene, por sentido común, que valorar el tono en que ha sido dada una información para saber cómo gestionarla. Me gustó que se tomara su tiempo, que entendiera que era importante.

—Suena un poco triste.

—Así me sentía cuando me lo hice. —Giré un poco la cara, observando sus dedos recorrer la tinta—. Fue lo que tenía que ser en ese momento.

—¿Y ahora? Tu hermano ha vuelto a tu vida y tu madre… ¿la has perdonado?

—Está muerta. Supongo que… guardarle rencor a algo que ya no existe solo sirve para cargar con un equipaje que nunca más usarás.

Apretó su abrazo a mi alrededor porque de pronto, sentí frío. Una especie de incomodidad que aún durante poco, me dejó unos segundos paralizada. En mi interior, mucho tiempo atrás, había decidido que jamás olvidaría a mi madre, lo que hizo, lo que dejó de hacer y lo que eso nos costó a Nano y a mí. No dejaría pasar, porque era imposible, como su descuido rompió los últimos harapos que eran nuestra familia como no fuimos suficiente para pelearnos. Por qué se rindió cuando debía habernos tomado como apoyo. Me juré, en mi cama del orfanato, en cada una de las casas de acogida que luego me rechazaron, en medio de las relaciones que tuve por no estar sola y luego, cuando descubría que la soledad era algo que estaba dentro de mi piel y que jamás me dejaría, que no iba a perdonarla. Que el rencor, al contrario que su amor por mí, por nosotros, nunca desaparecería.

—¿Carmen?

—Sigo enfadada con ella. Lo estaré siempre.

—Es natural. El trauma…

—Sigo enfadada con ella, pero… —Raf aguardó, paciente, lo que pudieron ser horas—. Pero creo que… de alguna manera puedo entender… puedo intentar hacer el esfuerzo por…

—Dejaste ir a tu hermano porque querías algo mejor para él, tal vez tu madre os dejó ir a los dos por lo mismo.

—Lo mejor para nosotros era estar con ella.

No me dijo nada, aunque supe lo que pensaría, porque era un

punto al que yo también había llegado. ¿Cuántas veces me dije que mi decisión unilateral era lo mejor para Nano? ¿Cuántas que darle una mejor familia y arrancarlo de mí le salvaría, le otorgaría un futuro? Quedarnos en da Morte, con el estigma del padre borracho y maltratador, ahogado en las costas malditas de Galicia no nos habría hecho bien. El hambre nos hubiera acechado hasta que no quedara de nosotros nada más que un par de cuencas vacías por el apetito insatisfecho. La pena de una casa que se nos caería encima porque en cada grieta de la pared se colarían los gritos de los momentos infelices, demasiados para ser contados.

La crueldad de mi madre. Su desidia. La frialdad con la que nos miraba sin vernos. La ausencia de lágrimas cuando el coche de los servicios sociales nos llevó lejos de ella, tras meses en los que apenas intercambió palabras, gestos o indicios de sabernos con vida, me había perseguido, robado el sueño y las ganas de vivir. Siempre creí que su actitud adolecía a la falta de amor. A la nimia importancia que teníamos mi hermano y yo en su vida. Siempre, hasta que yo emulé el patrón casi hasta la perfección, consiguiendo que otro coche, y otras personas, se llevaron a Nano exactamente igual que lo que habían hecho años atrás.

No derramé una lágrima, pero me morí por dentro.

Mi madre no volvió a salir de su casa después de aquel día.

Eso mismo has hecho tú, Carmiña. No somos tan distintas.

—No sé si algún día llegaré al perdón. Tal vez no pueda.

—Nadie te presiona. No hay ninguna prisa. —Raf tiró de la ropa de cama, cubriéndonos con ella. Su boca en mi sien me arropó mejor que la tela. Cerré los ojos—. Lo que importa es que no cargas esa ira. Que estás dejando ir el rencor. Por ti. Por tu bien. Lo que tengas para ella… ya se verá.

Con aquella revelación sobrevolándonos igual que los aviones en lo alto de la ciudad, me incorporé. La sábana cayó hasta mi cadera y, aun con la oscuridad presente, bordeándome la silueta y llenándola de sombras, vi refulgir la mirada de Rafael al posarse en mis pechos, el segundo que tardé en extender el brazo y tocar las rosas con la punta de mi dedo.

—Una por la Carmen del pasado, que no cayó cuando la tiraron —

dije, bordeando el contorno de la tinta en mi piel—. Otra por la del presente, que aprende a perdonar y perdonarse. Y la última…

—La última por la Carmen del futuro, que tendrá todo lo que se merecían las otras dos.

Sonreí.

—Me gusta.

Cuando volví a recostarme, más ligera y decidida, aunque no tuviera ni idea de adónde iba y qué exigencias requeriría aquello en lo que me acababa de embarcar, comprendí que en mi camino hacia esa ninguna parte que sería mi vida, llena de recodos y recovecos por descubrir, tendría que hacer un ejercicio por ponerme en el lugar de todas las personas que me habían rodeado, me hubieran comprendido o no.

Aceptar que mi madre podía no haber sido la antagonista maligna que siempre había pretendido me sirvió, al igual que lo hizo que Pau no me tildara de la mala en su película privada, a asumir que debía ser más generosa conmigo misma, que permitirme asumir mis errores no me redimía de haberlos cometido, solo me hacía consciente de aquellos lugares a los que no deseaba volver, y me armaba para enfrentar al siguiente monstruo que esperara por mí, agazapado en alguna esquina.

Tal vez nunca perdonara del todo a mi madre. Sabía que era muy improbable que pudiera volver a mencionar el nombre de mi padre sin temblar de miedo y de dolor, pero la esperanza de llegar a soltar ese peso, de enterrar profundo en el cajón del olvido las carencias, el desconcierto y el horror, me ayudaban, de cara al futuro, a esta relación que empezaba con ilusión. Y también, de cara al pasado, para enfrentar las mentiras que había dicho y ejecutado, que tenían que ver con la vida de mi hermano y su propia culpa sin sentido.

Era algo que me quedaba por solventar. Algo que necesitaba arreglar. Si yo había dejado atrás la rabia, si había sido capaz de abrir una puerta y estaba dispuesta a perdonar, ¿podría Nano hacer lo propio?

Parafraseando a Raf, aquella era mi historia. Yo la narraba en primera personal y en singular, aunque invitara a otros a formar parte de mi realidad con apariciones especiales. Deseaba que Nano se

quedara, dedicarle mis agradecimientos y citarle como lo más importante de mi vida, la renuncia que me había costado hasta el último ápice de felicidad.

Con suerte, él también encontraría el camino al entendimiento y el perdón.

Si lo hacía, viviría a su lado para siempre.

Y si no podía, le esperaría el tiempo que hiciera falta. Teníamos todo el del mundo.

—En resumen, pedir un crédito, pagar las deudas y vender la casa. No se me ocurre nada más.

Levanté la cabeza de mi café con leche y lo miré. Mi hermano llevaba media hora hablándome del tema de la propiedad que nuestra madre nos había legado, con deudas y desconchones de pared, en Costa da Morte. Parecía agobiado con el tema, y no era para menos, aquella losa colgada de nuestros cuellos amenazaba con no ceder nunca y el tener las manos atadas para proceder no nos ayudaba a avanzar. Carraspeé.

—Tengo algo que decir.

En realidad eran dos cosas, pero decidí empezar por la que me costaría menos.

Nano asintió, dejando a un lado la carpeta llena de papeles que había traído. Rodé la taza a un lado y entrelacé los dedos.

—Deberíamos alquilarla. O donarla con derecho a pago por su usufructo.

—¿Quién va a querer un estercolero como ese, Carmen?

Encogí los hombros. La respuesta era bien sencilla. Tanto, de hecho, que no sabía cómo no se me había ocurrido antes.

—Gente que no tenga techo sobre su cabeza, Nano.

—Por definición, dudo que puedan pagar un alquiler, y nosotros necesitamos una entrada con la que sufragar las deudas, que no son pocas…

—Déjala que hable.

Miré a la novia de mi hermano con el agradecimiento pintado en los ojos. Maca, que brillaba como si alguien la estuviera apuntando con un foco todo el tiempo me hizo un gesto con la barbilla, animándome.

—La donaremos a los servicios sociales y centros de acogida de da Morte o de Finisterre o Pontevedra, me da igual, el que quede más cerca. Siempre necesitan propiedades y son centros con subsidios que tienen un dinero asignado para reparaciones y demás cuestiones. Nosotros seremos los propietarios y les cobraremos un precio por arrendar la casa, algo simbólico pero no irrisorio, aunque sea caridad. El dinero vendrá de las arcas públicas y se beneficiarán de la propiedad los que lo necesiten. Niños y niñas, adolescentes gallegos que no tienen casa.

Y que de otro modo, serían llevados fuera de la provincia que conocían y que, en muchos casos, era la única conexión que tenían con sus raíces. Como nos había pasado a nosotros.

—Me parece una idea preciosa. —Maca sonrió—. Todos se benefician, sobre todo quienes más lo necesitan.

—Gracias, cuñada, sabía que contaría con tu buena visión empresarial. ¿Nano?

—No sé, Carmen, habrá que pensarlo y analizar las opciones, no creo que sea algo que se pueda hacer de la noche a la mañana, ¿no?

—Seguramente necesitamos más de un día, mucho papeleo y hablar con un montón de gente, sí. —Le miré, estirando las manos y cogiendo las suyas. Nuestros ojos conectaron, fue como si volviéramos a la casa, a una de esas malas noches donde yo alzaba la voz con palabras dulces y promesas imposibles para que él no escuchara la fea realidad que teníamos alrededor. Supe que sentía lo mismo por la forma en que me devolvió la mirada. Y supe que podría decir lo que tenía que decir sin miedo a perderlo, porque Nano jamás me abandonaría, no mientras yo le quisiera hasta el punto en que le quería—. La pregunta es si estás de acuerdo. Si te parece bien.

No tardó en responder.

—Creo que es perfecto, Carmen.

Sonreí. Maca hasta dio un saltito en la silla.

—Entonces haremos el papeleo que haya que hacer y hablaremos con toda la gente con la que haya que hablar, pero al final, lo conseguiremos. Convertiremos esa casa en un hogar.

—Aunque sea para otras personas.

Parecía un final digno. Uno muy bueno para volver a empezar.

Cogí aire, mi cuñada, que ya se había ganado mi respeto pero en ese momento se llevó también mi cariño, agarró el bolso y alegó una visita urgentísima al baño. Besó a nano en la sien y me dedicó una sonrisa cálida. Yo cogí aire. Tenía miedo, pero no estaba asustada. Hacer lo correcto acojona todas las veces, pero es lo que hay que hacer.

No merecería verlo todo a través de mis nuevos ojos, abiertos a la realidad, si mantenía a Nano ciego. Eso no sería justo. No merecía que volviera a tomar una decisión por él.

—Voy a pedirle que se case conmigo.

No me sorprendía.

—Deberías hacerlo. Es una en un millón.

—Y a ti que seas mi madrina.

—Otra buena decisión.

Sonrió.

—Perdona por no habértelo consultado antes, Carmen. A veces…, cuando sabes que debes hacer algo, que es lo correcto solo…

—…lo haces. —Resoplé—. Nos viene de familia, ¿sabes? No somos tan distintos. —Sonreí con pena, porque al parafrasear a mi madre, de pronto eché de menos lo que podría haber sido. Y más que rencor, hubo nostalgia—. Nano, tengo que contarte una cosa.

Asintió despacio, entendiendo la seriedad del tema, aunque lo desconociera todavía. Armándome de valor, le dije todo, cosas que ni siquiera yo misma había verbalizado. Le dije los cuántos y los por qué, y, por decirle, le dije que tenía esperanza y fe, yo, la descreída de la vida y del amor, en que hallara el modo de perdonar, de entender y de leer mi historia con los ojos de la comprensión, no como alguien externo, sino como el narrador omnisciente que, sin contar una sola línea, porque eso lo hacía yo, me acompañaba desentrañando el texto, enriqueciendo mis palabras. Dándole sentido a cada oración.

Puede que nuestros caminos hubieran sido distantes durante años, pero una cosa era cierta, Nano y yo, éramos hijos de la misma madre. De la misma suerte. Del mismo amor. Encontraría el modo, lo sabía, tal y como había hecho yo.

Epílogo

Introducción

No es verdad eso de que no hay mal que cien años dure. Cuando esperas por algo, y ese algo es el perdón, parece que cada día cuenta como un siglo. La paciencia no es ni la madre de la ciencia ni la sobrina de ninguna virtud. El que dice que la cultiva, que la trabaja y la respeta miente como un bellaco, porque a nadie en su sano juicio le gusta esperar por nada.

La cultura de la inmediatez así nos lo exige y nosotros, esclavos del hoy y del ahora, apechugamos, tragamos, aceptamos barco, fingimos orgasmos y tragamos con la boca a medio cerrar porque soplar nos priva del momento. La espera nos priva del momento. Nos roba el ya.

Después de hablar con mi hermano oscilé entre el optimismo y la desesperación, balanceándome como una equilibrista hasta arriba de cocaína, temiendo caer a uno y otro lado. Pereciendo sin morir. Viviendo sin respirar.

Le costó mucho tiempo. No le puedo culpar.

¿Cuánto me había llevado a mí aceptar que toda la mierda que me perseguía y me asfixiaba con su hedor no había salido de mi culo? ¿Cuánto entender que si yo merecía la otra mejilla, la segunda oportunidad o el juego del programa, le resto debía ser cortado por el mismo patrón? Mi vida ya no era un desastre, pero seguía teniendo forma de colcha patchwork, solo que en vez de agujereada y maloliente, ahora se parecía más a un tapiz bonito y compuesto con clase. Al menos en casi todas sus esquinas.

Tramitamos el tema de la casa de Galicia y esa fue nuestra interacción exclusiva durante los primeros meses. Después, asociados e informados, pusimos un poco de dinero —él más, no me avergüenza admitirlo— y convertimos aquello en una especie de asociación, de la que sacábamos

una cantidad al mes que era más simbólica que otra cosa, pero que ayudaba a componer un sueldo entero. Entre eso y lo que ganaba en la escuela infantil, pude llegar a un acuerdo con la dueña del Airbnb en el que me hospedaba y, además de la habitación, me dejaba usar la cocina de la propiedad principal, con lo que mi espacio aumentó un poco al no verme limitada solo al pequeño office. También me cedió un trastero para las cajas y maletas que no encontraba el tiempo ni el espacio para colocar. En definitiva, las cuestiones de vivienda mejoraron.

También avanzaba mi relación con Rafael. Paso a paso. Sin prisas por vivir juntos y emprender grandes gestas, teníamos citas y reservábamos al menos un día a la semana para estar solos, sin otras obligaciones ni actividades secundarias. Le vi en un par de esas clases de escritura a las que se empeñaba que asistiera, pero nuestro comportamiento era tan profesional que nadie parecía darse cuenta de que yo, la tardona que nunca presentaba las tareas a tiempo se demoraba recogiendo aquel ordenador que apenas usaba para darle tiempo a él de cerrar la librería —con dos golpes secos para anclar la bisagra— y luego irnos de la mano a recorrer Madrid, sentarnos en cualquier terraza o, simplemente, ver pasar el tiempo, la espera y la impaciencia en mutua compañía.

Decir que fue difícil sería un eufemismo de lo más cutre. Un cliché al nivel de chico y chica se conocen, ignoran sus distintas realidades y se lanzan al vacío porque así lo pide la trama, pero aprendí. De las noches en vela, de los enfados y las rabietas, porque las hubo. Aprendí de las ganas casi incontenibles de llamarle, de gritarle que se pusiera en mi lugar, de los ratos en que me creí con derecho y por encima de todo bien y todo mal, de lo absurdo de pensar que por ser la que creía que más perdió él no tenía derecho a su distancia de seguridad. Porque la tenía.

Aguardé con dolor. Con ira. Con frustración. Todos los adjetivos negativos del mundo me ayudaron a asumir que quizá pasarían años. Que tal vez tendría que hacerme a la idea de que aquel vacío, la distancia, era algo que se mantendría más allá del mañana inmediato y que no estaba en mí, me sintiera como me sintiese, presionar a Nano para que diera a torcer un brazo que era suyo, y suyo nada más.

Rafael estuvo a mi lado. Y Gema. Susana y los niños de la escuela infantil. La casera del Airbnb cuyo nombre no mencionaré porque me ha amenazado con aumentarme la cuota y cobrarme hasta el aceite que no

uso. Personas, muchas de ellas, que se comieron como guarnición mis momentos malos, aunque en muchas ocasiones, no tuvieran por qué.

Me refugié en trabajar y en rellenar los huecos con aquello que me liberaba. Que me alegraba y me daba felicidad. Aceptar que merecía escribir aunque lo hiciera para mí, que entregar horas a un texto que me provocaba sonrisas reflejadas en una pantalla brillante era terapia. Y que era la mía.

Escribí y esperé.

Esperé y escribí.

Es posible que no lo haya hecho del todo mal…, porque aquí estoy ahora, compartiendo unos pensamientos que salieron igual que el vómito tras una noche de juerga sin control, y que no revisé porque deseaba que sonaran con la misma crudeza con la que habían llegado.

Y aquí está él, acudiendo como apoyo, como el padrino del alcohólico que se sienta al fondo de la sala y con su presencia le da al enfermo de pena y de espera esperanza. Llenándolo todo solo estando. Abriendo una ventana donde solo había puertas a medio cerrar.

Levanté la vista. Al final del aula, que no era otra cosa más que un sótano atestado de libros, Nano sonrió. Por encima de los aplausos estridentes de Gema, que mecía el carrito de su hija con el pie mientras farfullaba cosas que no era capaz de entender.

A mi derecha, Rafael me tocó el hombro y asintió, yo, con los pies temblando, tomé asiento en aquellas incómodas mesas, incliné la cabeza cuando Enzo me hizo algunas apreciaciones y asentí en dirección a Juanjo sin escuchar lo que fuera que tenía que decir. Ant estaba a punto de salir a exponer y Fanti revisaba su propio texto ajeno al resto. Me percaté de todo eso y a la vez, fue como si nada sucediera en el mismo espacio temporal donde me encontraba, fuera de mí, habitando un cuerpo que no era mío. El único estímulo que me parecía real, auténtico, era mi hermano. Nano estaba allí. Había acudido para oírme leer. Para formar parte de mi vida. Para hacer de mi sentimiento de permanencia algo tangible.

—Gracias —compuse con la boca seca, después me volví hacia adelante para escuchar a los demás.

Él susurró las dos únicas palabras que necesitaba escuchar.

—Te quiero.

No importaba nada más. De ahí en adelante, ya solo nos restaba volver a empezar.

—¡Lo has hecho muy bien! ¡En serio! ¡Tenía la piel de gallina, era tan real!

Le sonreí a Maca, que me había cogido el brazo, exultante de entusiasmo como era siempre.

—Supongo que de eso va lo de «narrado en primera persona».

—Claro, claro…, ¡ha sido genial!

—Igual que una de esas lecturas de presentación —apostilló Gema, haciéndome reír—. ¿Qué?

—Un poquito exagerado eso, ¿no? Ni que hubiera escrito un libro.

—Oiga señorita, no le quite usted mérito a la última tarea de un curso de escritura.

Rafael, que venía con el ordenador a cuestas y una caja con los restos de los manuales de bolsillo que nos había regalado a todos y que a buen seguro, colaría en la librería de su abuelo para no llevárselos de vuelta, me rodeó con el brazo libre, en un alarde increíble de flexibilidad.

—Para nada. —Bajé el tono—. ¿Has visto? Me salté la parte del pene rollizo.

—Por lo cual te subiré medio punto.

Fruncí el ceño.

—¿Solo? ¡Me acuesto contigo!

—Y espero que no sea solo por aprobar este curso, aunque, por si acaso, no me lo digas.

Sonrisas cómplices, que culminaron con un gesto elocuente de Raf con el que me dejó a solas junto a mi hermano. Maca, que parecía tener entrenada su vejiga para que se hiciera notar en los momentos más propicios, actuó de la misma manera, y Gema arrastró el cochecito hasta la sección infantil y mostró un interés inusitado en la colorida narrativa.

Nano, que tenía las manos en los bolsillos, se balanceó sobre los pies. Llevaba el flequillo un poco demasiado largo y le caía sobre los ojos. Cuando me miró, había reticencia, y dudas. Había años de sentimientos encontrados que peleaban dentro de él, igual que lo habían hecho en mí, pero por sobre todas las cosas, había cariño. Y

ganas de pertenecer. Por eso estaba allí.

Por eso lo estaba yo.

Luchábamos todos los días con los demonios de nuestro pasado, pero ya no teníamos por qué hacerlo a kilómetros de distancia.

—Me ha gustado el modo de expresarlo. Ya sabes, todo lo de…

—¿La espera por tu perdón?

Se rascó la barbilla. Una sombra de sonrisa, de esas que todavía gritaban inocencia en una cara adulta, asomó.

—¿Te imaginas que hubiera dicho que no? ¿O que no hubiera venido? Rollo programa de televisión donde se pide matrimonio y hay un rechazo televisado.

—Te habría matado. Da igual donde te escondieras. —Se carcajeó—. Va en serio, Nano. Te habría buscado y encontrado y de ti no habría quedado ni el recuerdo.

—Mentirosa. —Su brazo grande, firma, me rodeó—. No puedes olvidar a la persona que más quieres. ¿Sabes por qué lo sé? —Le miré con ceño. Él solo sonrió—. Porque por esa razón, yo nunca podría olvidarte a ti.

—Míralo… *más listo que un allo*.

—*Éche o que hai*, Carmiña.

Negué despacio, aunque no le faltara razón. Sí, pensé, mirando hacia la puerta de la librería, donde Raf fingía que la caja de libros no le pesaba mientras instruía a Gema sobre no sé qué. Su abuelo, que debía haber dejado reposar al juguete que había estado reparando para Pixar, hacía caja, y a mi espalda, el barullo del resto de compañeros, que ya se iba, se habría camino, obligándonos a Nano y a mí a apartarnos para no ser arrollados.

Hablaban de tomar algo. De cenar y de beber. Del curso de verano. De la segunda parte más avanzada, donde a buen seguro la colonia de hormigas terminaría dominando el mundo. Eso, todo, el desorden y la algarabía, el alboroto y los planes sin cerrar, las posibilidades que se abrían frente a las decepciones que antes las habían cerrado, era lo que había. En mi vida. En mi realidad. En mi hoy.

No sabía cómo lo había conseguido. Cómo había sido capaz, pero por primera vez desde que podía recordar estaba en el lugar correcto en el momento apropiado, sin nada que cambiar, sin nada que

lamentar.

—¿Carmen? —Maca había vuelto. Llevaba a Nano de la mano y este chasqueó los dedos delante de mí—. ¿Estás aquí?

—¿Vamos a comer? —preguntó Rafael, haciéndose hueco para llegar a nosotros.

—No es mal plan.

Le sonreí a Gema, que ya tecleaba, seguramente informando a su marido. Rafael amplió la invitación al resto del grupo y yo, a falta de algo que añadir que no hubieran dicho ya los demás, me encogí de hombros, me recoloqué la bandolera y asentí.

—Algo habrá que hacer… y comer hay que comer.

Era lo que había.

Una introducción que se atisbaba preparada para empezarse a narrar. Un epílogo que era a la vez principio y final.

Una nueva historia, privada, compartida y personal, que empezar a contar.

Spoiler de vida

Tardé dos años en acabar mi novela. Aunque, para ser del todo sinceros, no es que fuera *mi novela*. No del todo, al menos. La autoría me pertenecía, por supuesto. Después de veinticuatro meses adelante y atrás —sobre todo atrás—, no pensaba ceder la potestad de la criatura a nadie, pero si debo ser sincera —y debo, porque sería un sinsentido mentir en mi propia historia—, me desvié del camino inicial. Me faltaron bemoles… y todas las notas de la escala musical, para seguir el proceso que había empezado.

Me explico.

Dejé guardada en un cajón cibernético, a salvo de polvo y moscas cojoneras propias de la inseguridad aquel texto. *En primera persona* tardó en ver la luz, pero yo quería matar al gusanillo antes de que se volviera mariposa, porque sabía que esta solo podía llegar con una narración, y aunque envalentonada, no me sentía del todo segura para lanzarme al abismo sin red. No quería que mi desvirgamiento editorial fuera algo tan personal. Tan íntimo y mío. Ese fue el primer error, por supuesto.

Hubo trescientos más, pero vamos a enfocarnos en lo importante.

Publiqué narrativa de ficción, una bonita historia en la que creí y que me creí, pero con la que no me unía más que el rato que pasé escribiéndola. Aquellos meses, yendo y viniendo de mi piso al de Raf, usándole como paño de lágrimas, proveedor de orgasmos y consejero de estilo y ortotipografía.

—Me siento pluriempleado —me decía con esa sonrisa lobuna que me susurraba a voz en grito que el dolor de cervicales, el tiempo transcurrido y todo lo demás, merecía la pena—. A veces no sé si me quieres por mí, o por mi indudable don de saber colocar las comas del vocativo.

—Me pone mucho cuando me hablas en morfosintaxis, cariño.

Fueron meses de caos, pero las páginas aumentaban y los números de palabras también. Me crecí, porque las frases salían como churros, desprovistas del desgañitado emocional que me suponía escribir sobre mí.

Maca, que se convirtió en mi lectora beta —para quien no tenga la fortuna de acostarse con un experto, son esas personas que van leyendo la obra para dar una valoración de la misma previa al envío editorial— estaba encantada. Mi hermano, que iba y venía de Galicia, encargándose de los pormenores de la adecuación de la vieja casa de los horrores convertida en orfanato, también parecía enganchado.

Todo era luz, unicornios y cacas sonrientes en mi vida como novelista a punto de ver la luz. Todo marchaba bien, y cuando di con una editorial pequeña, un sello modesto que me prometió incluso una presentación humilde pero coqueta en el FNAC de Madrid, creí que mi sueño estaba al alcance de la mano. Por fin lo conseguiría. Daba igual cuánto vendiera o la cantidad de tomos que se quedaran guardados en el altillo de la librería del abuelo de Raf. Lo había hecho. Contra todo pronóstico y a pesar de mí misma, había logrado escribir con éxito —porque el éxito estaba en enterrar los miedos y narrar sin parar hasta el final— mi primer libro.

No había peros en mi horizonte de cielos azules pintados con rotuladores Carioca.

Hasta que por supuesto… los hubo.

—¿Que no es creíble? ¿Cómo pueden decir que no es creíble? ¡Es ficción! Si quieren leer algo cien por cien apegado a la realidad, ¡que se compren el periódico!

—Carmen…

—¡Es que no lo entiendo!

—No todos los libros gustan a todo el mundo. Es así.

Es así.

Es así.

Así era, desde luego, pero ¿existían acaso palabras más crueles que aquellas? Como supongo habrá pasado a muchos, me obsesioné. No presté tanta atención a los pocos pero positivos comentarios que recibió el libro, en tanto analicé las malas críticas con precisión

quirúrgica.

Me obcequé en intentar mejorar lo que pensaba que estaba mal, aquello en lo que me habían amonestado, y creé a mi alrededor una especie de pandemónium de manuales sobre escritura y vídeos virales de gurús. Nada me sirvió de nada, porque la realidad era que el texto, si bien estructurado de forma correcta y narrando unos hechos que, en conjunto, tenían cohesión y sentido completo, se encontraba desprovisto de alma. De colores.

El hálito que lo habría hecho vivir, como una especie de monstruo de Frankenstein con lomo y páginas, me lo reservaba yo para otra cosa. Para ese otro hijo que aguardaba, gestándose en una suerte de embarazo perpetuo que no parecía dispuesta a parir.

—No podría soportar que dijeran cosas malas de esa historia. De *mi* historia. Si esto me ha hundido, ¿qué pasará entonces?

Lo que pasaba, en realidad, era el tiempo. Cuando la casa de da Morte estuvo lista, Rafael y yo viajamos para encontrarnos con Maca y Nano. Dejé aparcado por unos días el desazón que me suponía la narración interrumpida de *En primera persona*, a la vez lo único que quería escribir y aquello que no me atrevía a expresar. Consciente de que quería publicar, no me veía capaz de seguir escribiendo solo para mí y dejar todos aquellos pensamientos ocultos a la vista, pero al tiempo… ¿cómo dejarlos volar, si las alas podían romperse y el suelo estaba tan duro?

Rafael me aconsejaba que tomara distancia. Que dejara pasar más tiempo. Decía, en su rol experto, que cuando no pudiera soportarlo más, la historia cobraría el control y me vería forzada a dejarla ir. Yo le miraba con la incredulidad de los cuervos de Dumbo la primera vez que les mencionaban la capacidad del paquidermo para hablar, convencida de que, en su papel de buen novio, me decía solo lo que estaba preparada para escuchar.

Sin embargo, tuvo razón.

Pasó allí, en el último lugar del mundo que habría imaginado que me inspiraría algo hermoso que me apeteciera recordar.

Allí, donde el horror y la pena se habían abierto paso igual que la sangre que corría por los golpes. La noche antes de la inauguración, cuando Nano y yo entregaríamos de manera simbólica las llaves del

nuevo orfanato de Costa da Morte al alcalde de nuestro pueblo, me escabullí de la cama que ocupaba con Rafael, en la que ahora era la primera planta, acondicionada para personal, educadores y cuidadores infantiles, saqué el portátil de la bandolera y me arrebujé bajo una manta, en un sofá orejero situado junto a una lámpara de pie.

Las olas rompían contra el acantilado, y aunque desde la confortable casa renovada yo no podía oír el bramido del mar, lo imaginaba a la perfección. Era sonido conocido. Música y lamento todo de una vez.

Empecé a teclear vacilante. Una letra por vez. El sonido del teclado parecía reverberar en una casa callada que durante mucho tiempo, lamió en silencio gritos y lágrimas que escocían en mejillas surcadas de salado. Igual que aquel agua que se había llevado los restos de mis padres, y que ahora, con su nana nocturna, me guiaba por los recovecos de mi memoria. ¿Cómo me había sentido en esos días? ¿Qué había hecho para dejar de lado el ahogo que sentía aun pisando tierra firme y teniendo los pulmones llenos de aire?

La madrugada me encontró encorvada sobre el ordenador, llorando todo lo que me había callado por cabezota después de haberme sacado multitud de esquirlas de antiguas heridas que por fin, vería sanar.

—Estoy preparada —le dije a Rafael con la sonrisa agotada de quien tiene la mente, por fin, en pleno descanso—. Ahora puedo contarlo. Puedo contarlo todo.

Aquella noche de calor, el viento movió mi falda. Era *pin-up*, de lunares. Y me sentí agradecida del aire de verano que refrescó mis mejillas después de los emocionados discursos y los todavía más emocionados camareros, que llenaban las copas de champán como si el mundo fuera a terminarse con el siguiente amanecer.

Con los tacones firmemente agarrados a la tierra, agarré las tres rosas rojas que había robado de los centros de mesa y me las llevé a la nariz. Cortadas horas antes, mantenían su fragancia, aunque algunos pétalos empezaban a marchitarse. Abajo, al final de un desfiladero de rocas, tan furioso como bello, el mar del cantábrico recibió mi ofrenda con callada sumisión. Mirando aquel rincón que antaño no me había evocado más que tristeza, de pronto, me sentí en paz.

Me abracé, acariciando con cariño las propias rosas que llevaba

ancladas al brazo, del mismo modo que aquel agua oscura y profunda se me había anclado dentro a temprana edad sin que yo pudiera remediarlo. No tenía más poder para deshacer el tatuaje del que tenía para apartar las implicaciones de aquel sitio de mi interior, aceptarlo era lo más justo. Lo más sano. Lo necesario.

—Te perdono —dije en un susurro ahogado que, en realidad, grité. El océano calló mi voz, y dejó las palabras enterradas en lo más hondo del lecho marino. Solo entre él y yo—. Por todo. Te perdono.

Lo dije por mí, por la Carmen de antes, la de ahora y la que estaba destinada a ser, cualesquiera fueran los caminos que tomara.

Por mis padres, que moraban y reposaban entre aquellas olas, convertidos en recuerdo y cenizas.

Por la gente que había dejado atrás, a la que había renunciado sin poder recuperar, y por todos los que se habían quedado conmigo, apareciendo entre las páginas de mi vida en cada capítulo en particular.

—¿Te encuentras bien?

Los brazos de Raf se unieron a los míos, amparándome de un frío que él sabía que nada tenía que ver con la intemperie de la noche. Le sonreí sin mirarlo. Mi vista fija en el horizonte, en aquella belleza más allá del horror de abajo, que nunca me permití realmente mirar.

—Lo estaré. —Me besó la sien con ternura infinita—. No será para siempre, seguro. La marea sube y baja y el ánimo va con ella, pero… lo estaré. Estoy segura.

En primera persona aún tardó otro año en tocar a su final. Fue en invierno. Después de la boda de Nano y Maca, ceremonia que siempre recordaré al detalle por dos motivos muy evidentes: el primero, que fue un placer y una alegría inmensa poder compartir, por fin y tras tanto tiempo separados, un momento tan importante en la vida de mi hermano. La segunda, mucho menos mística pero igual de feliz, porque no probé una sola gota de alcohol durante toda la celebración.

Mi condición así me lo impedía.

—Tendrás que decírselo en algún momento —susurraba Raf, que se había arremangado a pesar del frío y mostraba su brazo tatuado, posado de forma protectora, sobre mi vientre.

—Es su día. No vamos a dar grandes noticias cuando otros se casan.

Aunque por mí lo hubiera gritado al mundo, para hacerles parte de mi ilusión y de mi pavor más absoluto. Di a luz muerta de miedo, no mentiré. Mis referentes maternales eran grotescos, pero por suerte, mi hija no me tendría solo a mí. Alrededor de aquella cama de hospital, en esa clínica de Madrid tan prestigiosa que Rafael se había empeñado en pagar porque mis dos últimos meses de embarazo fueron de riesgo, se arremolinaron familia y amistades. Personas queridas que no aceptaron ni los pedidos de las enfermeras para bajar la voz, ni mucho menos el límite de visitantes por paciente que establecía el hospital.

Me arroparon y dieron consejos, algunos los seguí y otros no. En la maternidad, igual que en el resto de las cosas relativas a mi vida, aprendí por ensayo y error, solo que esta vez, cada vez que me obcecaba, tropezaba o no tenía idea de hacia dónde ir, Raf estaba a mi lado, sirviéndome de apoyo. Poniendo los puntos sobre las íes, y añadiendo las comillas cuando eran necesarias.

Tenía suerte de tenerlo. Y mi hija también.

En primera persona fue, es y será una historia de amor. La primera, mejor y más importante que realmente tuve. La que viví conmigo para aprender a conocer cómo funcionaba mi cabeza y la forma en que podía hacer que se me enamorara del corazón.

No es una narración al uso, claro. Cuando la leí ante un reducido número de personas, de pie detrás del improvisado atril que dispusimos en la librería del abuelo de Rafael, dejé muy claro que si buscan clichés los iban a encontrar, pero también, fortaleza y empatía.

—Si crees que eres un desastre, que tus errores no tienen remedio, que todo te sale mal y que no hay manera, de que las cosas se puedan arreglar para ti, bueno… supongo que este libro te puede ayudar a ver que te equivocas. Siempre hay otra oportunidad, seguramente para volver a cagarla, pero después de eso… solo queda volver a empezar, ¿no?

Leí, con la vista puesta en mi hija, en mi chico, en la familia improvisada y en la de sangre. En el devenir y en el deber. En lo que todavía no había pagado y en lo que me quedaba por cobrar.

Leí esperando que mis vivencias ayudaran a alguien. Que le trajeran paz. Deseando que se entendiera que incluso una realidad

insulsa, dramática o desprovista de artificios, puede ser feliz y plena porque es real.

Yo no inventé la tristeza, la alegría o la adversidad. Siendo madre no le di un nuevo giro a la maternidad. Enamorándome de Rafael no descubrí a nadie las ventajas y peligros que tiene amar. Yo no era especial, ni distinta del resto. Solo era una mujer ante un cierto grupo de personas apreciadas, contando con toda simplicidad lo muy agradecida que me sentía por haber llegado adonde se suponía que debía estar.

Si tú has hecho lo propio, y me has acompañado en esta lectura, te doy las gracias.

Esto es todo cuanto tengo para ofrecerte. Mi yo más sincero y honesto, *en primera persona.*

Fin

Agradecimientos

Romina naranjo

Antes que nada, y con todo el corazón, a Gala Trigueros, mi editora, por creer en esta historia y ver en ella aquello que quise mostrar.

A todo el equipo de Colección Mil Amores, Lantia Publising y Mediaset España. correctores, maquetadores, portadistas, encargados de la promoción y publicidad en redes; ese grupo de personas que convierten tu sueño, redactado en unas cuantas –muchas– páginas en una realidad tangible, con olor a libro. Con tacto a novela. Es una sensación increíble que no se compara con nada.

A todas las Cármenes del mundo. Mujeres fuertes, no sólo porque protagonicen hitos, escalen montañas, buceen océanos o surquen los cielos. Por vivir, cuando echarse a morir era lo más fácil. Por pelear, cuando rendirse era lo que les gritaban las tripas. Por amar, cuando los jirones de las decepciones las hacían perder pedazos de esperanza.

Esta es una novela de amor. Una historia de amor. Un cuento de amor. También es una novela de realidades. Una historia de personas auténticas, aunque aquí estén escenificadas por personajes conformados de cientos de pedazos distintos. Un cuento con final feliz, como debería ser la vida de todos los que cada día se levantan dispuestos a dar batalla frente a lo que se les presente.

Y un canto a la esperanza.

De que aunque ahora estés rota, sanarás.

De que aunque hoy duela, curará.

De que si tus sentimientos no han sido validados, lo serán.

De que si confías en ti misma, lo lograrás.

De que aunque el corazón esté hecho esquirlas, amarás.

Gracias a todas las personas que han dado, están dando o darán una oportunidad a esta historia, que han acogido a Carmiña Vega en sus corazones. Que han creído en ella cuando no podía hacerlo por sí misma, y que, si se han reflejado o visto en sus rotos, confíen en que, al igual que la protagonista, la fortaleza, el amor, el coraje y la valentía, vienen de dentro, y que están.

Siempre.

Por muy escondidos que parezcan.

Gracias, lector, lectora, por haber escogido esta novela.

Romina Naranjo.

Índice

Nota de la protagonista 9

1. Viudas y huérfanas 11

2. Prólogo 23

3. A pie de página 35

4. Punto y aparte 49

5. Presentación de personajes 65

6. Secundario omnisciente 75

7. Letra capital 87

8. Narrador 99

9. Desenlace 111

10. Inciso 123

11. Parafraseando 135

12. Disertación 147

13. Coherencia 159

14. Cliffhanger 169

15. Hipótesis 181

16. Comunicación 193

17. Diálogo 203

18. Conector 215

19. Cierre 227

20. Encadenamiento 239

21. Gancho 249

22. Inferencia 259

23. Transición 271

24. Párrafo 283

25. Autor 295

26. Concesión 305
27. Tabla de contenido 315
28. Editar 327
29. Exponer 339
30. Parafrasear 353
Epílogo. Introducción 365
Spoiler de vida 373
Agradecimientos 381